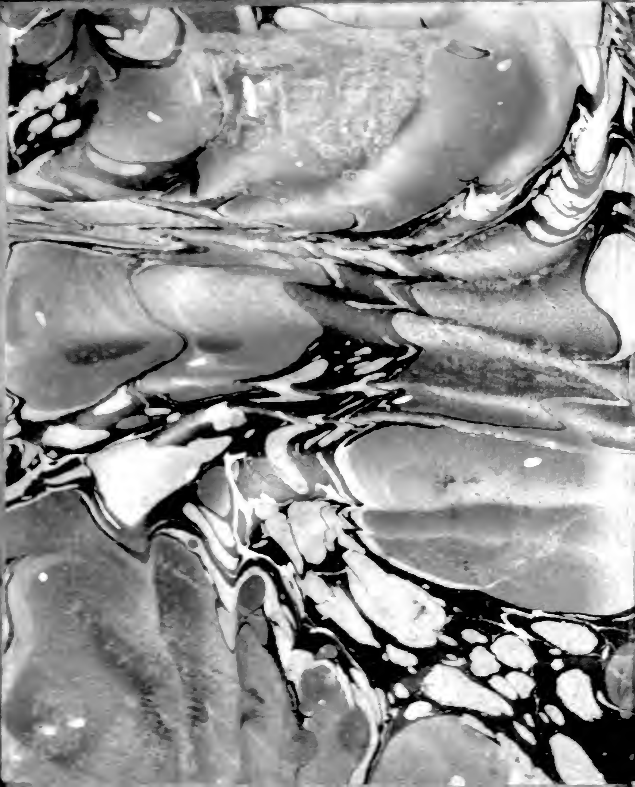






NOVELAS AMOROSAS.

POR JOSEPH CAMERINO,
Procurador de los Reales Consejos, Notario, y Secretario de Breves, y Comissiones Apostolicas en el Tribunal de la Nunciatura de su Santidad.

CORREGIDAS, Y ENMENDADAS en esta segunda impression.

POR DON NOBETI PONCHI y Oya Marsac.



Año de 1736.

CON LICENCIA: En Madrid. A costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mag. Se hallarà en su Imprenta, y Librería, Calle de Santo Thomàs, junto al Contraste.

CENSURA DEL P. M. Fr. Diego de Campo, Difinidor de la Orden de N. P. S. Agustin, Consultor del Supremo Consejo de la Inquisicion, y Examinador Synodàl de este Arzobispado de Toledo.

POR comission del señor D. Diego Vela, Tesorero de la Santa Iglesia de Toledo, Vicario General en esta Corte, he visto un Libro, intitulado: *Novelas amorosas*, compuestas por Joseph Camerino, no tiene cosa contraria à nuestra Fè, y buenas costumbres, sino avisos importantes, y necessarios para enseñanza, y escarmiento; y con estylo ingenioso, y buen lenguage; y assi me parece que se puede dàr la licencia que pide para imprimirle. En S. Felipe de Madrid à 13. de Noviembre de 1623.

Fr. Diego de Campo.

EL Doct. D. Diego Vela, Tesorero de la Santa Iglesia de Toledo, Vicario General de la Villa de Madrid, y su Partido, por su Alteza el Cardenal Infante mi señor, &c. he hecho vèr el libro, intitulado: *Novelas amorosas*; y examinado, no hallo en èl cosa contra nuestra Santa Fè Catholica, y buenas costumbres; y assi por lo que à mì toca se puede imprimir. Dada en Madrid à 13. de Noviembre de 1623.

El Doct. D. Diego Vela.

Por su mandado,
Juan Perogila, Notario.

LOPE DE VEGA CARPIO al Autor.

SONETO.

CON tierna edad, y con prudencia cana,
Escrives, Camerino, en diferentes
Estylos, del Amor los accidentes,
La dulce guerra, y la esperanza vana:

Honrando nuestra lengua Castellana
Propones con sentencias eminentes,
Exemplos, y Economicas prudentes,
Para el govierno de la vida humana.

Si estimò la gentil Philosophia,
Apologos, y Fabulas morales,
Estas son dignas de tu ingenio solo.

Su luz, con alma oculta, al bien nos guia,
Ellas con lineas de oro son cristales,
Y tù en Parnaso Camarin de Apolo.

DON

DON ANTONIO LOPEZ
de Cuellar al miſmo.

SONETO.

CON ſacras leyes de juſticia llenas
Camerino Sulpicio à Roma vino,
Donde el premio el Senado le previno,
Como à quien honra le llevò de Athenas.

Tù, que de leyes de piadoſas penas
Preceptos traes à Eſpaña, Camerino,
Eſpera de ella el premio, ſino indino,
Aquel por quien las almas enagenas.

Tu anteceſſor imitas, mas difieres
En ſer tus leyes de amoroſo gremio,
Quando las ſuyas llenas de rigores.

Concedate el Amor lo que pidieres,
Y dèſe à sì por tì, que ſolo es premio
Digno el amor à quien tratò de amores.

DEL

DE EL SIGNORE NICOLO Strozzi.

All' Autore.

SONETTO.

AVVENTVRE d' Amor, ſtrani accidenti,
Forſe amando Gioſeffe, è canti, è ſcrivi,
O ſono forſe i tuoi dolor ſi vivi,
Che gli sfoghi in narrar gl' altrui tormenti.

O cerchi al ſuon dell' amoroſi accenti
La fierezza frenar de cor più ſchivi,
O che verſi pietoſa, è fonti; è rivi
La Donna tua crudel dà lumi ardenti.

Mà non ſperar per la tua grave pena
Stella di pace, ò pur ſtilla di pianto
Se ti brama la morte una Syrena.

Ah che tù togli alle Syrene il vanto
Cigno di Pindo, or dunque il duol' affrena,
Che la morte addolcir potrai co' l canto.

DE-

DEZIMA DE LVIS VELEZ de Guevara à Joseph Camerino.

RINDA à qualquiera Divino
Poema vuestro el decoro
El tragico de Eliodoro
Generoso Camerino:
Vuestro ingenio peregrino,
Que à ser inmortal os llama,
Desde oy dexa, si à èl le aclama,
Con mas soberano estylo,
Las siete bocas del Nilo
Atenas à vuestra fama.

EL LICENCIADO DON JUAN Ruiz de Alarcon y Mendoza al mismo.

EN vuestras Novelas veo
Agudeza, y suspension
Tal, que la satisfacion
Dà nueva sed al deseo.
Confiesso quando las leo,
(O ilustre gloria de Fano!)
Que puesto que sois Toscano,
Fuera mi Mussa dichosa,
Si igualàra à vuestra prosa
En su metro Castellano.

DON GVILLEN DE CASTRO al Autor.

SVS Novelas propiamente
Llama Amorosas su Autor,
Pues de Amor tratan, y Amor,
Causa su estylo valiente:
Y su invencion eminente
En su ingenio tanto admira,
Que hazer puede en quien la mira,
Con ingeniosa piedad,
(Imitando la verdad)
Amorosa la mentira.

DE FRVCTOS DE LEON TAPIA al mismo.

EN Marmoles de bronze, y alabastro,
Del tiempo opuestos al rigor futuro,
Vuestro nombre (Joseph) la fama escriva:
Y aunque tiene, al que embidian, felìz astro:
Porque de este temor viva seguro
Siempre ocupada en su alabanza viva:
De la Ninfa de Apolo fugitiva
Corona os texeràn las verdes ramas:
Que si à las dulces llamas
De su fuego amoroso
Se resistiò con pecho desdeñoso,
Como vos mereciera sus favores,
Si supiera tambien tratar de amores.

Si fue nacida de la blanca eſpuma
La madre del Amor, Venus hermoſa,
Y no de Fano, vueſtra luz primera:
De aquellas del undoſo, es bien preſuma
Adriatico mar, que tan famoſa,
La Ciudad ſe levanta en ſu rivera:
De cuyas Damas el Amor venera
La belleza mayor; que le ocaſiona,
Accion con que la abona,
(Porque tambien le quadre)
Por patria hermoſa de ſu miſma madre:
Y ſiendo vos, donde el Amor nacido,
Propio el ſugeto, y el acierto ha ſido.

Adria en el miſmo mar deſvanecida;
En tener por eſpejo ſus criſtales,
Le diò el nombre, que goza eternamente:
Y à ella la opinion eſclarecida
El ciego, que en colores naturales
Eſcriviò con ingenio tan valiente:
El vueſtro, pues à la de Fano aumente,
Llamandoſe Ciudad de los Amores:
Que ſi hablò de colores,
El de Adria ſiendo ciego,
Vos eſcrivìs el amoroſo fuego
Con tan grande pureza en lengua eſtraña,
Que os la puede deber ſu madre Eſpaña.

¶¶ DOC:

DOCTORIS DOMINI PETRI ROTAE
ad Josephum Camerinum.

EPIGRAMA.

OMnia iam valeant doctis mentita Poetis,
Atque vetus sileat fabula Naso tua.

En varios sortis casus dum fingit Ioseph,
Quos fingit veros quilibet esse putat.

Cernite mortales spectacula, cernite vitæ;
Et cautè quisquis vivere discat amans.

Amplius haud tendet male cautis retia mille,
Ignea nec iaciet tela superbus Amor,

Namque opere est tanto vis iam manifesta tirani
Quave urit flamma, cuspide quave ferit.

IN

IN VARIOS COMICOS, TRAGICOSQVE Iosephi Camerini Fano Fortunæ oriundi eventus.

AEGIDIVS RASIRIVS CANONICVS Leod.

N*Ascenti*Camerino *hospes Fortuna* Iosepho,
Adfuit, è Fano *dona tenella ferens.*

Adfuit, & virtus, Musæ advenere sorores,
Infantem varijs condecorare bonis.

Præmia pro donis repetunt, Fortuna sed ortus
Ius à cive sacrà poscit ab æde suo.

Scive meo (inquit) mundi ludibria, lusus,
Vnicam, ut efficiant me tua scripta Deam.

Id risit virtus, Musæ risere sorores,
Fortunæ docto iussa peracta dolo.

Nam scrivit Camerinus *opus vel Apolline dignũ*
Quo cæcam toto monstrat in orbe Deam.

SUMA DE LA LICENCIA.

TIene licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mag. para poder imprimir el libro inticulado: *Novelas amorosas*, como consta de su original.

FEE DE ERRATAS.

HE visto este Libro, inticulado: *Novelas amarosas*, y està bien, y fielmente impresso, y corresponde con su original.

Lic. Don Manuel Garcia Alesson.

Correct. General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real Consejo este Libro, intitulado: *Novelas amorosas*, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original.

EN

EN LA IMPRENTA, Y LIBRERIA de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mageſtad, ſe hallaràn muchos Libros en Caſtellano.

De Hiſtoria.
Genealogias.
Politicos.
Maxſimas, y razon de eſtado.
Empreſſas politicas, y morales.
Emblemas.
Mathematicas.
Ariſmeticas.
Arquiſtectura.
Coſmografia.
Aſtronomia.
Esfera.
Pintura, y todo lo que à eſtos nobles Artes pertenece.
De Secretarios, y eſtylos de Cartas.
De Eſcrivanos.
Notarios.
Procuradores.
Agentes de Negocios, y para todo genero de Papeliſtas.
Vidas, dichos, hechos, y ſentencias de Philoſophos, Emperadores, Reyes, y de otros Varones Iluſttres.
Dialogos ſobre varias coſas.
Probervios.
Refranes.
Enygmas.
Poblemas.
Similes, ò comparaciones.
Preguntas, y reſpueſtas.
Porque es de varias coſas.
Artes de eſcrivir.
Ortografias.
Retoricas.
Eloquencias Caſtellanas.
Diccionarios, y Gramaticas de variosIdiomas,

mas, donde està la Castellana.
De monedas.
De medallas.
De metales.
De piedras preciosas.
De jugar la espada, y otras armas.
De torear.
De enfrenar, herrar, doctrinar, y criar cavallos.
De aves.
De animales terrestes, y maritimos.
De arboles.
Frutas, semillas, y yervas.
De Agricultura para Jardines, y Casas de Campo.
De secretos.
De juegos de Damas de el Agedrèz, y de otros juegos.
De Poesìa de todo genero de verso.
De Novelas, Cuentos, Historias, y Casos Tragicos, Cavallerias, Tragi-Comedias, y todo lo que à esta classe de diversion toca.
De Comedias.
De Entremeses.
Y de otros varios Tratados exquisitos, y que con dificultad se hallan.
De todo lo referido està escriviendo el dicho Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, una Biblioteca toda de Libros Castellanos.
Tambien se hallaràn en dicha Libreria varios Tomos de Lope de Vega Carpio.

PROE-

PROEMIO AL LECTOR.

YA veo, que alegre te dàs parabienes de hallar en estas Novelas, con que alimentar la costumbre, que en sus idolatras engendrò la embidia; y no pretendo estorvar el banquete que preparas à los que viven en tinieblas, porque fuerà intentar un impossible, sino assegurarte, que salen al mundo con animo, y resolucion de que quando faltes à la cortesìa, propia de los Españoles, y debida al Autor por estrangero, no darte satisfacciones, que no las ay para la malicia, sì bien le pudiera escusar el propio entretenimiento, y los deseos de habilitarse en esta lengua: fines que tuvo en hazerlas, y causa bastante para dissimular los yerros, que sacan à plaza el parecer de los amigos; y assi solamente puedes mostrarte el mismo que sueles; pero no ofenderlas, aunque es cierto no avrà agradecimiento que baste, si las dexares de perseguir; mudanza, que mas se puede desear, que esperar. Dios te guarde.

TABLA

TABLA DE LAS NOVELAS, QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO.

DE ESTE AVTOR HE VISTO LAS OBRAS siguientes.

1. Novelas amorosas.
1. La Dama Beata.
1. Discurso Politico, sobre estas palabras: *A fee de hombre de bien*.

EL

EL CASAMIENTO DESDICHADO.

NOVELA PRIMERA.



LA noche, que desatado el contento sale de las casas loco por las calles, y juzgando estrecho limite el de la Villa toda, passa ligero al Campo, en el Rio, Sotillo, y Alameda, rompiendo con alegres vozes de la mucha gente (que quitando al cuerpo su debido descanso, puebla soledades) su sagrado silencio. En esta, pues, que con ricos altares de innumerables luzes adornados muestran en sus casas las pequeñas doncellas en la devocion el regocijo, que les permite con larga aprobacion del tiempo las visperas de San Juan: en la Corte del gran Monarca Phelipe, años ha entrò, sirviendo galàn à unas Damas, Ricardo, Cavallero Francès, en los Barrios de Santo Domingo, à vèr uno, que los resplandores de muchas luces, por unas zelosias manifestaban, y el tiempo, que gastaron ellas en contemplar la traza del altar, la hermosura del santo Niño,

y otras calidades, que le hazian perfectamente lucido, se le fue al Francès en mirar la belleza de un humano Serafin, que sueltos los mas, que de Apolo rubios cabellos, risueño, y ufano escuchaba atento las diversas alabanzas, que publicaban, afirmando llevarse su altar la gala de quantos avian visto; y aunque se detuvieron (desmintiendo al tiempo el gusto) mas de media hora, pareciose à èl un momento; y acercandose al partirse à la hermosa Doncella, como que era para vèr mas bien el altar, à tiempo que con la blanca mano desviaba parte de sus cabellos, que zelosos del Francès iban à cubrirle el rostro, le dixo: Aparta, hermosa Niña, de los ardientes rayos de essos negros soles, que hermosean el Cielo de tu cara, sino pretendes verla, como à mì, deshecha de nieve la blanca pella, à cuyas razones bolviò (no bien desdeñosa) los ojos, à castigar el autor de ellas, que dexandola en abono el alma, partiò: reparando atentamente en el adorno de la casa, que con su riqueza le asegurò ser principal el dueño de ella; y notando sus señas con cuydado, bolviò à sus casas las Damas, que acompañaba, y èl se fuè a la suya; y no le consintiò el nuevo amor, que gastasse la noche en otra cosa mas, que en representar la memoria al entendimiento, y el calificar à la voluntad (la qual en-
cen-

cendida abrasaba el alma) la divina hermosura de su dueño, cuya consideracion engendrando ardientes deseos de bolver à verla, le hazia parecer tarda la noche, que velocissimamente volaba; y mas de una vez abriò las ventanas, por vèr si llegaba la deseada Aurora: finalmente cansado ya, que venia ahuyentando tinieblas, venciò el sueño, el qual para cobrar el debido tributo, avia juntado todas sus fuerzas, y pareciòle en èl, que una hermosa, y bizarra Dama, lisongeando el trage Francès, de que vestida estaba, asiendole de la mano, le llamaba, y decia, toda piadosa, y lastimada, las siguientes palabras: Adonde, valiente Francès, te dexas llevar en tierra estraña de esse loco Amor, que sino le vences niño, ya grande, con mas brios te ha de causar tantas penas, que tengas por dicha la muerte, que no escucharà sorda tus quexas, y con ligeras alas presurosa vendrà à turbar las glorias, que para mayores penas te ha de mostrar el cruèl amor; esto amenazan con irrevocable decreto los hados. Lastimada, pues, de tanto mal, te persuado à desistir del dañoso pensamiento, atajando con presta ausencia los daños, que fabrican tus contrarios astros. Francia soy: desdichado de tì, si desestimas los advertimientos, que me ha concedido el Cielo pueda darte con materno amor; y de-

desapareciendo con los ultimos acentos, yà que se aprestaba à responderle, llamandola à vozes, que le escuchasse, despertò assustado; y considerando la vision, que tal la juzgaba, por averse aparecido con el alba, pidiò apriessa de vestir, con intencion de cumplir despierto lo que dormido se le avia mandado: pero con el pensamiento del bien que perdia en no vèr mas à la hermosa Doncella, hizo Amor, que no diesse credito al sueño, y determinasse de aventurar la vida, por la belleza que avia visto; y assi vestido se fuè de sus barrios (que eran los del Carmen) à los de su dueño; y aviendo passeado muchas vezes la calle en un Andaluz cavallo, sin tener ventura de verle: fuèse à la Iglesia de Santo Domingo, teniendo por cierto iria à oìr Missa en ella, por ser la que estaba mas cerca, mandando à un criado suyo castellano (que de ellos solamente se servia, aborreciendo las costumbres de los de su patria, por averse hecho todo à las loables de España, y preciarse tanto de su hijo, que en el vestido, y lenguage no le juzgarà nadie por estrangero) que entrando su divino dueño, à quien conoceria en la superior hermosura, procurasse travar platica con alguno de sus escuderos, y informarse muy bien de su nombre, costumbres, y estado, para la guia de sus pensamientos; y yà que

por largo aguardar rendido el ſufrimiento procuraba deſengañar à la eſperanza, entrò en compañia de ſu madre veſtida una rica ropa de encarnado tabi, con infinitos alamares de oro ſobre basquiña de blanco, y prenſado raſo al alegre tiempo conforme, y à la corteſia, que le hizo el Francès, correſpondiò apacible, y grave; y en todo el tiempo que ſe detuvieron en la Igleſia, no ceſſaron los ojos de manifeſtarle ſu amor, que ò no entendiò, (uſada à ſer en qualquier parte dulce objeto de enamorados galanes) ò no eſtimò altiva, cubriendo honeſto deſdèn à la hermoſa cara con el negro manto, que piadoſo (à peſar de ſu enojo) daba lugar al Amante, que gozaſſe de ſu viſta, haſta privarle de ella ſu partida, à la qual, y al coche ſiguiendo la ſuya, viò cuydadoſamente mirarſe; favor, que alcanzò la curioſidad, que el amor no; però baſtante à que ſe fueſſe contento de ello à ſu caſa, adonde Gonzalo ſu criado le contò, que avia ſabido de un eſcudero, que ſus padres (nobles, y ricos Andaluzes) tenian concertado de caſar à Doña Beatriz ſu hija con un Don Ortuño, Cavallero Vizcayno, que al paſſo que le ſobraban riquezas era ſobervio, deſayrado, y que no correſpondia en la corteſia à ſu nacimiento; cauſas, que le hazian à ſus propios amigos aborrecible, quanto mas à quien avia de vivir (ſiguien-

guiendo à la voluntad de ſus padres el efecto, que pretendian) en ſu compañia, mientras duraſſe la vida; pero que el reſpeto que les tenia hazia que encubrieſſe ſu diſguſto, moſtrando ajuſtarſe en todo à lo que ellos querian, y que nó tenia preſentemente ſu diſcurſo otro exercicio, que pedir à ſu entendimiento alguna traza, ò medio para que no tuvieſſe efecto eſte tratado, de cuya execucion rezelaba proxima ſu muerte, ò perpetuo ſu diſguſto, cuya noticia, sì bien lleno de mil temores al enamorado Cavallero, conociendo lo que muchas vezes puede la violencia de los padres, que ſin conſideracion à ſu alma, ni al graviſsimo pecado que cometen, ſe abanzan, llevados de ſu interès, ò de ſu capricho, à exercer con los hijos en la eleccion de eſtados juriſdiccion, que no tienen, uſurpandoles tyranicamente la libertad, que en eſta parte les reſervò el ſupremo hazedor, y dueño de todo lo criado, alentò ſu eſperanza, con la conſideracion de que eſta pretendida violencia tal vez le daria en el pecho de ſu querida el lugar, que como diſcreto no eſperaba de ſus merecimientos; y aſsi deſde aquel dia, tratando con mayor cuydado del aſſeo, y lucimiento de ſu perſona, paſſeò la calle con mas frequencia, ſolicitando el alivio de ſus penas con ſola la viſta de ſu adorado dueño, la que conſeguia

alguna vez, particularmente en la Iglesia de Santo Domingo, donde con su madre era frequente à Missa. Assi viviò algunos dias, en los quales no pudiendo ocultarse à Doña Beatriz, à quien se asseftaba los continuos tiros del Francès; porque los los ojos, verdaderas lenguas del alma, con retorica muda se lo parlaban: dispertò el agradecimiento à la curiosidad, para reparar en su presencia, y partes, que reconocciò tan perfectas, y acomodadas à su gusto, que impensadamente se experimentò prendada; y si bien el natural recato, y la honrada entereza no le permitieron corresponder con las equivalentes demonstraciones, tal vez la voluntad à hurtos del entendimiento, arrebataba los ojos, para que se explicassen en algunas involuntarias travessuras, que entendidas por el Amante, le alentaron, para que un dia, que se quedò sola en el cuerpo de la Iglesia, mientras su madre exercitaba la devocion en una Capilla, se arrodillasse a su lado, con afectado dissimulo, y diciendole con tremulo discurso, y cobarde expression: Disculpe, señora, mi atrevimiento el fuego que ha introducido en mi pecho vuestra hermosa incomparable perfeccion, y la involuntaria violencia con que obra el amor, le dexasse caer en la falda un papel que llevaba prevenido, y se levantasse con tal presteza,

que Doña Beatriz rezelosa, y turbada, solo tuvo tiempo para recogerle, y guardarle, hasta que restituìda à su casa pudo à sus solas leer estas palabras: *Poca, ò ninguna compassion mereceria la agigantada violencia de amorosas ansias, que desde el instante que os vì, introduxo en mi alma vuestra hermosura, incomparablemente superior à quantas han vinculado, y defendido hasta aora el imperio del ciego Rapàz, si los incendios de su dulce fuego pudiera templarlos, ò superarlos, para el silencio la razon; pues serìa conceder à esta mas fuerza, que à mi propia bien fundada passion; y siendo la que justamente os tributo, por su desmedida elevacion, bastante para canonizar sus triunfos, y por su firmeza, y estabilidad, para desterrar las bastardas memorias de la mudanza, por sino os lo huvieren significado las ansias, con que qual Amante Girasol sigo perennemente vuestros resplandores, os embia el alma en estas lineas, un breve diseño de lo que por voz padece, implorando para su remedio vuèstra piedad; que por ser atributo de lo divino, es fuerza la halle en voz, quien solo desea lo admitais por esclavo, sin que lo desaliente la falta de merecimiento; pues no pudiendo darse igual al vuestro, voz sola, con vuestra benigna correspondencia, le enriquezereis, con el valor, que no tiene, ni alcanzarà*

nin-

ninguno; y pidiendo el atrevimiento de estas expressiones, por su naturaleza de justicia, el perdon, solo aguardo, con lo que de vos me dixere el tiempo el reparo de mi vida, ò la sentencia de mi muerte.
Poco impulso avia menester yà Doña Beatriz para rebentar la mina del amoroso fuego, que agitaba su voluntad; y assi, aunque su entereza, y recato le dificultaban la correspondencia, que por instantes deseaba acreditar al Francès, reconociendose yà sin fuerzas para la resistencia; y obstigada de la consideracion de que el disgustado empleo, que la aguardaba, por la disposicion de sus padres, solo tenia el remedio en que su nuevo Amante hallasse el premio de sus fatigas con verlas admitidas, y pagadas de su voluntad, y que tal vez este no lo podria impedir, si lo dilataba, (venciendo dificultades, y atropellando inconvenientes) acreditò con su respuesta lo que en ocasiones diversas avian publicado sus ojos, à pesar de la entereza que professaba, de esta manera escriviendo: *La pluma, que de un enamorado pecho se atreve à mostrar todas las penas, pierde la fee que alcanza, la que en bosquexo enseña las que su dueño passa; que el verdadero Amor no consiente, que pueda pintar al vivo ningun amante sus efectos; à estos, que podia abrasar mentirosos, por bien dichos, he creido por tuyos verda-*

daderos. Què poca gloria puede dàr con su rendimiento una flaca Doncella à un fuerte Cavallero, ni yo quiero presumir, que el vencimiento solo sea el blanco de tu amor; y assi en fee de la que tengo entre los yerros de una baxa rexa de mi casa, (quando la noche obligue al descanso) hallaràs el que en hablarte me assegura, que lo es el ofendido recato, y Amor, que hazelle me fuerza, con nombre de piedad le honra, y abona. Esta cerrada diò a una Doncella suya, que aviendose criado desde la niñèz con ella, era de quien mas se fiaba, y recibida de Ricardo, en albricias le echò al cuello una rica cadena de oro; y porque no le diò lugar à otra respuesta, la encargò dixesse à su dueño, que èl mismo iria à darsela; y bolviendo à Doña Beatriz, encareciò la bizarria de el Amante, y las muestras de alegria, que avia dado, con cuyos discursos engañò al deseo, que tenia de verle, para no juzgar perezoso al Sol, que en su dorado coche se passeaba por los celestes orbes, sì bien no sucediò lo mismo à Ricardo, que le acusaba de tyrano, pues ocupaba con el favor de la noche (que atesorando tardanzas dilataba su venida) injustamente el Cielo, que à su hermana se debia; y finalmente llegando, pagò con densa obscuridad su pereza, y assi ya, que rondando el silencio, avia desembarazado las calles, acompañado so-

ſolamente de Gonzalo fue à la ſeñalada rexa, y en ella hallò à ſu dueño, aguardandole tan hermoſo, que temiendo ſus competencias, avia la blanca luna detenido ſu plateada carroza; y venciendo el amor à los temores, que con ſu viſta le avian cercado, le dixo: Què ſervicios merecieron, ſeñora mia, la preſente gloria, que sì bien deſconoce al fin el amor que os tengo, èl miſmo confieſſa ſer ſoñados merecimientos los que de èl nacen para alcanzar tanto bien? Los que teneis (reſpondiò Doña Beatriz) ſon tales, que acreditan los agravios, que en eſta ocaſion recibe el recato de una principal doncella, que he atropellado, para ſolamente aſſeguraros, que yà no dexa mi amor lugar al agradecimiento: pues tyranizando dulcemente à la voluntad, no permite pueda ſer, ſino vueſtra, de que eſtoy tan ufana, que zeden en mi eſtimacion los mayores Imperios del mundo al valor de mi priſion. A cuyas razones, con otras no menos amoroſas ſe moſtrò agradecido Ricardo, paſſando toda la noche en tiernos razonamientos, el fin de los quales fue darſe con mil encarecidos juramentos ſegura fee de guardarla ſiempre en ſus amores; y aſsi alegres yà, que huyendo de los brazos del viejo Tithon, venia la bella Aurora atropellando en ſu carrera à la noche, ſe dividieron, y de eſta manera

con-

continuaron casi dos meses, hasta que passando por la calle con dos amigos Don Ortuño (el Cavallero Bizcayno, que estaba concertado de casar con Doña Beatriz) una noche muy tarde, oyò hablar à los dos Amantes tan encendidos requiebros, que despertando en el sobervio pecho rabiosos zelos, determinò vengar luego su agravio, y sin comunicarlo con sus amigos, ciego de colera sacò la espada; y sin hablar palabra acometiò à Ricardo, que avisado de su dueño le estaba aguardando; y deseoso de mostrarle, que iban las amorosas finezas acompañadas de su valor, lanzò de la calle à los amigos, que le ayudaban, y à èl con dos mortales heridas dexò tendido en ella, huyendo sin ser visto de nadie; y poco despues bolviendo en sì Don Ortuño, despertò a todo el barrio, pidiendo à vozes confession; y los que primero salieron fueron criados de Don Rodrigo, que conociendo al herido le metieron en casa, alborotandola con sus lamentables vozes: à las quales despertò el padre de Doña Beatriz; y sabiendo el sucesso, se levantò apriessa, por solicitar remedios al cuerpo, mientras un piadoso sacerdote estaba procurando el del alma; pero fue vano su cuydado; porque apenas acabò de confessarse, quando quedò difunto, cuya vista sacò à Doña Beatriz (à pesar de Amor, que del funesto

ſuceſſo ſe alegraba) rico rocio de orientales perlas tanto, que obligò à los padres à mandarle, que ſe retiraſſe, porque ceſſaſſen las laſtimas, que cauſaba ſu noble piedad. Y aſsi fuè, que ſola con la imaginacion del bien, que con mas facilidad eſperaba alcanzar, ſin el eſtorvo del difunto Ortuño, revocò el contento, que avia ahuyentado con ſus lagrimas; y por no perder ſu derecho la condicion humana, ſe le ſaltearon los temores del daño, que podia reſultar à ſu querido, ſi acaſo no le huvieſſe encubierto la noche, la qual paſsò toda en amoroſos deſvelos, haſta que llegado el dia enterraron à Don Ortuño en San Phelipe, adonde Ricardo conociò en las mentiroſas releciones, que ſe hazian de ſu muerte, averle ſido propicia la obſcura noche, y animado con eſto à no dàr con ſu auſencia indicio de ella, ſe fue à ſu caſa, y hallò en ella à la ordinaria eſtafeta de ſus amores, con un papel de ſu dueño, que abierto decia: *Los temores leales, compañeros del verdadero Amor, impiden, que el contento celebre libremente la victoria, en tanto, que tu miſmo no aſſegures aver ſido ſin algun efecto de la cruèl intencion del muerto enemigo, que aſsi la publica la eſperanza no creìda de ellos; por cuya reputacion bolveràs, calificando (como deſeo) ſu verdad en la reſpueſta de eſte, que lleva mi doncella, la qual*
de

de todo lo que en caſa ha paſſado darà larga relacion, mientras yo, valiendome en eſta ocaſion de la autoridad, que me has dado, te ordeno, que ſeas cauto en guardar tu vida, porque mi padre, y ſus deudos, con eſtraordinarias diligencias, ſolicitan la venganza, aſſegurandote, que en la tuya eſtà librada mi vida, que para guardarla no quiero que me veas, porque amante no dès indicios de lo que hiciſte Cavallero, y haſta aora tiene ſepultado en ſus tinieblas la noche. Y aviendo acabado de leer, y ſabido de la menſagera lo mucho que Don Rodrigo avia ſentido la muerte del Vizcayno, con lo demàs que yà queda dicho, tomando la pluma, le reſpondiò, encargando à la criada le alcanzaſſe de ſu dueño licencia de poder recibir los favores, que antes gozaba, prometiendo ſobre una memoria de oro que le diò, reconocer con liberal mano la gracia, que tanto deſeaba; para cuyo fin le prometiò llamar todas ſus trazas à conſejo; y aſsi dexando en lugar del oro, que ſe llevaba montes de eſperanzas, bolviò à ſu ſeñora; y encubriendo el regocijo, que le avia cauſado la dadiva, le diò la carta, y por no moſtrarſe tan alegre, como ſolia, quando le llevaba buenas nuevas, penſando, que las traia malas, le apretò un repentino dolor de tal manera el corazon, que no pudiendo ſuſtentarſe en pie, cayò deſ-

mayada en los brazos de su criada; y no dando, ni pequeña señal de bolver en sì con el agua, que sobre el difunto rostro le echò, pensò, que estaba muerta, y le quitò la carta de las manos; y escondiendo la hiriò, con los acentos de sus lastimosas vozes, los oìdos de su madre, que fuè luego al quarto de su hija, à quien hallò sin pulsos, casi anegada en desatados arroyos de sudor frio, y con las lagrimas, que sobre ella derramò, bolviò en sì, con un profundo suspiro, à tiempo que por la puerta de su aposento assomaba su padre, y quedò confusa de verse asi acompañada; mas mirando à su madre llorosa, imaginò, que la criada avia dado cuenta de todo à sus padres: en cuya opinion se confirmò, quando se hallò sin la carta, que antes tenia; y asi quedò suspensa, hasta que la criada dixo à su madre: Señora, yo aprendì de una tia mia una oracion para los desmayos, que si bien mi señora no lo està, servirà de hazerla bolver del todo en sì, y diciendole, que la dixesse, se le llegò al oìdo, y dixo: Ricardo està muy bueno, yo tengo guardada la carta; y asi no ay sino animarte para poderla leer, que por ella conoceràs ser esto verdad: con cuyo ensalmo se alegrò tanto, que levantandose en pie abrazò à su madre, y la asegurò, que yà se hallaba del todo buena de su no conocido mal; y su padre,

que juzgò ser pesadumbre del muerto esposo, procurò consolarla, con certificarla le daria otro, que la merecieſſe, y añadiendo à estas otras semejantes razones la madre, mostrò, que por averles conocido su mal no la dexaba dar respuesta la natural verguenza de aquel estado, y descubriò en el contento la obediencia, que les debia, y el fructo de sus persuasiones, que apoyaron, con no permitir quedasse en todo el dia sola, à cuya causa no pudiendo leer la carta, padeciò penas, que solamente puede entender quien sabe amar, y referirlas nadie, hasta que aviendo acabado su natural carrera el Dios de Delo vino la noche; y quedando sola, con la secretaria de sus amores pudo vèr, que decia: El enemigo azero no pudiera, atravessando mi abrasado corazon, hacerme mayor mal del que temerosa sin causa me procuras en quitarme la gloria, que de tu vista alcanzo: Y asi te suplico no consientas me condenen los cobardes compañeros de Amor, que tù llamas leales à las penas, que en castigo de los agravios de su ofendida Magestad passa el desleal amante, asegurandote, que no durarà mas mi vida de lo que la detuvieren las esperanzas de verte. Y pudieron tanto en el pecho de Doña Beatriz estas amorosas razones, que mandò à su ordinaria mensagera le avisasse por la mañana, que la noche si-

guiente la vieſſe; y aviendo llegado adonde ſolia, aprendiò Diana requiebros para Endimion de los muchos que con extraordinarios encarecimientos ſe decian, cuyos guſtos pagaron deſpues de pocos dias, con las anſias que les causò la nueva de averle dado à Don Rodrigo un govierno en el Perù, por la forzoſa auſencia que les notificò con ella amor, para cuyo remedio hicieron infinitas conſultas; y por no le hallar en ninguna, las abraſaban deſpues con ardientes ſuſpiros, y anegaban en lagrimas, porque la mejor, que fue pedirla à ſu padre, no baſtò, aunque le conſtò de la nobleza, y riqueza de Ricardo, prometiendole mayor caſamiento el nuevo cargo, de manera, que deſeſperados concertaron lograr ſus eſperenzas à peſar de Don Rodrigo. Y aſsi la noche, que avia de preceder à ſu partida, con las mejores joyas, que tenia, acompañada de la medianera de eſtos amores, ſaliò de caſa, à cuya puerta hallò à Ricardo, que recibiendola tiernamente en ſus brazos, à pocos paſſos las entrò en un coche para eſte efecto, prevenido, y en la ſecreta parte, que yà lo eſtaba, las viſtiò de hombre, y embiò (conforme avian concertado) con Gonzalo à Francia, con orden, que le aguardaſſen à la raya, adonde iria, quando juzgaſſe, que eſtaban en ſalvo, quedandoſe para deſmentir eſpìas; y le ſu-

cediò à medida de su pensamiento, porque como los padres de Doña Beatriz se levantassen temprano cuydadosos del camino, y no la viessen parecer, ni responder à las vozes, y golpes, que dieron à las puertas de su quarto para despertarla, rezelandola muerta, las derrivaron; y no la hallando, sospecharon, que el Francès la huviesse engañado; y assi ciegos de colera, sin otra consideracion, dieron quenta del caso à un Alcalde, el qual fuè à su casa, y le hallò cuydadosamente descuydado en su cama, y fingiendo ignorar el successo à las preguntas del Juez, hizo tales lastimas, que se persuadiò à su inociencia; y dexandole, le suplicò Ricardo con muchos encarecimientos continuasse las diligencias, porque durasse su vida, que era justo se acabasse, quando su dueño con la muerte huviesse assegurado su firmeza, que à no la tener, no podria estàr su hermosura oculta, con que se acabò de confirmar en su opinion el Alcalde, y se lastimò Don Rodrigo, quando se lo refirieron, considerando el yerro, que avia hecho en no dàr su hija à tan noble Cavallero, el qual acreditò sus penas, sin dexar demonstracion ninguna de tristeza, hasta que desesperados de hallarla sus padres, se fueron muy descontentos à las Indias, adonde los dexarèmos por bolver à Doña Beatriz, que hacia à largas jor-

nadas su viage ; y apenas huvieron andado tres, quando la criada se quedò de un repentino mal muerta en el camino ; y aviendola enterrado, se fueron muy tristes, y afligidos del funesto accidente ; y despues de algunos dias llegò (errando el camino) à la cumbre de un alto monte, que armado de hielo, y nieve mostraba ser fuerte, y seguro asylo del erizado invierno, que de otras partes desterrado se avia retirado en èl ; y juzgandolo serìa tambien suyo, determinò dar tregua lo restante del dia à su huìda en una choza de Pastores, que la combidaban à descansar ; y asi, aviedose apeado se reparò del cansancio, y frio, sentandose con ellos à la lumbre ; à cuyo beneficio añadieron rusticos manjares, que con diligencia, y particular agassajo ministraron, mostrando en servirla tanta voluntad, que pudieron quitarle el rezelo, que debe tener todo caminante cuerdo ; y asi, yà que la noche escondia a los mortales el Cielo en sus tinieblas, deseosa del descanso se entregò descuydada al sueño, sin desnudarse, sobre unas pieles de ovejas ; y haciendo lo mismo Gonzalo, quando les pareciò à los pastores (que en este trage disimulaban el ser salteadores) que mas profundamente dormian, se levantaron, y les cogieron las maletas : pero no pudieron hazerlo con tanta quietud, que no los sin-

tiesse, yà que salian de la choza Gonzalo (que temiendo no espantar à Doña Beatriz, si la recordaba) saliò con su espada, y capa; y alcanzandolos, a poco trecho dexò muerto de una punta a uno de ellos; pero bolviendo los demas à vengar al compañero, despues de larga pelèa le rindieron, por las muchas heridas que le dieron cayò entre el hielo, y nieve; y al primero que llegò a desnudarle, attavessò el pecho con la daga, que furiosamente movian las ansias de la muerte: lo qual visto de los dos, que quedaban, le acabaron de quitar la vida, y los vestidos, y se fueron con ellos alegres, y gozosos por las partes del hurto, que heredaban con la muerte de los compañeros; no aviendo podido alcanzar de su villano interès, con sus ruegos el herido, que no le desamparassen; y assi dispertò con sus vozes à Doña Beatriz, yà que espantada del atroz caso descolorida el alma se dexaba vèr de los mortales; y como no hallasse à ninguno de los Pastores, ni la respondiesse Gonzalo, temblando, y erizados de miedo los cabellos, saliò de la cabaña, y de nuevo oyò las vozes, las quales creyò ser de Gonzalo; y assi haciendola animosa la desesperacion, y siguiendo las pisadas que avian hecho los infames Pastores, topò con el muerto, con que no dudò ser su criado el q se quexàra, pero à pocos passos le hallò embuel-

to en roxa nieve, mas que ella frio, y junto à sì el que daba las vozes, cuya viſta le causò tanta pena, que à no ayudarla el que reparte ſu favor en los mas peligroſos trances, pudiera quedar entre el muerto, y herido ſin vida; mas ſacando fuerzas de flaqueza, le puſo la eſpada en el pecho, y le obligò à que le contaſſe todo lo ſucedido, pidiendole en fin de la relacion humilde el perdon, que le concediò piadoſa, al tiempo que ſalia de la mortal priſion el alma, con que de nuevo atemorizada, viendoſe ſola en parte tan remota, no ſabiendo, què hacerſe, bolviò à la choza; y embueltas en lagrimas, y ſuſpiros, eſparciò al ayre laſtimoſas quexas, y entre ellas eſtas razones: Aprendan de mi funeſto exemplo las incautas doncellas à no querer, ſin guſto de ſus padres, el mas juſto caſamiento, que del perdido reſpeto ſiempre forja el Cielo ſevero caſtigo, con el miſmo medio, que mal aviſadas eſcogemos para nueſtras dichas. Con eſtas, y otras laſtimas enternecia las peñas, y el ayre, que ſe detenia à eſcucharla, laſtimado de oirla, partia deſpues gimiendo, y furioſo, azotandoſe de dolor, por los mas aſperos riſcos de aquellos montes; y aviendo paſſado gran parte del dia en ſu triſteza, y llanto, Dios, que entonces acude (para que en èl ſolamente confiemos) quando deſeſpera de remedio el corazon humano: guiò

errando por el mismo camino à un noble Cavallero, que de la Corte de España bolvia à la de su Rey en Francia; y viendo la choza, enderezò à ella sus passos, y antes de llegar hirieron sus oìdos las lamentables vozes de Doña Beatriz, cuyos delicados acentos le llevaron suspenso à la puerta, adonde viendole Doña Beatriz, y sospechando, que fuesse el capitan de los ladrones, deseosa yà de morir, le dixo: Ruegoos, señor, que sin dilacion alguna me quiteis la vida, que me dexaron para mas pena los vuestros; de cuyas razones, conociendo el Cavallero el falso juicio que hacia (por la turbacion) de su persona, en castellano le respondiò: Estais, señor, engañado, si pensais, que para defenderos no perderè de muy buena gana la vida; y asi podreis con seguridad darme ocasion en que lo muestre: cuyas palabras le quitaron parte del miedo, que avia cobrado; y asi le diò las gracias, que en semejante trance se debian à tales ofrecimientos, y fingiò, para satisfacer la curiosidad del Cavellero, que la obligaba con mucha cortesia à contarle la causa de sus lagrimas, este sucesso, diciendo: Yo, señor, salì de la Corte del gran Phelipe, sirviendo de Page à un noble Cavallero, que deseoso de vèr la del Christianissimo Rey de Francia, avia dexado las comodidades de su propia casa, y entretenimientos de la

Corte, y ayer al ſubir de eſte monte perdimos el camino, y quedamos en eſta choza (adonde nos guiò ſu mala eſtrella) para proſeguir, en ſiendo el dia nueſtro viage, con la guia de uno de quatro paſtores, que en ella vivian, y que nos recibieron corteſes; pero quando nos vieron ſepultados en ſueño, nos cogieron quanto teniamos, y ſe fueron, ſiguiendolos mi ſeñor, que los ſintiò, y vengò con la muerte de los dos de ellos la vida, que con los dineros, y joyas le quitaron, quedando yo ſuerte ſolamente para llorar deſdicha tanta, y aguardando à que vengaſſen en mì à ſus compañeros. De cuyo ſuceſſo laſtimado el Cavallero, le dixo; que ſi le queria ſervir, procuraria no le hizieſſe falta ſu muerto ſeñor, y aviendo aceptado el ofrecimiento, ſubieron acavallo, yendo Alexandro (que aſsi dixo llamarſe el nuevo Page) en las ancas de un valiente macho, que llevaba a un criado del Cavallero, con el qual ſaliò (deſpues de mucho rodear) al camino, y llegaron dentro de pocos dias (ſin que les ſucedieſſe otra coſa) à la Corte, adonde los dexarèmos deſcanſar para bolver a Ricardo, que en la de Eſpaña, aviendoſe ido los padres de ſu dueño, eſtaba de partida para ſeguirle, como lo hizo, tomando poſtas para poderla alcanzar, yà que en el pielago de los continuos accidentes de la Corte viò averſe perdido

la memoria de su huìda; y aviendo llegado al lugar en que avia ordenado, que le aguardassen, y no la hallando, ni nueva de que huviesse llegado: el temor de algun infausto sucesso le diò tanta pena, que casi perdiò el juicio; pero pensando, què podria aver passado por su tardanza à la Corte, determinò seguirla, sin cessar de preguntar por ella en el camino, y Lugares adonde llegaba; y en uno supo, que el muchacho que decia, iba sirviendo à un Cavallero; y no hallando nuevas de Gonzalo, ni de la criada, le acometieron con tanta fuerza los bastardos hijos de Amor, que perdiendo del todo el sesso, dexò el camino de la Corte, y se fuè àzia Marsella, adonde aviendole conocido por loco, le acabaràn los muchachos, a no favorecerle Dios, por medio del Governador de aquella Ciudad Monsu de Pernon, hermano suyo, que reconociendole le hizo recoger, y curar con tanta diligencia, que al cabo de un año se hallò libre de la locura; pero no de Amor, que aviendose apoderado del corazon no le permitia pensasse en otra cosa, que en Doña Beatriz; la qual en el tiempo que su amante anduvo loco de zelos, passò la mas penosa vida, que imaginar se pueda, con un estraño accidente, que le sucediò en la Corte con una hermana del Cavallero à quien servia; y fuè, que viendo Madama Carmin-

da el estremo de su hermosura, acompañado de una suprema discrecion, empezò poco à poco a ficcionarsele; de manera, que le pidiò al hermano para que la sirviesse; y como viesse Alexandro la voluntad, que su señora le mostraba, procuraba en todo agradarla; tanto, que la que avia parecido solo aficion, se descubriò ser verdadero amor. Y assi un dia, que se avian quedado solos en casa, hablando en diversas cosas, le preguntò Madama de las de su tierra, y si en ella las avia tan hermosas, como en aquella Corte, à que respondiò: Que à no hallarse su señora en Parìs, sin duda alguna, las de Madrid se llevaràn la gala de hermosura: pero que la superior que ella tenia hacia que todas las de su tierra (si muy hermosas) le pareciessen feas, con que assegurandose de su voluntad, determinò descubrirle el fuego, que le abrasaba el alma. Y assi, cubriendo los blancos jazmines de su hermosa cara de claveles, para quitarle el respeto, que pudiera estorvarle la correspondencia, que deseaba le mostrasse, se abrazò con èl; y con las mas tiernas, y amorosas razones que le dictò Amor, le descubriò el que le tenia, assegurandole, que antes perderia la vida, que poder no quererle; y assi le persuadia à que no se mostrasse desagradecido: pero viendo Alexandro quan impossibilitado se hallaba de pagar con obras

los favores que recibia, temia el engañarla con falsas razones, y no juzgaba por seguro el descubrirse, hasta tener nuevas de su Ricardo; de manera, que lleno de confusiones no sabia què responderla: Viendole, pues, suspenso, sospechò que fuesse cobardia; y assi le animaba, diciendo, que no se rezelasse de admitir la suerte, que venia à encontrarle; y no siendo bastante à hazerle mudar semblante, creyò, que la despreciaba; y sin poderlas detener, vertiò lagrimas de sus hermosos ojos: de que lastimado el fingido Page (que yà tenia experiencia de la fuerza del ciego niño) se enlazò en su hermoso cuello, y acreditò con las obras, que le era permitido el amor, que para consolarla fingia tenerla, de que Carminda alegre se mostrò, con el nuevo contento tan hermosa, que juzgò Alexandro no aver visto quien la igualasse; en cuyo engaño la detuvo discretamente el tiempo, que su querido Ricardo tardò en sanar del frenesì de los zelos, hasta que otro Page Francès, embidioso de tantos favores, aviendolos visto amorosamente enlazados, les acusò à Monsu de Lansac su señor, el qual disimulò prudente para cogerlos en el hecho, determinado à lavar con la sangre de entrambos su manchado honor. Y assi avisado del embidioso Page, una siesta, que en amorosos juegos se entretenian, entrò de

repente en el quarto de su hermana; y desnudando furioso el azero para vengar su afrenta, fuè à matarla; pero Alexandro agarrandose de èl le detuvo, suplicandole se reportasse, porque arruinaba la honra de su linage, matandola injustamente; con que embrabeciendose mas, por parecerle que se burlaban de èl, procuraba darle con el azero la respuesta; pero haciendole fuerte el miedo, fuè bastante à escusar, que no executasse su intento; y asi tuvo lugar de decirle, que advirtiesse, que èl era tan muger como su hermana, que por saberlo se burlaba con ella, no pudiendo hacerle la afrenta, que engañado pensaba. Lo qual no creyendo, llamò à una Dueña, que se certificasse de ello; y conocida su verdad, quiso yà desenojado saber la causa de averse encubierto en aquel trage tanto tiempo: la qual por mostrarse agradecida à tantas mercedes recibidas, les contò todo lo referido, con que quedò corrida, y lastimada Carminda; y vistiendola uno de sus mas bizarros vestidos, pareciò tan hermosa en el trange Francès, que volando amor del pecho de la gallarda Francesa en el de Monsu de Lansac, sintiò atormentarse, de manera, que determinò, siendo tan noble, como avia dicho, casarse con ella. Y asi empezò con tantas veras à darle à entender su amor, que rezelando Doña Beatriz algu-

na fuerza, suplicò à Carminda, que avia trocado el amor en verdadera amistad, la favoreciesse para entrarse en un Monasterio, mientras no tuviesse nueva de su esposo Ricardo. A cuyo pensamiento ayudò, de manera, que saliò con èl, entrandola en uno de los mas principales de la Corte, adonde en breve tiempo con su noble trato, y discrecion cautivò las Monjas todas, que se tenia por dichosa aquella que podia gozar de su conversacion; pero la que mas apassionada suya se mostrò, fuè Madama de Artois, la mas hermosa, y discreta del Monasterio, y prima hermana de su querido Ricardo, que lo supo, aviendole comunicado los trabajos, que por su amor avia passado; y de la misma entendiò, que dentro de pocos dias se aguardaba su venida de Marsella, adonde avia estado enfermo un año entero, bolviendo de España, y yà con salud. Y al fin à poco mas de dos meses llegò, y no hallando à Gonzalo, como esperaba, fuè tanta la pena que le sobrevino, que huyendo conversaciones, gustaba de estàr solamente retirado, quexandose de su triste suerte, y de Amor, que tan mal avia premiado su lealtad: lo qual todo sabia Doña Beatriz, con el favor de Madama de Arrois; cuyo contento puede imaginar solamente el que sabe mas de amores, viendo, que sin esperanza de ha-

llarla no avia podido el tiempo rendir ſu amor, antes daba verdaderas mueſtras de ſu acrecentamiento con nuevas finezas. Y aſsi laſtimada yà de tantas penas, procurò, que ſu prima le embiaſſe un quexoſo recado de no averla viſitado; y aviendolo hecho, diò por diſculpa los achaques de ſu nuevo mal; y el dia ſiguiente fuè ſolo al Monaſterio, adonde deſpues de los cumplimientos de tan larga auſencia, pidiò, que la deſcubrieſſe la cauſa de tanta triſteza, para darle remedio, pero rehuſando hazerlo) por la impoſsibilidad del miſmo, hizo que vinieſſe de repente al locutorio Doña Beatriz, cuyos hermoſos ojos hiriendo al Cavallero, le tuvieron gran rato abſorto; y fuè milagro de Amor no perder con el repentino contento la vida; pero dexando la admiracion en ſu libertad à la lengua, en la Caſtellana dixo: Son magicos remedios eſtos, que unicos ſe proponen à mi mal, ò de las paſſadas, y preſentes penas verdadero conſuelo: eres (ò me engañan los antojos de mis encendidos deſeos) la que ſola me puedes hazer dichoſo: libra de tanta confuſion (ſino me engaño) el alma; y ſi la imaginacion amante forma lo que mas para ſu gloria deſea, dure el engaño, mientras no ſe acabare la vida: pues yà que mi deſdichada ſuerte no ha querido hazerme con tu verdadera preſencia venturoſo, no ſien-

ta con la pèrdida de la fingida representacion de mi gloria el cierto daño, que desapareciendo tan amada forma ha de afligirme, y atormentarme de nuevo con mas veras: de las quales bien satisfecha Doña Beatriz, no le sufriendo mas el corazon, respondiò: Yo soy (querido Ricardo) la que sintiendo ausencias he perdido el corazon desatado en llanto por los ojos, que à tenerle aora no fuera possible vivir con el diluvio de bienes, que con tu vista me embia el piadoso Amor: de quien quexandose Ricardo, porque permitiesse que tantos yerros le estorvassen los deseados abrazos, la rogò le contasse lo que despues de aver salido deMadrid le avia acontecido; y aviendolo hecho, supo de èl en recompensa lo que del mismo se ha referido, rematando la platica con dàr cada uno por tanto bien las gracias debidas à Madama de Artois, y concertar que fuessen dentro de tres dias las bodas, para poder prevenir las galas, que era justo, como en efecto se hizo con gusto general de sus deudos, y amigos, alegrando con las fiestas que se hicieron toda la Corte, de adonde partiò velocissima la parlera fama à publicar en diversas partes el peregrino sucesso, mientras ellos gozandose en alegre vida, daban al mundo bellos frutos de amor, cuya vida les durò seis años, hasta que embidiosa la fortuna, hizo que

allà en las Indias, en competencia amorosa, perdiesse un hermano de Doña Beatriz, que se decia Don Enrique, la mas bella, y rica Dama del Perù, por aver su contrario publicado la infamia, y no vengado robo de su hermana, y determinado de hazerlo, ò no bolver a la vista de sus padres, se embarcò con muchas riquezas, y llegò felizmente à Sevilla, y de ay à la Corte, adonde aviendose con extraordinaria diligencia informado del Cavallero Francès, de quien tuvieron sospecha: supo, que pocos dias despues de su partida para las Indias, se avia passado à Francia: Y cayendo en la treta, partiò para Paris, resuelto de vengarse, adonde en llegando descubriò con recato el sucesso de su hermana, à quien viò diversas vezes muy contenta; y estandolo èl, de que la fortuna favoreciesse sus pensamientos: fingiò averse venido de las Indias, por disgustos, que avia tenido con sus padres, y fuè à visitar à Ricardo, y à su hermana, mostrando infinito gusto de hallarlos con tanto; y acariciando los sobrinos, sin hartarse de encarecer, yà el donayre del uno, yà la gracia, y brio del otro, engañò facilmente à la hermana, y cuñado, que no le consintieron estuviesse en otra casa, sino en la suya, adonde aviendo estado dos años continuos, y aprendido con m cho estudio la lengua (que esta estimò por

po-

poderoſo medio para ſalvarſe, en vengando ſu agravio) ſe fueron un Verano à un Lugar de recreacion tres leguas de Paris: en el qual aviendo eſtado algunos dias, y obligado Don Enrique con muchas dadivas à una Doncella de ſu hermana, le entrò en ſu quarto una noche al primer ſueño, y à puñaladas matò con barbara crueldad los deſdichados caſados, que durmiendo deſcuydados no pudieron hazer defenſa alguna; y no contento de eſto, temiendo no le deſcubrieſſe la Doncella, le diò en el miſmo apoſento la muerte, vengando con aſſegurarſe la traycion, que desleal avia cometido contra ſus propios ſeñores: Y cerrado el quarto, tomò (peſaroſo de no aver podido matar à los inocentes ſobrinos, que eſtaban en otro) las poſtas, que un criado ſuyo tenia prevenidas, y ſe fuè de Francia, ſiendole favorable la fortuna, por no averſe ſabido el funeſto caſo en todo el dia ſiguiente; pero derribando las puertas los criados, como no ſe levantaſſen ſus ſeñores, hallaron del fratricidio cruèl las laſtimoſas ſeñales, cuyas nuevas laſtimaron toda la Corte; y aunque ſe hizieron extraordinarias diligencias, no fuè poſsible hallar al traydor hermano, y aſsi la fama tomò à ſu cargo la venganza, con infamarle (contando el caſo) en todas las partes del mundo.



EL PICARO AMANTE.

NOVELA II.

FRancifco Uriango, y Fernando Armindez, dos Eftudiantes gorrones, que no los havia hecho amigos la Patria, ni el eftudio; pues efte era Aragonès, y aquel Navarro, inclinado el primero à la Filofofia, y el fegundo à las Leyes; fino el efpiritu marcial, que encubrian las fotanas, y el fer en todo tiempo defenfores de Cathedras, y los que a pefar de toda Salamanca, victoreavan à quien les encomendava fu pretenfion. Haviendo ido un dia del verano à ver una comedia, quedaron (fin valerles fu braveza) efclavos del brio, bizarria, donayre, y gracia, que moftraron Lifarda, y Rofila fu criada, las dos mas bellas farfantas (à fu parecer) que pifaron el Teatro; y como traìan en las lenguas los corazones, luego fupieron entrambos el mal de cada uno, y para reme-

diarle, determinaron procurar de assentar plaza con el Autor: porque el Aragonès, fuera de ser mozo, dispuesto, y brioso, danzaba por excelencia, cantaba bien, y no tañia mal; y Uriango no hallaba quien le aventajasse en hacer un simple; y asi, en llegando la noche, dexaron las cortas togas, y cubiertas con monteras, aforradas en ante, las cabezas, con un gran coleto, buen broquèl, y espadas anchas à lo bravo, fueron à buscarle en su posada, y en pocos lances le representaron la causa de su visita, y como no reparassen en el salario (hecho alarde de sus gracias) quedaron por compañeros, y se les repartieron papeles, que estudiassen para representar en saliendo de Salamanca. Hicieronlo asi, aventajandose de manera, que dexaron satisfecho à el Autor, è invidiosa la compañia. Y haviendo procurado muchas veces en las ocasiones, que les ofrecia la farsa, dàr à entender sus penas à quien se las causaban, nò descubrian señales de haver sido entendidos; cosa, que les apuraba de manera la paciencia, que estuvieron por apelar à Marte (yà que Amor no los favorecia) y con su favor gozar el bien, que deseaban, pero reportandose, llegaron con sus males à Barcelona, en tiempo de Carnestolendas, y ò fuesse, que las extraordinarias finezas, que en aquella Ciudad hicieron, acreditassen su

amor,

amor, ò el mismo tiempo, que alborota la sangre al mas frio, encendiesse la de sus damas, en tropa llegaron el conocimiento del amor, el admitirle, regalarle con favores, y sepultar à la esperanza, y deseos en la pretendida possession, que no los enfadò, por ser breve, respecto de que la Quaresma deshizo la compañia; y siguiendo ellas las de sus maridos, dexaron despicados à los galanes, que despues de haver barloventeado algunos dias, en si passarian à vèr la bella Italia, alhagados de la comodidad del passage, que ofrecia la primavera, ò si bolverian à sus estudios, determinaron dexarlo todo, y trasladarse à la Corte (que estaba entonces en Valladolid) como lo hicieron, pero llegaron à ella con muy poco dinero, que les avisò procurassen manera de vivir: è informados quien de los Señores de ella era mas aficionado à los de la hoja, no hallando otra plaza vaca, assentaron con èl en la de lacayos, en la qual sirvieron el año de la aprobacion con mucho trabajo; porque fuera del que sentian en pisar continuamente lodos en el invierno, y ser blanco de los rayos del ardiente Sol en el verano, el de no pagarseles racion los acabàra, à no tener cada uno una de las Ninfas de Esgueva, que le socorria con lo que, ò diezmaban (sin ser Curas) à sus amos, ò contribuìan otros; estando ellas muy contentas del res-

pecto, que las tenian los que sabian correr su reputacion por quenta de los dos valientes lacayos, los quales cansados del oficio, dieron en ser Cavalleros del milagro; frequentando, para cobrar su renta, las casas de juego, adonde aprendieron el arte de no perder, con la qual aumentaban los baratos, si acaso su mala suerte traìa algun novato al garito, en el qual haviendo juntado con industria doscientos escudos, deseosos de vèr à Sevilla, yà que estaban bien disciplinados, para quanto se les pudiesse ofrecer, en pocos dias se plantaron en ella; y registrando todas sus calles, y ventanas, vieron perfectamente retratadas en una dama (cuya edad no passaba de quinze años) las celestes hermosuras, à cuya vista quedò Armindez absorto, sin poder dàr passo adelante el tiempo, que desafiando al Sol con la luz de los dos suyos, se detuvo en la ventana, y volviendose à Vriango, que acusava su embelesamiento, le dixo con un profundo suspiro: Ay, amigo, que me ha dexado Amor con sus flechas herida cruelmente el alma, cuyo dolor es tanto, que temo perder la vida, sino se duele de ella la muchacha, que se và huyendo con el corazon, que me ha robado; pero el Navarro, que juzgò estàr su mal solamente en la lengua, sonriendose, alabò su buen gusto, y la hermosura

de la doncella, y mudando platica con las novedades, que hallavan à cada passo, se fueron en anocheciendo à la posada, y aunque tuvieron bien que cenar, el Aragonès se quedò en ayunas, y gastò toda la noche en suspirar, sin que el Amor le concediesse breve descanso, assi Vriango, que le amava mucho, lastimado de su mal, procurò consolarle con estas razones: No havrè menester gastar mucha prosa, pues sabes mi voluntad, y las obras, que suelo hacer en las ocasiones; y bien puedes consolarte en esta, que voto à Christo, que si fuere necessario, a medio dia la saque yo de su casa, y te la zampe en los brazos. No te pierdas de animo, sepamos su calidad, porque si fuere tal, que nos prometa bodas, tuya es la moza; y si de mayor quantìa, no faltaràn trazas para salir con nuestro intento, que quien resistiere à un estudiante engerto en farsante, lacayo, y fullero, ha de saber mas que el mismo demonio; à cuyo razonamiento animado Armindez, se vistiò, y fueron entrambos à la calle en que se havia perdido, y supieron de los vezinos de la señora, que era hija de un gruesso Mercader, que en aquel año havia passado à las Indias, dexando el cuydado de su casa à un hermano suyo, que tenia parte en el trato; y por no ser casado, vivia con la cuñada, y sobrina, cuyo nombre era Doña Leonor, pretendi-

da de muchos Cavalleros de la Ciudad, tanto por su riqueza, por ser hija unica de sus padres, quanto por su singular hermosura, à cuya causa gozavan los vezinos de excelentes musicas, que le daban à porfia los pretendientes, relacion, que dexò sin sentido al Aragonès, y no poco pensativo al Navarro. Pero haviendo sabido juntamente con esto, que se les havia muerto un viejo Escudero, que tenian, y despedido el hermano à un criado suyo entre Paje, y Lacayo, juzgò buena ocasion esta de entrar en su casa; y comunicado su pensamiento al Amante, quedò contento de ello, y se bolvia casi loco al decirle, que èl se havia de fingir en publico su hermano, y procurar en secreto de ser conocido por verdadero criado suyo, no dexando demonstracion, que pudiesse calificarle por tal, y que Armindez havia de traer en los jubones el Avito de Santiago, y una venera de oro, con su Cruz encubierta, que enseñada al descuydo, le acreditasse cavallero, para poder encaminar de esta manera su pretension al deseado fin; cuyo buen principio de ser recibidos en lugar de los dos muerto, y despedido; les assegurò el buen sucesso de ella, y lo primero que procuraron fuè, con el cuydado de servir bien, grangear la voluntad de sus señores, y con mostrarse el Aragonès liberal con los demas criados, hacerse señor de ellos,

como le sucediò; pues no havia en casa quien no aventurasse por èl de buena gana la vida, por causarsela à todos alegre; y para encubrir el dinero, que cobraba de los jugadores sus depositarios, y calificar su riqueza, concertò con un mercader, que le diesse, en lugar del interès de ciento y cinquenta escudos, que le entregò, fingidas letras de cantidades diversas, como no excediessen la suya, las veces que se las pidiesse, el qual codicioso, no reparando en los daños, que podia causar, en consentir tal cautela, no se apartò un punto del concierto, de manera, que mostrando en confianza, yà à uno, yà à otro criado las letras, y llevandolos à veces consigo à vèr las cobranzas, diò causa à que hiciessen varios discursos sobre èl, y à que le tuviessen sus amos (à cuyos oydos llegò presto la nueva de todo) en concepto de hombre principal, que por oculta causa estuviesse encubierto en aquel trage, sirviendo, y èl con volver despues al Mercader los dineros, ya que en el juego los havia multiplicado suficientemente, dexaba entero el caudal, y satisfecho al depositario, por gozar à tan poca costa el dinero ageno. Haviendo, pues, conocido por muchas señales los efectos de su industria, se atreviò à mostrarse amante, alentado de las esperanzas, que engendraban, con mirar atentamente à Doña Leo-

nor, quando divertida no reparaba en èl; mas ella, que al descuydo lo havia advertido muchas veces (si bien no lo diò à entender) no le pesaba de ser querida, antes deseaba, que fuesse de la calidad, que le publicaban su talle, y acciones (que miradas con el buen concepto, que havian hecho de su persona, no hallaba en que censurarlas) para poder admitir su amor, y èl por acreditarle, una noche del verano, que estaba la niña con su madre en un florido rido vergel, que tenian en su misma casa, cantò dulcemente este soneto, que su mismo amor le havia dictado.

Lleva anhelante Sisifo una peña
A la cumbre de un monte, y yà que espera
Acabe de su yerro la severa
Pena, furiosamente se despeña.
A Tantalo el arroyo el agua enseña,
Que se esconde seguida en la ribera
La fruta el arbol, que se và ligera,
Sin conceder de su parte pequeña.
Las Belides porfian siempre en vano
Llenar las rotas urnas; pero todos
No alcanzan de mis males los rigores.
Que hallan descanso de su mal tyrano,
Con pensar de acabarlo en varios modos,
Y yo no espero el fin de mis dolores.

Y si las havia admirado la novedad, por no le haver oydo otra vez cantar, y en el progresso suspendido la perfeccion de la voz, las dexò tristes el presuroso fin de la musica, y asi le mandaron cantasse de nuevo, como lo hizo con estas Lyras.

Cobarde pensamiento,
Pues eres tan altivo, que en las bellas
Luces del firmamento
(Adonde estàn dos Soles por estrellas)
Osas poner la mira:
Què miedo de la empressa te retira?
Detèn el passo, aguarda,
Que ausente te amenaza mayor daño;
Y si aqui te acobarda
El ayrado rigor del desengaño,
Piensa, que al que es amado
No le perdona Amor algun cuydado.
Atrevido, y gallardo,
Vence impossibles, y deshaz desvelos,
No con aliento tardo
Llores despues, sin fundamento, zelos,
Que en discurso amoroso,
Nunca el que fuè cobarde, fuè dichoso.
No es bien, que por altivo,
Quiera el sugeto, que tus ansias calles,

Què

Que el niño vengativo
Suele igualar los montes, y los valles,
Dile el mal que te alcanza,
Y assegura el favor de la esperanza.

Acabando con tanto afecto, que si Doña Leonor no quedò rendida, determinò no dexar diligencia, para certificarse de la calidad del enamorado musico; y haviendo procurado seberlo de Vriango (que se fingia muy simple) no pudo con todas sus trazas hacer, que se adelantasse à mas, que assegurarla, que era hombre de bien; pero contando despues à el amigo la instancia, que le havia hecho, para descubrir la nobleza, que juzgaban tenia, acordaron, que el Navarro escrivìesse de su mano una carta, que por haver siempre ocultado el saber escrivir, no seria conocida por suya, y en ella le acreditasse por noble, como se executò, y despues de algunos dias, que la traìa Armindez en la faltriquera, passando cerca de su querida, con cuydadoso descuydo la dexò caèr en el suelo, al sacar de un lienzo, y vista de la niña, la alzò sin decirle nada y se fuè à su quarto à leerla, y mirando el sobre-escrito, viò, que decia: *A Don Fernando Armindez de Mendoza, Trece de la Orden de Santiago.* Y dentro: *No os he escrito antes, temeroso de que no llegassen mis* car-

cartas à manos de vuestros contrarios, que por ser tan poderosos, se pueda desesperar de la seguridad de ellas; pero aora que el Conde vuestro hermano embia à Rodrigo su page de Camara à essa Ciudad, por criado de un Oidor, que passa à las Indias, conociendo su fidelidad, hiciera agravio à nuestra amistad, si dexara de avisaros, que su Magestad os ha hecho merced de la vida, con que sirvais con dos lanzas diez años en Oràn: de este destierro esperamos alcanzar presto la gracia (como vuestro hermano os lo avisarà) y assi alentaos, y llevad con valor la baxeza, à que os obliga la fuerza de los hados. De Valladolid. *Don Jusepe Pimentèl.* De cuyas razones engañada la tierna Doncella, juzgando verdadera la fingida nobleza, alegre de su dicha, diò entrada al Amor, y despues de haver guardado con mucho cuydado la carta, saliò à la parte, adonde la havia cogido, y hallò, que congoxado en todas, iba mirando con grande cuydado, y preguntandole la causa dèl, respondiò, haversele caydo unos Romances, que estimaba por hijos del ingenio de un grande amigo suyo, simulando con astucia tanta, el sentimiento, que le causaba la pèrdida de ellos, que lastimada la yà enamorada Doncella, estuvo por volverle su carta, teniendo por sin duda, que aquella fuesse lo que buscaba; pero procurò, con

mirar-

mirarle tierna, consolarle, que siendo lo que èl deseaba, se fuè loco de contento à dàr parte del dichoso sucesso à Vriango, el qual, alegre dèl, se prometiò el fin, que pretendian de las engañosas trazas, y mas quando advirtieron, que Doña Leonor, no acostumbrada à los dessassosiegos, que causa el Amor, le traìa todo el dia ocupado, por tener ocasion de hablarle, y en anocheciendo, procuraba, que su madre le hiciesse cantar el tiempo, que estaban en el jardin, gozando del fresco; y èl, no perdiendo la ocasion, le daba à entender en las letras, que cantaba, su amor; assegurandole ella igual correspondencia, con los extraordinarios encarecimientos, que hacia, celebrando la dulzura de la musica, y el arte dellas, deseando yà ocasion de poderlo hacer descubiertamente, como se la presentò presto la bûena estrella de Armindez, y el poco cuydado, que tenia su madre de la casa, pues à trueque de no perder un passeo, ò una fiesta, estimàra à ganancia el verla abrassada, sin advertir, que tocando el interno govierno de ella à la muge (pues deben de tener parte de los cuydados, como la tienen de los contentos) no le puede haver bueno en la que falta su asistencia; assi iban por escusar salidas, las Gitanas descalzas, que suele muchas veces peligrar, yagando la pudicicia, que assegura el recogimien-

to. Haviendo, pues, su madre salido un dia à los acostumbrados passeos del Arenal, dexando sola en casa à la niña, sucediò, que viniendo de fuera Armindez, se encerrò con Uriango en su aposento, à cuya puerta acudiò curiosa Doña Leonor, y por la cerradura advirtiò, que ilustraba el pecho de su querido (que estaba en jubon) el Avito de Santiago, y que sentado decia al Navarro (que en pie, descubierto, y con mucho respecto, le escuchaba atento, por haver oydo gente à la puerta) que se previniesse para la noche, que no havia de consentir se diessen à sus ojos tantas musicas à su querido Dueño. De cuyo concierto temerosa, de que no sucediesse algun daño al Aragonès, le llamò, y haviendo cubierto el fingido Avito, saliò diligente à saber lo que le mandaba, siguiendola al jardin, adonde se havia encaminado, y sentada junto à unas murtas, le ordenò hiciesse lo mismo, y como rehusasse hacerlo, le dixo: Mucho nos podemos quexar de V.S. señor Don Fernando de Mendoza, que haya querido quitarnos la ocasion de servirle en nuestra casa, como merece su nobleza, encubriendose con la servidumbre indigna de su esclarecido linage. Pero mostrando no entenderla, y creer, que hiciesse burla dèl, le enseñò su carta, y contò lo que acababa de vèr, à cuyas señales, fingiendo dar-

las de ser vencido, satisfizò al deseo, que mostraba la niña, de saber la causa de tanto disfraz, con nuevo embeleco, diciendole: Festejaba yo en la Corte sin amor à una hermosa Dama, de quien estaba grandemente enamorado un noble Cavallero, de los mas principales titulos della; cuyos merecimientos, con ser muchos, nunca pudieron alcanzar un pequeño favor, mostrandose tan liberal dellos conmigo (que los merecia menos) que le diò justa causa de zelos, y atormentado de sus furias, de buscarme una noche, que hablaba con ella à una reja de su casa; pero, aunque tenia valor, y compañeros valientes, fuè desdichado, pues con su muerte espantò de manera à los suyos, que pusieron toda la seguridad en los pies, quedando yo con Uriango mi criado libre; y asi disfrazado vine huyendo à esta Ciudad, adonde vì vuestra divina hermosura, à la qual quedè tan rendido, que sentì ser imposible vivir sin ella; y no pudiendo descubrirme, por el peligro, que corria de perderos, si me quitaban la vida, determinè serviros en este trage, mientras se aplacasse el Rey, y me fuesse permitido pretenderos descubiertamente por mia; pero yà que se ha adelantado mi suerte, os suplico admitais mi amor, y no consintais me atormente, y castigue con nuevos martyrios, por soberbios, à mis pensamientos,

pues han osado pretender, no como hizò Ixion la belleza de Juno, sino vuestra hermosura, cuya menor parte puede formar Deydades; siendo verdad, que no pudieron competir las fingidas de quantas inventò la antiguedad, con la vuestra verdadera; que si esto alcanza mi dicha, serà la mayor, que ha visto el mundo: cuyos requiebros acompañò con los ordinarios abonos de ardientes suspiros, y con ellos se enterneciò tanto Doña Leonor, que no sabiendo encubrir el amor, que le tenia, sin temer la nota de facil, le manifestò con estas razones: Desde que vuestras acciones dieron seguro indicio de la nobleza, que teneis (que mal encubren sayales los rayos de su claridad) fuè mi pecho un verdadero retrato de la abrassada Troya, probando el mayor incendio, que ha hecho con su fuego Amor, y aora ha crecido tanto, que à quererle ocultar, quedàra presto por mentirosa; y assi podeis estàr seguro, que no tardarà mas la possession, que pretendeis, de lo que dilatareis el hacer instancia con mis padres por ella (cubriendo con tal fin las hermosas mexillas de perfecto carmin.) De que mostrandose muy alegre, y gozoso el Aragonès, concertò con ella, que descubriesse à su madre el conocimiento, que tenia de su nobleza, que despues èl haria las demàs diligencias necessarias, para el cumplimiento

de

de sus deseos; pero estorvò esta platica, entrando su madre, à quien no sufriendo dilaciones, contò lo concertado; y certificada de ello, con vèr ella misma el Avito, que traìa el Aragonès, sin que èl lo entendiesse, diò de todo parte al cuñado, que determinò hacerlo de criado huesped; y la misma noche, mientras contaba Armindez al Navarro lo que le havia passado con su querida, entraron todos en su aposento, y le forzaron à descubrirles lo que ellos publicaban por cierto, con quexas de la poca satisfacion, que havia mostrado de ellos, en ocultarse tanto tiempo, à las quales diò las disculpas, que mejor le parecieron, y encareciò la obligacion, en que le ponian con la nueva merced, que recibia; y assi de alli adelante le trataron conforme merecia la nobleza, de que blasonaba, gozando particulares favores de Doña Leonor; y no recibiò el mayor, que desean los amantes, por no violar las leyes del sagrado hospedage, acreditando con Doña Leonor (que era de raro entendimiento) mucho mas la nobleza, que fingia con esta accion, que con el Avito, que traìa; pero temiendo, que no se descubriesse su enredo, fingiò yà, que havia passado un mes de su exaltacion, nuevas cartas de la Corte, con aviso del total perdon de su Magestad, de que le dieron todos mil parabienes; y mostrando serle necessario partir-

se para Valladolid, en reconocimiento de lo mucho, que confessaba deberles, pidiò por muger à su querido dueño; y estimandolo à suma dicha su madre, y tio, temerosos de que no se arrepintiesse, sin dar parte de ello à deudo ninguno, atropelladamente se la concedieron, haciendolos despo∫ar, sin admonestacion ninguna, con licencia, que para ello alcanzaron, y le dieron en dote quarenta mil ducados en dinero, de que alegre el Aragonès, retirado en su quarto, à solas con el Navarro, que loco de contento no cabia en sì, le hablò de esta manera: Yà Uriango amigo, puede parecer, que hemos llegado seguramente al fin de nuestra pretension, y que no hay mas que temer; pero ponderando esto con maduro discurso, estamos en lo mas dificultoso de ella, pues al primero disgustillo, se ha de manifestar nuestro embeleco; y assi es necessario prevenir los daños, y el remedio de ellos, y no fiarnos en nuestra buena fortuna, que suerte, y no industria ha sido el salir tan facilmente con nuestro intento, porque à ser prudentes (como convenia) la madre, y tio de Doña Leonor, no se abalanzaran tan facilmente a consentir este casamiento, por mucho que juzgaran estarles bien; sino informaranse cuydadosamente primero, y descubrieran el angaño, que serà fuerza vean despues; siendo locura imaginar,

que estèn deslumbradas las personas, con quien tratamos; antes hemos de creer, que facilitan con los medios el fin, que han pensado convenirles: y assi, persuadirse, que quanto intentan les acarrea seguras comodidades, y por no quedar sin ellas, debese procurar de penetrarles los pensamientos, y pensar, que siempre se nos trata engaño; para que sirviendo el recelo de atalaya, descubra los que hay, y cierre el passo à los que pudiera haver: y assi, yà que hemos sido tan dichosos, que nos enseñan aciertos los agenos yerros, me resuelvo de coger todo el dote, y ponerle en la Corte en cambios abonados, y que vayas à ponerme casa, para llevar allà à mi esposa; porque en qualquier caso me conviene estè lexos de su madre, que astuta pudiera (en descubriendose el enredo) quitarme hacienda, y muger con un divorcio (cuya facilidad, en esta nuestra España, no sè si lamente, ò dexe el remedio à quien le toca, mientras no alcanzo la causa, y veo los daños) quedando yo pobre, y afrentado, que es la mayor desdicha. Y pareciendole al Navarro prudente acuerdo, prometiò no exceder un punto de èl. Y assi, puesto en letras el dinero, se fuè à la Corte, adonde alquilò una muy buena casa, y la proveyò de todo lo necessario, recibiendo assimismo los criados, que le pareciò no se podian escusar, y luego

escriviò en nombre del Conde su hermano al Aragonès, que le aguardaba, y à tardar, le irìa à buscar à Sevilla, embiandole dos mil escudos de joyas para la novia, que alegre, y engañada con ellas, persuadiò à su madre gastasse seis mil en galas, y les diesse dineros para el camino, como lo hizo, y el tio quiso acompañarlos, por conocer al Conde; y haviendo llegado à Valladolid, fueron muy bien recibidos de Uriango, y entretenidos algunos dias; pero el Mercader ansioso por el Conde, haciendo nuevas instancias para verle, quedò desengañado, con assegurarle no le havia en el mundo; y al sentimiento, que mostrò, espantaron con fieros, à los quales se siguieron las nuevas, que llegaron de Sevilla, de haverse ahogado en la mar su hermano; à cuya causa, dexando al fingido Cavallero, y à la sobrina, se bolviò, y añadiendo à las lastimas, que hacia la viuda, el descubrimiento del engaño, creciò tanto la pena, que le quitò la vida, y el Aragonès quedò señor absoluto de ciento y cinquenta mil ducados; y Doña Leonor, si bien sintiò la muerte de sus padres, y el verse casada al contrario de lo que havia imaginado; la amorosa inclinacion, que por las puertas del engaño, y al beneficio de su buen talle, y habilidades, havia introducido en ella el Aragonès; y el reconocer, que yà no tenia reme-

dio su equivocado empléo, la consolaron facilmente, y con el mayor gusto, viviò muchos años, en compañia de su esposo, y yà viendose dueño de tan copioso caudal, diò de mano à sus travesuras, y se entregò à una vida compuesta, y arreglada, dando à su amigo, y fiel compañero Uriango, en prueba de su gratitud, y de su amistad, una porcion de su caudal suficiente, con la qual se estableciò en compañia de una hermosa Dama de quien se enamorò, y fuè admitido por marido, y los quatro acabaron sus dias, haviendo vivido con mucha paz, y dexaron hermosos hijos, que heredaron la hacienda, y con ella, y la buena educacion, que les dieron, supierõ adelantar, y desmentir la calidad de los padres.

LA INGRATITUD HASTA LA MUERTE.

NOVELA III.

ASpirando el Dios del Amor à establecer su dominacion absoluta, y à que no huviesse presumpcion, que se jactasse de no reconocerle vassallage, iba preparando la aljava de sus doradas flechas, para aprissionar la libertad de-

de Floristo, noble Mancebo, que en la Ciudad de Creta, su Patria vivia, en los quatro lustros de su florida edad, sin haver sugetado su voluntad, ni conocer las mas lexanas sombras de la indignacion, y entregado à las diversiones de la caza, luchas, y torneos, muy usadas en aquel tiempo, en que se admiraba tan dichosamente diestro, que en todas las fiestas, y solemnidades publicas, que se regocijaban con semejantes actos, se llevaba, como vinculados, con la gloria, y vencimiento, los aplausos de la Plebe, la embidia de los competidores, y la voluntad de las Damas, que à competencia se confessaban rendidas à su buen talle, y gracioso parecer, aspirando, con sobresaliente emulacion, cada una, à ser querida, y festejada, en particular, del que era causa de la inquietud, y dessassosiego de todas. Y assi, deseoso de hacer ilustre su triunfo, con tal cautivo, haviendo visto, que salia de la Ciudad à caza (à la qual era muy aficionado) un dia del ardiente estìo, que confederado con el fuego el Sol, amenazaba à la tierra mayores incendios de los que causò soberbio, con el prestado carro Faeton su hijo; le aguardò emboscado en una verde selva, adonde le guiò un herido Ciervo, que para salvar su vida, huìa al bosque, sagrado à Jupiter, y nunca profanado con la violenta muerte de animal ninguno; pues

lo impedia la falsa Religion, que professaban en aquel tiempo; pero el mancebo (arrogante contra el poder de los Dioses) se entrò el bosque à dentro, y assombrò con la muerte de la fiera à las Driadas, y Napeas, que en varios, y diversos Coros, se solazaban por la Floresta, à cuyas sombras apenas se havia determinado passar la rigurosa siesta, quando se lo estorvaron unas lamentables voces, que en los delicados acentos, conociò ser de alguna oprimida Ninfa; y para socorrerla, se encaminò ligero, adonde nacian las quexas, y en breve tiempo llegò èl, y cessaron ellas, pero creciò la necessidad del socorro; pues yacia entre la verde yerva, descolorida (retratando à la muerte) una bella Zagala, à quien cercaban quatro villanos Pastores, pretendientes de las primeras ofensas, y de los muertos placeres, y yà los movian las razones à ira, y el desdèn à las armas; quando enojado justamente de su barbaro proceder el Cavallero, se les mostrò colerico en la voz, y valeroso en las manos, haciendo (aunque unidos acudieron à la comun defensa) que los dos perdiessen con la sangre la vida, y heridos los otros, le dexassen libre el campo, y à la Ninfa, que aun se estaba abrazada con la muerte; y para desasirla, cogiò el crystal, que ofrecia corriendo un arroyuelo, y le arrojò en su hermosa cara, que le convirtiò en per-

las

las, por pagarle la vida, que le daba, y sin darle lugar à que se admirasse, la certificò de su libertad, y del castigo de los villanos, que havian intentado ofenderla, acreditando el sucesso, que le contaba, con los dos muertos; y suplicando, en recompensa de su pequeño servicio, le diesse parte de el principio de su historia, que agradecida lo hizo en esta forma: Hija soy de Felisso, Mayoral de estas selvas, querida dèl por unica, y amada de muchos Pastores, que procuran con lisonjas de mi hermosura (no teniendo ninguna) que obstente prendas de amor el interès, que mueve sus deseos, que desprecio por viles: y porque no se inclina mi voluntad al yugo de Hymenèo, temerosa de los males, que acarrea la esclavitud, que acaba solamente la muerte. Amantes igualmente se mostraban los difuntos Pastores, y los heridos, y resistencia igual hallaron en mi pecho, que despertò en ellos deseos de venganza, quando debia aumentarse el amor, si fuera verdadero; y assi oy, que me vieron entrar en este bosque, me siguieron conformes, y apenas havia escogido, entre frondosos arboles (alivio de la siesta) una florida isleta, de las muchas, que guardan con murallas de plata los zelosos arroyuelos, que riegan este bosque, quando los vì venir presurosos, y los oì hablar descorteses, con estas razones: Cle-

rida cruel; que soberbia has siempre menospreciado nuestro amor, probaras las venganzas de los desdenes, que engendraron tus agravios. Di la respuesta huyendo à los que amenazaban hacerme; pero aqui me alcanzaron, y despues de haver resistido con las fuerzas, que me concedia la flaca, y debil naturaleza de las mugeres, quedara sujeta à sus villanas ofensas, à no haverme socorrido el Cielo con vuestro valor; el del bien, que he recibido de vuestra mano es tan grande, que no hay paga en el mundo, sino estimais la que os presenta con su agradecimiento la voluntad. Y mientras la bella Pastora enseñaba con sus suaves acentos, dulzuras à los ruiseñores, viò Floristo, que en su espaciosa frente se passeaba Amor, sin arco, y sin aljava, haviendose mejorado con los dos de sus negras cejas, y rayos de sus ojos; y alegre fabricaba cadenas de sus cabellos, que (siendo de oro) pensò ser para galas, y no para prisiones; luto vestian hypocritas los rayos de sus ojos, que publicando pesares de las passadas muertes, parece, que prometian mas apacible acogida; pero las bellas niñas (que por serlo no sabian dissimular) mostraban risueñas el contento, que de ellas recibian; y si bien era el pecho retrete del invierno, las heamosas mexillas obstentaban primaveras, siendo la nariz excesso de hermosura, encu-

bria desdenes; los hoyos, que enseñaba la dulce risa, juzgò ser alvergue de las gracias, no sepultura de almas: y si bien le debian espantar las señales de crueldad en los sangrientos labios, imaginò, que hazian alarde de su purpura, en competencia de dos sartas de perlas Orientales, que mostraba el pequeño espacio de su boca; la barba, que parecia dos à los ojos, mostraba de muger lo fingido, y de Esfinge lo verdadero, que encubria con su hermosura; engañòle la blancura del cuello de alabastro, sin reparar, que piedra era columna de una voluntad de hierro; como ni viò, que las pequeñas orejas eran llaves, y no puertas del oido; con las manos de nieve arrancaba los mas duros corazones, y cautivaba las mas libres almas: y viendo Amor, que yà se havian apoderado de la del Cavallero, y que penetraban los rayos al corazon, volò risueño por el ayre, por no hacer mal à la Ninfa, à quien enamorado respondiò Floristo: Deben nuestras obras al fin los quilates de su perfeccion; pues no las tienen las buenas en sì mismas, si èl es malo: de mi pequeño servicio vos sola haveis sido el blanco, que por ser tan perfecto, quita con la fuerza, que hace, à la voluntad los meritos: los que puedo blasonar son de mi dichosa suerte, y esta anima la desconfianza de los mios en la pretension, que sò pena de la vida me

manda, que tenga amor de solicitar el vuestro, para hacerme dechado de dichosos; si mis deseos (nobles por la causa) alcanzaren, que desterreis al rigor, que hace à tantos desdichados, haciendo tesorera de vuestros favores à la piedad; porque liberal enriquezca con ellos el alvergue, que en mi corazon os ha dado el alma. La mia (replicò la Pastora) forma quexas del cuerpo, que con detenerse à escuchar vuestras lisonjas, ha ofendido su entereza, publicandola vana, yà que os assegura, que antes se veràn estrellados los campos, los Cielos floridos, y los Rios mas caudalosos (negando tributo al Mar) bolveràn atràs sus corrientes, que pueda rendirla Amor. Y sin hablarle mas palabra, se entrò ligera por la Floresta, dexando elado al Cavallero, que despues de una grande suspension, diò estas voces al ayre: Tente, Pastora, no huyas, restituyeme el alma, ò acaba de matarme con arrancar de mi corazon tu retrato, que detiene la vida: mira, que vàn murmurando de tu crueldad estos arroyuelos, que admiraban, parados, tu hermosura; las flores se marchitan, porque el zefiro las dexa, por seguirte enamorado (menospreciando à Flora) los musicos ruyseñores, lastimados, cantan à mi muerte endechas: buelve, buelve piadosa, no quieras dar la muerte à quien no estimò la vida, por conservar tu honra; pero sorda no

oyés mis quexas, mi dolor no sientes, mi pena no te mueve, conocidas señas de que eres parto de estos montes, que à ser fiera, supieras ser agradecida; y dexandose caer, vencido del dolor, en el verde suelo, estuvo largo rato casi fuera de sì, hasta que un compañero suyo, que le iba buscando por el bosque, le hallò, y viendole tendido cerca de los muertos Pastores, sin hacer movimiento alguno, le juzgò difunto; pero certificado de lo contrario, le animò, y llevò à la Ciudad, sin que quisiesse manifestar à nadie la causa de su mal, que con la ausencia crecia cada dia mas, y se causaba infinitas penas, viviendo con suma tristeza, causada de la desesperacion de alcanzar el bien, que deseaba; pero juzgando à cobardia morir, sin intentar de nuevo la empressa, se determinò à solicitar su dicha en trage de Pastor; y no dando lugar à la fortuna, que estorvasse la determinacion, que havia hecho con maduro discurso, se trasladò de la Ciudad de Creta à sus selvas, y llegò a ellas, en tiempo, que todas sus Ninfas, y Pastores lisongeaban con su presencia la fiesta, que al dia de su nacimiento celebraba el Mayoral (padre de su querida Clerida) en un florido, y verde Prado, que ufano de haver sido entre tantos escogido, parece le alegraba el destrozo de sus naturales galas: y apenas los primeros que le vieron, le hon-

honraban por estrangero, quando se viò venir por el ayre una guirnalda de varias, y diversas flores; y acompañarla una voz de no conocido Autor, que decia: Sea esta del Pastor, que mostrare en la lucha mayor gallardia, y vencedor, corone de su mano à la Ninfa mas hermosa. De cuyo accidente, temerosos Orufte, y Alsedo (viejos Pastores) de que no naciesse alguno, que bolviesse en tragedia la fiesta, se apoderaron de la florida Corona, para entregarla à los Jueces, que aprobasse el comun consentimiento de los enamorados Pastores; y ninguno huvo, que no los declarasse por tales (respecto de ser venerados por descendientes de Apolo) y asi, à sus primeras señas, hicieron al verde Prado una grande Corona; y luego se mostrò en la palestra el soberbio Arbelo (Pastor, que blasonaba ser nieto de Neptuno) y haviendo vencido, sin descansar, à quatro Pastores, que se havian atrevido à hacer prueba con èl de sus fuerzas, entrò à castigar su arrogancia el valiente Goranto, que abrazado con èl, debatiendose los dos furiosamente, despues de larga pelèa, no pudiendo regirse mas en pie, se arrodillò (blasfemando de los Dioses) la estyrpe de Neptuno; y levantandose; à pesar del contrario, ayrado, le apretò tan fuertemente entre los robustos brazos, que juzgaron los circunstantes haverle hecho pedazos;

pero qual ſuele caudaloſo Rio reſiſtido, con impetu mayor, deſtruir los reparos, y llevarſe de los cercanos campos, arboles, y ganados, reforzado Coranto con la ira de la nueva ofenſa, le derribò furioſa mente en el ſuelo, y rebolcandoſe, ſin deſaſirſe, y conocerſe ventaja, le rebentò al ſoberbio Arbelo, por la mucha fuerza, una vena en el pecho, y ahogado con la ſangre, quedò, ſi vencido, negando en el ſemblante la victoria, la qual celebraron todos con alegres voces, ſiendo de cada uno aborrecido por ſu ſoberbia Arbelo: y haviendoſe concedido baſtante tiempo à Coranto para tomar aliento, entraron otros Paſtores à probar ſu dicha, que ſi robuſtos, quedaron todos vencidos, y yà los que quedaban, moſtraban con mirar à Ormindo (amante de la bella Zelarda, que competia en hermoſura con Clerida ſu amiga) que ſu valor ſolamente podia competir con el esfuerzo de Coranto, à quien finalmente rindiò; y yà que Zelarda ſe daba parabienes de la gloria, que aguardaba, y trataban los Jueces de entregarle la guirnalda, entrò à pretenderla Floriſto, y mientras le hacia (viſta ſu gallardia) entre los que miraban la fieſta, ſecreta informacion la curioſidad, conſiderando atentamente el talle de ſu robuſto contrario, dudò prudente del ſuceſſo; pero congregadas todas ſus fuerzas, fue animoſo à encontrarlo, y en medio

del Prado se encadenaron tan fuertemente, que clavados en el suelo, sin poderse mover à una, ni otra parte, parecia, que Artifice famoso, representasse en marmol la celebrada lucha del fuerte Alcides, y del soberbio Anteo; y despues de haver estado gran rato assi enlazados, y procurado en vano derribarse; conociendo Floristo en el pecho anhelante, y sudor frio de Ormindo su desmayo, mas animado le aprieta, y le rodèa; Ormindo se retira yà, mal seguro de sus mismos pies, y al fin, no pudiendo resistirse, cayò sin aliento en el florido suelo, del qual le levantò Floristo, y procurò quitarle con las alabanzas del valor, que havia mostrado en la lucha, la tristeza, que juzgaba haverle causado el verse vencido; y Ormindo agradecido, y aficionado à su vencedor (que à la virtud se rinde hasta el proprio enemigo) le diò las gracias, que se debian à su cortesìa, y retirandose, quedò en el puesto Floristo, aguardando, que saliessen otros Pastores; pero no havia quien (vencido Ormindo, el mas fuerte de todos) se atreviesse à probar con èl la suerte; y assi le dieron los Jueces la guirnalda, con la qual coronò à su querida Clerida, y con voz baxa le dixo: Vencì en el bosque à tus enemigos, y de haverme vencido te corono. A cuyas razones reconocido por el cazador su amante, turbada, y enojada, le mandò,

que si la amaba, no ossasse verla, y èl triste, y afligido de tanta ingratitud, se metiò entre los Pastores. y sin ser visto de nadie, se fue a una cercana selva, à llorar su desdicha; mientras ocupados los unos en dàr parabienes à Clerida, y en divertir los otros à Ormindo, no curaban dèl; y buscando lo mas oculto, y espeso del bosque, hallò una escondida parte, adonde se retirò, y todo lo restante del dia, y de la noche, lo empleò en abrassarla con suspiros, cuyos acentos lastimada repetia Eco. Y haviendo el siguiente dia comido de las frutas sylvestres, que hallò en la Floresta, se retirò a su alvergue, quedando vencido en èl del tardo sueño; si bien turbada la fantasìa, le atormentaba con nuevas maneras de rigores, que consigo usaba la cruel Clerida, la qual, haviendo ido con su amiga Zelarda à passar la siesta junto a la fuente de Venus, que estaba en el mismo bosque, fue salteada de un fiero Satyro, à quien havia muchas veces burlado, fingiendo amarle, temerosa de su fuerza; y dexando à Zelarda (que espantada, y no bien segura de su libertad, fue a dàr quenta del desgraciado sucesso à su Ormindo) la llevò àzia donde dormia Floristo, y desnudandola hasta la cintura, la atò fuertemente à un antiguo roble, y con una verde rama, que desgajò dèl, sin piedad ninguna, empezò à castigar con

crueles veras las burlas, que dèl havia hecho; y à los primeros golpes diò tantas, y tan grandes voces, que despertaron à Floristo: el qual acudiò al ruido, y viendo el estrago, que con atrocidad tanta hacia en su querida, la fiera, hiriò furioso con grandes voces sus oìdos, para detenerla; mientras llegaba à vengar con el azero de un fuerte dardo los agravios; y para resistirle, arrancò el Satyro un arbol, y con èl levantado le aguardò, hechando fuego por los ojos, y negro humo por las narices; y yà que llegaba cerca, le dexò caer con furia tanta, que à no hurtarle, con un ligero salto, el cuerpo, quedàra con èl desecho; siendo tal el golpe, que estremeciò toda la selva, temblando en sus cuevas los mas fieros animales, y desamparando las aves en los nidos à los amados hijuelos; y antes que levantàra de nuevo el roble, le hiriò mortalmente en el pecho; pero no pudo retirarse tan presto, que no le alcanzasse en un ombro la venganza, que hacia con las ansias de la muerte, derribandole en el suelo sin sentido, al mismo tiempo, que èl cayò muerto, con grande sentimiento de Clerida, por no verse del todo libre del peligro; temiendo, si llegaba la noche, no ser pasto de las fieras del bosque, y assi, solicitaba con lagrimas, y suspiros, la piedad del Cielo, el qual (oyendo sus quexas) embiò de los muchos Pasto-

res, que iban en busca de la fiera (a Ormindo, y Zelarda, que la socorriessen, y viendo al Satyro, aunque muerto, se assombrò Zèlarda, y afligiò Ormindo, por haver perdido la gloria, que alcanzàra en dàrle de su mano la muerte; pero acudiendo entrambos à desatar à la atormentada Ninfa, no curaron de Floristo, que juzgaban muerto; y yà que havia cubierto con sus vestidos Clerida los desnudos, y lastimados miembros, estremeciò el Cavallero, à quien, y à Ormindo dexò con grande velocidad la cruel Clerida, sin proseguir el sucesso de la pelèa, que havia empezado à contar à instancia de Zelarda, la qual no fue parte para detenerla, diciendo, que huìa de otro peligro mayor dèl, en que se havia visto con el Satyro; y assi acudieron à Floristo, que daba señales de vida, y en breve las confirmò con preguntarles por Clerida, y antes de responderle, le abrazò Ormindo, haviendole reconocido por el Pastor, que le venciò, y rogò le admitiesse por amigo, como lo hizo, y entonces supo la partida de su dueño, cuya crueldad le afligiò tanto, que estuvo gran rato fuera de sì, sin hablar palabra; pero consolado de Ormindo, y de Zelarda, les contò el principio de su Amor, y la pelèa con el Satyro; de cuya muerte era el premio la nueva ingratitud, que veìan, quando esperaba agradecimiento; y mostrandose lastima-

dos, prometieron ayudarle à rendir tanta fiereza; llevandole Ormindo a su alvergue, despues de haver passado entre ellos razones de agradecimientos, porque el tiempo, que se detuviesse en aquellas selvas, pudiesse mostrar los deseos, que tenia de servirle. Estos, pues, autorizò, con el cuydado, que mostrò en su cura los dias, que estuvo en la cama, por reparar el daño, que le havia hecho el Satyro, visitandole continuamente Zelarda, y por la fuerza de sus persuaciones, una vez Clerida; si bien con fianza, que le hizo de no consentir le hablasse Floristo en sus amores, cuya dura condicion negò admitir el grande, que le tenia; pero prometieron su cumplimiento los deseos, que acosaban al amante, de gozar su presencia sin sobresalto de perderla; obligandose al Amor, que los ojos (si mudos, valientes Oradores) harian conocer à su hermosura los daños, que le causaba la estrecha amistad, que tenia con el rigor, y la obligarian à que admitiesse la provechosa, y honesta de la amorosa piedad, como lo procuraron, con todas las veras posibles, en entrando la hermosa Clerida; mientras se ocupaba la lengua en agradecer tanto favor; pero resistiendo con la obstinacion de su parecer à la hermosa rethorica, les diò Floristo secreto, y cauteloso socorro con estas razones: Ay, si pudiera, sin quebrantar las leyes de tu

rigor-

rigor, manifestarte las ansias mias, que seguro tenia el remedio de mis males, pues conocidos, alcanzaràn piedad del pecho mas cruel, que pudo formar naturaleza; pero es mi desdicha tanta, que los aumenta la crueldad, quando debiera aliviarlos la hermosura, que concede à los campos (adonde asiste) perpetuà primavera, porpue la sigue zefiro enamorado della, y el Sol (que nace por verla, y muere por haverla visto) influye solamente, no abrassa con sus rayos las flores, que produce el lugar, donde los pies dexan impressas pequeñas formas. Y toda su diligencia fue vana; pues divirtiendose cuydadosamente, mudò, sin responderle, la platica, y se partiò diamante, si havia entrado marmol, quedando el enamorado Floristo con tanto sentimiento, que no pudo en muchos dias consolarle su amigo Ormindo; si bien para divertirle, le llevaba à todas las fiestas, que se hacian entre los Pastores de aquellas selvas; pero crecian sus pesares con la vista, y consideracion de los agenos contentos, no porque los embidiasse, sino por verse el mas desdichado de todos, y asi descansaba solamente en los brazos de la soledad, que atenta à sus quexas, para formar muchas, le regalaba con tristes pensamientos, y estos, llevados en alas de su voz por el ayre, le paraban, y hacian, que (para escucharlas) dexasse Filomela las

ſuyas; haviendo, pues, un dia entrado en la eſpeſura de un boſque, con un fuerte venablo, para defenderſe de los fieros animales, que eſtaban en èl, yà que ſe eſcondia en el Occeano el Sol, porque llegaſſe ſegura la noche, y que èl ſe retiraba à ſu alvergue, encontrò à ſu querida Clerida, que venia huyendo de un grande oſſo, à cuya furia ſe opuſo el amante (haviendo caìdo junto à èl la hermoſa Paſtora, rendida al canſancio) y empezaron los dos una reñida batalla, cuyo fin fue darle el oſſo à ſu vida, dexando con ſus agudas uñas abierto un brazo, y parte del lado derecho al Paſtor, que con dos arroyos de ſangre matizaba las yervas, y amenazaba ſu muerte, ſi tardaba el ſocorro; luchando à eſte tiempo en Clerida la crueldad, y el agradecimiento; perſuadiendole la una, le deſamparaſſe, y que le favorecieſſe el otro; y finalmente venciò la obligacion de ſu vida, librada de la cercana muerte, con tanto rieſgo de la de ſu amante; y aſsi con unas blancas tocas le atò las heridas; y arrimado à sì, le ayudò à ſalir del boſque, divirtiendo Floriſto la diſtancia haſta ſu alvergue, con eſtas razones: Si huviera engendrado Amor à la piedad, que tu noble pecho mueſtra, laſtimado de eſtas heridas, y conocieras el inſufrible tormento de las que has hecho en mi alma con tu divina hermoſura, me confeſſara dichoſo aun-

aunque nunca la acreditaras con los deseados afectos; pero yà que ni esto puedo alcanzar, veràs presto los de tu crueldad en mi muerte: que no dieron los Cielos tanto valor à nuestra fragil vida, que pudiesse contrastar con el poder divino, tal es el de tus bellos ojos, de Amor, y de la ciega Diosa, que juntos me persiguen. Y yà que llegaba al alvergue, cayò desmayado en sus brazos, por haversele desatado, con la fuerza del exercicio, las heridas, y desangradose, sin sentirlo, divertido en representar sus penas à la cruel Ninfa, la qual viendole de aquella manera, atemorizada, diò voces, y à ellas acudieron Ormindo, y otros Pastores, y entre ellos Aristo, que blasonaba haver aprendido del famoso Chiron, hijo de Saturno, la Cirugìa, que professaba; y visto las heridas, las atò de nuevo, y publicò peligrosas; y assi con mucho cuydado, le acostaron en la mejor cama, que pudo dàrle la Pastoril riqueza (si la abundancia entre ellos merece este nombre) y despues de un gran rato, bolviendo en sì, dixo: Fuera, sin duda (ò Clerida!) à los campos Eliseos, si me concedieran los Dioses acabar mi vida en tus brazos; pero yà la cruel no le oìa, porque despues de haver contado brevemente à los Pastores, que acudieron à sus voces, la causa del mal de Floristo, se fuè, sin aguardar, que le curassen, ò que volviesse en sì,

y lastimado Ormindo de sus penas, procurò divertirle, y le obligò con discretas razones al descanso, para conservar la vida, que durando esta, no hay impossible, que para el hombre lo sea, y dexandole solo, le entregò el sueño à Morfeo, que piadoso (lisongeando al deseo) le mostrò à su querida yà sin rigor, y que no pudiendo acreditar con el apacible semblante, y amorosas razones, su repentina mudanza, desperdiciaba tesoros de perlas, que por sus bellas luces derramaba el Amor, de cuya demostracion, assegurada la desconfianza de Floristo, obstentaba la fè, que solicitaba enamorada Clerida, que serenando el Cielo de su hermosa cara, enlazada con èl, daba gloria à la suya; y la perdiò, porque ufana el alma, quiso hacer della alarde à los mortales: y si bien sintiò la pèrdida del breve, y fingido contento, se hallò mas aliviado de su mal, de que alegre Ormindo, le aconsejò se dexasse llevar à Creta, adonde serìa mas bien curado (temiendose, que Clerida, con algun nuevo disfavor, no pusiesse en peligro su vida) y que estandolo, podria bolver à su amorosa empressa. Lo qual pareciendole bien, se executò; llevando con ellos Aristo, que mostrò en la Ciudad el primor de su arte, en competencia de muchos, que vinieron à curarle; y al fin de dos meses estuvo del todo sano: y ya que trataba de re-

novar sus pretensiones, llegò à la presencia de Clerida, con las infaustas nuevas de su muerte, la mentirosa fama; y por calificar la querella, que daba de su rigor, en atribuirsela toda, encarecia yà el amor de Floristo, que afirmaba haver espirado con su nombre en la boca; yà condenaba su crueldad, de haver muerto al Cavallero mas galan, fuerte, y cortès de toda Creta; de cuyas nuevas, y acusacion vencida, diò con abundancia de lagrimas, verdaderos indicios de su arrepentimiento, quedando tan enamorada del que entendia muerto, y havia aborrecido vivo, que enternecia con sus lastimas à las missmas piedras, como lo viò acaso en su buelta, con infinito contento Floristo; pues la hallò, sin ser visto, que comunicaba tierna, y afligida, à las selvas sus penas; quexandose de la cruel venganza de Amor, que la obligaba amar, sin esperanza de alcanzar el bien, que deseaba; y descubiertose, por dàr fin à sus quexas, y principio à su dicha, la assombrò de manera, que faltò poco no la quitasse el miedo la vida; pero animada de Amor, le hablò en esta forma: Sombra del que aborrecì, y verdadero retrato de quien adoro: vienes, por ventura, àirada à tomar venganza de mis passados desdenes? Que si la deseas, yà Cupido ha hecho la mayor; ò piadoso el Cielo, pretende con tu querida imagen, ali-

viar los males, que à hallar semejanza fueran pequeños; siendo esto intentar un imposible, pues los avivàra tu partida, yà que no los aumente por ser infinitos; pero no dando lugar Floristo à mas dudas, acreditò ser vivo con los abrazos, que no resistiò la enamorada Clerida, y alegre de tan dichoso sucesesso, le diò la mano de esposa, satisfaciendo à las ansias, con que la pedia en fee del amor, que publicaba tenerle, y despues con consentimiento de Felisso su padre se hicieron las bodas, que fueron mas regocijadas con el contento, que se les añadiò con las de Ormindo, y Zelarda, que no pudiendo perder el natural cariño à las selvas, adonde havian nacido; se quedaron en ellas, yendose à Creta la hermosa Clerida con su querido Floristo, y en ella vivieron largos, y felices años; dexando despues de muerte en herencia à la hermosa Prole, que de ellos naciò con muchas riquezas, la memoria de la amistad, que havian professado con Ormindo, y Zelarda, y que con ella conservaron sus descendientes.

EL

EL AMANTE
DESLEAL.
NOVELA IV.

AMor, y antigua coſtumbre (valientes padrinos) aprueban la libertad, que en la Ciudad de *Valencia* (eterno alvergue de primavera) gozan en el Domingo de Ramos los enamorados mancebos, moſtrando ſus felices deſeos, y enamoradas anſias, en compueſtos ramilletes de varias flores, que humildes preſentan à ſus damas, y ellas reciben corteſes, ſin que en tiempo alguno haya intentado la ſolicita venganza de zeloſo competidor ſatisfacer ſus mal fundados agravios, interrumpiendo la ley de tan agradable uſo; de cuya ſeguridad animado Don Fernando, rico, noble, y galàn Cavallero, diò à una hermoſa Dama uno de diverſas flores, curioſamente fabricado, que en ſus jardines, cuydadoſa, aſſegurò haver, para ſus galas, eſcogido el Aurora, juzgando no hallar quien ſu hermoſura igualaſſe; y que viſto ſuperior la ſuya, le havia arrojado, llorando triſte el ſer vencida, de cuya victoria ſe le ofecia por teſtigo, y de ſu amor, que vengan-

do

do à la Aurora, se mostraba mayor que su hermosura, y esto en presencia de Don Fadrique su amante, mas ufano por su conocida nobleza, que contento con los bienes de fortuna, que escasamente le havia repartido. Lo qual, pareciendole haverse hecho en menosprecio de su persona, no respetada por la falta de las riquezas, que sobraban à Don Fernando (cuyo apellido, y el de Don Fadrique por justas causas se encubre) de colera, y amor ciego, sacò la espada contra el nuevo amante, y con atropelladas razones le dixo: Apadrine el acero al bachillèr Amor, que esta vez por rapàz no ha de huyr la muerte, que si niño se atreve à ofenderme, yà grande, podria intentar (insolente por mi sufrimiento) hacerme agravios mayores. Y recibiendo con la daga la respuesta, que le daba ayrado el contrario, le atravessò con una furiosa punta el pecho; y dexandole embuelto en su propria sangre, dando los ultimos suspiros, saliò veloz de la Ciudad, y no parò hasta llegar al mar, adonde en un Baxel Flamenco, que estaba de partida, se embarcò, burlandose de las diligencias, que (anhelando el castigo) hacia cuydadosa la justicia; pero no pudo escaparse de la Divina, que le alcanzò, quando mas seguro, y apartado se juzgaba, siendo instrumento del castigo, el que entendia, con discurso humano (que

yerra las mas veces) lo seria de su remedio; porque el Capitan, que era con los demàs herege (si bien hypocrita, por el interès, lo encubria en los Puertos, y tierras de Catholicos, adonde le obligaba assistir la vil codicia) se fue à vender en Argel las mercaderias, que havia comprado en España, y haviendo en pocos dias despachado todas las que llevaba, se determinò codicioso, à no perder la ocasion, que liberal le havia ofrecido la fortuna, sin que le costasse hacienda, ò cuydado; y assi (desleal) vendiò en publica almoneda por doscientos escudos la libertad de Don Fadrique, no le enterneciendo sus la stimas, y burlandose de las amenazas, que le hacia, mientras el ayre se llevaba las infinitas quexas, que daba de la rompida fee; y antes, que passassen tres dias, yà que daba al viento las velas para la patria el Baxel, viò la deseada venganza en los quartos, que del hizo (siendo su verdugo) el mar; pero no bastò à reportar el dolor, que le causaba el verse cautivo de Isuf, el Moro mas cruel, y enemigo de Christianos, de quantos sustentaba el Africano suelo, que le afligia, y atormentaba con insufribles trabajos, y particularmente en hacerle acarrear piedras para la fabrica de un sumptuoso edificio, que soberbio por sus muchas riquezas levantaba en competencia del Real Alcazar; y era tanta su cruel-

dad, que por ella era aborrecido aun de sus proprios hijos; y assi el mayor dellos, despues de dos años de cautiverio del Cavallero Valenciano, armò un Bergantin, mas por apartarse de su padre, que por deseo de ser Cossario, y al principio de la primavera saliò del puerto, llevando entre otros esclavos para el remo à D. Fadrique, q por ser robusto, y fuerte lo estimaba mucho, y tomaron la derrota para las Islas de Heres, adonde hicieron algunas pressas, con las quales quedàran muy ricos à contentarse; pero creciendo cada dia al passo de los robos la codicia, al amanecer de un martes dieron caza à una Faluga, que demasiado cuydadosa navegaba, y diò en tierra al cabo de las puertas, dos leguas de San Tropes, en la ribera de Francia, y se determinaron à desembarcar por alcanzar las personas, que procuraban en la cumbre de un peñasco librarse de sus manos con el favor de una Torrecilla, que sirve en aquella parte de atalaya al mar; y pareciendoles lugar seguro de enemigos, dexaron solamente quatro Moros à la guarda del Bergantin, de manera, que dieron ocasion à Don Fadrique, de no perderla que tan buena para cobrar su libertrd le ofrecia el Cielo. Y assi haviendose desherrado matò con su misma cadena à uno de los Moros, que atento à los que seguian el alcance, estaba con el alma

en tierra, y quitandole con presteza el alfange, con el favor de los demàs esclavos (que animados de su valor, con presta resolucion, determinaron no vivir sin libertad) rindiò felizmente a los tres, que airados por la muerte del compañero, se aprestaban à la venganza, y metiendolos luego al remo, se hicieron con la Faluga, y Bergantin à la mar, antes que pudiessen acudir los Moros al remedio; y viendo no le tener su desdicha, haciendo de la necessidad virtud, se aplicaron à la pesada faena, en que poco antes, barbaràmente crueles, mortificaban à los Christianos, mientras los de tierra, reconocida la fuga, con la falta de los Buques, lloraban su irremediable esclavitud, y se entregaban à la merced de los que en la Torrecilla se defendian, para hacerla, con el rendimiento, menos gravosa; y assi, caminando con muy buen viento todo aquel dia, sin que la determinacion les ofreciesse objeto donde encaminarse, poco antes del anochecer, en que yà la tenian hecha de seguir la Costa, hasta encontrar Puerto seguro, donde desembarcarse, y reparar sus passadas desgracias, con las riquezas, que de las pressas llevaban en el Bergantin; mal encontrado Eolo, con las treguas, que tenia aplazadas con Neptuno, empezò à desatar los Esquadrones de furiosas rafagas, que tenia comprimidos en sus cavernas à cuyo

opoſito, ſe preſentò el contrario, amotinando ſus ſoberbias eſpumoſas olas, que agitadas de la contraria fuerza; y creciendo quanto era mayor la riſiſtencia, preſumian de montes, y altivamente deſcompueſtas, pretendian aſſaltar las nubes, dando en roncos, y aſpantoſos bramidos, ſeñales de la victoria, que ſolicitaban; y en paraſiſmos, y juſtos, funeſtos preſagios de ſu total, y ultima ruìna à los pobres navegantes, que ſiendo el blanco de las dos enconttadas furias. No hallaban en las nauticas faenas apoyo, que los guarecieſſe, ni reſiſtencia, que les baſtaſſe, de cuyo mortal conflicto, empezaron à convalecer, quando à la mañana reconocieron no lexos de sì una Fortaleza, que con ſu vecino Puerto, les ofrecia el remedio; pero aunque à eſfuerzos de ſu proprio deſaliento, ſolicitaron ſu abrigo fiel en vano, porque pendiente la lid de vientos, y eſpumas, todas las diligencias, ſe experimentaban inutiles; antes con el embate de los proximos vecinos muros, nuevamente irritadas las encreſpadas olas, ſe levantaban con torbellinos de eſpumas, y aguas, encumbradas torres, y hecho el Bergantin Arriete, intentaba derribar el alto Firmamento, y de inviſible fuerza rebatido, llegaba à profundidad tanta; que no ſe atrevia à ſeguirle la imaginacion miſma; en cuyo fuerte peligro, los Moros, y Chriſtia-

nos,con sollozos, y llantos,llamaban confusamente humildes, à Dios estos, y à Mahoma aquellos; y assi enviaba cada uno à los suyos el socorro, que podía, porque à la fuerza del furioso viento,hecho el Baxel pedazos en los muros de Monaco(no haviendo salido con el intento de tomar puerto) quedaron (salvandose los Christianos) ahogados todos los Moros, sino fuè Ameth,que encomendandose al verdadero Dios,gozò de la piedad,que alcanzaron con sus ruegos los Fieles, à los quales socorrieron los Soldados de la Fortaleza; recibiendo en ella à Don Fadrique, y repartiendo los demàs à la piadosa gente del Lugar, que se ofreciò lastimada à reparar los daños del naufragio, en el qual se perdieron las riquezas del Bergantin,sino fue una arquilla de hierro,que guardaba hasta diez mil escudos. Estos repartiò el noble Valenciano (quedandole solamente para sì,y Amet dos mil escudos) entre los yà libres cautivos,que alegres,y agradecidos,se fueron à sus patrias;y ellos dexando por el buen acogimiento, à los Soldados doscientos ducados, partieron en una Faluga para Genova, adonde los llevò (sin que otra cosa les aconteciesse)un favorable viento; y si les havia dado contento el vèr la noble Aldea,SanPedro deArena, que siendo hermoso pedazo de Ciudad ilustre, persuade à los navegantes, que ha salido à desenfadarse orilla

de la mar, los admirò de manera la diversidad de Baxeles, que poblaban su bien guardado Puerto, y los soberbios edificios, que preñada de deseos, desconfiò la curiosidad, de que pudiesse darle el novelero tiempo ocasion à nuevos antojos, y assi se detuvieron en ella quince dias, haciendo de su hermosura agradable banquete à los ojos; los quales, despues entretuvieron à la imaginacion, con los bellos retratos, que pintaron al vivo, y le presentaron todo el tiempo, que durò el viage, que hicieron (para aprender los principios de la marcial disciplina) à la Ciudad de Milàn, cuyos muros levantaron contra el poder de los antiguos Romanos, los valientes Galos, y oy sujeta al mejor Rey, defiende à Italia de barbaras naciones: y en ella lavado Ameth con los puros crystales, que para remedio del mundo, dexò su Criador, acreditò los deseos, que havia publicado de la verdadera Religion, à cuyas santas costumbres, con el nuevo nombre de Pedro, se sujetò de manera, que en breve tiempo igualò à los muy antiguos Christianos; y yà que Don Fadrique trataba de assentar su plaza, llegò de España, de passo para Flandes, el invicto Duque de Alva, à quien escogiò su prudente Rey entre los muchos, que entonces la ilustraban con sus famosas hazañas; porque con su conocido valor reprimiesse el atrevimien-

miento de los desleales Flamencos, que sacudiendo el leve yugo con que su natural señor los regia: levantaban contra el mismo Dios las libres cervices, siguiendo la sacrilega doctrina de Lutero, y otros ministros de Satanas, protervos heresiarcas; estando muy ciertos no saldrian con sus infames intentos, mientras sujetos al Catholico Phelipe, embiasse España para la guarda de aquellos Estados sus valientes hijos, que fundando en la defensa de la Fè Catholica toda su dicha, ha merecido ser premiada con las Provincias, y Reynos, que tributarios fabrican humildes su Monarquia, à pesar de quien embidioso cuenta agenas grandezas por miserias propias; y assi, mudando parecer, aventurero siguiò al Duque, el qual cõ mas de ocho mil leales Españoles atravessò en el ardiente estìo las Alpes con honrosa emulacion, de que por aver nacido primero le huviesse hurtado el valiente Cartaginès la gloria, de abrir (sangrando riscos) à pesar de naturaleza el passo à sus Soldados, que si aspero de sitio, hallò libre de enemigos, y aviendo llegado el Exercito à Flandes, acreditò en las ocasiones, que presentaron las continuas guerras de aquellos païses, con su valor la nobleza de su sangre, y olvidado de la causa de su destierro, procuraba con sus hazañas merecer el premio que suele dàr de ellas la Catholi-

ca Mageſtad, quando airado Amor, de que Marte (a quien avian viſto todos los Dioſes ſu priſionero) ſe atrevieſſe à quitarle eſte vaſſallo, determinò hacer de tal agravio la debida venganza, y la executò en la preſa de Zufèn, (fuerte villa, ribera de el Iſèl, en el Ducado de Gueldres) adonde mientras codicioſo, y fiero intentaba quitar hazienda, y vidas, ſe hallò cautivo, ſin poderſe defender; porque diſcurriendo por ſus calles, entrò en una caſa, que moſtraba ſer de ricos, y principales dueños, y abierta tener defenſa alguna; y aſsi, no hallando reſiſtencia, ſubiò las eſcaleras, cuyo remate daba entrada à una grande ſala, que deſierta de gente, y adorno, era ſola enmedio del bèlico eſtruendo, ſagrado del ſilencio, y mirando à una, y otra parte viò una puerta, que negando (por eſtàr cerrada) la victoria, causò con ſu violenta caìda contento al Cavallero, y aſſombrò à una hermoſa dama, que ſin color ſe levantò del ſuelo, adonde arrodillada ſolicitaba con humildes ruegos el favor divino, yà que le faltaba el humano; y echandoſe à los pies de Don Fadrique, en Caſtellano le ſuplicò ſe laſtimaſſe de ſu deſdicha, y no quiſieſſe vencedor ſobervio vengar en una flaca Doncella (que ſola entre enemigos de Dios, y de ſu Rey, guardaba à entrambos la Fè, que les debia) las ofenſas, que mal aviſados le avian he-

hecho los moradores de aquella Villa; pero Don Fadrique sin menear pestaña, estaba fuera de sì, mirando inmovil la hermosura, que pudiera hacer idolatra al mas prudente, y cuerdo, pues perfectamente se veìan en su cara casados los encarnados claveles con las blancas azuzenas, y mientras procuraban sus ojos hazer por los de la bella Flamenca entrada al alma, que herida, y abrasada iba à pedir piedad à la suya, entrò en el aposento un insolente Soldado Valon, y sin hazer caso de D. Fadrique, assiò de un brazo à la doncella, airado de que fuessen primeros los deseos, que la execucion de su torpe apetito; de cuyo atrevimiento tuvo presto el debido castigo; porque el Amante le atravessò con el azero, derribandole muerto, desde los pies de la que temerario avia pretendido à los abismos del profundo infierno; y acudiendo à su nuevo dueño, que desmayado por el susto, desmentia la vida, con liquidos cristales le bolviò en sì, y animò con estas razones. Pierde, gallarda Flamenca, el temor, y celebre el contento la victoria, que tu singular hermosura ha alcanzado de tus enemigos, pues miras à tus pies muerto al grossero, y uillano, que le perdiò el respeto, y cautivò à el, que assombrado de vèr en tus ojos el traslado de las celestes luces mas perfecto, que su dechado, confessando las ventajas,

negò hazerles resistencia, fundando en la prision toda su dicha. A cuyos requiebros se mostrò tan agradecida, que engañado la juzgò amante: y deseoso de que le acreditassen por verdadero sus finezas, se declarò por guarda, y defensor de su casa, mientras durasse en el comun saco la furia de los Soldados, à cuya promessa se ausentò el temor, que la acompañaba en calamidad tanta, por el notorio peligro de su honra: y dandole de nuevo las gracias, que se debian à tan noble, y piadosa accion, le contò, que su padres Mos de Levasseur; y un hermano suyo conociendo la poca resistencia que podia hazerse, se avian retirado tiempo para bolver passando el primer impetu de los vencedores, dexandola en casa, por escaparse con mas facilidad; y asi le suplicaba no la desamparasse hasta su buelta, assegurandole, que si enemigos, sabrian estimar, y agradecerian nobles su valor, y Español cortesia, que pudiera ser justa causa de embidia à los antiguos Romanos. Prometiò el enamorado Valenciano continua asistencia; y admitiò la Flamenca (prudente, sino amante) su amor con fingir correspondencia, quedando tan ufano, y contento Don Fadrique, que juzgò, no poder yà la fortuna derribarle de la gloria, en que se veìa; y asi el tiempo que dilataron su venida procurò con amorosas platicas abonar su amor, que

lisongeò su querida con honestos favores, y aviendo buelto Mos de Levasseur, intentò con ricos dones dar las muestras de agradecimiento, que se debian à quien fuera de toda imaginacion le avia salvado hazienda, y honra; pero Don Fadrique aceptò solamente una buena espada, y una verde banda, que le diò su hija, en fee de la esperanza, que tenia de que cumpliria su promessa, de bolver à verla, aliviando con ella la pena, que le causaba el privarse de su hermosa vista, y sin poderla hablar à solas, se despidiò de entrambos, dexandolos tan obligados, como èl partia enamorado, que bien se lo dixeron à la hermosa Flamenca los ojos: obligandola à sentir piadosa su ausencia, cuyas terribles penas no quitaron la vida à Don Fadrique, porque la conservaba Amor por su mayor tormento, no bastando à aliviarle las cartas, que recibiò suyas, en el tiempo que estuvo con su General en Holanda, antes creciendo con ellos el deseo de verla, no dexaba poder al sentimiento, de mostrarse mayor en la pèrdida del bien que pretendia; y assi aviendo el Duque de Alva buelto à Bruseles, y sucedido en el govierno el Comendador de Castilla Don Luis de Requesens, partiò para Zufèn, à ser (si alcanzaba la possession, que deseaba) dichoso amante, ò calificar con la muerte su amor, si burlada la esperanza acabasse à manos

del cruel desengaño; y visitò en llegando à Mos de Levasseur, que no le consintiò alvergasse fuera de su casa, obligandole à ello, con certificarle la poca seguridad, que en otra se podia prometer, por la enemistad, que todos tenian con el nombre español; y assi alegre de la dicha, que prometia Amor en el felìz sucesso de los suyos, con disfraz de cumplimientos, publicò la firmeza de el, que tenia à Madama Margarita, (que este era el nombre de su querida, à cuyo quarto le llevò su padre) y ella con agradecidas palabras dilatò sus amorosas esperanzas, y con la de verse en breve satisfechos, dieron tregua los deseos, quedando solamente los de hallar ocasion oportuna para manifestarle las ansias de ellos, y el peligro en que estaba de perder la vida, si los conservaba mas en ella; y despedido por entonces, se fuè al quarto, que le señalaron por su alvergue, cuyas ventanas caian à un deleytoso vergel, que gozando la vista de las de su dueño, alentando con ella, (burlando Abriles, y afrentando Mayos) era hermoso retrete de la Primavera, y en muchos dias no le concediò la ciega Diosa la ocasion que buscaba, para satisfacerse, si alcanzaba el Amor, ò noble agradecimiento los favores, que se le hacian, pues los daba, qual mirrha al cuchillo de su porfia; y padeciò en esta confusion, hasta que para lisongearle

Mos de Levasseur le llevò por el Isèl à una Quinta suya, distante de la Villa poco menos de una legua, adonde despues de aver comido, passeandose siguiò al descuydo à Madama Margarita; y viendola yà apartada de todos, se le manifestò, y sentados juntos à una fuente, solicitò su dicha con semejantes razones. Repartiò entre los Dioses, que la ciega antiguedad adorò por verdaderos, para hacerles ufanos sus bienes la liberal naturaleza, dando hermosa cara al Cielo, à la Aurora (Amante de Cefalo) mexillas, que miraron corridos los mas blancos jazmines, y mas purpureas rosas, al sol resplandecientes ojos, cejas à Juno, boca à la primavera, risa à Flora, aliento à Zefiro, lengua à Palas, canto à las Mussas, cabellos à Ceres, manos à Venus, pecho à Diana, vientre à Vesta, y à la Diosa del Mar hermosa Tethis los pies mas bellos, que hasta entonces havian visto los mortales; y deseosa de hacer un tesoro, que embidiassen los Cielos, los recogiò todos; y corrigiendose à sì misma, los mejorò artifice, con perfeccion suprema, dando en vos al mundo un dechado de Deydades; y assi al mismo punto que llevaron mis ojos nuevas al alma de hermosura tanta, la adorò por unica, y conociò ser sueño, y quimera la gloria, que sin ella pudiesse dar el Amor, cuya verdad ha calificado el mal, que he probado ausente de tanto

bien, que ha sido tal, que no se atreve alcanzar su rigor el mas perfecto entendimiento: si le ponderais con el vuestro, estoy cierto irà sirviendo al conocimiento la piedad, que deseo, y se debe à mi amor, si à los merecimientos no, y ayudando à estas verdades un ardiente suspiro, que por la posta (como su Embaxador) embiò el corazon, enterneciò el de la hermosa Flamenca de manera, que diò menos aspera respuesta de la que yà formada por entre perlas, y corales iba à castigar su atrevimiento, diciendo: No me lastimaràn vuestras penas, (noble Español) si creyera ser efectos de la lisonja los engaños de vuestro amor; pero si al passo que me afligen no me huviera negado fuerza de oculta estrella admitirle, conociera el mundo lo mucho que lo estimo. Sea, pues, parte de agradecimiento el desengaño, con seguridad de que siento tiernamente, que me aparte el rigor del Cielo de aquello à que me inclinan vuestros merecimientos, y mis obligaciones, las quales seràn mayores, procurando venceros, pues el rendirme à mì es impossible; cuya entereza le causò tal desesperacion, que con voz desmayada replicò: La muerte sola puede vencer mi amor. Y furioso desnudò el azero para atravessarse el pecho; pero Madama Margarita, pesarosa de aver mostrado tanto rigor, se abrazò con èl, y publicò con amorosas ternezas el

amor que avia encubierto (à pesar de sus deseos) el recato, assegurando la desconfianza, que mostraba el Amante, en rezelar engaños, con la promessa de los favores, que en abono de su fee le pedia, y empezò à gozar la misma noche, (yendo por el jardin à su quarto) y continuò muchas con infinito contento; pero quando se juzgaba en la mas alta cumbre de la felicidad, le derribò amor en el abismo de los males, con unos rabiosos zelos, porque una noche, que estando enferma su querida avia salido al jardin: passeandose por èl, oyò, que rompiendo el silencio la voz de un hombre, al son de musico instrumento cantaba este Soneto.

SONETO.

Caìdo el negro manto, lisongera
Muestra la noche, en matizados Cielos
Todas sus galas; y causando zelos
Al claro dia, nuestro amor venera.
El mismo amor rendido, yà no espera
Que cause otra beldad tantos desvelos,
Muere la embidia, y tiene desconsuelos
Fortuna, que mudanzas desespera.
Que si la possession de los empleos
Tal vez las voluntades acobarda,
La mia engendra en ella mas deseos.

Con-

Con cuyo aliento la esperanza tarda
(Con verme dessigual à sus trofeos)
El dulce yugo de Hymeneo aguarda.

A cuyos postreros acentos, antes de darle lugar à que el amoroso cuydado le asseguraſſe los agravios, viò que una blanca mano descolgò de la ventana mas cercana à la calle una escala, y que por ella con notable presteza subiò un dispuesto mancebo, que (encadenado con dos pedazos de fino alabastro) entrò à gozar la gloria, que mereciò por dichoso, y que Don Fadrique juzgò perdida por desdichado; y desesperado diò con el alma vozes, publicando la deslealtad de su querida enemiga; y yà que llegaba el dolor à desatar la lengua, le encarcelò Amor, no consintiendo vengaſſe en la honra de la gallarda Flamenca en sospechado agravio, aunque furioso, èl mismo procuraba hazer pedazos el corazon (calabozo en que se hallaba preso) y assi le causaba tantas ansias, que abrazado à los arboles, intentaba con el destrozo de ellos aliviar su mal, el qual embrabecido iba creciendo tanto, que pudo lastimar a la misma muerte; pues con un mortal desmayo (su piadoso amago) le enfrenò, hasta qne el Alva, hermosa con su fresco rocìo, le restituyò los perdidos sentidos en tiempo que viò retirar la escala; señal, que avia salido el perturbador de su sossiego; y temero-

so no le viessen à tal hora en el jardin, se entrò en su quarto, adonde entre ardientes suspiros, y dudosas venganzas passò las horas, que tardò el desengaño en mejorarlas con doblado contento; porque culpada de desleal Madama Margarita (purgando las sospechas) descubriò que era el imaginado contrario Galàn de una Camarera suya, à quien perdonò, por conocer la fuerza de Amor, y premiò con los lazos del Hymeneo el regocijo, que le avia causado su conocida lealtad, y el Amor detenido con los enojos, embiò tan grande avenida, que anegada la razon la obligò à dexar la casa de su padre, y en habito de hombre seguir à Don Fadrique, el qual loco de alegria jurò, que otra ninguna serìa dueño de su voluntad, y de sujetarla al dulce yugo del santo matrimonio; y assi se fueron à Bruseles, adonde los recibiò su Camarada Don Pedro, el hijo de Isuf, que no avia salido de ella, aguardando su buelta, conforme le avia ordenado à la partida. Y porque con la muerte del Comendador de Castilla, se avia alborotado el pueblo, mostrandose mal intencionado contra los Españoles, se fueron à Amberes, y en el saco, que despues sucediò, quedaron los tres muy ricos, sin las preciosas joyas, que avia sacado de su casa Madama Margarita, que qual fuerte Amazona seguia en los mayores aprietos de las batallas à su

Amante; à quien, y à su amigo Don Pedro (algunos dias despues del saco) acometieron seis Soldados Valones, por disgustos, que avian tenido con ellos; y aviendo muerto à Don Pedro, quatro, que avian quedado con vida le tenian malamente herido, y acosaban para del todo rendirle, quando la valiente Flamenca (que acaso bolvia por la misma calle al alojamiento) conociendole sacò furiosa la espada, y de una estocada derribò muerto à uno de ellos; y animando à su querido, peleò de tal manera, que dexaron los contrarios mal heridos la calle en tiempo, que desangrado Don Fadrique cayò en ella, dando ciertas señales de su muerte; pero no desmayandose, le hizo curar con el cuydado de su amor, y enterrar con piedad Christiana à Don Pedro. En breve tiempo, pues, quedò sano Don Fadrique; y mas enamorado procuraba mostrar en las finezas el noble agradecimiento, que borrò despues con infame deslealtad, porque de possession tan dichosa naciò un villano aborrecimiento; de cuyo consejo al tiempo que salieron de aquellos Païses todos los Soldados estrangeros, publicò una noche con secreta partida su traycion, yendo disfrazado en trage Flamenco por la posta à Milan, y sin parar passò à Genova, y embarcado llegò felizmente à Barcelona, donde le sobrevino una peligrosa enfermedad,

que le tuvo mas de un mes en la cama; y en ella le dexarèmos, para bolver à la desconsolada Flamenca, que no rezelando tanto mal, la noche, que èl faltò, temerosa de que no le huviesse sucedido algun desastre, la passò desvelada entre lagrimas, y suspiros; y apenas se dexò vèr el Alva, quando cuydadosa le buscò en todas partes, hasta saber su partida; y despues de aver con justo dolor poblado de quexas el Cielo, y solicitado con sus lastimas las debidas vengãzas, el desdèn transformò en aborrecimiento al Amor; y resuelta de vengarse (atravessando Loraýne, Borgoña, y Saboya) por el mismo camino, que avia hecho el ingrato Amante, se fuè à embarcar à Genova, y lo hizo en una Faluga, que llegando fletò para España, adonde favoreciendola los vientos, iba con presteza tanta, que parecia competir con ellos; pero ayrados de que bolviesse en competencias sus favores, a la vista de Tolon (Ciudad en la ribera de Francia) rompieron las treguas, que con Neptuno avian hecho, y le alborotaron de tal manera su Reyno, que viendose perdido, solicitò con montes de agua (sus Embaxadores) el favor del Cielo; y porque buelven deshechos en lagrimas, por no le alcanzar, baxando à lo profundo, procura lastimar con sus males al infernal hermano; el qual temeroso de que no aniquilasse su poder el liquido ele-

mento, niega acogerle, y de si le lanza con furia tanta, que yà parece llega otra vez al Cielo con sobervia enemistad, cuyo imaginado atrevimiento (pertrechado de obscuras nubes) castiga con diluvio de ardientes rayos; y asi agonizando de verse sin remedio, desesperado se rompe, y despedaza en una, y otra peña, y el pequeño Baxel en este trance destrozado dexa al mar vencido sus despojos, quitandole solamente el Cielo la preciosa Margarita, que animosa por entre las furiosas olas, penetrò a llevar las nuevas de la reñida batalla à la tierra, adonde se detuvo dos dias, restaurandose del passado daño, y vendidas unas ricas joyas, que le avia dexado la tormenta, se proveyò de lo necessario, y por tierra siguiò su jornada (sin que le aconteciesse cosa alguna) hasta Perpiñan; y deseosa de llegar presto à Barcelona, por la esperanza que tenia de hallar nuevas en ella de su enemigo Amante (previniendo à la Aurora) saliò de la Ciudad el dia que sucediò à su llegada, y à vista del Pertus (lugar en la cumbre de un peñasco) enmedio de un mal formado valle, le salieron al camino unos salteadores, y robaron quanto llevaba; pero como yà acostumbrada à infaustos sucessos, desmintiò animosa el sentimiento de este, y à pie continuò su viage hasta Barcelona, donde cobrò el dinero de unas letras, que no le hallaron los

ladrones; y supo, que Don Fadrique dos dias antes avia partido por tierra para Valencia: en cuyo siguimiento fuè luego con tanta presteza, que yà cerca de ella le llevaba solamente media jornada de ventaja, por las nuevas que de èl hallaba en las posadas; y aviendo Amor ablandado su rigor, trataba con el desdèn conciertos, que hizo vanos un monstruoso, y cruèl accidente, (fatal castigo de la deslealtad de Don Fadrique) porque llegando à casa de sus padres (que no le conocieron) por aver mudado con los años; y trabajos el delicado semblante que tenia, quando se ausentò se fingiò con ellos intimo amigo de sì mismo, no ossando descubrirse, hasta saber si podia estàr seguro de la justicia, por la muerte de Don Fernando, dandoles de sì tan buenas nuevas, que agradecidos le hospedaron; y mostraron en regalarle el contento, que les avia dado su venida; y èl les entregò todos los dineros, y joyas, que llevaba, para que se las guardassen; y siendo grande cantidad, despertaron en su viejo padre un infame deseo de remediar con ellas su pobreza; y comuuicando su pensamiento con otro hijo menor, concertaron (pues nadie sabia del nuevo huesped) matarle la misma noche; y assi, entrando los dos à hora oportuna en su aposento, con los desnudos azeros, empezò el hijo movido de oculta fuerza à temblar to-

do-

do en la execucion de tal maldad. Lo qual sintiendo su padre (cruèl por la nueva codicia) le cogiò enojado el brazo, y reprehendiendo su cobardia, dieron las dos manos al dormido hijo, y hermano una profunda herida en el pecho, que atravessandose el corazon, passò sin poder hablar palabra del sueño à la muerte, y alegres los desleales de tan buen sucesso echaron el cadaver en un antiguo pozo, pensando de sepultar en èl la atrocidad de su delito; pero no lo consintiò el justo Dios, pues la enamorada Flamenca, que iba à los alcanzes del desdichado Don Fadrique, supo cuydadosa, y diligente su posada antes de apearse, y sin descansar se fuè a buscarle, yà que le avian muerto desde la suya, que tomò cerca: pero negando su padre aver llegado tal hombre à su casa, diò cuenta à la Justicia de toda su amorosa historia, y de la cautela del padre, para que le apremiasse à que manifestasse à Don Fadrique, y à èl, que le cumpliesse la prometida fee; y aviendo buelto con los Ministros de ella à buscarle: en hazerlo descubrieron las señales del cruèl estrago; y assi prendieron à todos los de casa; y averiguada la traycion, quedaron los malhechores condenados à muerte, que se les diò publicamente para escarmiento de otros; y la Flamenca vengada de los crueles padre, y hermano, bolviò à Flandes, y passò lo restante de

la vida en llorar el desdichado sucesso de sus amores.

LA TRIUNFANTE PORFIA.

NOVELA V.

PASSEABANSE, competidoras de la gala en la Ciudad de Cordova, la crueldad, y vanidad humana, lisongeadas con la presencia de los recien casados Don Erique, Rey de Castilla, y Doña Juana, Infanta de Portugal; y admiradas de infinito numero de humanos Serafines, bizarros Cavalleros, gallardos Ciudadanos, y inquieto Pueblo, que alegres, y regocijados coronaban la plaza (mas ufana con la fiesta de sus toros, que el Circo maximo con las que vieron en èl, emulos de sus Dioses los antiguos Romanos) dando alegre aplauso todos à las burlas, de atropellar la primera la plebe, y desatinar à los apiñados Tudescos, que con sus alabardas burlaban su ferocidad, como causando contento à los mas rigurosos las abominables ve-

ras de sus heridas, y muertes, y universal regocijo la segunda en la gala, y bizarria, con que los gallardos Cavalleros resistian la furia de los feroces toros, haciendo en ellos dichosas suertes, quando para lograr Amor las yà trazadas venganzas, dexò al primero encuentro de amorosa justa, que hicieron los ojos de Don Ramiro, y Doña Isabèl (que cerca estaban mirando la fiesta) descompuesto al Cavallero, y con no poco peligro de rendirse (sì bien nuevo para èl) al Amor, yà que lo estaba al deseo de alcanzar la hermosura, que admiraba à los Cielos, y salteaba las mas seguras libertades, sin que jamas huviesse bastado el invencible poder del Niño alado à sujetar la suya; porque juzgaba altiva no ser dignos de un pequeño favor suyo los mayores merecimientos; y assi fundaba su gloria en las penas de los desdichados amantes; siendo tan grande la de verlos rendidos, y lastimados, que procuraba con todas veras enlazar à los qne una vez se avian atrevido à mirarla, animando apacible con fingidos favores la desconfianza de los entendidos, y deteniendo severa el atrevimiento de los que enamorados de sì mismos ossaban yà dueños de su hermosura, assegurar la possession al deseo, hasta que credulos los unos, desengañados, y diligentes los otros, quedaban en amoroso fuego ubrasados, que entonces castigaba

con desdenes el delito, que avian cometido en mirarla los ojos, persuadirse de comprehenderla el entendimiento, sacrificarsele la voluntad, pretenderla los deseos, y assegurarsela neciamente la esperanza, y vivia tan libre, que no aviendo retratado desde su principio el trasparente espejo mayor hermosura, no avia sido bastante a rendirla, si con otra menor vencieron las aguas de una humilde fuente al querido de Eco. Està, pues, en engañar nueva Circe, favoreciò mientras durò la fiesta, con tal arte al Cavallero, que engañado diò libranzas al gusto, y la siguiò (galanteandola) hasta su casa; y contento por entonces de saberla, bolviò alegre à la suya con proposito de informarse de su calidad: para que siendo el Norte de sus pretensiones, las llevasse al fin, que entonces, como mozo solamente deseaba; y sì bien despues le desmayaron su mucha nobleza, y la vigilancia de una astuta tia; la facil entrada, que juzgaba aver hallado en sus pocos años (oficina de yerros) y las buenas partes suyas acompañadas de un Exercito de diligencias, le prometieron la victoria, que deseaba; y assi, aviendo hecho general de ellas al apetito; diò los rebatos; y presentò la batalla, que pudiera el mismo Amor; pues si musico le escucharon las estrellas, muchas vezes el Alva le hallò idolatra de rexas, y paredes; y lastimada de èl vertiò tier-

na por sus fingidas penas lagrimas verdaderas; el Sol embidioso de que primero viesse (sino la hermosa cara) el alvergue, que era seguro àsylo del dia, le abrasò con sus rayos, y Diana medrosa de que no la viesse gozar los nocturnos abrazos del dichoso Endimion se detenia: Seguiala, pues, en el Templo, en las fiestas, y calles; y si salia al campo, juzgando el fingido Amante, que lo hacia por dar embidia à Flora, y afrentar à la Primavera, ò yà transformado en arbol, alegre la aguardaba, ò yà despojando el suelo del bien, que con pisarle le dexaba (porque zeloso el Cielo no le ofendiesse) iba imitando sus passos: de que gozosa, y ufana Doña Isabèl, retirando el alma en trincheras de duro diamante, burlaba los desvarìos del creìdo amor, y el cerco, que para rendirla le avia puesto el desenfrenado caudillo, el qual desesperado de conseguir buen sucesso, trataba ya de desistir de la empressa, quando indignado, y furioso el Cavallero, diò su lugar à la porfia (invencible guerrero) que con renovar las baterias alcanzò se viessen (para tratar de conciertos) los simulados Amantes à una rexa de la casa de Doña Isabèl; y en llegando el Cavallero, humilde, y tierno procurò ablandarla con fingidos amores, diciendo: En las letheas aguas (hermoso dueño mio) quedan anegadas con la presente gloria las penas, que sin

ella he passado; y no porque ayan sido sin semejanza alguna, dexa de confessarse deudora el alma: sì bien luego que de tì se aparte, pagarà con tanto exceso, que parezca impossible el poder ser satisfecha, y lo serà, si tarda el tesoro de tus favores; cuya breve tardanza amenaza de transformarla en el mismo tormento; este verè difunto, si piadosa prometes la possession, que debes à mi amor, cuya grandeza acreditan mis gigantes desvelos, que à no ser bien nacidos, pudieran otra vez poner espanto al Cielo, como le fueron freno, que para enriquecerse no despojasse de tu hermosura el suelo, postrados en el humilde te suplico, que no permitas quede mi fee. sin premio, engañada la esperanza, burlados lo deseos, desesperado el amor, y sin vida el que rendido à la mayor hermosura es el mas dichoso Amante. Acompañando con salva de ardientes suspiros los engañosos requiebros: los quales entregaron à Doña Isabèl por esclavo al contento; porque los creyò ministros de un verdadero amor, y fin felice de su cruèl intento: el qual encubriò con las razones, que escucharon suspensos la noche, y sus horrores en esta forma: Abalanzabase presurosa a rendirse la voluntad, visto el esquadron lucido de tus merecimientos, y la detuvo valiente, y prudente la razon, con rezelo de los engaños, que suele hacer el bastardo

Amor, que con disfrazes del legitimo executa los daños, que no reparan las lagrimas de las burladas doncellas, y la obligò menospreciasse los rebatos de Francesas finezas, estimando solamente las que por verdaderas aprobasse el tiempo, y assi serà perderle, presumir de alcanzar sin èl (al solo alarde de los encendidos deseos) la victoria, que por facil seria desestimada. Cuya resolucion procurò revocassen los juramentos que hizo, por el santo Cielo, por el de su hermosa cara, y por los soles, que hermoseandola apagaban el resplandor de èl, que en el otro se passea; y los apoyò con estas razones: Ofendame el mas cobarde con impossible venganza; castigue el Rey mis lealtades por trayciones; jamas alcance tu amor, y mi mayor enemigo mal logre mis esperanzas en la possession de tu hermosura, si por ella no muero, y no la adoro. Pero todo su esfuerzo fuè vano; pues sin mudarse (quien avrà, que lo crea de una muger?) De su proposito se despidiò, dexandole despechado de tan mal sucesso, y deseoso de vengarle con su caìda, por aver librado todo su contento, no en su amor, sino en su rendimiento, antes que le viesse el Alva se retirò à su casa, y en ella passò lo restante de la noche (trazando engaños, y meditando estratagemas) sin admitir el descanso, que le presentaba el blando sueño, en cuyos brazos final-

men-

mente se dexò caer rendido; y tanto le detuvo, que pudieron condenar su descuydo los yà elevados rayos del Sol; y assi antes vestido, que despierto en un melado Cordovès, cuya bizarria acreditaba los campos, donde fuè nacido, passeò todo el dia su calle, y en las muestras de sus exteriores finezas hallò Doña Isabèl la verdadera causa de sus gustos, por vèr difuntas con ellas las dudas de su victoria; pues engañado de sus ansias el deseo, la assegurò ser verdadero el que fingiò con disfraces la porfia en las quexas, què diò de los disfavores, y abonos de su amor con estas Octavas, que cantò con tan lastimosos acentos, que engañò à la misma noche, que las oìa.

OCTAVAS.

La llama ardiente, que espantoso exhala
El monte, donde Stenope, y Vulcano
Los rayos forjan, con que Jove tala
El mas pomposo proceder humano;
Si al fuego eterno mi dolor le iguala,
Que en el pecho encendiò el Amor tyrano;
Aun el humo es mayor, porque hizo dentro
De su encendido ardor esphera, y centro.
La fiera vengativa, cuyos dientes
Quitan à Venus el Amante hermoso,

No obstenta tantas puntas, como ardientes
Flechas de Amor mi corazon lloroso:
Que quando en èl causò estos accidentes,
La benda se quitò, flechando ayroso
Quantas tuvo el carcax, y con despecho
Se arrojò en el infierno de mi pecho.

Penando dà martyrio; pues soplando
Se aviva el fuego, y por crecer la llaga
Las flechas con violencia và arrancando:
Del traspassado corazon, que estraga,
Que quiere, que al Amor, que estoy mostrando
Las llagas correspondan, mas es vaga
Su diligencia, quando muchas vidas
Sacrificar pudiesse a sus heridas.

Pues quando tal estoy, la causa bella
De mis suspiros se deleyta tanto,
Que aumenta à la esperanza de vencella
Nuevos deseos, para nuevo llanto:
Porque fingiendo al suspirar por ella
Igual correspondencia, me adelanto
A ser (quien lo creerà) de ardor movido
Tantalo hambriento de un amor fingido.

Fingido Amor à mis contrarios tiene,
Verdadero es mi agravio, y no por esto
Dexo de estàr zeloso, porque pene
Mi corazon con espantoso excesso:

Pues sin obra de Amor à tener viene
Amor quizà, para quitarme el sesso:
De quien tengo piedad, que al odio impide
Alvergue el corazon, dò amor reside.
Mas penas (si ay mas penas) sufrir quiero,
Que los zelos, heridas, fuego, y quantos
Martyrios passo, Amor, que es verdadero
Los haze por la causa no ser tantos.
Sus desdenes al fin, y rigor fiero,
Pues me condenan à perpetuos llantos
Me acaben de una vez, porque es dichosa
La muerte de una causa tan hermosa.

Pero presto el desengaño trocò en disgustos sus contentos, porque perseverando à desfavorecerle, se retirò, por vèr si el menosprecio alcanzaba lo que el fingido amor, la falsa sujecion, y pertinaz porfia con todas sus trazas no avian podido acabar; y sì bien no rindiò, como deseaba al arrogante Dama, la viò cuydadosa procurar con el reclamo de sus favores lisongear al Amor, que yà juzgaba vencido del rigor de sus desdenes; cuya memoria, mostrando averle tapado los oìdos, libre no le escuchaba, y menosprecìaba airado el bien que le ofrecia, y que avia pretendido con tantas ansias fingidas: Esto, pues, despertò en el pecho de Doña Isabèl (que hasta entonces no avia hallado en corazon humano re-

ſiſtencia) tanto enojo, que deſatinada, y loca, retirada en ſu quarto, amenazaba al miſmo Amor con cadenas, y priſiones en eſtas ayradas vozes: Rapaz, à quien venera por Dios el ciego mundo, ſi tienes poder en las almas; por què villano, y groſſero conſientes, que deſeſtime un hombre la hermoſura, que ſola te ha dado mas Vaſſallos, que juntas las que haſta ahora ha viſto el Sol, deſde el principio de mundo, tanto, que ſi quitas la benda de tus ojos, veràs, que no puedes tù miſmo reſiſtir la belleza de los mios? Mas porque con tantas vozes ocupo el ayre, y me ofendo, ſi me han dado los Cielos las armas para vengarme, que acompañadas con el arte me aſſeguran el vencimiento de la empreſſa mas dificil; y aunque lo ſea (ò ingrato Don Ramiro!) la de tu libertad, la lloraràs arrepentido, y pediràs perdon humilde, ſin que puedas alcanzarle, porque à las tygres fieras he de enſeñar crueldades. Y añadiendo luego à la natural belleza todo el adorno, que inventò el arte, embiò con una Dueña à Don Ramiro eſte billete: *Los deſdenes, y disfavores mueſtran los quilates del amor, y los fingidos mios han deſcubierto ſer falſo el vueſtro; y quando debiera pagar con olvido el engaño, me obliga la fuerza del mio à que le manifieſte verdadero, en aguardaros eſta noche à la acoſtumbrada rexa de mi caſa, adonde confio os lle-*

varà la cortesia, si lo negare el amor. A cuyo fin diò principio el regocijo, que le causaba la falsa opinion de haver yà ablandado el empedernido corazon de Doña Isabèl; y assi asségurò à la mensagera con palabras, que publicaron su contento, que acudiria puntual al lugar señalado, para cobrar con los nuevos favores la vida, que tenian al estremo los rigores de su dueño: con cuya respuesta alegrò la dueña à su señora, que en el dichoso principio de su engaño contemplaba el fin de la deseada venganza; pero divirtiola el Amor, porque deseoso Don Ramiro de salir del todo victorioso, luego que llegò la noche se vistiò tantas galas, que pudieron competir con la bizarria de Doña Isabèl, à cuya calle llegò (por vèr desiertas de gente las demàs) à tiempo que le aguardaba, y para verlos elCielo rasgò à la noche el negro manto, descubriendo risueñas las estrellas, que atentas con Diana escucharon del fingido Amante estas razones: De nuevo (divina señora mia) rendida el alma te adora, y califica por sabia à la naturaleza; pues aviendo (emula de milagros) formado tan superior hermosura (cierta de su caudal) la desconociò por perfecta, y juzgò aver imaginado dormida lo que avia hecho despierta con diligencia tanta, que yà sobervia la tierra quedaba ufana con las embidias del Cielo. La pretension de posseer tanto bien, este-

me-

meraria, (yo lo confiesso) pero es animoso el deseo, y por discreta cobarde la esperanza, cuya humildad te obligue, si con su atrevimiento el otro despierta enojos en tu pecho. Acreditando las mentiras de la lengua, con un ardiente suspiro el corazon, con lagrimas los ojos, y con tristeza el rostro: de cuyos engaños finalmente vencida la dureza de la noble doncella, permitiò al alma, que recibiesse el retrato de la gallardia, y galas del Cavallero, que le pintaron (hechos Ceusis, y Apeles) los ojos. Aficionada al fin diò entrada al Amor, de tal manera, que fuè ciega mariposa de su fuego: conociendolo Don Ramiro en la amorosa respuesta, que le diò, diciendo: La que forzò con su hermosura à Jupiter, que en lagrimas deshecho baxasse à su regazo transformado en lluvia de oro; y la que le obligò à lo mismo en blanco cisne, pudieran embidiar mi dicha, si engañado el conocimiento juzgàra por verdades las lisonjas de vuestra cortesia, y à las lastimas de mi corazon se apiadàra el Amor, à quien con mil ansias solicita, que le ciegue, y dexe à esta por consejera de la voluntad; porque arda agradecida, como se abrasa la mia enamorada. Y sacando en fin de estas palabras, por entre los yerros de la rexa, un pedazo de viva nieve, diò ocasion à su querido Galan de hurtar los favores, que con cuydadoso descuydo le ofrecia el

alma

alma en abono de su Amor, à quien asseguró igual correspondencia con estas fingidas ternezas. Fuerza natural es la que obliga à nuestra voluntad, que apetezca lo que el entendimiento le aprueba por bueno; y no ay duda, que sigue los passos del conocimiento el deseo; y assi bien puedo yo estàr con razon quexoso de la naturaleza, que por averme faltado en lo primero, no puedo con el segundo corresponder à los meritos del objeto que adoro, cuya belleza es tanta, que si viviera Ceusis, y huviera en el mundo tantas Helenas, quantas hermosas niñas escogiò en Croton, para pintar su hermosura, y à estas se juntaràn las tres Diosas, que juzgò desnudas el Pastor de Ida, ò sin tocar pinzèl desmayàra, como Eufranor (Pintor famoso) en Atenas en retratar la suprema Magestad Jupiter, ò como el otro excelente artifice, que para pintar en el cruèl sacrificio de Ifigenia el intenso dolor de Agamemnon, hizo de un blanco lienzo mortaja al padre, y sepultura al arte, pues se concede solamente al Amor pintarte al vivo en los humanos corazones, y en el mio estàs segura de las ofensas del tiempo. En estas platicas, pues, gastaron el que les concediò la noche, hasta que lastimada el Alva del engaño en que estaba Doña Isabèl, los apartò, bolviendo à su quarto muerta de amores la doncella, y èl à su casa gozoso, por la victo-

ria, y publicò luego su contento en el menosprecio de los favores que Doña Isabèl le hacia para ablandar la dureza de su corazon, causandole con ella tanta pena, que despues de averse transformado en la diligencia misma para rendirle, y procurado en vano con sus lagrimas, y suspiros lastimar al Amor, que ciego no las veìa, y no los oìa sordo) se entregò toda à una profundissima tristeza, que en breve la puso con una grave enfermedad en los brazos de la muerte; y desesperando yà de su vida, alcanzò de la crueldad de Don Ramiro, que la viesse antes de perderla; y viendole junto à sì en la presencia de una dueña suya, que sabia la causa de todo su mal, le hablò con voz dèbil, de esta manera: Querido enemigo mio, yà rendida à tu rigor se acaba la vida, que la Parca piadosa quiere dàr fin con ella à mis tormentos, siento no tener muchas para poder (penando con ellas) alimentar tu crueldad; pero pues no me conceden tanto los Cielos, inventa tù algun nuevo martyrio, que con su atrocidad iguale à tu deseo; assi nunca se vengue de tì el cruèl Amor, y añadan los Cielos à tus años los que me quitan el hado ayrado, y mi contraria suerte. Dando en fin de estas razones, con un mortal parasismo, señales de los quilates de su dolor, que transcendiendo con verdadera possession à el pecho de Don Ramiro, llorò

tierno, y arrepentido el cruèl efecto de su ingratitud, mientras con las ordinarias diligencias consiguiò la Dueña el apetecido restablecimiento de su Ama, que entonces arrojado à sus pies implorò perdones, y delatò la causa de sus tibiezas, ofreciendo sacrificar, reconocido, y enamorado desde aquel instante sus sentidos à sola su peremne adoracion, con tales juramentos, y bien-sentidos extremos, que haciendose lugar en la creencia de Doña Isabèl, obstentaron reparada la salud, que poco antes se resistiò à los esmeros de Esculapio; pues con esta medicina, y la palabra, que reciprocamente empeñaron de guardarse perpetua fee, para que hallassen sus voluntades, en el dulce lazo de Hymeneo, el merecido premio: en pocos dias recobrò con ventajas sus perdidas fuerzas, y desde luego la ocasion gustosa de hablarse todas las noches por la rexa, que hasta entonces avia sido instrumento de sus cautelas, y fingimientos, cuya complacencia no era mayor en la Dama, que en Don Ramiro, porque yà verdadero Amante, conociendo su felicidad, y lo que interessaria en perfeccionarla, con el felìz termino à que entrambos aspiraban, no conocia otro disgusto, que el que le resultaba de un continuado deseo de la prompta execucion; y assi con consentimiento de Doña Isabèl, y participacion de la Aya, que à todo

intervenia con ſu conſejo, y medios, ſe reſolviò à pedirla por eſpoſa à ſu tia, y parientes, que sì bien à los principios lo reſiſtieron, por parecerles, que entre los muchos pretendientes hallarian mayores comodidades, y riquezas, conſideradas deſpues las buenas circunſtancias de Don Ramiro; y lo que es mas, con la declarada voluntad de Doña Iſabèl, las veras con que los dos ſe amaban, ſe reſolvieron à concederſela, y con alegria, y ſatisfaccion de todos ſe empezò à preparar lo neceſſario, con la diligencia que pedia la prieſſa de los Amantes, los quales mas amartelados de cada dia, contaban por años los minutos, pareciendoles con el excesſivo gozo de reconocerſe proximos à la execucion, y termino de ſus dichas, que yà la fortuna no tenia juriſdiccion para contraſtarlas, de cuyo error llorò bien preſto la experiencia, ſino Doña Iſabèl, por aver ignorado el rieſgo, haſta deſpues de ſucedido el incauto Don Ramiro; pues aviendo paſſado con ſu licencia, y mucha parte de la Nobleza deCordova a encontrarſe en las bodas de un pariente ſuyo, que ſe celebraban en cierta Caſa de Campo, que para ſu diverſion, y recreo tenia, à los eſtremos de ſu termino, una tarde, que acoſado de penſamientos, y agitado de la melancolia, que le inſpiraba eſta forzoſa, aunque breve auſencia, quiſo ſalir al campo à embiar,

menos acompañado, con mas libertad la memoria, y sentidos à la parte donde dexaba dulcemente aprisionada el alma: repentinamente saltò de entre las confusas matas un ligero corzo, que excitando en su bizarro animo el deseo de constituìrlo tropheo de su venatoria destreza, lo empeñò à el alcance, internandose tanto en la maleza, y confusion del Bosque, que à un mismo tiempo se reconociò perdido, y avassallado de una quadrilla de atrevidos Moros, que sin darle lugar para la defensa, le pusieron brevemente en presencia de la hermosa Melayda, que à la sazon se hallaba en aquellos contornos, persiguiendo sierras para aliviar las cargas del govierno, que en ausencia de su padre el Rey de Sevilla (que avia passado à solicitar en la Africa socorros contra las victoriosas armas de los Catholicos Reyes, que le amenazaban) le fuè encomendado con gustò de sus cortesanos Vassallos, pues admiraban en su ingenio, y hermosura, unidos los embelesos de Venus con los aciertos de Minerva. Puesto, pues, en su presencia el afligido Don Ramiro, solo le dexò la novedad, acuerdo para sentir su desgraciada suerte; y la pena, que con la noticia de su esclavitud recibiria su querida Doña Isabèl, cuya consideracion elevaba à tan desmedida proporcion su sentimiento, que el silencio, y la suspension pudieran acreditarle de indiscre-

to, y aun de cobarde para con Melayda, si yà à diligencias de Cupido (que quiso castigar en ella libertades) no huviesse hallado su gallarda ayrosa proporcion, alguna mas que ordinaria recomendacion en los ojos de la Mora, que estrañando las nuevas especies, que embiaban al pecho, como no acostumbrada a sufrirlas, la fuè preciso, para no dexarse entender, socorrerse con el disimulo, mandando se restituyessen à la Ciudad, adonde llegò tan fatigada de imaginaciones, como admirada del dominio, que à pesar de resistencias adquiria en su inclinacion un misero esclavo, à quien tampoco haze conocia, y con proposito de castigar, y contener su ligereza, excluyendolo perpetuamente de su vista; y asi le aplicò à que sirviera en los jardines entre los otros cautivos, aunque con alguna distincion; pues relevandolo del trabajo, le encargò solo el cuydado de los demas, siendo esto de muy poco alivio para Don Ramiro; porque ocupado de su justo penetrante dolor, solo contemplaba en su infelicidad, y en su querida Doña Isabèl, que sì bien estrañaba la tardanza de su Amante, como los otros, que avian quedado en la solemnidad de la boda, la repentina prolongada ausencia, no pudieron penetrar la verdadera causa, ni concibieron cuydado, atribuyendolo estos à que estimulado de su amor, se avria restituido

à Cordova, y la Dama à que se mantendria en su compañia, que de este modo se barajan frequentemente los discursos de los hombres, conspirando à fuerza de casualidades, unos al engaño de otros, para que todos se desvien del conocimiento de la verdad, y conozcan la fabilidad de nuestro discurso: en esta trabajosa situacion, vivia muriendo el pobre Don Ramiro, y la Mora, que à pesar de sus propositos dexaba correr la vista por una ventana de su quarto, que dominaba el jardin donde asistia, hallaba de cada instante en lo mismo que tomaba, como remedio, mas precipitada, y enferma su inclinacion, y à su cordura, y recato, con menos fuerzas, para contenerse, y excluìr su passion, deponiendo respetos, y consideraciones, propuso manifestarsela al triste Cavallero, sino con palabras, con demonstraciones, que mudamente bastassen à explicarla; pero aunque la solicitò, baxando frequentemente al jardin, donde procuraba dar lugar à la conversacion, experimentaba efectos opuestos, porque Don Ramiro desentendido, y ageno de admitir pensamiento, que lastimasse al verdadero Amor, que à Doña Isabèl conservaba, la respondia, y comunicaba con rendimientos de esclavo, y aun evitaba quanto podia estas ocasiones, por dàr lugar con la soledad, y retiro, à la consideracion de sus males:

cosa, que sentia tanto la Mora, que yà despechada, y enteramente puesta en manos de su furiosa passion, despreciando pundonores, y venciendo dificultades: un dia que lo encontrò solo entre unos quadros de verdes yedras, que en primorosas labores pretendian exceder el Arte à la naturaleza, con purpureo vergonzoso semblante le hablò de esta manera: No sè, dulce robador de mi sossiego, si agradezca, ò culpe à mi suerte el conocimiento, que de vuestras bizarras perfecciones me facilita vuestro cautiverio; pues al passo que lo experimenta mi alma, negada à las libertades que obstentaba, se reconoce tan lisonjeada con su dolor, que equivoca lo que pudiera ser tormento con la gloria de reconocerlo tambien depositado, y sin duda fuera mayor que la que se facilita à los habitadores de los eliseos campos, si experimentàra en vos mas muestras de piadoso, que de ingrato, cuyo culpable delito serà mayor en adelante, si continuando en mostraros desentendido, despreciarèis con mi vida las comodidades, que os promete mi amor, quando yà no podeis dudar estarà resuelto à obedeceros en qualquiera determinacion, que para premiarle tomareis, aviendo con su demonstracion vencido la mas robusta dificultad, que se ofrecia à mis altas obligaciones, cuyas palabras acompañò, y acabò con tan ardientes

ſuſpiros, y continuas lagrimas, que adquiriò nuevos, y mayores quilates de aumento por entonces ſu hermoſura; y aviendoſe quedado ſuſpenſo, y abſorto Don Ramiro, mirando à la Mora, que atenta aguardaba la reſpueſta, juzgò no le hacer otra ninguna ventaja, ſino la de ſu amada eſpoſa; y deſpues de aver en breve rato imaginado mil reſpueſtas, diò la ſiguiente: Poco antes que el Cielo conſintiera mi cautiverio, ſacrifiquè mi libertad (atado con los lazos del Hymeneo) à una hermoſa Dama en la Ciudad de Cordova; y la ley que profeſſo no conſiente, que pueda à un miſmo tiempo caſarſe un hombre con dos mugeres; y aſsi, bella Melayda, ſolamente aſſeguro el quedarte agradecido, pues no puedo enamorado. A cuya reſpueſta eſtuvo por perder de dolor el ſeſſo, y ſin poder formar palabra, ſe fuè del jardin; y retirada en ſu quarto, le inundò con lagrimas, y enriqueciò con las injurias que hizo à ſus cabellos; pero no ceſſando por eſto de afligirla el amor, no dexò diligencia que no intentaſſe, [illegible]a conquiſtar el de ſu eſclavo, que pagaba el ſuyo con corteſes razones, por conocer de experiencia ſu riguroſa fuerza, pues le atormentaba tanto con la auſencia de Doña Iſabèl, que le obligaba à llenar de quexas el ayre; y aviendole una vez oìdo la bella Mora, laſtimada de ſu mal, por lo mucho que le

queria, determinò, fuera de todo penſamiento humano, darle libertad, para que fueſſe à gozar ſu eſpoſa; y llamandole, le comunicò el exceſſo de ſu amor, de que eſpantado el Cavallero, le diò agradecido las gracias, que ſe debian à la notable, que recibia; y aviendole dado una velociſsima yegua, en trage de Moro le embiò libre à Doña Iſabèl, antes que llegaſſen las nuevas de ſu cautiverio; y contando el eſtraño ſuceſſo, la dexò admirada con los que le ſupieron; y deſpues de averſe celebrado con infinito contento ſus bodas, embiò un riquiſsimo preſente à la Mora, à quien hallaron muy triſte, por la partida de Don Ramiro, que ſe laſtimò al contarſelo, y no quedò Doña Iſabèl libre del todo de la zeloſa paſsion, ſi bien deſpues viviò lo reſtante de ſu vida en compañia de ſu querido con mucho contento, y guſto, aumentando la prole, que tuvieron el Amor.



LA VOLUNTAD DIVIDIDA.

NOVELA VI.

YA abrasaba el Sol con doblados incendios la tierra, que por resistir à sus ardores dexaba pobres à los mas caudalosos rios; pues al estremo reducida, les hurtaba los liquidos cristales, que llevaban al mar, cuya falta sintiendo Neptuno, desmayaba entre sus mismas olas; las yervas, y las flores deseaban en vano el socorro de cefiro; y si piadosa el Alva con sus frescos rocìos las alentaba, era para que Febo hallasse en que mostrar de nuevo sus rigores, quando Mahomad Abenciet, unico hijo del Dordux Abenciet de Malaga llegò disfrazado à Granada, para vèr en una fiesta de cañas (que hazia la nobleza Mora, lisongeando con ella à la Sultana, en el dia de su nacimiento) à Zarayda su prima, con quien estaba concertado de casar; pero antes de verla le enseñò Amor, en uno de los balcones de la plaza, la hermosura de Zelinda, que qual suele el padre de la luz, con sus resplandecientes rayos obscurecer

las menores, aniquilaba con la suya las mayores bellezas, en cuya contemplacion se empleò tanto el entendimiento, que juzgò deberſele el ſacrificio de la voluntad, el qual hecho con ſu acuerdo, fueron à llevar los ojos (eſtafetas del alma) la nueva à la hermoſa Mora, la qual (sì bien obligada à Muza ſu marido) agradeciò el aviſo, y diò en albricias la libertad, que alegres los menſageros embiaron à ſu dueño; y èl olvidado de la fieſta, y de la prima, gaſtò el tiempo que debia à entrambas, en acreditar ſu nuevo Amor, que en tan breve eſpacio avia llegado à lo ſumo; (que acriſolan inſtantes los efectos de cauſa tan poderoſa) y acabada la fieſta la ſiguiò haſta ſu caſa; y informado de la calidad de ſu dueño, eſtuvo por perder el juicio, quando entendiò, que otro poſſeia tan rico teſoro; pero no pudiendo dexar de amarle, determinò procurar con todas veras el dichoſo fin de ſu pretenſion; y aunque avia propueſto no deſcubrirſe à ninguno, mientras eſtuvieſſe en Granada, aviendo ſabido, que una deuda ſuya, y de ſu prima (con quien Celinda tenia eſtrecha amiſtad) vivia enfrente de ſu caſa, la fuè à viſitar, y le manifeſtò la cauſa de ſu venida, de que ſe holgò mucho Maymona, (que eſte era ſu nombre) y le prometiò hazerle vèr à Zarayda, ſin que ella lo entendieſſe; pero no pudo (ſiendo muger) guardar

el secreto; y asi avisò de ello à la prima, que deseosa de parecer bien, à quien entendia, que avia de ser su dueño, añadiò à la natural hermosura quanto para acrecentarla, avia inventado el arte, y de esta manera adornada, visitò à Maymona, que tenia escondido en su casa à Mahomad, que pudo verla muy à su gusto, y quedò, sin poderse resistir, preso de su belleza; pero no de manera, que dexasse de amar à Zelinda, antes se hallaba tan suyo, que no la dexàra por la prima, ni à esta por ella: Que amor les avia dado en el alma asientos iguales. Y asi confusa no sabia como guiar sus pretensiones, para que tuviessen el deseado fin, y se dispuso darle à su vida, quando no le pudiesse vèr felice, y por entonces no quiso declararse con Zarayda hasta verse mas favorecido de Zelinda; y tuvo lugar de manifestarle su passion un dia, que se fuè à holgar à una su Quinta con sus amigas, y entre ellas Maymona, à quien èl fuè acompañando; y repartidos entre los frondosos arboles de ella, para passar à su sombra la siesta, procurò Mahomad meterse en una espesura, junto à su querida, la qual como no le viesse, se entregò descuydada al sueño, que fuè breve; porque amor no le consintiò largo descanso, sì bien se le diò mayor con la vista de Mahomad, que se avia acercado à contemplar su divina hermosura, mientras no se lo

es-

estorvaban las traviessas niñas de sus ojos; y los suyos se hallaban con tal gloria tan contentos, que entendian no poder darles otra mayor el ciego niño. Y visto que anegaba en sangre la leche de sus hermosas mexillas, por verse à solas con su querido, y que casi ayrada acusaba su atrevimiento, se disculpò con estas razones: Ofendiera à tu divina hermosura, si con solicitar el perdon publicàra por yerro lo que acredita ser fuerza el cautiverio en que me hallo, que alivia la esperanza de la piedad del dueño; pues à faltar (si pueden no la tener Deydades) fueran mis males dechado, que no pudiesse imitar quien los fabrica mayores; y assi te suplico glorifiques mi amor con la correspondencia, que promete tu nobleza, que destierra ingratitudes, segura de que la firmeza misma, à vista de la mia, parecerà inconstancia. A cuyas amorosas razones dieron respuesta los suaves acentos de su pequeña boca, que rompiendo por entre orientales perlas, y encendidos rubìes llegaron à los oìdos del enamorado Moro en este sòn: Aborrecieras justamente (noble Mahomad) esta que llamas belleza, si atropellàra la fee, que debo à Muza mi marido, por pagar las lisonjas de tu amor, y yo misma calificàra las sospechas, que con razon tuvieras de mis mudanzas, si no pagàra con honesto agradecimiento la voluntad, que muestras tener-

me, y desvanecerà con la imposibilidad del fin que pretende, y tù quedaras libre de los males que vanamente obstentas. No yerra (replicò el Moro) quien imita à los Dioses, Venus amò casada al Dios de las batallas; y sì bien fuè descubierto el amor, no se juzgò delito; pero soleis las mugeres, quando no amais, encubrir la crueldad con el recato, y honestidad, que no estimais amantes, mas yo te juro por el santo Alà, que no triunfes con ella (aunque iguale à tu hermosura) de mi amor, que no estriva en favores, si nace de tus meritos; y si no alcanzaren los mios lo que le debes, alimentarè con el sufrimiento mis penas, porque no las acabe la muerte, que ha de martyrizarme viva, para vengarte de mis atrevidos deseos. Assomando al fin de estas razones en los ojos pocas lagrimas (fiadoras de su sentimiento, y que solamente en casos semejantes se permiten à los hombres) à las quales no pudo resistir Zelinda; y assi declarò la correspondencia con enjugarlarlas de su propia mano, y certificarle, que le amaba tiernamente; mas que no le permitia el estado en que se hallaba, hazer otra demonstracion, assegurandole, que acreditaria con las obras sus amorosas razones, a no lo estorvar la vigilancia de Muza su marido, de cuya volunrad con esperanza de allanar dificultades, quedò Mahomad tan contento, que desesperado de

poderlo manifestar con la lengua: dexò, que lo hicieſſe el ſilencio, calificador de coſas grandes; y levantandoſe, por no dar nota fueron adonde ſe avian yà reducido las demas, que era en una grande, y quadrada ſala, adornada de varias, y diverſas pinturas, y ſentadas oyeron al sòn de una harpa, que tocaba Celinda por eſtremo, cantar tan divinamente, que ſuſpenſos los ſentidos, eſtaban las almas en tanta gloria, que quiſieran fuera eterno el canto, por no perderla; pero ceſsò, porque moſtraſſe Mahomad, con lo miſmo que acompañaban, artificiales gracias à las muchas que en ſu poca edad de quatro luſtros, ſe le conocian de naturaleza; y deſpues de aver reſiſtido ſin porfia, cantò, tocando la miſma con voz ſuave eſtos verſos.

De amor à la primer calma
Se acobardan los temores,
Y al fin mueren los mayores
Luego que amor llega al alma:
Cuyo ſiempre triunfo, y palma
Reconozco ſer valor
Natural en el rigor
De mi amoroſo deſvelo:
Pues ſon los temores hielo,
Y ardiente fuego el amor.

Segun

Segun esto, no ha llegado
Tu amor al alma, pues vienes
Con los temores, que tienes
A desmentir su cuydado,
Mas el que tengo has pagado;
Mas ay de mì, que sospecho,
Que me quexo sin provecho
De tì, pues no puede ser,
Que ayas amor de tener,
Si està guardado en mi pecho.

No agradò menos la musica, que la danza que hizō despues ayrosamente Zelinda al sòn de su mismo instrumento; y tanto, que aumentaron en el Moro las mudanzas el amor, que avia de crecer con la firmeza, y en las compañeras causò no poca embidia, no las dexando la propia aficion negar las ventajas; y assi procuraron bolverse a la Ciudad, en tiempo, que matizado de dorados zelajes el Cielo, publicaba la huìda del Sol (corrido de que se hallasse en el suelo quien obscureciesse su luz con la de dos negras estrellas) y aviendo llegado à sus casas, se trocaron al despedirse los dos Amantes con los ojos las almas, que confessaban no poderse ausentar con vida un instante de la hermosura, que las animaba; y apenas llegò el Moro à la suya, quando en habito de noche

bolviò à venerar las paredes de la de su dueño, yà que no podia verle, mientras Zelinda retirada en su quarto, por no estàr su marido en ella, procuraba aliviar con suspiros la passion, que la despedazaba las entrañas, solicitandola desterrasse del todo la fee, que la conservaba à su marido, por no aver aùn sido bastante amor à engendrar contra Muza pensamiento menos que honesto, cuyas ansias sintiò una querida doncella suya, y con muchas veras intentò saber la causa de ellas; y finalmente alcanzò la verdadera, despues de varias fingidas, que daba la enamorada Mora, à quien animò con este discurso. Las leyes de amor no conocen ninguna, que las modere, atropellando las demas todas, que este Dios no sufre resistencias. Porque quiere ser en todo absoluto señor, y es vano presumir seguirle, sino se reniega primero de lo que le contrasta el entero dominio. Assi lo hizo Fedra, y la hija del Sol Pasifa; que renunciaron la fee, que debian à sus maridos, por no romper las leyes de este Dios. Entregate, pues, señora à su poder del todo, si quieres probar las glorias, que alcanzan sus Vassallos. De cuyas razones vencida Zelinda, determinò seguir sus consejos. (Que agradan facilmente los que conforman con nuestros apetitos) y hallandose con esto mas descansada, dispensò lo restante del tiempo, que tardò Mu-

zà, en tratar de las buenas partes de su querido: alabando, yà el talle, gallardia, y hermosura: ya el entendimiento, que descubria estremado en sus discursos, y no dexaba de encarecer la nobleza: pues sabia, que era por linea recta descendiente de aquel valiente caudillo Tarif Abenciet Iabalfat, primero Conquistador de España; y no paraba aqui el lustre de su linage, que era conocido de todos, por deudo muy cercano del Rey Almanzor de Marruecos, y sobrino del de Fèz: à cuyas consideraciones ufanas se juzgaba la mas venturosa Mora de Granada (aunque pudiera creer no merecer menos por la sangre que tenia de los Abencerrages.) Y asi, si bien la interrumpiò tan sabrosa platica con su venida Muza, no pudo estorvar las que mientras cenaron, y durò la noche, hizo la memoria al entendimiento, y Morfeo al alma dormida, (si duerme el alma) que comunicadas todas à la voluntad la encendieron, de manera, que apenas la avisò un pequeño resquicio de una ventana, que caìa à un jardin, que venia el alva, quando dexando la cama se negò al descanso: y vestida, ordenò à su doncella, que fuesse à su querido, y le advirtiesse, que para poderse vèr sin rezelos, convenia procurasse la amistad de su marido; y diligente la mensagera, se traslado adonde la avia mandado su señora, y hallò, que

cobraba Mahomad el sueño, que avia perdido desvelado toda la noche en su calle; y recordado, la agradeciò con una cadena de orò la buena nueva, y con deseos de tener mas almas, que rendir à su dueño: el favor, que recibia, y prometiò no mal lograrle. Y asi en breve, con su diligencia alcanzò tal lugar en la amistad de Muza, que negaba vivir el tiempo que estaban apartados, con que gozaba continuamente sin estorvo alguno la vista de su Zelinda; sì bien no siempre les era permitido hablar en sus amores, que lo estôrvaba, ya la presencia de Muza, yà de algun deudo: siendo fuerza hazer sus visitas en parte publica, por no causar sospechas. Y asi sentian mayores penas, pues los hacia pobres la misma abundancia de ocasiones, que tenian, igualando sus males à los de Tantalo; pero el aprieto mismo en que se hallaban (gran Maestre de trazas) les enseñò una, con la qual publicamente, sin ser entendidos, se manifestaban secretos del alma, y fuè, que Zelinda empezò à hazerlo, fingiendo cuentos, conformes à las materias sobre que se hablaba; y entendiendolos Mahomad, respondia con otros, que no lo eran entre ellos; y asi se hallaban dueños de las glorias de amor: mas tienen tan breve vida los deleytes humanos, que un solo imaginado daño los acaba, y destruye, como sucediò à los suyos: pues

àviendo dexado de dormir Mahomad la siesta, por vèr à su Zelinda, llegò de repente al vergel, en que las solia passar la misma, y viò, que hablaba en èl à solas con un gallardo, y bizarro Moro, à quien no conociò; porque era recien venido de Africa, cuyos rabiosos zelos(antes que le pudiessen vèr) le bolvieron tan desesperado à su casa, que despues de grandes quexas, y lastimas le ofreciò el desdèn la venganza, favorecido del amor, que tenia à Zarayda, à cuyos padres determinò descubrirse, y solicitar el suyo, que prometia mas dichoso fin. Y aviendo seguido al pensamiento el efecto, fuè recibido de ellos con el acogimiento que requeria el parentesco, y su calidad, y la prima, que con assomos de novia deseaba en estremo verle, quedò à su primera vista sin libertad, y deseosa de verse con èl en parte que pudiesse certificarle de su amor; y asi no dificultò el darle licencia para que la fuesse à vèr de noche por un jardin de su casa, quando lo procurò en su nombre Maymona; y llegada la del concierto, ya que viò passada la mitad de su carrera, fuè al señalado lugar, y por una puerta falsa, que hallò abierta, entrò en el vergel, y à pocos passos encontrò con una doncella, que le llevò adonde le estaba aguardando su señora, recostada en una alfombra de flores, que desafiando à las de su hermosa cara, hacian pompo-

ſo alarde de toda ſu gala, que deſde el Cielo miraban con Diana las eſtrellas, y todas con luz mas clara publicaban la ventaja, que las hacia la hermoſa Mora, à quien hablò Mahomad, deſpues de los debidos acatamientos de eſta manera: No blaſſone mas el paſtor de Ida de aver viſto ſolo de los mortales, ſin velo alguno las mayores bellezas del Cielo, y gozado la mayor de la tierra, que yo puedo dichoſo, y con mas razon ufano publicar (querida ſeñora mia) que à vueſtra viſta la hermoſura miſma ſe confieſſa vencida, y no alcanzò èl con ſu poſſeſſion tanta gloria, que pueda igualarſe con la preſente mia, que alimenta la eſperanza. Acreditayſos liſongero (reſpondiò Zarayda) quando pretendeis enamorado. Y ſin dexarla proſeguir, replicò: Pierde en lo infinito ſus fuerzas la liſonja. Y aſsi, ſiendo ſin limite vueſtra hermoſura, no puede ruſtica inventar mas de lo que hizo la ſabia naturaleza, pues vencen vueſtros cabellos al oro mas perfecto, al Sol los ojos, al arco celeſtial las cejas, y quedàra muy ufano el Cielo, ſi alcanzaſſe el parecerſe à la eſpacioſa frente: quantas flores tiene la primavera, no igualan à los jazmines, y claveles, que pueblan à competencia las delicadas mexillas: no viò el Oriente perlas, ni el mar corales, que ſe atrevan à competir con los dientes, y labios de la pequeña boca, que

con la vòz suspende, y arrebata las almas con la risa: y si procuro manifestar con el candor del alabastro, y blancura de la nieve las excelencias de la garganta, y manos, conozco la vileza del pensamiento; y que sois tan perfecta, que si os retratàra pintora la la naturaleza que os diò tanta hermosura, no alcanzarà con todas las lisonjas del arte à sì misma. Y alegre Zarayda de las que juzgaba fiadoras del amor, desmentia con su dulce risa à la lengua, que negaba con la fee el agradecimiento, que publicaban danzando los ojos, con tanto contento de Mahomad, que llamò muchas vezes embidiosa al Alva, que vino con vanguarda de musicos paxarillos à estorvar las amorosas ternezas, con las quales avian procurado lo restante de la noche acreditar el amor, que se tenian; y viendo el sentimiento que mostraron al apartarse, arrepentida de averse apresurado; y lastmada de èl, llorò tierna liquido cristal, que bebieroin alegres las flores; y buelto à su casa, juzgò eternidad el dia; y yà passado, bolviò à la hora acostumbrada à gozar los favores de su querida, cuyos discursos, y los de otras noches, que siguieron despues, dexo de contar, por hazerlo de lo que passò Zelindi con la repentina ausencia, que hizo de su casa Mahomad; porque primero se afligiò temerosa de algun desastre suyo: Pero aviendo sabido, que

estaba bueno, la acometieron con tanta furia los rabiosos zelos, que faltò poco que no le quitassen la vida, y dispuesta de vengar el agravio que se le hacia, se armò una noche, que no estaba su marido en la Ciudad, y fuè à buscar à su Amante; y no le hallando, dexò en su casa un billete, en el qual le desafiaba à singular batalla para la noche siguiente, fingiendose un Cavallero, con quien sabia, que tenia enemistad; y bolviendo à la suya, le hallò, que cantaba quexoso este Soneto, que apresurò despues por su dicha el desafio.

SONETO.

A la mas alta esphera levantado
Ufano con tu amor, yà no temia
De la ciega fortuna la porfia,
Ni la fuerza sin limite del hado.
Assombrada la embidia, Amor pasmado
Miraban tanto bien; mas desvarìa
Quien de toda muger no desconfia;
Que es de mentiras, no de fee sagrado.
No me engañaste tù, naturaleza
Si, que en Deydades tu rigor disfraza,
Y con el Cielo en tì cubre el infierno.
Pero tiene mi amor tanta firmeza,

Que en los agravios, que tu engaño traza
Fabrica apoyos, para hazerse eterno.

A cuyo fin se le acercò tanto Zelinda, que rezelandose de ella, sacò el azero, y embrazò con presteza una grande rodela, que traìa; y aguardando de esta manera el movimiento del contrario, oyò que le dixo: Bien hazes, traydor, en prevenir defensas, mas no las hallaras contra mi razon, y desdèn, que ha crecido justamente: mientras para disculparte, esparzes en los ayres infames quexas; defiendete, pues, de mi furia, que no ha de aplacarse hasta verte sin vida, que no merecen tenerla los desleales. Y con esto empezò à pelear con tanto corage, que bien huvo menester Mahomad su valor, para defenderse del primer impetu; y passado, le respondiò (aviendola conocido al punto en la voz) de esta manera, diciendo: Detente, valiente Mora, hasta oìr mi justicia, que si despues durare el deseo de quitarme la vida, no avrà quien lo resista. Y cessando la pelea, le manifestò con amorosas quexas la causa de sus zelos, cuya vanidad acreditò el parentesco del Moro, que descubriò Zelinda, la qual loca de contento no supo negarle su postrera pretension, pues les daba lugar la ausencia de su marido (que el prudente escusa, porque desamparada la muger, es ciego sin guia, que tropieza, y cae) y assi, despues de averse

fuertemente abrazado, y confirmado con dulces ſeñales las paces, ſe entraron en ſu caſa, viendolo todo Maymona, que ſe avia levantado à oìr la muſica, y la eſcuchò con atencion, aviendo conocido en la voz à Mahomad; pero Celinda le quitò el cuydado, que le avia cauſado con lo referido, y ſe le diò ſolamente, de manifeſtarlo todo à Zarayda. Y acoſtada con èl, apenas llegò la Aurora con aviſo que venia con ſu claridad el deſcubridor de hurtos amoroſos, para que dexaſſen los amantes la blanda cama, quando ſe levantò de la ſuya, y veſtida llevò à Zarayda el veneno, que le causò mortales anſias, y deſcubriò al punto con disfavores ſu ſentimiento, que engendraba en Mahomad notable pena, por no alcanzar la cauſa de èl, y no acertar al remedio, que procuraba con extraordinarias finezas, y todas aumentaban, por fingidas, en la enamorada prima el deſdèn, el qual llegò à tanto, que yà ſe le rendia el amor de Mahomad, y determinaba dexar la empreſſa, quando la aſtuta Maymona diò con cuydadoſo deſcuydo parte de eſtos amores à Zelinda, que no ſe moſtrò menos colerica, y furioſa que la prima; antes rebentando con el ſentimiento, ſe lo manifeſtò, y ſin admitir eſcuſa alguna, le negò los acoſtumbrados favores, haſta que vieſſe la enmienda de ſu yerro; que prometiò con mil juramentos, y

para certificarſe del cumplimiento de ellos,hizo que à todas horas le ſiguieſſe un aſtuto mancebo, el qual ſin ſer viſto de èl, notaba con grande cuydado todas ſus acciones, y las referia à Zelinda, de quien eran bien pagadas ſus diligencias; y aſsi, al cabo de algunos dias, que quedò ſatisfecha, que no veìa à Zarayda, admitiò de nuevo ſu amor, sì bien con la miſma promeſſa,que acreditò con juramentos de no verla, aunque faltaſſe à la corteſìa; pero no pudo cumplirlo, (que es ley ſuprema de amor no guardar ninguna) porque certificada Zarayda de Maymona, (que tenia continuas guardas, que de ſu caſa advirtieſſen, ſi entraba Mahomad en la de Zelinda) que en muchos dias no lo havia hecho, aplacò el deſdèn, y le embiò à llamar con la ſecretaria de ſus amores, que perecia por el miſmo, y por no haverſe atrevido à deſcubrirſe, penaba callando; mas rompiò la ocaſion el ſilencio, que violaba en la ſieſta el dulce ruìdo de dos criſtalinas fuentes, entre las quales à la ſombra de una parra, que deſafiaba con ſus dorados razimos al miſmo Sol, le hallò, que paſſaba durmiendo ſus rigores, y deſpierto le manifeſtò ſu mal; cubriendo la verguenza de carmin ſu hermoſa cara, con eſtas razones: Yà ſucedieron al deſdèn de mi ſeñora anſias de verte; y aſsi à la hora acoſtumbrada te aguarda en el jardin: mas ſi altivo no

menosprecias otra voluntad mayor, y que siempre serà firme ya la correspondas, ò yà la agravies, admite mi amor, y no niegues piedad, si la pretendes. Y sin proseguir (que el natural recato le añudò la lengua) agurdò la respuesta, que fue mas aspera de lo que era justo, reprehendiendo la deslealtad, que usaba con su señora, y le causò con ella tal pesadumbre, que cayò sin aliento en el suelo, con evidentes señales de averse ahuyentado el alma, que la restituyò con las cristalinas linfas, que echò sobre el palido rostro, y consolò, arrepentido de su aspereza, con assegurarla, que estimaba su amor, y que lo mostraria en la correspondencia, que no le hiciesse desleal con Zarayda, con que se fuè contenta, y el Moro quedò admirado del sucesso; y à no haver hecho yà dos iguales partes de su alma, diera la tercera à esta, que lo era; y con razon, pues su belleza libre de todo artificio enamoraba con su puridad no manchada de las invenciones, que oy disfrazan las caras; y la suya se mostraba mas hermosa, con unas hebras de oro, que caìan de su cabeza, y esparcidas sin ley, inquietas por el ayre, que levemente las movia à una, y otra parte, eran anzuelos de las mas libres almas, que se detenian à contemplar el realce de la Primavera, que descubrian sus rosadas mexillas, entre cuyas flores escondido el serpiente Amor,

derramaba con seguridad en los atrevidos su veneno y assi fuè desdicha su defensa, como lo apuntaron unos traviessos deseos, que encarcelò con notable presteza la razon, temerosa de algun desconcierto; y aviendo estado mientras durò el dia, y parte de la noche con Celinda, quando le pareciò hora, se despidiò de ella con mil ternezas en sayos de las que despues mostrò con Zarayda, que para refrigerio de su amoroso fuego le hizo francas dos pellas de blanca nieve, que afrentaba à la que en los mas altos montes conserva, no pisada la blancura, que le diò el Cielo, y fuè milagro de Amor no deshacerlas con el ardor de sus labios, y le pidiò por paga de este favor, que no visitasse mas à Celinda; y èl conocida la causo de los passados enojos, prometiò hacerlo, y determinò ser mas cauto; y siendolo, encubriò algun tiempo el engaño, del qual temerosa Zarayda, hablò con Almoradin su deudo, y amigo de Mahomad, que por averse criado siempre con ella, y ser de una misma edad, no dudaba comunicarle los mayores secretos del alma, y assi le diò parte de sus amores, y zelos, rogandole con todo encarecimiento procurasse festejar de tal manera à Celinda, que la divirtiesse del amor, que tenia à su querido, por estar cierta, que se podia fiar à su discrecion, talle, y gallardia mayor empressa, y que anduviesse en es-

ta con cuydado, para avisarla de las acciones de su amante. Lo qual todo prometiò hacer; sì bien lo cumpliò en diferente manera, porque rendido de veras à la hermosura de Celinda, por no perder la ocasion de verla à su gusto, encubrio à Mahomad, que le llevaba consigo; y fingiendo desear mas segura comodidad para los gustos de su amigo, procurò con su consentimiento, que Celinda travasse amistad con una viuda hermana suya, en cuya casa se veìan muy amenudo, y en ella le declarò Almoradin su mal, y mostrò la Mora lastimarse de ello, por no perder la comodidad, que tenia de gozar a su querido sin rezelo, y por no causar entre los dos amigos enemistad, con que alentada la esperanza, prometia al deseo el fin que pretendia, y Almoradin lo asseguraba ufano à Zarayda, que contenta de ello no se alterò de unas zambras, que en casa de Celinda ordenaron los dos Amantes con fines diversos, aunque supo intervenia en ellas Mahomad, el qual confiado en la amistad de Almoradin, ciego no avia conocido su pretension, juzgando finezas de amigo las que eran de enamorado, hasta que haviendolos embiado à llamar Celinda en casa de la viuda, fuè èl solo, por no parecer Almoradin, el qual sabiendolo despues, vino en tanta rabia, por los zelos que tuvo, que sin reparar en otra cosa descubriò la verdad

de estos amores à Zarayda, para que lo remediasse, pensando quedar solo desta manera: la qual se mostrò con su amante tan enojada, que le jurò mil vezes por su falso profeta Mahoma aborrecerle en toda su vida, si de esta vez no dexaba la platica de Celinda. Y como en esta por la possessión no tuviesse el Amor las fuerzas, que conservaba enteras la esperanza de la de Zarayda, de nuevo la prometiò (resuelto de cumplirlo) que no la veria mas; pero la execucion no le saliò tan facil, que lo pudiesse hacer, y asi la visitaba, si raras vezes, con tanto recato, que apenas se fiaba de sì mismo, y advertido de la doncella su enamorada, que en casa de Maymona se estaba con grande vigilancia espiandole si cumplia lo prometido, y que Zarayda misma iba muy amenudo secretamente à su casa à ser cuydadosa atalaya, aumentò el rezelo, que no pudo encubrirse à Zelinda, como avia hecho con varias escusas, la causa de no frequentar, conforme solia, su casa; y si bien negò tener alguna, zelosa andaba con cuydado, por saber de quien se guardaba, y estando un dia à la ventana encubierta de una espesa zelosìa: viò assomar por la calle à su querido, y que estando ya para entrar en su casa, por aver advertido, que le miraban de las ventanas de Maymona, dexò de hacerlo, y passò adelante; y bolviendo en brebe cuyda-

doso, como no viesse centinela, entrò; mas ayrada Zelinda, por entender la causa de su recato, al entrar, que quiso hazer en su quarto, le dixo muy colerica, que fuesse, adonde daba cuydado. Y con esto cerrò furiosamente la puerta, y el afligido se fuè, y por penetrar, si le avian visto en casa de Maymona, confiado, que no sabrian encubrirlo, por ser corta la prudencia de las mugeres, entrò en ella, y en la puerta de la sala hallò à Zarayda toda turbada, que bien publicaba la cara el enojo, que encerraba el pecho; pero no satisfecha de esto, le diò con la puerta en los ojos, despues de averle dicho, que alli no entraban desleales, y fementidos Amantes. Con que estuvo, por perder el juicio, viendo quan desdichado era en sus amores, que los perdia todos, por no poder dexar ninguno, con el qual pensamiento saliò triste de casa (dexando confusa à Celinda, que en la misma ventana avia observado la entrada, y salida, por no atinar la causa de tan breve visita, sabiendo, que estaba Maymona en ella) y en llegando à la suya, fuè tan grande su pesar, que le causò una peligrosa enfermedad, de la qual muriera sin duda (porque no hallaban los Medicos à su mal remedio alguno) à no le socorrer las enamorrdas Moras, que supieron entrambas la gravedad del mal, Celinda de su marido, que le visitaba continua-

mente; y de su doncella, Zarayda, que movida de su amor, sin darle parte de ello, le fuè à vèr; y refiriendo despues à su señora el peligro en que se hallaba su vida, por el cruèl desdèn, que le avia mostrado, lastimada se resolviò à visitarle; y assi concertada con Maymona un dia, que se hallaba en su casa, fuè à la de Abenciet, y con las tiernas razones, que le dictò rethorico amor, procurò calificar el sentimiento, que le causaba su mal, y el arrepentimiento de sus rigores, que por hijos del Amor solicitaban el perdon, y le alcanzaron, con muestras de tanto agradecimiento, que yà se iba alegre de su suerte, quando al salir à la calle, encontraron à una muger disfrazada, que le turbò toda su gloria, pues Maymona, por el descuydo que tuvo su criada en descubrirse, conociò ser Celinda, que rabiosa se bolveria, à no temerse dàr nota; y assi, aunque procurò dissimular en la visita sus zelos, no pudo, diciendo al enfermo, que con la passada avria quedado tan bueno, que no necessitaria de otra ninguna; mas que à su amor inmortal, por verdadero, no le podian acabar villanas ofensas, à las quales satisfizo de esta manera: Es manifiesto engaño (hermoso dueño mio) imaginar, que otro amor del que nos comunica la sangre de nuestro estrecho parentesco, nos obligue à la correspondencia, que justamente

se debe, y tantas vezes sin razon te ha ofendido; pues no puede quedar libertad que perder, à quien una vez encadenaron tus cabellos, que vencen al evano mas negro, y califican tanto, que embidioso el metal mas estimado, se cubre de amarillèz, deseando por mas perfecto su color, y el del hermoso rostro descubre tesoros de Flora, que compitiendo con los animados rubìes, y perlas, que en tu pequeña boca enseña usano Amor, para glorificar los mortales, encantan dulcemente las almas, sin que despidan rayos las negras luzes, que haziendolo, no ay resistencia, que valga; y si engañado alguno la procura en la nieve de las tiernas, y delicadas manos, halla (milagro de Amor) mayor incendio, que solamente puede aliviar tu piedad, que es impossible falte, à quien dieron los Cielos entendimiento tan grande, que compite con tu hermosura, que la niegan las que por falta de este no alcanzan los martyrios, que passan los Amantes: pues conocidos, necessariamente la engendran; y assi con la esperanza de esta se detiene la vida, que huvieran yà acabado tus rigores. Y aviendo replicado Celinda, que mostraban lo contrario los rezelos, que tenia de entrar en su casa, la asegurò, que lo avia causado el deseo de desmentir à la fama, que atrevida publicaba de sus frequnntes visitas, infames sospechas; y

que si esto era yerro, que lo avia cometido muy grande. De que satisfecha, y obligada, acreditò con muchas finezas el agradecimiento, dexandole muy contento, y en breve tiempo le sanò el buen sucesso de este dia, con admiracion de los Medicos, que no alcanzaban los secretos de amor; pero rezelando Celinda engaños, yà que estaba en su casa, hizo llamar à un Alfaqui su amigo, que professaba con sus malvadas artes tener mas sujeto el infierno, que Pluton mismo; y aviendole comunicado toda el progresso de sus amores, le obligò con joyas de grande valor, à certificarla de la fee de Mahomad, y fin de ellos; y assi despues de aver (retirado en un obscuro sotano de la casa) murmurado sobre infernales caracteres, que fabricò en el suelo con una negra vara, le diò esta respuesta: Pretende el que te adora, à una hermosa doncella, que le quiere, contrastan su casamiento los hados, y te amenazan desdichas, si prometen fin venturoso, y niegan declararme mas los moradores de las tartareas cuevas. De cuya respuesta, certificada Celinda de la inconstancia de Mahomad, quedò tan ayrada, que passaron el erizado invierno, y la florida primavera, sin quererle admitir mas à su amor, y porque no gozasse de los favores de Zarayda, descubriò à Maymona el que le tenia, con que quedaron confirmadas las sospechas, y

firme el desdèn tanto, que yà desesperado Mahomad, decia, que la fortuna por aumentar sus males, se avia hecho de variable constante, mudando naturaleza, que es la mayor mudanza. Y muchas vezes deseò acabar con la muerte las penas, que passaba; pues no avia hallado en humanas diligencias el remedio, que anhelando buscaba; y estando en este estado, le vinieron nuevas de Malaga, que el Catholico Rey Don Fernando la tenia en grande aprieto, cercada con un poderoso exercito, solicitandole procurasse el necessario socorro, que alcanzò de el Rey de Granada, de quatrocientos cavallos; y antes de irse procurò con todas veras hablar con sus queridas Moras; y solamente lo consintiò Celinda, que respondiò à sus amorosas quexas, que le avia querido, quando le juzgò libre de otro amor; pero que yà con los pensamientos de casar con Zarayda, no era aquel mismo, sino muy diferente, y que no podian las que professaban lealtad amar à diversas personas, y sì bien replicò el que el asiento de el amor era la voluntad, que esta en todos los estados la conservaria suya: no hizo demonstracion ninguna de averse ablandado, aunque sintiò la partida, como lo acreditaron secretas lagrimas; y no fueron pocas las que esparciò Zarayda, con todo el rigor, que obstentaba; pero ignorante de esto el enamorado

Moro se fue triste, y entrò felizmente en su patria el socorro, y visto no ser bastante para resistir el poder Christiano, escriviò à Muza su amigo, que insstasse por otro, y lo alcanzò, de docientos cavallos, de los quales le hizo el Rey caudillo, y yà que apresstaba la partida, acosada Celinda de amor, fingiendo no poder sufrir su ausencia, alcanzò con las muchas lagrimas que derramò, la llevasse consigo, para compañera de su buena, o mala fortuna, y con la esperanza de vèr à su querido, se mostraba con tanto estremo alegre, que creyendo su marido ser èl mismo la causa de ello, soñaba finezas, para pagar con ellas tanto amor; y assi, salieron contentos de Granada un Martes en la noche secretamente, porque no llegasse antes que ellos al campo enemigo la nueva, que llevò por los ayres una diligente espìa, causa, que le previniessen los Christianos una emboscada, y passassen en ella à Muza con todos los suyos à cuchillo, quedando cautiva Celinda, por ser muger, la qual procurò se llevasse del funesto sucesso la nueva à su querido Mahomad, que no aviendo podido alcanzar su rescate, por averse penetrado el amor, que la tenia: obligò à su padre à que entregasse la Ciudad, si quedaba vencido en el desafio, que aceptò con licencia del Rey el Maestre de Calatrava, con condicion de dexar, si perdia, el cerco, y

restituìrle à Celinda; y aviendoles sido igualmente favorable la fortuna en la batalla, diò por rescate de la hermosa Mora la Ciudad; y aficionado al valor Christiano, dexò su falsa ley, y fueron sus padrinos, y de Celinda, que le siguiò en la santa determinacion, los Catholicos Reyes Don Fernando, y Doña Isabèl, que les dieron en el bautismo sus nombres, y por armas à Mahomad la Ciudad, que entregò, casando à los recien bautizados, con hazerle (entre otras mercedes) justicia mayor del Obispado, y à su instancia diò licencia el Rey Don Fernando a su padre, para que con algunos suyos, y muchas riquezas se passasse en Africa con el Rey de Fez su primo: pero no consintiò Dios se aumentassen con su valor las fuerzas del enemigo de su Santa Fè, porque engolfados los tragò el mar; cuyos sucessos llegaron à oidos de Zarayda, que llorò triste la poca fee de su primo, y estuvo algunos años sin quererse casar, hasta que socilicitò su amor Almoradin, que la rindiò con las finezas, que por ella hizo, yà que el nuevo Don Fernando se hallaba mas alegre con la generosa prole, que le avia nacido, y que despues de sus padres conservò en los decendientes el valor, y nobleza, que oy resplance en ellos.

LA FIRMEZA
BIEN LOGRADA.
NOVELA VII.

EN la antigua Ciudad de Smirna, que la hazen igualmente famosa, el Traze Teseo su fundador, y el Poeta Griego su glorioso hijo, no menos amable por el agradable sitio, que hermosa por las derechas calles, què adornadas de altos edificios obligan à parte de ella, que suba al monte, y ufana se mire los pies, para hazer mayor alarde de su belleza, no para desmayar, como le fuerza la fealdad de los suyos al ave, que llevado de la hermosura de sus plumas se desvanece: En esta, pues, cuyos muros riega con sus claras aguas el famoso rio Mela, naciò (en tiempos que ciego el mundo se postraba à falsas Deydades) de nobles, y ricos padres un Cavallero, que al passo que crecia en edad, daba mayor muestra de los dones, que (como si otro no le quedàra que formar à naturaleza) avia en èl derramado, juntamente con el valor (efecto de su noble

ſangre) de manera, que en toda ſu patria era el favorecido de las Damas; y quien de juſtas, y torneos ſiempre ſe llevaba el premio, en vano de muchos deſeado, y en valde procurado; en edad, y coſtumbres à Arſeo, (que eſte era ſu nombre) ſemejante ſe criò Dorindo ſu intimo amigo, con el qual paſſaba alegre vida, yà en fieſtas, yà en cazar, en que ſe moſtraba tan fuerte, que la mas valiente fiera libraba ſu libertad en la ligereza de ſus pies; pero amor, que haſta al quarto luſtro le avia perdonado, y parecia, que ò ciego no acertaſſe, ò que temieſſe niño probar ſus flechas contra el conocido valor de Arſeo, moſtrò bien preſto, que para con èl es èl mayor flaqueza, porque un Jueves lleno para èl de aziagos Martes, que ufano avia ſalido con ſu ſolo amigo Dorindo à caza, lejos yà de la Ciudad media legua, en un eſpeſo boſque, (perpetua morada de fieros animales) al aſſomar de un verde, y florido prado, que para conſervar ſus hermoſas flores ſe avia retirado à lo mas intimo de la floreſta, la qual ſuſpenſa de tanta belleza, no avia podido ocuparle, antes ſervia de muralla con ſus arboles al deleytoſo lugar; cuyos varios arroyuelos, jugando entre ellos, ſacaban riſa de las miſmas flores: viò venir, ſiguiendo à un velociſsimo ciervo, una bella cazadora, cuya bizarria, y hermoſura le hicieron penſar, que fueſſe la miſma

Diana; y sì bien dexaba el fugitivo animal atràs los vientos, no pudo librarse de una flecha, que le tirò sin detenerse en el alcance; y atravessandole, le hizo matizar con rubìes las flores, dexando en ellas con la carrera la vida, y menospreciando los despojos del muerto animal, passò adelante, llevandose del valiente mancebo presa el alma, que en la gloria de su vista, no conociò la pèrdida, que llorò despues con su ausencia, que aunque la siguiò fuè vano; porque la escondieron à sus ojos los intrincados arboles; y no sabiendo donde buscarla, bolviò à la Ciudad, con la tristeza, que convenia à quien se hallaba sin libertad, y alma; que si vivia era animado con la idèa del hermoso retrato, que en lo mas intimo le avia impresso amor: no fuè parte Dorindo en muchos dias para alegrarle, ni la variedad de fiestas, que celebraban sus amigos, de quien era entrañablemente amado, solamente cobraba assomos del perdido contento, quando iba à la parte, en que empezò su cautiverio; pero como nunca bolviesse à vèr el bien que deseaba, con mas fuerza tornaba à afligirle la tristeza, y tanto, que se vio cerca de perder la vida, no aprovechando los remedios, que solicitaba el natural amor de sus viejos padres, ni toda la ciencia, de quien blassonaba rendir con su arte los infiernos. Que la dolencia de amor no la curan yer-

vas, ni sanan encantos; y asi no hallando remedio en la tierra, fuè fuerza buscarle en el Cielo. (O condicion humana, que primero mide la tierra à palmos, y trastorna el infierno, que se acuerde de que es vano todo poder para mudar nuestros males, si falta el favor divino) à cuyo efecto su amigo Dorindo partiò en un ligero baxel (emulo del viento) azotando las aguas al templo del Delfico Apolo, à consultarle sobre el mal de su amigo, que à otro ninguno lo avia manifestado, ni peritos Medicos alcanzaban su causa (que de Esculapio el arte raras vezes rastrea por los efectos la verdadera causa) llegò finalmente al deseado puerto, y sin descansar punto se fuè volando al templo, en cuyos altares abrasò en breve hora las aromas, que Arabia produxo en muchos años; y sacrificado un blanco toro, rogò humilde, y suplicò devoto en esta forma: Delfico Apolo, que un tiempo probaste el furor del ciego niño, yà por la hija de Admeto, apacentando ganados en los campos de Tesalìa, yà siguiendo veloz riberas de Peneo à tu querida Dafne (que tuvo ingrata por mejor suerte, perder el noble ser, que los Dioses le avian dado, que mostrarse à los dulces ruegos de tu amor agradecida) del mas enamorado mancebo, que has visto desde tu claro nacimiento, hasta donde se bañan en fin de su carrera tus ligeros cavallos, te lasti-

me el peligro, à que el amor le ha reducido, quitando à la cruèl Parca los despojos, con que intenta (dexando pobre al mundo) enriquezer del Averno las lobregas cavernas, que en su nombre te prometo en Smirna un templo, que resista à las injurias del voraz tiempo, y no pueda la fama pintar la menor parte de su hermosura. En fin de cuyas palabras en lo mas secreto, y escondido del templo, se oyò tan grande terremoto, que temblando las paredes amenazaban con su ruìna muerte, y sepultura à Dorindo, y despues las razones siguientes: En brazos de la muerte hallarà la vida, con las quales atemorizado Dorindo, bolviò à suplicar al Dios declarasse su respuesta, pareciendole, que el oraculo desterraba con ella todas las esperanzas del remedio; pero fuè en vano, porque callò Apolo; y èl afligido, rebentando por los ojos arroyos de amargas lagrimas, pidiò al Sacerdote del templo (de las obscuras respuestas sagrado interprete) lo fuesse de la suya; y negando hazerlo, por ser la voluntad de Apolo no declararse más, le assegurò tendrian dichoso fin los amores de su amigo, con que dexando la pena, que le ocupaba el alma, y ricos dones al templo, y Sacerdote, tornò al mar; y favoreciendole Eolo, iba el pino con tanta fuerza, partiendo las aguas, que pensando Neptuno le llevaba de su Reyno alguna rica

 pren

prenda, à vista de la patria alborotò en un momento la mar, que yà daba con el baxel en el Cielo; pues no avia escollo en que hazerle pedazos, yà procuraba, abriendo profundas cabernas de agua, dexarlo en perpetuas carceles sepultado; pero resistiendo con valor à la terrible tormenta el practico piloto, airado el Dios de las aguas diò tal golpe con su Tridente en el navio, que yà gozaba de sus despojos la mar, quando levantando Dorindo los ojos al Cielo, suplicò al rubio Apolo, que en trance tan peligroso le ayudasse, no permitiendo quedasse con su vida sepultada en el profundo Egeo la respuesta de su oraculo, à cuyos humildes ruegos siguieron luego los deseados efectos de la celeste piedad; porque amansando su furia los fuertes uracanes vieron de repente tranquilo el mar, y llevar un fresco ayrecillo al puerto las vidas, que yà entre peñas de agua iba à robar la muerte, en el qual desembarcò, para llevar de sì, y su buen despacho èl mismo al enfermo Arseo las nuevas, con las quales cobrò la perdida alegria, y se poblò de regocijo su casa, y la Ciudad toda, por ser universalmente amado; y en adelante todo su entretenimiento era en la caza, siempre al mismo lugar, adonde viò à su querida ninfa, pareciendole señalaba Apolo en la muerte el lugar donde se la dieron los bandoleros ojos de su bella cazadora, y no vivia

engañado; porque un dia, que cansado del trabajo de la caza, que sin ensangrentar venablo avia passado, debaxo un arrayan tendido, entregò para passar la siesta à un dulce sueño los cansados miembros, quando saliendo un fiero leon de entre unas mas le despertò con el rugido, y con el dolor de un ombro, que le maltratò con las uñas, y levantado, arrojando arroyos de sangre, procuraba con el venablo en las manos defender la vida, que el fiero animal queria quitarle, à cuyo ruìdo su amada cazadora, que cerca se hallaba en un verde espacio, que formaban frondosos arboles, haciendo dosel con sus ramas para defenderla de los rigores del ardiente Sol; acudiò armada con su acostumbrado arco, y aljava, que juzgàra qualquiera aver baxado del tercero Cielo amor; y visto el estrago, que la cruèl fiera avia hecho en su no conocido amante, lastimada sacò la mas aguda flecha, que despedida del arco, obediente à su dueño se escondiò toda en las entrañas de el leon, que cayendo hizo con los postreros bramidos de su vida temblar el bosque todo, y Arseo con el contento de tan deseada vista, y por la perdida sangre le acompañò con un mortal desmayo, quitando à la hermosa cazadora el gusto que le avia causado la muerte del leon, y acudiendo à èl con el agua, que cerca corria (que se detuvo à mirar la divina hermo-
su-

ſura, que la iba à coger)le reſtituyò los perdidos ſentidos; y luego quitandoſe una delgada toca le limpiò la herida, curandola con el ſaludable zumo de la oloroſa panacea, ò de otra yerva de ella bien conocida, y atada quedò Arſeo lleno de taata gloria, que arrobado no ſentia el dolor de la herida, ni podia la turbada lengua publicar el bien, que gozaba el alma, que à vozes lo manifeſtaba la alegria de los ojos. Lo qual viendo Armilda,(que eſte era ſu nombre) creyendo fueſſe deſmayo, cauſado de la herida, que avia curado, le animaba, diciendo, que eſtuvieſſe ſeguro, no era de peligro ninguno; y que ſe veria del todo ſano, antes que el claro Febo dexaſſe quatro vezes libre el Cielo à ſu hermana, ofreciendo acabar ella miſma la cura en ſu caſa, que eſtaba menos de media legua diſtante del boſque, moſtrando tener mucha laſtima de ſu mal, que yà con disfraces de piedad, ſin que Armilda lo entendieſſe, ſe apoderaba amor del alma, à que Arſeo con mal formados acentos, agradecido reſpondiò, que ſe hallaba tan bueno de la curadà llaga, que juzgaba no ſer neceſſaria otra cura, que era mucho mayor la que le afligia, de manera, que no ſiendo curada con la miſma piedad, le quitaria ſin duda alguna la vida, que ſolamente deſeaba conſervar, para merecer, ſirviendo parte de la merced recibida, y eſperados fa-

vores, clavando en fin de estas palabras los ojos en los de su hermoso dueño, que conociendo muy bien el blanco de estas razones, se mostrò mas hermosa (si admite lo infinito aumento) con la purpura, que cubriò de repente su rostro; pero no dandose por entendida, le pidiò encarecidamente se la enseñasse para curarla, como la primera, antes que se fuessen, à que respondiò el amante, que con la promessa de no le dexar hasta sanarle, se hallaba mas aliviado, y que podria muy bien llegar al lugar, adonde con mas comodidad gozaria los frutos de tanta piedad, no se atreviendo à declararse mas, por no perder (si acaso se desdeñasse) la ocasion, que de llegar al fin de sus amores le avia ofrecido (sì bien à costa de su sangre) la piadosa fortuna, y levantado para encaminarse al lugar, llegò Dorindo, que le avia buscado en vano por la selva; y sabido todo lo passado, mostrò à Armilda con las mas corteses razones, que le dictaba la amistad verdadera, el agradecimiento, que de ello era justo; y juntos se encaminaron al lugar de la hermosa cazadora; sustentando el desangrado cuerpo en los ombros de Dorindo, y Armilda (de su vida los verdaderos polos) y en saliendo de la floresta, vieron en un repecho fabricado un castillo de fuerte muralla, con altas torres en igual distancia levantadas, compitien-

do, ſin poderſe facilmente conocer la ventaja en él, la hermoſura, y fortaleza, que divirtiendo entrambas con ſu viſta al herido Amante, y à Dorindo, fueron cauſa de que llegaſſen antes del penſamiento à ſus puertas, en las quales eſtaban quatro hermoſas doncellas, que conociendo à Armilda, ſalieron con reverencia à recibirla, en que vieron los fieles amigos ſer ſeñora de ellas la hermoſa cazadora, la qual mandò à la una adelantarſe, mientras con admiracion de los moradores del fuerte caſtillo paſſaban los tres por la calle mayor de èl, y à poco trecho deſcubrieron una quadrada plaza, à quien ſeñoreaba el alto, y viſtoſo edfiicio de un hermoſo palacio, fabricado de varios marmoles, al qual enderezando los paſſos, ſincopando la plaza, ſaliò de èl à recibir los hueſpedes una tropa de eſcuderos bizarramente veſtidos, y con ellos llegaron à una grande ſala, ante una venerable matrona, madre de la cazadora, que levantandoſe del eſtrado en que eſtaba ſentada, diò con muy corteſes razones mueſtra del agradecimiento, que ſe debia à los Cavalleros, que ſe le avian ofrecido por humildes criados, y paſſàran toda la tarde en cumplimientos, à no lo eſtorvar Armilda, con acompañar al enamorado Arſeo al quarto, que ſe le avia prevenido, adonde acoſtado fue viſitado de un perito Medico, que mandò le dexaſſen deſ-

cansar. Cumpliòse al punto, passando Armilda lo restante de la tarde, juntamente con Dorindo en contar à Zolera su madre el sucesso de Arseo; y de su amigo tuvieron larga relacion de su nobleza, y partes, que como las pintasse Dorindo con algun cuidado de disponer à la hermosa cazadora à la aficion del Cavallero, ayudandole amor, saliò con su intento; porque yà deseaba passàra la noche, para tener lugar de visitarle; y no le concediendo à èl la llaga amorosa descanso alguno, supo de un antiguo criado de Armilda, que tenia orden de assistirle, que su querida era señora de aquel castillo, y de otros seis, hija de un valeroso Cavallero, que avia muerto en una batalla, que por causa de los confines se avia travado entre los Ionios, y los de Caria, dexandola muy niña; cuya crianza, y estudio avia sido no dexar en el cercano bosque fiera segura de sus flechas, sin que la huviessen podido reducir à la delicadeza de las otras mugeres los continuos ruegos de su madre, ni razones de otros deudos suyos, viviendo de esta manera, sin darles esperanza de que por su causa se oyessen las alegres vozes del santo Hymeneo: con cuya relacion pudo dormir muy descansadamente, sucediendo lo contrario à Armilda, que despues de ido à su quarto Dorindo se retirò al suyo, y todo el tiempo que la hermana de Febo, acompañada de resplan-

decientes doncellas, desmintiendo la noche, se detuvo en el Cielo, hasta que las parleras avecillas avisaron à los mortales, que yà llegaba la bella Aurora, sin serle permitido brebe descanso, se le fuè en contemplar, yà del herido Amante el talle, gracia, y donayre, yà en temer el daño de la herida, y à vezes deseos, que de la honestidad atropellados, mas fuertes la bolvian à cometer, de parecerle bien, y ser querida; en fin, aviendo (desvelada) passada toda la noche, apenas oyò de las musicas aves los sonoros acentos, quando dexando la blanda cama, se vistiò lo mas bizarro que supo, y mientras aun era niño el dia, se assomò à una ventana, que caìa à su jardin, para divertirse en la continua primavera del de los pensamientos, que la combatian, procurando prolijos rendirla del todo; pero en vano, porque las plantas, y quanto à la vista se le ofrecia, los acreditaban; aqui la bella Clicie sigue muerta de amores al Dios, de quien Dafne huye, alli la verde yedra con sus fuertes abrazos arboles aprisiona, el ruiseñor inquieto de rama en rama, publica sus amorosos desvelos, y el blando zefiro, vida de todas las flores, parece, que passa derramando amores; y assi negandole breves treguas amor, se fuè à pesar del nativo rigor con Aurora prima suya al quarto de su querido, adonde entrando mostrò con honesta gravedad

en los deseos de su salud los que la obligaba à tener fuerza de amor, no dexando Arseo de manifestarle los suyos entre mil agradecimientos, diciendo estaba seguro con tal visita de su entera salud, aunque rogaba à los Dioses no lo consintiessen, porque quedando privado de tanto bien, no le atormentassen con mayor rigor los daños de la forzosa ausencia, à que sì bien en el color purpureo, que ocupò luego su hermoso rostro, se publicò agraviada la honestidad, asseguraron los ojos, quitando à la lengua su oficio, con igual correspondencia infinito contento: poco diferentes fueron las razones (si mucho la intencion) que passaron entre èl mismo, y Aurora, la qual se retirò con Dorindo, que à la sazon entraba, à una ventana del vergel, aviendo conocido la passion de entrambos; y apenas se vieron solos, que temiendo Arseo, que si perdia semejante ocasion nó se la negasse adelante la fortuna, determinò no encubrir su mal à quien solamente le podia curar; y assi con voz baxa, y tremula, dixo: Si huviesse quedado caudal al sufrimiento, esperanza al alma, y entendiesses el continuo hablar de mis ojos, el mas usado lenguage de los Amantes, no se atreviera la lengua a manifestar aora las penas, que me causò tu celestial belleza el dia, que dando muerte en el bosque (adonde ayer libraste mi vida) à un veloz cier-

vo, me cautivaste el alma, aviendo el erizado Invierno cubierto tres vezes de blanca nieve, y duros hielos los campos, y tantas en el ardiente estìo abrasado con sus rayos el Dios de Delo la tierra, sin que se aya atrevido à mi firme amor villano olvido; en el qual tiempo sacrificando mis gustos à tu bella, y divina imagen, que en el altar de mi corazon levantò amor, tienen contento los que passan martyrios por sentencia de Radamanto en las cavernas del Averno, si miras las penas que ha passado (lexos de tanta gloria) mi alma, la qual està aora aguardando de tu boca la perpetua confirmacion de ellas, si desprecias por tus altos merecimientos humano amor, ò gloria, que respete el tiempo, si despiertan piedad en tu pecho verdadero amor, y tormentos tantos; y acreditando el alma, que en alas de un profundo suspiro se presentò, las amorosas razones, quedò en tormenta de temores, y esperanzas, clavado los ojos en su querida, escuchando atento la respuesta, que le diò severa, diciendo: Aguardàra tales atrevimientos para vengarlos solamente, si las sagradas leyes del hospicio, que profano quebrantas, no tuvieran à raya mis justos sentimientos; pero sea por aora bastante demonstracion de ellos (sin esperanzas de que mas me veas) dexarte. Y levantandose, executaba la cruel sentencia; pero el alma, que en los labios de Arseo

la oyò, con un lamentable ay; apelando, se escondiò desesperada, por no vèr el cumplimiento de ella. Y visto Armilda los daños de su rigor, pesarosa, y sin poderse detener, se abrazò con el difunto Arseo, à quien labò con lagrimas, y con prendas de segura paz restituyò el alma fugitiva; pero yà desconfiado Amante, no creyendo à sus ojos, le dixo: Hermosa, y querida enemiga mia, no quieras con continuas muertes castigar mis culpas, si lo son infinito amor, y sincera fee, contentandote, que pague con una los enojos, que te he causado en adorarte; pero no pudiendo encubrirse el amor de Armilda, le consolaba, assegurandole abrasarse por èl en igual fuego; con el qual quedò tan contento, que desterrando tristezas se le assomaba por momentos en los ojos risueña el alma: Quedàra vergonzosa Armilda de aver sido vista de Dorindo, y su prima, si con discreta advertencia no le salieran al camino, dandole mil parabienes de tan buen sucesso, con ofrecerse para fieles secretarios de estos amores; y passando lo restante de la mañana en dulces razonamientos, se fuè à su quarto Armilda, dexando tan bueno à Arseo, que pudo dentro de quatro dias (siempre favorecido con semejantes visitas) dexar la cama, y gozando de mil honestos favores, passaba alegre vida, hasta que las nuevas de sus difuntos padres la turbaron con la

forzosa ausencia; y assi aviendose los dos amigos despedido de Zolera, fueron la postrera noche por el jardin al quarto de Armilda, que con su prima Aurora los aguardaba, mostrando en el negro vestido su amoroso sentimiento, y passaron en tiernas platicas lo restante de la noche, que huyò presurosa, por no oir la lastimosa despedida de los dos Amantes, y suspensa el Alva acompañò con celeste rocio sus lagrimas, mientras estremeciendo las plantas formaba entre las ojas suspiros el ayre; añudadas las lẽguas, las mas parleras aves escucharon atentas las promessas del enamorado Arseo (que abrasò con suspiros, y inundò con lagrimas) de pedirla à su madre por esposa, acreditando con la firmeza de un diamante las esperanzas, que en una verde esmeralda recibiò de su blanca mano, à la qual dixeron los labios lo que en despedida tal encubria la muda lengua, quedaron las dos primas afligidas, yendose tristes los amigos. Y llegado à la Ciudad, lastimò con su sentimiento Arseo à los Smirnos todos, que vieron en doradas urnas las cenizas, que en grande hoguera de funestos cipreses dexò para consuelo del afligido hijo el voraz fuego, quedando en el sumptuoso, y rico templo, que fabricò votivo al Dios de Delo, para los decendientes, piadosas memorias; y no le concediendo mas largas amor, partiò Dorindo al castillo de su

querida, à tratar con Zolera el deseado casamiento: pero no contento el alado Dios de las passadas penas, quiso acrisolar su firmeza con otras mayores, porque llegando Dorindo al castillo no hallò à Armilda, y supo de Aurora, que tres dias despues que se fueron avia desaparecido, publicando la fama averse finalmente rendido al amor, que un noble Cavallero de Idima (Ciudad en la Provincia de Caria) le avia mostrado con mil finezas en la porfia de quatro años, yendose consigo à su patria; y aunque avian embiado los mas diligentes criados de su casa, siguiendo los rastros de la misma fama, no se tenia hasta entonces nueva alguna de ella, cuya relacion dexò tan sin vida à Dorindo, que à no pensar pudiera ser en tantas penas de algun alivio à su amigo, no le vieran mas en su patria, por no ser el portador de tan malas nuevas. Y assi, fingiendo con Zolera otra causa de su ida, supo de ella lo mismo que Aurora le avia contado, à quien ofreciò, que juntamente con Arseo no dexaria palmo de tierra, que no midiesse, hasta hallarla; la qual en sus corteses razones mostrò quedar muy agradecida, y con ciertas esperanzas de que pareciesse su hija, andando en su demanda la flor de los Cavalleros de Smirna; y assi se fuè Dorindo, y en la Ciudad con el sentimiento, que le obligaba à tener la verdadera amistad, diò parte à Arseo

del infeliz sucesso, con lo que avia prometido à Zolera; el qual con tan impensada desdicha quedò gran rato fuera de sì, sin poder formar palabra alguna, despues de cuyo tiempo el agraviado amor soltò las riendas al sufrimiento, y embueltas en lastimas empezò à esparcir quexas al ayre, acusando la poca fee, ingratitud, y inconstancia de Armilda; y à no lo estorvar Dorindo, diera con su vida fin à tantas penas; à las quales no hallando otro remedio, con esperanza de que mintiesse la fama, el dia siguiente salieron los dos amigos con dos solos criados de Smirna, enderezando los passos àzia la Ciudad, que en Caria pensaban tener la causa de ellas, adonde aviendo llegado, y hechas las diligencias pòssibles, no pudieron hallar rastro alguno de lo que buscaban; pero no contentos de esto, no dexaron lugar en Caria toda, que no anduviessen; y viendo ser vano el trabajo, determinados de buscarla en todas las partes del mundo, seguros de que no la dexaria encubrir su mucha hermosura, se embarcaron en un baxèl, que partia para Athenas; y aviendo navegado à penas seis horas con favorable viento, toparon quatro velas de Cossarios Rodios, que le rindieron facilmente, por no aver en èl persona, que pudiesse pelear fuera de los dos amigos, a los quales pusieron luego en la Capitana de ellas, debaxo de cubierta, cada uno de

por-

por sì ; y supieron de los criados, que llevaban consigo la nobleza, y riqueza de los Cavalleros, que obligò (por la codicia del buen rescate) al Capitan à tratarles bien ; y al cabo de tres dias, que se detuvieron entre las Cyclades, satisfechos de los muchos robos, que avian hecho, determinaron bolverse à Rodos ; y assi soplando un fresco, y favorable ayre, que por èl parecia llevarse los quatro baxeles, iban alegres àzia la Isla, quando de repente un contrario viento embrabeciendo la mar los forzò à dar la buelta, y passando por entre las Sporades; bien conocidas Islas, quedaron dos Navios hechos pedazos en ellas, y otro yendose casi à pique no pudo seguir la Capitana, que passando velocissimamente à vista de Scarpanto, se hallò junto à Creta, y yendo para tomar puerto en Cornico, antes de poder llegar à èl, se abriò el baxel, y apoderandose de èl la mar, el Capitan procurò con otros de los mas principales salvarse en el esquife, y antes que se hundiesse el baxel, quedò con ellos cubierto de las altas olas, y los dos amigos nadando con una espada cada uno en la boca : llegaron despues de mucho trabajo à raìz del monte Coco, teniendo à suma dicha averse podido escapar, aunque casi desnudos de la esclavitud, y muerte ; y como no viessen poblacion ninguna, subieron al monte, y con fruta silvestre, y yervas, que

à sabrosissimo manjar les supo: restauraron los cansados miembros; y no aviendo en toda la noche cessado la tormenta, vieron con la luz del nuevo dia venir rompiendo las furiosas olas à uno, que juzgaron ser de los cosarios, que los avian cautivado; pero Arseo tuvo extraordinaria lastima en vèr, que ya quando le queria librar de tormenta tanta alguna Deydad del mar, levantandole hasta el Cielo en montes de agua, contrario el hado, procuraba sepultarle en profundos abysmos: Y assi baxando apriessa del monte, juntamente con Dorindo, conocieron ya à la orilla ser muger la que cerca, y cansada mostraba rendirse al furor de las olas, que creciendo la lastima, y menospreciando la vida, que poco antes con diligencia tanta avia procurado salvar, se echò à nado, siguiendole Dorindo (por no le aver podido detener con sus razones) y llegando à la nadadora, en ombros (no sin mucho peligro de perder con ella la vida) la sacò à tierra, ayudado de su fiel amigo, la qual tocando, quedò de la mucha flaqueza desmayada con gran pena de los dos, y mas quando conocieron ser esta Armilda causa de hallarse ellos en tan solitaria parte, ni sabiendo què hazerse, con lagrimas la rociaba Arseo el hermoso, si palido rostro, cogiendo antes que los robasse la muerte, los corales de sus labios, repitiendo entre lastimas el amado

nombre de su Armilda, que abriendo los ojos, espantada de oìrse nombrar; y ayrada de la desembolτura de Arseo, se levantò en pie alentada para vengar viva la afrenta, que se le hacia muerta; pero abrazandola su Amante, le decia: Que conociesse à Arseo, que bastando para matarle la pena de su ausencia, le avia Amor conservado la vida, para que pudiesse (empleandola en su servicio) librarla de aquel peligro, à cuyas palabras reparando en èl, y conociendole, fue tanto el contento, que temerosa de no perder tanta gloria, se fuera el alma, à no la detener Amor; y mostrando en los apretados abrazos, casi no dar credito à su dicha, le dieron (antes de contarle à su instancia el sucesso de tal aventura) de los silvestres cibos, que en el monte avian hallado, (regalos, que con la necessidad calificò el amor) los quales aviendo comido fueron para extinguir la sed dulce nectar, las claras aguas de un arroyuelo, que se despeñaba desesperado à morir en la cercana mar; y despues de breve descanso partieron àzia la Ciudad que avian visto desde la cumbre de la alta peña, adonde llegaron, quando yà en el profundo Occeano bañaba sus ardientes cavallos el rubio Apolo, cubiertos con sayos, que unos piadosos pastores les avian dado en el camino; y preguntando, si en ella avia algun Mercader de Smirna, les fuè enseñado la casa

de Zalimo, de ellos bien conocido: el qual sabida la desgracia, los acogiò con muestras de voluntad, encargando con muchas veras à su muger Verania el regalarlos, como lo hizo, que despues de averse lavado con olorosos baños, en diversas piezas del mejor quarto de su casa, tuvieron ricas, y blandas camas, adonde cobrando fuerzas con el descanso los cansados cuerpos, pudieron gozar cumplidamente la regalada cena, que les dieron, despues de la qual, dexandoles reposar, durmieron profundamente toda la noche, y à la mañana se levantaron alegres, y bizarros, con los costosos vestidos, que les diò Zalimo, y salieron à una gran sala ricamente adornada, adonde los aguardaba Verania, en quien cessò la maravilla, que le avia causado la gallarda persona de Arseo, viendo la hermosura de Armilda, que con el nuevo contento alcanzaba superiores quilates; y assi le dixo: Sin duda alguna despojò de eternas beldades la sublime Corte de los altos Dioses, quando para mostrar à los mortales su soberano poder, tan perfecta os formò naturaleza, de cuya alabanza, desseando ser los claveles de su cara la sola causa, desterrando jazmines, hicieron ufanos victorioso alarde de su belleza, mientras cortès Armilda agradece verdades por lisonjas; y aviendose sentado los quatro, les rogò Verania entretuviessen el tiem-

po en contar lo que les avia sucedido despues que salieron de Smirna, y por gustar de ello su querido dueño, contò primero Arseo todo lo referido, quedando Armilda con las nuevas muestras de amor mas enamorada, y con el justo sentimiento de que se atreviesse la parlera fama à manchar, la que siempre cumpliendo con las obligaciones de su estado, avia tenido tan buena; y assi para desmentirla, pendientes todos de su boca, con extraordinario donayre diò principio à su historia, diciendo: Desde que se fueron de mi castillo Arseo, y Dorindo, tres vezes avia la bella Aurora enriquecido con el sudor de su rostro (huyendo del Sol) de blanco aljofar los campos, quando para alivio del mayor mal, que padezcan los Amantes, salì de èl con mi arco, y aljava à caza, y juzgando ser poblado las conocidas sendas del cercano bosque, me entrè por otras, que solos pisaron animales, persiguiendo un ligero corzo, à quien quitè la vida enmedio de un pradecillo, que de altos cipreses coronado en sagrado silencio mostraba ser la mayor soledad del bosque, que abrase con suspiros, profane con vozes, y anegue con lagrimas; y en fin cansada me pudieron rendir los moradores de las cimerias cuevas, y quando mas sujeta les estaba, me despertaron los apretados lazos de unos vandoleros. Què pena entonces sentiria (no de

verme presa, que en mas fuerte prision me tenia amor, sino de que à traycion, y sin que me fuesse permitido hazerles probar la fuerza de mis agudas flechas, que temian los mas fieros animales de aquella selva) sì bien la passè sin nota de temeraria no se atreve à pintarla mi corta lengua, desesperando ruegos, juzgando vanas afrentas, sufrì callando, hasta vèr, si querian robarme la joya, que mas el mundo estima; pero no conocen los barbaros (al interès atentos) sus quilates; y assi en una lobrega cueva me tuvieron no sè què dias, pues siempre fuè para mi obscura noche, en fin de la qual me vendieron a unos Pyratas de Colchos, con quien se correspondian, que contentos (como ellos decian) de mi hermosura me llevaban, para que les enriqueciesse el presente, que de ella pensaban hazer al Rey de Persia; y estando à vista de la Isla Cytherea, primero alvergue de la madre de amor, con lastimas, y suspiros la supliquè, que remediasse piadosa mis males, si la fatigaron un tiempo las penas del mancebo Adonis, prometiendo altares, y votando sacrificios; y no passò mucho tiempo, que rompiendo las prisiones salieron furiosos vientos, que con juntar al Cielo las aguas del salado mar, hicieron pedazos el navio cerca de esta Isla, dexando pobres à discrecion del airado mar à los que poco antes se juzgaban ricos, y yo en

en una tabla, procurando salvar mi vida, lleguè à vista de la orilla, adonde me la quitàran las furiosas olas, y yà quedàra para cebo de sus peces, si Arseo, y Dorindo con mucho valor no me libraran, atropellando peligros. Con que diò fin à su relacion, dexando à todos admirado el sucesso de tan piadosa historia, y porque Apolo se hallaba en la mitad de su carrera, y estaban las mesas puestas aguardandoles, se levantaron, y juntamente con Zalimo comieron con mucho regocijo: passando despues en un fresco jardin la calurosa siesta, y en vèr la Ciudad la tarde toda, adonde regalados se detuvieron tanto, que diez vezes vieron suceder al rubio hermano la clara luna, despues del qual tiempo en un ligero baxel, que fletaron para Smirna, bien proveìdo de todo lo necessario, se bolvieron contentos, dexando à Zalimo, y à Verania su muger tristes con tan presta partida; y aviendo llegado felizmente à la patria, se alegraron los Smirnos todos, que yà se avian publicado con la pèrdida de Armilda, y partida de los dos amigos sus amores, los quales despeñando tardanzas, tuvieron con mucho gusto de Zolera, y mayor de los Amantes el deseado fin, celebrandose con diversas fiestas, justas, y torneos las bodas, juntamente con las de Dorindo, que aficionado à la bella Aurora, para seguir en todo à su amigo, se casò con ella, gozando-

se los quatro muchos años en continua paz, y amor, dexando al mundo despues de sus dias de valerosos Cavalleros, y hermosas Damas sucession, que en otra edad ninguna no ha visto despues, ni conociò antes el anciano tiempo.

LOS PELIGROS
DE LA AUSENCIA.
NOVELA VIII.

YA la madre de las flores, hermosissima Flora, gallarda se mostraba, si llena de regocijo, y risa, viendo lisongeada su venida, y gala de mil volatiles esquadrones de musicas avecillas al mismo tiempo, que los apacibles ayrecillos retozando entre las flores de los matizados campos dilataban en el mundo (felices emulos de los de Arabia) sus naturales olores, causando en èl universal contento, quando en segura paz yà respirando libre (por el valor del Capitan Narsete) de armas estrangeras la bella Italia, los dos leales amigos Camilo, y Cesar, que siguiendo las vanderas de el mismo caudillo, avian

acreditado en diversas batallas la nobleza, que les diò en su nacimiento la triunfante Roma; tristes en el comun contento, por apartar la suprema autoridad del General, à los que tenia enlazados una amistad verdadera, dexando en la bella Florencia à Cesar (adonde à la sazon estaban) y embiando à Constantinopla à purgar las querellas, que avia dado de èl la embidia; à Camilo con esperanzas de que el Cesar remunerasse con liberal mano sus servicios; el qual viendose ausentar de los secretos favores de Laudemia (noble y hermosa tanto, que à ser quarta en el juicio del Pastor de Ida, perdiera la madre de Amor, sin quexa de las dos Diosas, la manzana de oro) sentia arrancarsele el alma, sin poderse quexar, temiendo no derribar, con el descubrimiento de sus penas, la honra de su dueño, que como era verdadero amante, le atormentaba mas su imaginada ofensa, que la cierta ausencia; y asi mendigando descanso, admitiera los diversos arbitrios de quedarse, que le proponia amor, para darsele, si no los contrastàra el honor (verdugo en nobles pechos de las mas fuertes pasiones) que rasgando el antifaz de plazeres, que avia puesto à la infamia el engañoso amor, le forzò con su espantosa fealdad à aborrecer lo que mas deseaba; pero rezelando mudanzas, determinò para assegurarse, con el consentimiento de

Laudemia (que alcanzò primero) fiar à su amigo los encubiertos amores, y lo executò una fresca mañana, passeandose los dos, ribera del caudaloso Arno, diciendo: A no me assegurar tu mucha prudencia, y desde nuestra niñèz en tantas ocasiones la conocida amistad, temiendo sus quexas, dexàra enterrado en mi silencio el sucesso, que para confirmarla verdadera, te ruego escuches atento. En el passado estìo, ensayando incendios, abrasaba con sus ardientes rayos el Dios de Delo la tierra, quando yo en una de sus mas rigurosas siestas entre los verdes arboles, que poco de la puerta al prado distantes, riega con sus liquidos cristales este rio, que herviendo entonces, buscaba para alivio del grande calor de los mas cercanos la fresca sombra, resistiendo su fuego con las frondosas ramas, no muy lejos entre unas verdes matas, con voz lastimosa oìa un viejo quexarse de esta manera: Ah inutil, y casada vejèz! Què aprovechan los brios del animo, si faltan para vengar agravios las fuerzas, que ha consumido el voraz tiempo, dexandome solamente para desahogo del corazon lagrimas, y suspiros? Que corrido el sèr, que en sombra solamente de hombre tengo, me fuerza à huir de poblado, y hazer testigos de mis quexas à estas plantas, que movidas del ayre, parece se lastiman de mis desdichas, que si no las remedia el pia-

doso Ciel o, vivirè infeliz, sufriendo muertes el tiempo, que descuydada la Parca no cortare el hilo de esta miserable vida: acompañando el fin de estas razones con muchos sollozos, señales ciertas de las lagrimas, que le sacaba el interno dolor; y yo lastimado, y deseoso de saber la causa de èl, fuime adonde me pareciò lloraba, y à pocos passos le hallè tendido, bordando con sus canas el verde sitio, el qual dissimulando el llanto, en viendome levantarse, a no le rogar yo, se sirviera de darme parte de sus penas, que quando no las pudiesse remediar, ayudaria con el sentimiento de mis pocas fuerzas el suyo, tan conocido por grave en las quexas, que le avia oìdo: el qual desenquadernando con su vista mi cuerpo, y talle, antes que para satisfacer mi curiosidad mandàrà sentarme, assi comenzò su lastimosa historia. Nacì en esta Ciudad, y me criè estudiando en hojas de azero, la defensa de mi patria, hazienda, y honra, como deben hazer los Cavalleros nobles; y despues de aver en los años de mi juventud en diversas ocasiones, que me dieron las continuas guerras de Italia, mostrado al mundo no aver faltado à las obligaciones de mi nacimiento, y crianza, cansado de tanto vagar, en el Invierno de mi edad bolvì à la patria, que dexè en la primavera de mis años; y deseoso de que heredassen propios hijos la poca hacienda, que

me avia dexado el belico furor, procurè esposa, cuya mocedad no me condenasse al rigor de zelos, que atormentados sufren los viejos, que escogen para compañera, la que pudiera ser hija, ni con la mucha edad estorvàra el fin del santo Hymeneo; y assi despues del tiempo que bastò, se hizo preñada, y pariò al suyo una niña, que le costò la vida, dexandole en testimonio del amor, que la tenia su propio nombre, que era Laudemia, la qual creciendo, con el nombre, que alcanzò de hermosa, acreditò las señales, que avia dado de ello en su nacimiento: Y assi, siendo yà de edad de treze años, fue vista de un noble Cavallero de esta Ciudad, en el templo de nuestro Protector, el dia que devotos celebramos su fiesta, y se mostrò tan enamorado, que siendo mozo, y galàn, viò en breve tiempo ciertas señales de no ser desfavorecido, con que animado intentò rendir à la tierna doncella; pero con la honesta, y varonil resistencia, mostrandose mi verdadera hija, las hizo todas vanas; mas no por esto desistiò de su porfia, antes creciendo en la resistencia el desenfrenado apetito; y haciendo punto de honra el alcanzar lo que una vez se avia determinado à pretender, entrò una noche en mi casa, sin consentimiento de Laudemia, ayudado de una doncella suya (què dadivas pudieron obligarla à tanto) en ocasion que dormia des-

cuydada de tal traycion: mas apenas empezaba à dexar los veſtidos, quando diſpertò; y ſintiendo gente cerca de ſu cama, ſe amedrentò, y mucho mas quando no ſufriendo dilacion el traydor mancebo, ſe le acercò para manchar con ſu infame boca la limpia cara de mi hija, cuyas vozes le forzaron à dexar la empreſſa, temeroſo de que no le cogieſſen; pero no pudo hazerlo tan à ſu ſalvo, que no le conocieſſe, y acuchillaſſe un fiel criado de mi caſa(que no lo fuè en callar tan deſdichado ſuceſſo) y aſsi, aviendoſe publicado en Florencia, và mi honra(que con arroyos de ſangre he ſuſtentado,fluctuando aora con la de mi hija en las lenguas de la vil plebe, la qual inclinada al mal, no ay duda ninguna de que ſe atreva à infamar mi credito el menor de ella; pues Fabio (que eſte es el nombre del alevoſo Cavallero) que pudiera remediarle, caſandoſe con mi hija: en venganza de no aver conſentido el cumplimiento de ſus injuſtos deſeos, no ſolamente quiere hacerlo; pero viendo, que mis canas no pueden cobrar con el azero, lo que cobràra del mundo todo en mi florida edad, ſe burla de ello, y en el infierno de nueſtras penas halla ſu deſcanſo, y gloria: Y aſsi noble, y piadoſo Cavallero, os ſuplico me dexeis llorar ſolo las deſdichas, que me niegan vengar mis pocas fuerzas; pues yà (que por no faltar à la corte

sia) os he contado toda mi lastimosa historia; y con esto callò, regando con con diluvios de lagrimas su blanca, y venerable barba. Aliviàra (le respondì) con retoricas razones essas penas, si no me forzàran las obligaciones de mi nacimiento (robustas por la marcial crianza) à mostrar con obras el sentimiento, que de ellas tengo. Y assi podeis estàr seguro de que si no labare con la sangre deFabio vuestra manchada honra, la dexarè anegada en la que derramarè mia, quando el Cielo me niegue la victoria, que vuestra justicia me promete. Cuya respuesta alegrò tanto al afligido viejo, que siendo estrecha puente la lengua para passar las tropas de agradecimientos, que embiaba el alma, me asiò, sin poderselo estorvar, y besò muchas vezes las manos; y levantandose me pidiò encarecidamente me fuesse con èl à su casa, para que viesse à Laudemia, por quien avia de aventurar la vida, y para consultar la traza de la venganza, obedecile al fin, bolviendo à la Ciudad por una de las muchas calles, cuyos frondosos arboles crecidos con el blanco cristal de este rio le hazen ver des murallas, y llegando à su casa, entramos en un jardin, que desde la puerta combidaba à verle, y en la mas florida parte de èl, junto à una fuente, que hacia el herido Adonis con el agua, que en lugar de sangre echaba por la herida, hallamos à la hermosa Laude-

demia arrimada à Venus, que aun en marmol mostraba (llorando la muerte del mal logrado mancebo) la fuerza de su hijo, y levantandose à encontrar à su padre, daba mayores quilates de perfeccion à las flores que pisaba, y las que alentadas con su vista aspiraban al imperio de las demàs, no dexaban, que se atreviesse à ser juez el entendimiento en competencia tanta; y llegando à besarle la mano, no se lo consintiò, diciendole. Recibe à este Cavallero, que lastimado de nuestras desdichas viene à remediarlas, à cuyas palabras bolviò sus divinos ojos, dando yà à los claveles (que levantò al trono de su hermosa cara, antes ocupado de blancas azuzenas) la corona de todas las flores, y à mì las gracias, que le pareciò se debian al pequeño servicio, que deseaba hazerle, con razones de mì no entendidas por la gloria, que en amoroso extasis me repartia Amor, si bien passada la turbacion, no encubriendo la causa de ella, la assegurè con lenguage (solamente concedido à los amantes) que me apremiaba con sus leyes, y nuevos decretos Amor, à cumplir lo que con ruegos avia alcanzado la piedad, y solamente aguardaba de su boca la orden para alentar con ella mis fuerzas; y assi reprehendiendo con su respuesta mi atrevimiento, mostrò en los hõrados respetos su nobleza, diciendo: La muer

te que merece el desacato de Fabio, serà justo castigo de su culpa; pero no quitarà las sospechas de que aya llevado atrevido galan, lo que aun à los propios maridos contrastan en los principios las honestas doncellas; y aunque el justo aborrecimiento pida sangrienta venganza, el honor me obliga à que os suplique le apremieis borre con el santo matrimonio la mancha, que imaginada solo no puede labarse con un inmenso Occeano de sangre. Helando la mia con las honradas, y discretas razones, que me notificaron en mi pretension fuerte resistencia, prometì no exceder un punto de su orden; y despidiendome, la supliquè me diesse (como à su defensor) algun favor, con que en los aprietos de la batalla venciesse à la fortuna (las mas vezes señora de ellas) y en señal de su casta intencion me diò (obedeciendo à su padre) una blanca banda, que traìa, cuyo favor me bolviò à mi casa tan deseoso de merecerle, que embiè al punto un billete de desafio à Fabio, en caso, que no cumpliesse con las obligaciones, que la debia; pero le aceptò, con grandissimo contento mio, porque no consentia Amor, aunque me mandaba obedecer, que fuesse yo mismo el instrumento de las penas, que avia de passar, viendo gozar à otro la hermosura, que tanto deseaba; y aviendo salido de la Ciudad à aguardarle, no le dexò su propia

conciencia, que saliesse, y despues le busquè en vano dos meses, en los quales creciò tanto el amoroso fuego, con las forzosas visitas que le hacia, por darle quenta de lo que passaba; que no aviendo de quitar la vida à Fabio, me holgaba de que no pareciesse, esperando, que podria ablandar el tiempo su rigor, no aviendo podido en todo este alcanzar un pequeño favor; y asi una mañana, que muy triste me hallaba, salì para divertirme en un cavallo turco al campo; y aviendome alejado casi dos leguas de la Ciudad, encontrè à Fabio, que solo venia en otro, y con èl tuve la reñida batalla, que supiste; pero no la causa de ella, adonde venciendo mi razon à su valor, le obliguè à casarse con Laudemia; mas apenas quedò certificada Florencia de este casamiento, quando secretamente se fuè de esta Ciudad à la Corte del Cesar, adonde ha estado dos años; y se halla al presente sin acordarse de las obligaciones, que como à noble Cavallero le corren, dexando sobre las flacas basas de hermosura, y muger (necio marido) el edificio de su honra toda, que cayò finalmente à la continua bateria, que le diò mi amor, aviendo particularmente con extraordinarias finezas dado muestras de èl en una grave, y larga enfermedad, que casi la trasladò en los brazos de la muerte; y asi he vivido en todo este tiem-

tiempo con la pacifica possession de mi Laudemia el mas venturoso amante, que conociò el mismo Amor, sin rezelo de que pudiesse poderoso contrario privarme de tanto bien, por ser blando el mas fuerte diamante à vista de tu firmeza; ni yo triunfara en tiempo alguno de su hermosura, à no le dàr ocasion de rendirse con el menosprecio de ella, que publicò con su ausencia el mal avisado Fabio (que aborrecida la muger mas casta, venga su agravio con infames modos) respetos, que pudieran obligar à tenerlos con las suyas à los mas necios maridos que debe quien desea perfectamente serlo, mostrar casado las finezas de galàn: Este dichoso estado turba (deseoso de mis acrecentamientos) el General Narsete, à quien me fuerza obedecer (contra el poder del ciego niño) el fuerte honor, y temores de no le quitar à mi querida, han causado, que te encubra mis dichas, que à poderlo hazer à mi mismo, las ocultàra, no siendo verdadero Amante el que en daño de su dama publica los favores que le haze; mas siendo forzoso en mi ausencia encomendarla à persona, que la aconseje, y ayude en los peligrosos trances, en los quales forzosamente la pondrà el fruto amoroso, que pocos dias ha que le ocupa el vientre. En el escritorio de tu pecho deposito estos secretos, que estoy cierto guardaràs, desmintiendo

con

con servirla, y regalarla esta ausencia, que la harè breve, porque no lo sea mi vida, que sin el alma, que en Florencia dexo, no puede durar mucho, àssegurandote, que la obligacion en que me pondar el cuydado, que tendràs del mio, serà tal, que quitarà el poder à tu voluntad de obligarme mas, y yo en recompensa con el Cesar serà Ministro del premio, que merecen tus famosas hazañas, y perdone nuestra estrecha amistad los terminos, que quiere Amor se usen en confiar tan importante caso, assomando en los ojos con estas ultimas razones las lagrimas, que detuvo afrentado el marcial valor; y Cesar le respondiò: Por nuestra amistad te prometo, y juro servir de manera à tu Laudemia, que dude, si de galan, ò de amigo se les deba nombre à mis finezas. Y replicandole, que no se prometia menos de su voluntad, concertaron de visitar el dia siguiente, como hicieron à Laudemia; y la hallaron retirada à solas, bordando una verde vanda para su querido Amante, à quien recibiò con las ternezas, que obligaba la cercana ausencia, sin rezelarse de Cesar, por saber le avia comunicado Camilo toda su amorosa historia; y solamente pagò con muestras de agradecimientos los corteses ofrecimientos que le hizo, y atajò el amante, diciendo: Los amigos que celebra con grandes encomios la antiguedad

Damon, y Pithia, no llegaron (querido dueño) à ſerlo tan fieles, y perfectos, como los que aqui tienes, Ceſar, y Camilo; cauſa, que me ha movido en eſta auſencia (què me fuerzan hazer los riguroſos hados) à dexarte à Ceſar, para que vivo retrato mio te ſirva el tiempo, que acriſolando Amor mi fee con las mas acendradas penas de ſu rigor eſtarè martyr amante lejos del bien, que el miſmo, deſde el Cielo de tu hermoſa cara (dexando por obſcuro del tercero ſu antiguo trono) liberalmente reparte, y ſea en tantos males ſegura caravela, que de mis anguſtias lleve nuevas, y alcance en tus cartas ſocorro de favores, que conſerven la vida; porque bolviendo à verte, quede Amor aſſombrado de vèr tan grande el nueſtro, y que à la Parca quite las eſperanzas de poder en tiempo alguno dividirnos: Y aſsi podràs fiarle lo que à mì no encubrieras, que nos diſtingue ſolamente el nombre, ſiendo un alma ſola à que dà vida à entrambos; y ſi fuere mi dicha tan-a, que crezca el pequeño teſtigo de nueſtros amores, que tienes en tus entrañas, yà que canſado de tinieblas deshaga lazos, y quebrante fuerte la carcel, dexaràs el cuydado de encubrirle, y buſcar ſegun-a madre, que le ſuſtente. Como de nuevo ſe ofreciò Ceſar à cumplirlo, y queriendo renovar Laudemia ſus gracias, lo eſtorvò la venida de ſu padre, cauſando

le nō pocā turbacion,por temerse de que nō huviesse entendido lo referido; pero se la quitò Camilo, diciendo al viejo Cavallero, que por ser el dia siguiente su partida en la despedida queria dexarle su mayor amigo, para que en su lugar en las ocasiones, que pudiessen ofrecersele, le sirviesse mientras el ausente se detenia en la Corte de Constantinopla, y con esto le presentò à Cesar, que acompañò con corteses razones las de Camilo, y todas agradeciò el viejo con infinito contento de Laudemia, que viendose con esto libre del repentino sobresalto, pidiò con muchas veras à Camilo les diesse quenta en llegando del discurso de su viage, seguro de que no podria sucederles cosa de mas gusto, que saber huviesse sido bueno;y assimismo de sus acrecentamientos, que esperaba serian muy grandes, si correspondiessen à los servicios, que en tantas ocasiones avia hecho à la Imperial Corona, y mas favoreciendolos, y acreditandolos, como testigo de vista,el gran Narsete. En èl (respondiò)que estrivaba toda su esperanza,no pudiendo en merecimientos propios;pero que deseos de poderles mas bien servir,le alentaban à que fuesse por estremo ambicioso de mayores grandezas, y que les daria parte de todos los buenos, ò malos sucessos de su vida. Recibala por su compañera el tiempo (replicò enternecido el

viejo padre de Laudemia) y si para alargarla gusta el Cielo, que dexe yo los pocos dias, que de la mia me quedan, irè glorioso à la otra, de aver satisfecho en parte al amor, y obligacion, que os tengo, abrazandole con estas ultimas razones, que acreditò con lagrimas, deteniendo Laudemia con mucha fuerza las suyas, por no manifestar con ellas mayor, y menos loable voluntad, que por entonces pagò con otros cumplimientos, dexando Camilo para la noche, que avia de verse con ella, lo que le estorvaba el respeto de su padre, de quien se despidiò con muchos abrazos; y mientras perezoso (à su vèr) se detuvo en el Cielo con su dorado carro, el rubio Apolo encareciò de nuevo à su amigo la hermosura de su dueño, con que no sintiò la tardanza de la noche, la qual para favorecer à los dos Amantes, parece que empleò en tinieblas todo su caudal, de cuya ocasion gozando Camilo, se fue con Cesar à la calle de Laudemia, à tiempo que les pareciò, que todos estarian sepultados en profundo sueño, adonde hecha la acostumbrada seña una criada suya les abriò la puerta, y la hallaron en su quarto algo apartado del de su padre, y sentados quedaron los dos Amantes suspensos, y clavados los ojos cada uno en los de su dueño: publicaron con mudas palabras el sentimiento de tan cercana ausencia, que no se

atrevia con la lengua à manifestarle el mismo amor; y despues de gran rato, desatò la suya Camilo, diciendo: Si yo pudiesse (mi bien) en este trance manifestar las ansias del corazon, bien sè, que de mi mal se lastimàra la crueldad misma, y si no me quitare el fiero dolor la vida ausente de tì, estarè agonizando siempre, teniendo solamente algun alivio, quando sepa, que no han podido la ausencia, y tiempo hazer en tu amor, y fee mudanza alguna, que en mì sus efectos solo seràn rigurosos tormentos, porque tan al vivo te llevo retratada en el alma, que antes la perderè, que pueda en mi pècho caber sombra de agravio. Bien te persuadiràs (le respondiò, enseñando rocìos al Alva con las perlas, que llovia de sus hermosos ojos) que has encarecido muy bien tu pena, que en fin, si bien te apremia el honor, es voluntaria, y que no me dexas lugar de descubrirte la forzosa mia; la qual es tanto mayor, quanto me faltan para manifestarla retoricos encarecimientos, que en la escuela de amor solo he aprendido à sentir, y plegue à Dios que no muestre lo mucho, que en esto sè, con la pèrdida de mi vida, que deseo conservar, para prueba de mi firmeza, y fee, advirtiendote, que la griega no llega à los quilates de la nuestra, Y assi procura no trocarla en aquella tierra, adonde tu voluntad, ò reputacion te lleva; dexan-

dole caer con estas razones en sus brazos; y para bolverla en sì no buscò otra agua, que la de sus ojos, zediendo ya al amor los marciales brios; y viendola en su primero estado, la jurò por los soles de sus ojos, por los altos Cielos, y por el firme amor, que la tenia de perder antes mil vezes la vida, que consentir assomo alguno de desleal pensamiento: con que alegrandose algo mas, se estuvieron lo restante de la noche en dulces, y amorosos coloquios, con nuevos, y inusitados requiebros, acreditando el amor, que se tenian, yà que se descubria descolorida, y anhelante (por venir huyendo de su viejo Tithon) el Alva hermosa, que no se atreviò à bordar de aljofar los campos, temiendo de los liquidos cristales, que avia derramado Laudemia la conocida ventaja, se despidieron, no les consintiendo Amor otras razones, que lagrimas, y suspiros (retorica, que nunca à los Amantes falta) y poco despues saliò de Florencia para Constantinopla; cuyo viage và haciendo, en tanto que refiero lo que passò entre su amigo, y Laudemia, à quien con ocasion de consolarla en sus tristezas, visitaba muy de ordinario, de que resultò rendirse tanto à su discrecion, y noble trato, que juzgaba perdido el dia, que dispensaba en otras conversaciones: Y assi frequentaba la suya con tanto cuydado, que diò causa à cu-

riosos vezinos de notarle, y èl à sentir otros nuevos contentos, los quales creciendo con el gusto de mirar, y contemplar la hermosura, que ò ciego no avia hasta entonces visto, ò descuydado avia mirado, despertaron en poco tiempo deseos de mas particulares favores, que las ordinarias demonstraciones de voluntad, que como amigo de Camilo alcanzaba; y no aviendo curado el mal, que iba cada dia dilatandose, mostrò al fin de pocos ser fuerte amor el que disfrazado en no conocido plazer, y blandos deseos, se avia poco à poco apoderado del alma, la qual yà en incendio de amoroso fuego se abrasaba, sin poder hallar descanso alguno: porque el de manifestar à Laudemia sus penas, para que las remediasse, no dexaba le admitiesse la amistad verdadera, que desde tiernos años professaba con Camilo; juzgando mas apacible la muerte, que romper la prometida fee, y assi passaba la mas penosa vida, que jamàs huviesse probado el mas afligido amante; y no pudiendo finalmente hazer mas resistencia, hablò a Laudemia en su jardin junto à una fuente de esta manera, diciendo: Hallarà mi amor fee, y disculpa, si de estos liquidos cristales haciendo espejo, miras la hermosura, que para dechado de nuevas deydades superior te diò naturaleza, y si no alcanzare el deseo lo que no se atreve aguardar

ſin merecimientos la eſperanza, hecho infierno de amor, aſſombrarè con mis penas à los que en las tartareas cuevas pagan con eternos tormentos las maldades, que contra el Cielo cometieron, eſcarmentando con mis dilatadas muertes à los mas atrevidos de los mortales, que no pretenden ſer venturoſos por oſſados, ſino que ſoliciten diligentes los meritos la dicha, que deſean; pero que yà que le reſpondia Laudemia, arrepentido de averſe declarado desleal amigo, proſiguiò. No os parece mi ſeñora, que podria yo tambien moſtrarme tierno amante? A que reſpondiò, no muy ſegura, que fueſſen burlas. Si tales ſabeis hazer los enſayos, quales ſeràn las veras? Creo, que no avrà dama tan altiva, que no ſe rinda à vueſtras laſtimas, tan dulcemente os ſabeis quexar; y os certifico, que nunca las verdades de Camilo enternecieron mi pecho, como vueſtros fingimientos; y deſeo veros enamorado, ſolamente por no perder el guſto de eſcuchar vueſtra paſsion, tambien encarecida. La que tengo es tan grande (replicò Ceſar) que conocida me promete blando lugar en el pecho mas empedernido; y las leyes de otro amor, y voluntad mas caſta ſon las que en sì miſma la detienen, amenazando infamia, ſino ſe encubre, que temo mas que la miſma muerte; pues eſta yà la deſeo, y llamo à vozes, que venga à librar-

me (piadosa con su rigor) de los males que passo, y enemiga huye, negando exercer su funesto oficio en tiempo, que no sea dichoso; y assi podeis favorecerme para quedar luego vengada de mis atrevimientos, si os han causado enojos. No me guarden los Cielos (respondiò Laudemia) si no he de escrivir à Camilo vuestro donayre, y que procurais alegrarme con extraordinarios modos, enseñando amores al mas perfecto amante. A quien lo es de veras (replicò Cesar) nunca el cuerdo descubre semejantes burlas, no solo de los amigos mas fieles, pero ni aun de los que la misma naturaleza assegura; y mas apartando montes, y dividiendo mares à los que bien se quieren. Que la ausencia muestra à los amantes (qual obscura noche à tiernos niños en sombras gigantes) terribles zelos, que suelen muchas vezes quitar con el miedo, y su insufrible rigor à unos y otros la vida, y por quanto estimo la vuestra no bolverè mas à mis burlas, si no prometeis, que en ningun tiẽpo las sabra Camilo; que parece no puede escusarlas, à la vista de tanta hermosura, el mas compuesto mancebo, por no mostrarse, ya que no le rinde Amor, sin conocimiento del bien, que admira el mundo. De cuyas razones, por el temor, que mostrò en ellas, quedò Laudemia certificada de su amor; y dissimulando, le asegurò,

que-

que daria muerte à ſu primera determinacion, por no perder tan guſtoſos ratos: dexando con eſto el amoroſo razonamiento, y à Ceſar lleno de mil varios penſamientos, no pudiendo perſuadirſe à que Laudemia acoſtumbrada à tretas de amor, no huvieſſe conocido el ſuyo; y que eſtando cierta de ello, no moſtraſſe algun pequeño ſentimiento, ſeñal, que juzgò ſegura de ſer admitido, con que alimentando las amoroſas eſperanzas, ſe viò en poco tiempo tan rico, y contento con ellas, que no las trocarà por la mas firme poſſeſsion, y las miſmas ſe la ponian à ſu voluntad en los brazos del deſeo, que engañado con eſto enfrenaba ſu acoſtumbrada impaciencia, y la perdiò, quando el miſmo Ceſar paſſados tres meſes, que avia ſalido Camilo de Florencia llevò à Laudemia una carta ſuya, que abierta decia: Octava maravilla del mundo podrè decir con verdad, que ha ſido llegar yo vivo ſin tì à eſta Ciudad, adonde me ha parecido bien lo que he viſto bueno en ella, por ſer todo lo hermoſo, que ò naturaleza, ò ſu imitadora el arte han producido, y hecho boſquexos de tu ſuma beldad. El Ceſar ayrado, queda mal ſatisfecho de mi General (que la embidia deſluſtra las mas famoſas hazañas) yo he ſido, ſi compañero ſuyo, bien recibido; pero dexarè, ſi tarda la merced, que eſto me promete, por deſma-

yar el ſufrimiento ſolo con la imaginacion de tan larga auſencia. De cuyas poſtreras razones naciò tan valiente en Laudemia el contento, que derribò todas las yà crecidas eſperanzas de Ceſar, à quien enſeñò la miſma ſu reſpueſta, que quiſo eſcrivir luego en eſta forma: Desbarataſte luego con el aviſo de ſu buena llegada (querido mio) mil exercitos de temores que me tenian, ſiendo ſu caudillo Amor, cercada el alma; y yà ſe veia en tal aprieto, que eſtuvo apique (deſeſperando de poder reſiſtirlos) de deſampararme, queda muy alentada con la eſperanza de tu venida; pero advierte, que el dilatarla ſerà tenerla en continuo martirio, porque las mas breves horas cuentan por ſiglos los deſeos. Con cuyas enamoradas razones paſsò mortales paraſiſsimos una ſola eſperanza, que enferma, y flaca avia quedado à Ceſar, de poder quizà con el favor del tiempo, y declaradas diligencias rendir la que entonces parecia no poderſe deſear; y aſsi deſpues de averle dado mil parabienes de las buenas nuevas, que èl miſmo le avia llevado, ſe fuè muy triſte, y afligido à ſu caſa, adonde llegando laſtimò la ſoledad de ur retrete con mil enamoradas quexas, y canſado quedò ſobre una cama profundamente dormido: en cuyo ſueño le pareciò, que veia una venerable muger, vertiendo de mil heridas otros tantos arroyos de ſan-

gre, de que lastimado quiso socorrerla; y rogandola con muchas veras le dixesse quien avia sido el inhumano, que con tan barbara crueldad regaba con fuentes de su liquida purpura el suelo, oyò responderse: Tù eres (ò Cesar!) el desleal, y cruèl, que olvidado de tu nobleza, y de lo que à tu amigo debes, has hecho en mì el estrago, que tù mismo aborreces: buelve, buelve en tì, y no tuerzan à la razon (de todas nuestras acciones natural señora) alhagos amorosos, ni dès con tu temor al ciego niño las fuerzas, que èl no tiene, si te lastiman, como muestras, mis males, que son grandes sì; pero ocultos tienen mas facil el remedio, que quizà manifiestos à mì me daràn la muerte, y à tì perpetua infamia; cobra el honor perdido; dà muerte al apetito, y viva la amistad, que siempre professaste verdadera; que esta victoria puede hazerte tan famoso, que veas obscurecidas con la tuya las antiguas amistades, que mas celebran las historias. Y desapareciendo le dexò tan confuso, y corrido, que por no ser visto de los hombres se escondia en los mas desiertos yermos; cuya congoja le despertò con el corazon tan alborotado, que parecia querer saltarle del pecho, el qual estaba con los demàs miẽbros de su cuerpo lleno de sudor frio; y sossegado, sì bien conociò ser causa de su sueño las descuydadas batallas, que

despierto hacian contra sus deseos allà entre sì, prudente la razon, fuerte la voluntad: quedò rendido; no aviendo aun vencido Amor sus nobles respetos, y desde entonces determinò, sufriendo sus penas, y encubriendo su amor, manifestar los quilates de su amistad, procurando cumplir con las obligaciones, que tenia à su amigo; y assi lo hizo, guardando à Laudemia de sì mismo, y de las fuertes diligencias, que hazia Octavio noble Cavallero de aquella Ciudad para rendirla; pues con lisongera violencia profanaba el silencio de las quietas noches con continuas musicas, que con dulces, y suaves acentos, penetrando las paredes, llevaban à Laudemia amorosos recaudos, que sì bien no los admitia la voluntad el natural deseo que tienen las mugeres de ser festejadas, hazia que no le pesasse de ello; y assi temeroso Cesar de alguna caìda (que la facilita quien fiado en sì mismo no huye las ocasiones, que el desviarlas se debe à la prudencia, y el salir bien de ellas à la fortuna) se determinò aguardarle una noche; y apenas empezò la musica, quando se le presentò bien armado con el azero desnudo, y le hizo dexar muy mal herido con otros dos compañeros la calle; y sin ser conocido bolviò à su casa, y rondando todas las noches la de Laudemia, la librò de este peligro; y huyendo de manifestarle mas su encubierto

fuego, le causò (por averle yà conocido) curiosidad de saber la causa de tan repentina mudanza, zelosa sin amor, de que por otro nuevo la dexasse: Y assi determinò, fingiendo la misma passion, que èl avia manifestado, darsela con cuydadoso descuydo à entender, por verle de nuevo enamorado (que la muger hermosa no puede sufrir, sì bien no favorece, que ò por otra hermosura, ò por su altivèz mude el amor, quien se le mostrò una vez) y lo executò, haziendole mil extraordinarios favores, y diciendole tales, y tantas ternezas, que avivando su fuego le causaba mayores tormentos de los passados, por obligarle la amistad à resistir la possession de lo que mas deseaba; y a su parecer, yà no se la contrastaba, sino su misma voluntad; pero resistiendo à tales batallas, llegò el tiempo del parto, y en una Aldèa, adonde Laudemia se avia retirado con una fiel criada suya, pariò secretamente un hermoso niño, que llamò Silvio, y Cesar le entregò à una labradora, que le criasse, y estando para dàr aviso de todo à Camilo, le tuvieron con sus cartas de la muerte de Fabio, que se la diò de noche en Constantinopla un Cavallero Griego, zeloso amante de una dama, à quien èl festejaba con recompensa de publicos favores, de cuyas tristes nuevas haciendo la hermosa Laudemia las debidas demons-

traciones, vistiò negro luto, en el qual apareciò tan superior su belleza, que assombrò de nuevo à toda Florencia: causa, que mil gallardos Cavalleros solicitassen su casamiento, sin hallar en ella demonstracion alguna de inclinarse à segundas bodas, aviendo crecido extraordinariamente con la muerte de Fabio el amor de Camilo, à quien respondiendo à su carta diò quenta de todo; y aviendola èl recibido con la merced, que el Emperador le avia hecho de tres mil ducados de renta, se bolviò por la posta à Florencia, adonde le recibiò Laudemia con las ternezas, que requeria el grande amor con que se amaban, y le acreditaron con los dulces lazos del Hymeneo, con consentimiento de su padre; y Cesar alegre de vèr su verdadera amistad triunfante de el ciego amor, temiendo nuevas ocasiones, dexò à Florencia, y al amigo, que contento de el buen sucesso de sus amores, viviò lo restante de su vida dichosamente.

LA SOBERVIA CASTIGADA.

NOVELA IX.

NOvia, y viuda à un mismo tiempo la bella, y noble Artamia (pues entre las alegres vozes del santo Hymeneo le quitò la cruèl Parca à su galàn marido) abrasaba con grande incendio (à pesar del inmenso Occeano) la antigua Tartessia su dulce patria, en tiempo que se hallaba mas poderosa de gente, y de riquezas, las quales eran tantas, que dieron ocasion à los Idolatras de creer que alli viviesse el que juzgaban Dios de ellas, y à muchos de los nuestros, que fuesse de donde Salomòn sacaba el oro, que de tres en tres años le llevaban abundantemente sus flotas; y sì bien oy apenas es conocido el nombre, diò vencida de los Romanos cosecha de Emperadores, que dilatassen los limites de su Imperio, y le tenian entonces de ella los Cartagineses, que todos con los de la Ciudad (que llamaron los Fenices, de cuyo linage era Artamia sus postreros fun-

dadores, Gadira, y al presente ha mudado con la grandeza el nombre en Cadiz) ardian en amoroso fuego por su hermosura, que perfecta mostraban los quatro lustros de su florida edad; pero el que estuvo mas rendido à su amor fuè Almidar (de la noble familia de los Hedones, que en Cartago su patria competia con la de los Barcinos, que diò tanto en que entender à los Romanos) cuya ventura en el Amor, y en las armas correspondia felizmente à su gala, y valentia: Este, pues, le passeò la calle, diò musicas, y no dexò finezas, que pudiessen acreditar su amor, que no hiziesse; pero sobervia, y altiva (que lo era en estremo) las menospreciaba, como igualmente las de otros mil enamorados mancebos; y visto que no aprovechaba ninguna, alcanzò por medio de una prima suya, que privaba con ella el hablarla de noche à una rexa de su casa, y llevado à ella en brazos del temor, la hablò de esta manera: Lastimado el Amor de los males, que causabas con el mayor bien, que tiene el mundo (que es tu divina hermosura) vino à socorrer tantas almas, que cautivas le daban vozes; y yà que con doradas flechas intentaba las venganzas, los rayos de tus hermosos ojos ossaron declarar con heridas la resistencia, atrevimiento, que le obligò à rasgar la benda, por vèr la causa de tanta novedad; pero turbada la vis-

vista al resplandor de sus luzes, huyò temeroso de mayor daño à lo oculto de mi pecho, adonde le seguiste; y retirandose al corazon, le dexaste con él atravessado; y si procura salir, me atormenta de suerte, renovando la herida, que no ha llegado la muerte, porque vive dentro un Dios incapàz de ella. Ampare à los dos tu piedad, sin permitir, que se aumenten nuestras quexas, à las quales assi procurò satisfaçer Artamia. Correspondiera à la voluntad, que mostrais tenerme, si las memorias de mi difunto dueño dieran lugar al corazon; pero mientras viviere la fee que le debo, me agraviarà quien procurare (si con honestos fines) que la infame con villano olvido; y serà arrogante el que tuviere mas meritos, si presumiere llegar à los que à mis ojos tenia, y sin ellos es vana la pretension de mi Amor. Quiso replicar Almidar, pero quitòse de la rexa, con decir, que ya le amenazaba ayrada la sombra de su marido, y se quexaba de su mudanza, de que afligido el Amante dexò la calle; y entregandole este rigor à profundas melancolias, le apartò de todos los amigos, y solamente en la soledad le fingia descanso con la contemplacion de sus males, que alimentados con continuas tristezas, y regados con sus lagrimas crecieron tanto, que ossaron de publicar la entrega de su dueño à la muerte: supolo Artamia, y alegre

blassonaba ser la muerte del enamorado mancebo sacrificio, que hazia su Amor al difunto marido. Cuyas crueles razones lastimaron tanto à la prima, que las oìa, que engañò al enfermo con un billete, que le embiò en nombre de su Artamia, que decia assi: *El sentimiento de la ingrata correspondencia publica interès al Amor, que procurais acreditar: Que no son blanco del verdadero los favores; y si bien es permitido al deseo procurarlos con diligencia, no ha de fundar sobervio el alcanzarlos en propios merecimientos: pues estos aniquila el Amor, que no se acobarda con la falta de ellos, antes mas valiente muestra su nobleza en venzer dificultades, siendo el rendirse à ellas evidente prueba de no le tener; y podeis estàr cierto, que es condicion nuestra acrissolar con estas à los Amantes, y obligacion de ellos no desmayar en ningun tiempo, porque suele este descubrir, ò aprisionar las voluntades. La mia por aora es, que os alenteis, y procureis estàr bueno, si es verdad, que no teneis libre la vuestra.* Cuya sujecion mostrò con las amorosas ternezas, que escriviò en la respuesta, enterneciendo mucho mas con ellas à la prima, que ocultò el engaño, el qual pudo tanto en Almidar, que desde luego huyò la tristeza, y previno su mal la partida, y en brevissimo tiempo la hizo, con admiracion de los mas perfectos professores

del

del arte de Esculapio; pues con toda no le avia podido dàr un pequeño alivio. Que no sanan las yervas enfermas almas, siendo el curarlas solo blasson de Amor. Buelto, pues, à su natural vigor, renovò las finezas, y Artamia los rigores; cuya fuerza juzgaba ser pequeña, pues no avia podido quitarle la vida, que deseaba vèr en brazos de la muerte, por trofeo de su crueldad, pareciendole esta la mayor gala de la hermosura, cuya perfeccion le causaba tanta altivèz, que sentia en estremo ossassen los humanos deseos pretenderla, y culpaba à sus padres, que con el primero casamiento huviessen dado ocasion à tales atrevimientos; pero castigò presto el Cielo tanta sobervia, porque yà sin sufrimiento Almidar remitiò à la industria el buen sucesso de sus amores; y aviendo con muchas dadivas cohechado à todos los criados de la hermosa viuda, pudo una noche muy tenebrosa del Invierno entrar en su casa, y en el aposento adonde dormia; y aviendo cerrado la puerta, casi sin pisar el suelo, se fuè à la cama, y corriendo la cortina, viò en el sueño de su querida tan hermoso retrato de la muerte, que juzgò menos bella la madre de Amor, ante cuya imagen ardia la luz, que descubria la diferencia; y despues de aver gran rato contemplado su hermosura, la despertò, y enojada iba à reñirle, pensando ser alguna de sus doncellas;

pero helò el temor en el pecho la colera, y en la garganta la voz, y solamente dexò que se mostrassen ayrados los ojos, mientras bolvian en su rostro los claveles, que avian partido por la posta à dàr aviso al corazon del peligro que corrian los desamparados jazmines, que sì bien los deseaba coger el amante, procurò cohechar al consentimiento de su dueño con estas razones, diciendo: Hermosa Artamia, por quien mas justamente apacentarà Apolo en esta Isla los ganados, que en Thesalia, y que pudieras transformar en diluvios de oro, no solamente à Jupiter, pero à todos los Dioses: Amor, que con su fuego me atormenta el alma, me amenaza la muerte, si con su misma causa no apago el grande incendio; y visto, que no te mueven ruegos, no te lastiman penas, ni te obliga el respeto que debes al mismo Amor, he querido ser yo el Artifice de mi ventura, viniendo resuelto de aliviar los males que padezco, quando perseveres cruel en tus rigores; cerrada està la puerta: no ay criado en casa, que pueda socorrerte; y assi fino amante, concede prudente lo que no puedes negar forzada. Pero resuelta de perder antes la vida, que consentir al cumplimiento de sus injustos deseos, le diò esta respuesta: Barbaro Cartaginès, no pienses, que me espantan amenazas; y si à Tarquino imitas, veràs, que con mi muerte en-

enseño pudicicia à Lucrecia, porque antes que el gusto triunfe de mi honra, embiarè con esta daga el alma à los campos eliseos. Sacandole con estas palabras, sin que pudiesse estorvarselo la que tenia al lado; pero la detuvo la mano, que tan furiosa como iba, no la embaynasse en el pecho, adonde se hizo una pequeña herida; y quitandosela, intentò rendirla con la fuerza, yà que no podia con amor, y no teniendo otra defensa, diò tantas, y tan grandes vozes, que las oyò un noble Cavallero, que acaso passaba por la calle; y reconociendo de donde salian, entrò en la casa, que el descuydo de los criados avia dexado abierta; y al subir de las escaleras, y en la sala las oyò mayores; y guiado de ellas, fuè al aposento de Artamia, cuya puerta echò à grandes golpes en el suelo; y apenas le tocò, quando se puso en su lugar Almidar à defender con el desnudo azero la entrada; y sin hablarse empezaron una reñida batalla, que durò, sin que se pudiessen herir, mas de una hora, dexandoles tan rendidos el cansancio, que los obligò à retirarse para tomar aliento; y mientras le tomaban dixo Corazino (que assi se llamaba el que defendia à la viuda.) Deslustra la vil accion en que os he hallado, la nobleza que publica vuestro valor; pero este me assegura, que movido de vuestras mismas obligaciones, borrareis la infamia, que le cau-

ſais, con ſaliros de eſta caſa, dexandome tan obligado, que no pueda con ſerviros toda mi vida moſtrar el agradecimiento, que tendrè à vueſtra corteſia; ò faltando eſta, que ſe acaben aqui nueſtras vidas, que bien conozco ſer temeridad pretender la victoria contra vueſtro valor. Cuyas corteſes razones pudieron tanto en el noble pecho del Cartaginès, que confeſsò ſu yerro, y pidiò perdon de èl à ſu querida, que ſe lo concediò, admitiendo la diſculpa que daba de la fuerza de amor, que por ſer conocida de Corazino le tuvo laſtima, y quedaron muy amigos, prometiendole, yà que ſe iba, ayudarle en ſu pretenſion quanto pudieſſe, con que partiò muy alegre, mientras èl quedaba à curar la herida, que ſe avia hecho la hermoſa viuda, cuyos criados temeroſos del caſtigo, que merecia ſu alevoſia, ſe avian huìdo; y aviendole tomado la ſangre, y atadoſela, Artamia enamorada de ſu buen talle, corteſia, y valor, le hablò de eſta manera: Puedo juſtamente formar quexas de la naturaleza, que me aya negado el caudal neceſſario, para ſatisfazer con efecto la grande obligacion en que me ha pueſto vueſtro valor. Que no hallan ſiempre las palabras la fee, que acreditan las obras; pero ſi admitìs las que alcanzan mis fuerzas, vereis, què con todas mueſtro mi agradecimiento: Y aſsi deſde eſte punto os podeis tener por

señor mio, y de quanto posseo. A cuyas razones respondiò el Cavallero, con otras de no menos cortesia; y despues de aver sabido el referido sucesso, y llamado à una señora vecina, que acompañasse à la desamparada viuda, se despidiò de ella con promessa de bolverla à vèr, como lo hizo el dia siguiente por la tarde, y la hallò con su prima Bersenia (doncella) que no passaba tres lustros, y de tanta hermosura, que quien no le daba à la primera vista el alma, no la tenia; y asi el Cavallero, sì bien recien casado con una hermosa dama, que amaba tiernamente; sintiò alborotarsele el pecho, y sino rendido, aficionado à tanta belleza, dixo à la viuda: Podrè daros, señora, el parabien de la cobrada salud, que no promete menos la asistencia de esta Deydad, en quien veo cifrada la hermosura de las que llenan essos celestes Orbes. Pero anegando en sangre los jazmines, y claveles, que matizaban sus bellas mexillas, sin dàr lugar à Artamia, que respondiesse, con una dulce risa agradeciò la lisonja, diciendo: Ofende el excesso de vuestra cortesia (que en Cavallero no presumo lisonjas) à la verdad, que se descubre en mi prima. En ella, y en vos (replicò Corazino) mostrò tanto poder la naturaleza, que por hazer dos traslados de la hermosura de Venus formò dos iguales dechados de la misma. Con que mitigò la viuda

los zelos, que yà avian nacido de las agenas alabanzas, y empezaban atormentarle el alma; y movida de ellos, procurò mostrar en la respuesta su amor, antes que se declarasse Corazino tenerle à Bersenia con estas razones: Lo que no ha podido hazer con su belleza mi prima, ha obrado vuestra presencia: pues llena de un nuevo contento el alma, no dexa, que perturbe el cuerpo con dolores sus glorias, que son tales, que no las gozan mayores las que pueblan los dilatados espacios de los campos Eliseos; y asi con razon deseo no verme privada de tanto bien. Con que quedò del todo certificado de la amorosa llaga de la viuda, que avia sospechado por muchas señas, y enemigo de fraudes, no se lo consintiendo la nobleza de los Balbos, de cuya ilustre familia decendia, determinò desengañarla, para remediar su mal, antes que creciesse mas; porque sabia, que quien le menospreciaba en sus principios, en vano procuraba remedios, quando avia crecido; y asi le respondiò de esta manera: Què bien califica su enemistad conmigo en esta ocasion la embidiosa fortuna; pues no consiente, ni de burlas verme dichoso con los favores, que desperdicia vuestra cortesia, (que flecha Amor con bienes, y en mì no ay ninguno) no dexando, que aspire el deseo à la dicha, que por verme casado me niega la esperanza; pero no

podrà eſtorvar, que no los tenga de pagar con veras lo que recibo burlando, como os ſuplico permitais los acredite en todas las ocaſiones de vueſtro ſervicio. Cuya reſpueſta causò tal turbacion à la enamorada viuda, que ſin poderlo remediar le ſaqueò la color, y ſe le helò la ſangre, que no ſe retirò al corazon: el qual deſpavorido por el repentino aſſalto, procuraba deſamparar al pecho, por no le juzgar ſeguro lugar à ſus peligros; y no le hallando para eſcaparſe, temeroſo de que no le ahogaſſe tanta ſangre, hizo de la ſuya dos arroyos, que por los ojos de la hermoſa Artamia regaban las caſi muertas flores de ſu cara; pero ſe agotaron al eſconderſe el alma, à quien deſcubriò deſde lo mas intimo un profundo ſuſpiro, en tocandole el roſtro los frios criſtales, que con mano de nieve derramò ſobre èl la piadoſa prima, de quien, y de Corazino animada, bolviò del todo en sì; y corrida del ſuceſſo, culpò la herida del cuerpo, por encubrir (sì bien tardo) la del alma, y ellos corteſes publicaron creerla, con las diligencias, que hizieron en llamar al Medico, para el remedio de ella: el qual no le hallò otra alteracion, que la del deſmayo; y aviendole aplicado los remedios neceſſarios, ordenò, que la dexaſſen ſola, para que deſcanſaſſe: Y aſsi Corazino ſe deſpidiò de las primas, y entrambas le rogaron no ceſſaſſen ſus vi-

ſitas, que hizo deſpues muy amenudo todo el tiempo de la enfermedad. Y dexarè de contar lo que passò en cada una de ellas, por hazerlo de lo que hizo la hermoſa Artamia, deſpues de verſe ſola, que afligida del deſdichado ſuceſſo de ſus amores, no hallaba deſcanſo alguno, y con mortales anſias ſe rebolvia à una, y otra parte de la cama, que no abrasò con ſuſpiros, porque la ſocorrieron con lagrimas los ojos; y canſada de llorar, y dàr bueltas, empezò à quexarſe con eſtas laſtimoſas razones: Yà ſe ha declarado deſdichada Artamia la conjuracion, que han hecho contra tì los crueles hados, y la embidioſa fortuna, para liſongear con tus males al Amor, que anhelaba venganzas de ſu burlado poder: el qual con èl, que tiene aſido al copete de la ocaſion (que miran deſpues calva todos los perezoſos) venciò à naturaleza; pues de la miſma cauſa de tu bien, sacò todo tu mal, que ſiendo ſin eſperanza de remedio, crece al paſſo que lo pretende el deſeo; y es con las miſmas veras, que ſi eſperàra dichoſo ſuceſſo de ſu pretenſion, cuya vanidad conoce la razon; pero cautiva de la voluntad ſu eſclava, no puede ſocorrerte, y pudiera la muerte, à no huìr cruèl, y dexar à la vida ſus rigores, porque ſean eternos. Què haràs infelice en tantos males, ſi burlan todo poder tus enemigos, y ſe rìen crueles de tus laſtimas. Y deſpues

de aver callado suspensa un rato, buelta à la imagen que tenia cerca de su cama, prosiguiò: Bella madre de Amor, duelete de mis amorosas ansias, que compiten con las que tuviste por el galan Adonis; bien conozco, que à tanta altivèz se debia riguroso castigo; pero yà humilde, y arrepentida, solicito con estas lagrimas, que derramo el perdon. Piedad hermosa Venus: asi nunca perturben tus glorias los lazos del grossero marido, y sin rezelo gozes del Dios de las batallas los abrazos. Que si por tì alcanzo los de mi querido amante, excederà el templo, que yo fundare agradecida en tu honor, à el del fuerte Alcides, que admira en esta Isla el mundo todo. Cuyas razones oyò la prima, que sin ser vista estaba observando sus acciones, y certificada de su amorosa pasion, le tuvo no poca lastima; y viendo que desahogado el corazon con las referidas quexas daba lugar al sueño, dexò de consolarla, como yà queria, para otra mejor ocasion; pero apenas avia cerrado los ojos, quando le pareciò oìr à su querido, que la decia: Artamia, luz de mis ojos, yo te adoro, y quisiera estàr libre de los lazos del Hymeneo, para acreditar con nuestro casamiento mi amor; pero pues esto me lo niegan los hados, califica tù el que muestras tenerme, con admitirme por tuyo, advirtiendo, que Jupiter hizo casado mil hurtos amorosos,

yà transformandose por la guardada Danae en lluvia de oro, yà por Leda en Cisne, y por Europa en Toro: Venus sin estimar à Vulcano toda se entregò à Marte, tù libre menos yerras, si puede quien imita à los Dioses. Y queriendole responder despertò; y ponderando el sueño le juzgò advertimiento del Cielo, lastimado de sus males; y assi determinò goza de su querido à pesar de la pudicicia. O ceguera de los Amantes, q̃ para cubrir sus desvarìos ossan calificar por celeste revelacion al vano sueño, sin reparar, que no han de hallar en los hombres la fee que se persuaden para sus disculpas: Resuelta, pues, Artamia, se consolò con la brevedad del tiempo, que constituya por limite à sus deseos; y procurando con todo cuydado su salud, la alcanzò en breve; y apenas se viò libre de la llaga, que le tenia enfermo al cuerpo, quando procurò sanar la del alma; y aviendo hecho llamar à Corazino en un su retrete, à solas le hablò de esta manera: Gallardo mancebo, à quien arrebatarà el aguila de Jupiter para ministro de los celestiales banquetes, si antes no huviera nacido Ganimedes, no te assombre, que passe los limites de la natural verguenza, quien se halla por tì atravessada con doradas flechas el alma: pues al primero instante, que llegaste cortès à defenderme, quedè tù cautiva, avien do siempre resistido à las fuerzas de amor, el qual

aora tan cruelmente me trata,que parece mi abraſado pecho retrete del infierno. Tèn laſtima de quien te adora , y no quieras que ſea para ſiempre eſcarmiento con mis penas de los rebeldes de tan ſuprema Deydad. Cuyas ternezas acompañò con dos arroyos de liquido criſtal , que pudieran enternecer al mas fiero Scita; pero no ſe moviendo punto el corazon del leal Corazino, reſpondiò en eſta forma : No mereciera vueſtros favores (hermoſa ſeñora mia) ſi atropellàra por ellos la Fè,q̄ debo à quien me dieron por compañera los Cielos,que caſtigan ſeveramente à los q̄ la rõpen,y muchas vezes en pena de ſu delito, no hallan la que no guardaron , ſiendo la lealtad del marido la mejor guarda de ſu muger. Almidar (el mancebo mas galàn,que vive en eſta Isla)os adora, y con èl ſerã juſtos los amores,q̄ conmigo os infaman; y no preſumais , que poca eſtimacion me dicta eſtas razones,que à no preciaros,y quereros de la manera, que puedo,ſin ofenſa de mi dueño , moſtràra con el agravio de vueſtra honra el agradecimiento, q̄ aveis de reconocer en ellas;y podeis eſtàr ſegura , q̄ el preſente suceſſo quedarà ſepultado en eſte miſmo retrete.(Que no publicã los nobles las flaquezas de las mugeres:) y os certifico, queà no tenerla otra , que vos, ninguna lo fuera mia. Y eſto dixo,con tanta demonſtracion de amor , que quitò parte de la confuſion,

ſiendo muger de grande entendimiento, y de tanta nobleza: bolviò preſto en sì, y con las mas corteſes palabras que pudo, le diò las gracias de lo que mas le peſaba; y certificò, que no pudiendo ſer ſuya, no lo avia de ſer de perſona nacida, y verdaderamente con todo ſu ſentimiento, en adelante le eſtimò mucho mas por ſu firmeza, y lealtad, que por el talle, y hermoſura, con ſer todo un eſtremo, y por ellas hizo deſpues las finezas, que ſe veràn en el diſcurſo de eſta Hiſtoria; y aſsi aviendoſe deſpedido con preſteza el Cavallero, por no correrla mas con ſu preſencia, quedò Artamia penſando como certificarſe, ſi avia ſido menoſprecio, ò virtud, no admitir lo que tantos en vano pretendian; y aconſejada del Amor, ſin dàr parte de ello à nadie, ſe reſolviò à disfrazarſe, y buſcarle en la primera ocaſion, que ſe le ofrecieſſe; y fue quando yà venia lozana la primavera, ſembrando Abriles, y derramando Mayos, que ſe fuè ſolo ſin ſu muger à una Quinta, que tenia en la parte Oriental de la Isla, riberas del Darillo, adonde veſtida de labradora ſe trasladò, y ſe moſtrò de repente à ſu querido una tarde, que ſe iba paſſeando ſolo por un florido, y ameno prado, y admirado de tanta hermoſura, ſin conocerla por el disfraz, empezò à hablarla tierno, y cõ ſu blandura le daba ocaſion la viuda de pretender coſas mayores; pero viendo Corazino, que

con las burlas, se entraba tanto en las veras, que quizà no podria à su voluntad bolver el pie atras, se retirò en tiempo con mudar la platica. Y no contenta la enamorada viuda de esta prueba, tuvo traza despues de averse apartado de èl de hallarse à la noche en su quarto, que le hizo franco un criado, por ganar la gracia de su amo con esta ocasion. Que el ambicioso à trueque de salir con su pretension, no repara en respetos humanos, ni divinos, acometiendo a qualquiera maldad, por ser elemento de todas este vicio. Y assi, quando entrò Corazino en èl, se fingiò dormida, dexandose con cuydadoso descuydo descubiertos los brazos, y la mitad del pecho, que todo parecia un pedazo de finissimo alabastro; cuya blancura le acordò la de la fee, y no despertò en su leal pecho pensamiento infame; pero temeroso de no ser vencido, si quedaba en la Quinta, saliò della, y passò la noche durmiendo en el florido suelo de aquellos campos (que solamente huyendo se vencen las amorosas batallas) hasta que risueña le despertò la Aurora, la qual viò à la viuda bolverse triste à la Ciudad, por no saber què remedio hallar à sus penas, cuyo rigor la afligiò de tal manera, que se viera cerca de perder la vida, à no la socorrer una malvada vieja, que se preciaba mover con sus infames notas todo el infierno; pero antes de contar lo

que hizo la hechizera, serà bien no passar en silencio al enamorado Almidar: el qual no podiendo sufrir mas la crueldad de su querida, despues de averle certificado Corazino, que no avia podido persuadirla lo contrario, desesperado perdiò el sesso; y assi loco la seguia en todas partes, y un dia, que avia salido à recrearse al campo embravecido con el furor de su locura, se atravessò a su vista con el desnudo azero el pecho; y culpando con desconcertadas razones su ingratitud, rindiò infelizmente el alma, con sentimiento de los Cartagineses, y Gaditanos, que maldecian la causa de tan desastrada muerte; y bien mostraron lo mucho que lo estimaban por su valor, y nobleza; pues en los siete dias, que estuvo su cuerpo ungido con los olorosos unguentos, y coronado de funesto ciprès en el zaguan de su casa, no quedò persona, que no le fuesse à vèr, y al octavo le acompañò toda la nobleza de Cadiz al Lugar adonde le quemaron; y despues de aver al nono la piedad de un hermano suyo apartado de las frias cenizas los huessos, que avia dexado el voràz fuego, y enjugado la blanca leche, y generoso vino, con que se lababan entonces: los encerrò en una grande urna con las mas preciosas aromas, que produxo Arabia, y con muchas lagrimas suyas, y de los mas amigos, que assistian, y enterrada en el campo con un va-

so de oloroso balsamo,se celebraron pomposamente sus exequias, y con los funebres juegos, y sumptuoso banquete, que diò, conforme al uso de aquellos tiempos, acreditò el amor, que tenia al difunto hermano ;cuya memoria conservò largos años una columna de marmol pario, que con la inscripcion de tan funesto sucesso levantò junto à su sepulcro; pero entre tanta tristeza solamente Artamia alegre, por verse libre del importuno amante,concertò con la infame hechizera, que con su arte diesse la muerte à la hermosa muger de Corazino, para poder despues, quitado este estorvo, casarse con èl, prometiendole en premio de su maldad dos mil escudos, sobre mil que le diò de contado, para que fuessen espuelas à su natural tardanza, con que contenta la vieja, una noche al salir de la luna suelto el cabello, y descalza, llena de infernal furor cortò en los cercanos bosques con una hoz de cobre las maleficas yervas, y murmurando sobre ellas magicas notas, sacrificò à Hecate, y à Plutòn, para que tuviessen sus hechizos el deseado efecto, el qual viò en breve, porque de oculta peste oprimida la hermosa dama perdiò poco à poco su hermosura, y finalmente con ella la vida, con tanto dolor de Corazino, que faltò poco no la acompañasse; pero pues se lo negaron los hados: en la continua tristeza de dos años mos-

trò el ſentimiento, que tenia de tanta pèrdida; en fin de los qualès vencido de las amoroſas demonſtraciones de Artamia, concertò caſarſe con ella; y yà que eſtaba cerca el dia del caſamiento, con infinito contento de la viuda de que la huvieſſe favorecido tanto ſu buena ſuerte, prendiò la juſticia à la mala vieja, por delitos, que ſe deſcubrieron, y procurò negar: mas vencida de los tormentos, los confeſsò todos, y entre ellos el de la muerte de la mal lograda eſpoſa de Corazino: el qual no bien vengado con el riguroſo caſtigo, que viò darle juſtamente, eſcriviò à la viuda, que à ſerle permitido vengarſe de una muger, le quitàra con ſus propias manos la vida, que le guordò la juſticia, por ſu mucha nobleza, y averle perdonado la parte; pero afligida Artamia, intentò darſe muchas vezes la muerte, y ſe lo eſtorvò Berſenia, la qual aficionada à la lealtad de Corazino, procurò deſcubrirle con los ojos ſu voluntad, y hallò en èl la correſpondencia, que deſeaba, quedando tan enamorado de ſu hermoſura, que no tenia deſcanſo el dia que la veìa; y aſsi reſuelto de caſarſe con ella, aunque era muy pobre, que à eſta cauſa, deſpues de la muerte de ſus padres, eſtaba en caſa de Artamia; la sacò una noche de ella, y dotandola de ſu hazienda, celebrò alegre las bodas, con tanto

peſar de Artamia, que perdiendo el juicio por ello, quedò algunos años para exemplo de las que altivas por ſu hermoſura juzgan para ellas deslucido alvergue el del tercero Cielo, y Berſenia humilde gozò mucho tiempo el bien que perdiò ſu prima, dexando deſpues de muerte hijos, que fueron famoſos por ſu valor en todo el mundo, y Roma miſma, en los triunfos, y Conſulatos, que diò à ſus deſcendientes, (ſiendo los primeros eſtrangeros, que los alcanzaron) calificò los merecimientos de la noble familia de los Balbos, luſtre, y reſplandor de Cadiz, y de toda Eſpaña.

LA PERSIANA.

NOVELA X.

DEſpoja de todo ſoſsiego, y nos entrega à mil peligros la pretenſion amoroſa, que no califican honeſtos reſpetos, ſino el poder de Amor, (Deydad fingida de los hombres, que procuran afeytar con ella ſus deſvarìos) como ſe verà claro en los ſuceſſos de Don Alonſo, Cavallero Cathalan, el qual aviendoſe moſtrado en la Ciudad de Tarrago-

na su patria tres años continuos tierno amante de Doña Juana (la dama mas bizarra, y de mayor hermosura, que huviesse visto el sol) y de ella favorecido con reciproco amor, yà que avian concertado aprisionar à la fortuna con los amorosos lazos del Hymeneo, la fuerza de sus padres la obligò à que se casasse con el Cavallero mas rico, si menos galan, y afable de Tarragona; cuyas bodas causaron al Amante tanto sentimiento, que assombrò con èl à toda la Ciudad, que no le viò muerto, por averle conservado en vida una segura esperanza, que tenia de que su dama no olvidaria (aunque casada) al amor primero, apoyando à este pensamiento la conocida diferencia, que avia entre èl, y el novio; pero presto la descubriò vana el desengaño, porque conociendo Doña Juana las obligaciones del nuevo estado, no diò lugar, que sus continuas pretensiones le diessen à la novelera plebe de manchar con infame murmuracion su honra, y al marido de viles sospechas. Que temen igualmente las honradas, y cuerdas el mal, y su infame sombra: de cuya entereza ayrado Don Alonso, juzgando rèmora de su gusto la vida de su contrario, determinò quitarsela, y lo executò, con una fuerte estocada, que le diò de noche en su misma calle (yendo el infelice descuydado à su casa) retirandose sin ser visto de nadie; pe-

ro nunca pudo hallar el sombrero, que se le cayò al sacar la espada, que llevado con el difunto à Doña Juana, le manifestò el homicida con una rosa de diamantes, que tenia en el (favor que alcanzò de su mano, en tiempo mas dichoso) y encubriendole, por no poner su honra en opiniones, enterrò con el sentimiento, que era justo, al desdichado novio, atajando las nuevas pretensiones de Don Alonso, con embiarle à presentar otra vez los diamantes en señal de dureza, y no de firmeza, como los recibiò la primera; y assi despechado, y desesperado del buen sucesso de sus amores, y no seguro de su vida, se determinò a salir de Tarragona, embarcandose en un baxel Veneciano, que à la sazon partia para Constantinopla, adonde en trage Turquesco se atreviò à passar, por saber muy bien la lengua, que le avia enseñado un esclavo Turco, que tenia, pensando olvidar con la ausencia la hermosura de la ingrata Doña Juana (que tal la juzgaba en no corresponder à su amor) y aviendo llegado, y visto muy à su gusto la Ciudad (Corte de aquel Barbaro) partiò al cabo de quatro meses para Persia, con un Embaxador de su Rey, que bolvia à la Corte, adonde el gran Sofi le hizo muchas mercedes, à cuya causa toda su casa se alborotò con fiestas que hizieron, corriendo lanzas, estafermos, y sortijas, en las quales saliò Don
Alon-

Alonso (que se llamaba Arnaut) y se señalò tanto en ellas con el brio, y gala española, que à una voz se la llevò del mejor Cavallero, de que movida Oretisa, hija de su Amo, quedò abrasada en amoroso fuego, y tanto, que no hallando sossiego, sì bien era hija unica, y heredera del mayor satrapa, no dudò descubrirse con mirar blanda, y hablar suave; pero no dandose por entendido Arnaut, le causò tantas penas, que la forzaron por no acabar la vida à manos de sus rigores, de manifestarle sin disfràz alguno sus ansias; y pareciendole buena ocasion la que le presentò la fortuna en una Quinta (que tenia cerca de la Ciudad, adonde avia ido à recrearse con su padre un dia del verano) haziendo, que encontrasse à su Arnaut, que buscaba despues de aver comido la mas secreta parte para llorar sin estorvo el mal, que à su pesar le hazia sintiesse Amor, no aviendo sido bastante la variedad de tantas cosas, que avia visto, ni la distancia grande, para que olvidasse el que tenia à Doña Juana; y assi llamandole le obligò, que la assistiesse; y sentandose en la fresca yerva, fingiò quedarse dormida, para darle lugar, que contemplasse sin temor, ni respeto la hermosura, que los Satrapas avian pretendido en vano, y sì bien juzgò, que podia rendirle vassallage la de su querida Doña Juana: siendo yà cautivo, no tuvo libertad que per-

der, y solamente assombrado (pensando no ser oìdo) dixo: O de la naturaleza el mayor milagro, que se vea descansar à la sombra el sol. A cuyas razones mostrando despertarse Oretisa, sonriendose le respondiò: Grandes son vuestras lisonjas, pues alagais con ellas hasta los muertos, que lo estàn los dormidos, por ser ensayo de la muerte el sueño; y pues me aveis resucitado à mì, quien duda, que con las mismas debeis de cautivar las mas altivas hermosuras; y quisiera fuera la mia de las mayores, para que vuestra publicasse lo mucho que mereceis flechando mientras hablaba con los rayos de sus hermosos ojos; pero no pudieron penetrar el corazon de Arnaut, aunque temeroso de algun desastre, si mostraba del todo no estimar tantos favores, procurò desviarlos con esta respuesta: Icaro, y Faeton dàn vozes con sus desastradas muertes à los que sin medir sus fuerzas ossan temerarios levantar el buelo, y pretender con vanas confianzas la suerte, que no admite sino la que hazen los merecimientos, y amenaza con riguroso castigo el niño alado à quien se atreve atropellar la fee primera por mayor dicha; y yo la tuviera muy grande, à no aver yà dado la mia, y à no me hallar sin el valor, que se requiere para tan alta empressa. Y pareciendole à Oretisa, que fuessen sus razones hijas del respeto, que qualquier criado

debe tener à su dueño, no quiso passar por entonces mas adelante en la platica, levantandose del sitio en que estaba; y arrimada à èl, se fue à buscar à su padre, con quien bolviò à la Ciudad, y en ella continuò por espacio de un mes el favorecer à Arnaut: mas viendo que no se ablandaba su corazon, ni le obligaba à la correspondencia, que se avia prometido, vino en tanto furor, que se resolviò à quitarle la vida; y assi procurò, que otro criado suyo le acusasse por Christiano, y que en aquel trage venia à espìar los secretos de aquella Corona. (que la muger menospreciada no descansa hasta verse vengada) A cuya causa preso, y puesto en estrecha prision, y preguntado de los Ministros de Justicia, si era Christiano? Respondiò, que sì, y Español, que no le sufria al catholico pecho encubrirlo, aunque estaba cierto le avia de costar la vida; pero siempre la juzgaron bien empleada los valientes Españoles, quando la pierden por la fee (que tienen fuertemente arraygada en sus Christianos pechos) y por su Rey, que se puede llamar justamente el mas poderoso, por tener tan buenos, y fieles vassallos. Y assi le sentenciaron à ser empalado. Cuyo sucesso despertò en Oretisa un amoroso arrepentimiento, que la obligò à suplicar por su vida, y alcanzò por esclavo à quien no avia estimado ser su dueño, y por algunos dias le

hizo tratar con toda aspereza, porque estimasse mas los regalos que le hizo despues, no le dexando si no el nombre de cautivo, y en este estado tentò muchas vezes rendirle, solicitando su amor con tantas veras, que la viò no pocas en sus brazos desmayada, y casi muerta, yà que no la queria admitir viva; pero todas sus diligencias eran vanas. Que no resiste mas valientemente à las furiosas olas del borrascoso mar, duro peñasco de lo que hazia Arnaut con empedernido corazon à las lastimas, y amor de Oretisa, que por esta causa iba perdiendo cada dia la natural hermosura, sin que le valiessen los remedios, que le hazian; pues no acertaba el Arte la cura de sus males; y no cessando de favorecer à su adorado enemigo, despertò en el pecho de un esclavo Francès tanta embidia, que movido de ella, y del natural aborrecimiento, que tenia al nombre de Español, determinò derribarle de la altura en que juzgaba averle levantado la fortuna; y asi le acusò (yà que estaban en su tierra) al padre de Oretisa, de que secretamente le afrentaba con ella, no siendo bastante aplacar sus furias, sino la ruìna del Catalàn. Porque agenas comodidades son verdugos, que despedazan al embidioso las viles entrañas, y sì bien no levantan su suerte las caìdas del que juzga competir con las estrellas, funda en ellas su dicha, y su descan-

ſo. Eſte quitò del todo à la bella Oretiſa, y à ſu querido eſclavo el infame Francès; pues barbaro ſu padre, ſin otra averiguacion, que vèr el regalo con que trataba al Eſpañol, la condenò con èl al fuego, publicando èl miſmo ſu infamia, por dorar tanta crueldad con la cauſa de ella; pero pudieron las lagrimas de la hija, y los ruegos de los deudos alcanzar, que ſe admitieſſe lo que ofrecia Don Alonſo, que era, declaraſſen las armas en eſtacada ſu inocencia, con quien oſſaſſe afirmar ſer verdadera la acuſacion. Y aunque pareciò no avria hombre que ſe movieſſe à ſuſtentar lo contrario, contra tan hermoſa, y noble ſeñora, moſtrò el ſuceſſo el engaño; porque no fuè tan preſta la fama à manifeſtar el triſte caſo à Orgamuſto, (el Satrapa mas ſobervio de Perſia, y uno de los muchos que avian pretendido en vano ſu caſamiento) como èl en dexar ſu tierra, para vengarſe del agravio, que juzgaba averſele hecho, y preſentarſe defenſor del Francès contra Oretiſa: la qual conociendo ſu fiereza perdiò las eſperanzas de vivir, y quedaron ſin ellas todos ſus vaſſallos, à cuya cauſa no avia perſona, que ſe moſtraſſe alegre; ſolamente Aſtrabante, que eſperaba heredar con la muerte de ſu prima el Eſtado, no podia encubrir el regocijo de ſu deſdicha, y aſsi llevò à ſu caſa à Orgamuſto, publicando hazerlo, porque los

Vassallos de su tio, movidos del natural amor de su señora no le ofendiessen, mas penetrò su perversa intencion un Cavallero de la misma Ciudad, y alcanzò de Dorgasto, padre de Oretisa, que le entregasse al Español, para que en su casa le proveyesse de lo necessario à la batalla, y no estuviesse padeciendo en la carcel, adonde le tenian, porque menguassen con los trabajos sus fuerzas, y las oprimiesse Orgamusto con la justicia, que defendia el Christiano. Y despues de ocho dias (que era el plazo de la batalla) sacaron à la hermosa Oretisa de una torre, en la qual havia estado presa, y la llevaron à un cadahalso, que estaba à un lado de la Plaza Mayor, cubierto de luto, acompañandola todas sus damas, que imitaban en los vestidos, y rostros la tristeza de su dueño: y apenas se avia assentado, quando se alborotò el pueblo todo al sòn de los bèlicos instrumentos, que daban nuevas de la venida de los guerreros; y Don Alonso fue el primero, que armado todo de finissimo azero, llevandole dos deudos de su padrino, (el Cavallero, que le pidiò à Dorgasto) uno el escudo, la lanza el otro, diò de sì en la Plaza con brio Español gallarda muestra en un hermoso, y fuerte cavallo, que encubria con la nieve del pelo el fuego, que descubria su natural inquietud, y passeò con tal ayre por ella, que alegrò à la muchedumbre de Ca-

valleros, Damas, y Plebe, que (dexando desiertas sus casas) avian venido à vèr el combate, haziendo les pareciesse principio de fiesta lo que era de heridas, y muerte, y no tardò de entrar con su padrino Astrabante el sobervio Orgamusto en un cavallo, que en lo feròz, y negro parecia averséle prestado Pluton, y èl mismo llevaba su escudo, y lanza, que no hallaron fuerzas humanas, que pudiessen sustentar el insufrible peso de las desmesuradas armas; cuya fiera vista despojò à Oretisa del contento, que le avia dado la de su amante, temiendo el peligro en que le veìa; y èl viendo, que su contrario le aguardaba en el puesto (no se dignando con su natural altivèz à dàr de sì otra muestra) diciendo en alta voz: Oy quedas vil cautivo, si vencido glorioso; pues se dirà, que tuviste animo de aguardar cuerpo à cuerpo al valiente Orgamusto, y que èl no se desdeñò de pelear contigo: A cuyas sobervias razones respondiò Don Alonso, que su nobleza acreditaba la insignia, que traìa, y le enseñò una venera de oro, con el Habito de Calatrava; y que quando no lo fuera en su tierra, bastaba el ser Español, para que el mas noble del mundo confessasse no poderse igualar con èl; y picando el cavallo, se encomendò à Dios, yà que les avian partido el campo, y se fueron à encontrar con tanta furia, que temblando la tier-

ra, perdieron muchos el color, y se dieron tal encuentro en los escudos, que hechas astillas las lanzas se abrasaron en el ayre, y del golpe espantados los cavallos chocaron tan fuertemente, que quedaron muertos, y librandose antes que cayesse el suyo Don Alonso, le quedò oprimida una pierna al Persiano, que siendo de estatura casi de gigante, no pudo desembarazarse tã presto; y quando todos entendieron, que Don Alonso le quitasse la vida, le ayudò à librarse del peligro; y èl altivo, y desagradecido le dixo: En vano procuras amansar mi furia, que has de morir cruelmente à mis manos. Y valiendose ayrado el Catalàn de las suyas, le respondiò con una fuerte cuchillada en la cabeza: la qual le desatinò de manera, que pudo Don Alonso abrazarse con èl, por aversele roto la espada; y viendo, que en la caìda del contrario estaba librada su vida, y la de la bella Oretisa, le apretò tan fuertemente sin dexar fuerza, ni Arte, que diò con èl en tierra; y sacando con increìble presteza la daga, con la punta en la garganta, le pidiò confessasse ser vencido, y falsedad lo que defendia; pero negando hazerlo, le sacò à puñaladas el alma; cuya muerte entristeciò tanto à Astrabante, que desatinado sacò la espada, y à traycion hiriò malamente à Don Alonso en la cabeza; y èl cogiendo un pedazo de las lanzas, que ha-

llò junto à si, bolviò con tanto corage à castigar su alevosia, que à dos furiosos golpes le alcanzò uno, y le derribò muerto en el suelo, levantando con la caìda todos los circunstantes alegres las vozes al Cielo en alabanza de su valor; y luego le llevaron à Palacio, juntamente con Oretisa, y al esclavo Francès al fuego, que estaba aparejado para ellos, y àntes de morir pidiò perdon, confessando averles levantado tan grande testimonio, movido de sola embidia. De que alegre Dorgasto no consintiò, aunque le perdonaron quedasse sin castigo; porque no se atreviessen otros con la facilidad del perdon acometer semejantes culpas (que à los malos sirve de espuela para pecar la blandura del superior) y purgò las que tenia, de averse tan facilmente abalanzado al castigo de su hija, y de Don Alonso, con la libertad que le diò luego, y le hizo curar con mucho cuydado, assistiendole continuamente la enamorada Oretisa, la qual un dia, que se hallaron solos le hablò de esta manera: Cruèl Christiano (si lo eres, que entre ellos no ay tanta fiereza) si con ella has determinado quitarme la vida, advierte, que no se lastima Amor del que niega piedad, y no pretendas alcanzarla de quien te publicas cautivo, si no te dueles de las penas que passo; y si no quieres aliviar enamorado mis males, las obligaciones de Cavallero te fuerzan à ha-

zerlo, que no dudo lo seas, aviendo dado con tu valor muestra de ello, cumple con estas; ò no lo siendo, finge amarme, que serà bastante este engaño à darme la gloria, que se alcanza de un verdadero amor; poco te pido, no me niegues la sombra del bien, yà que me lo contrastas: considera, que el mas barbaro Scita no pudiera mostrar tanta ingratitud: pues tienes en duro cautiverio à una unica hija de quien te ha hecho libre. Y queriendo proseguir, negò la garganta el passo à las amorosas razones, que dictaba el afligido corazon, que acudiò luego à sus bellos ojos, y los cegò con dos arroyos de lagrimas, que cayendo por las mexillas templaban el fuego de la virginal verguenza, que amenazaba abrasarlas: à cuya vista no pudiendo resistirse mas el enfermo Cavallero, en un instante mudado procurò consolarla, diciendo: Querida Oretisa mia, centro de la hermosura, cuya perfeccion con ser tanta, es la menor, que tienes: serena las bellas luzes, que yà con tantas perlas, como por ellas has derramado, queda tan rico el suelo, que son los Cielos matizados de estrellas menos lucidos à su vista; vencìste bella Diosa, que à no serlo, pudiera la mudanza infamarme; pero tù la acreditas tanto, que de averme mudado estoy yà glorioso. O amor (dixo la bella Persiana llena de contento el alma) pierda yo ahora la vida, si la em-

bidiosa fortuna ha de turbar la felicidad que alcanzo, porque muera dichosa. Y el amante enternecido replicò: Tengasla tan larga, que la de Nestor sirva de niñèz à tus años. Y no temas mudanzas de fortuna, que su deydad es falsa, y solamente Dios es quien govierna este mundo, y los sucessos, que los hombres ciegos atribuyen al hado, y à la fortuna, son efectos de la Providencia Divina, cuyos altos juicios no alcanzando el humano entendimiento, inventa quimeras para quietarse. Y fuè tanto el regocijo, que le causò a la Princesa esta demonstracion de amor, que en pocos dias bolviò en su primero estado, trayendole por la posta el contento à la hermosura, que avia desterrado la tristeza. Sanò D. Alonso, y mostrò quedarse agradecido de la libertad, que le avia dado Dorgasto en su servicio: lo qual el Satrapa, yà aficionado à su valor, estimò en mucho; y assi aviendo estado un año entero gozando de los honestos favores de Oretisa, la persuadiò en ausencia de su padre, que se fuesse con èl à España, diciendole: Desalumbrado es el hombre (vida de la mia) que no destina termino à sus acciones, y loco si pretende lo impossible. La esperanza en nuestro amor serà eterna; pues no la podrà acabar la possession, que impide la diversidad de la Religion; porque yo, que sigo la verdadera, triunfarè con la muer-

te, que aguardo, no alcanzando gozarte justamente; y assi no determinando, que acompañe la hermosura de vuestra alma à la del cuerpo, abrazando mi santa ley, dadme licencia, que buelva à morir en España, sì permitirà el dolor de perderos, que pueda llegar à ella con vida; à cuyas razones, despues de una breve suspension respondiò Oretisa: La terribilidad de la muerte me fuera apacible, à no estar cierta de la falsedad de la ley que professo, y no he dexado antes, lisongeando à la natural inclinacion del mal, cuya fuerza es tanta, que no la pueden vencer las humanas, sino las acompaña el favor del Cielo; y assi con el que me dà, engañandola con el amor, que os tengo, serè Christiana, y vuestra. Y mostrandose Don Alonso con tiernas, y amorosas razones obligado à tanto amor, le replicò: No debes al Amor esta fineza, y ofendes mi valor en pensar, que èl, y no la verdad me obligue à mudar religion; pues aunque mayor, no fuera bastante, à que yo atropellara las obligaciones de mi ley. Que no puede tener fee quien no la guarda à Dios: Pero Don Alonso mas enamorado de su discrecion, dexò, que los labios dixessen à sus blancas manos el contento, que tenia y concertaron passarse à Ormuz, y de ay à España, fingiendo ir à la Corte, por orden de Dorgasto, que estaba en ella. Hizieronlo assi, llevandose las mejo-

res joyas, que tuvo Oretisa, y dos criados suyos los mas queridos; y se vistiò al segundo dia, que partieron en trage de hombre, por no ser conocida, y à grandes jornadas, sin que les acontecieſſe en el camino cosa, que se lo estorvaſſe, llegaron à Ormuz, adonde se holgaron mucho de vèr el concurso de tantas naciones, que acudian à esta rica, si pequeña Ciudad, y tan abundante, que con venirle hasta el agua de fuera, no es inferior à la mas fertil tierra; y asi con razon dicen, que à ser sortija el mundo, fuera su piedra Ormuz. Salieron, pues, de aqui en un Navio, que compraron, proveìdo de todo lo necesſario, y paſſado el golfo Persico, y la punta de Rasalgate: llegaron felizmente al cabo de buena esperanza, y vieron en èl una Armada, que los atemorizò, pensando ser de enemigos; pero un baxel, que los fuè à reconocer los aſſegurò con ordenarles, que fueſſen al Virrey Don Francisco de Almeyda, à quien dieron quenta por mayor de quienes eran, reservandose à darla mas particular de todos sus sucesſos, quando bolvieſſen al mar; porque yà se desembarcaban por hazer presa en los de la tierra; y haciendo lo mismo Don Alonso, y Oretisa en el lastimoso suceſſo del Virrey, fueron dichosos en quedar cautivos de aquellos Negros: el herido, y la Persiana, por no aver peleado sana, la qual diò en manos

de

de un señor de aquellos Barbaros, que la llevò mas de diez leguas la tierra adentro: quedando cerca del mar Don Alonso, mas afligido, por no saber de ella que de verse cautivo de gente tan sin razon: los quales con todo esto le curaron, asistiendole siempre un hijo de su amo, que se le avia aficionado en la batalla, en la qual le pudo quitar la vida, y se la dexò para acudir al Virrey, que peligraba; y èl entendiò, que movido à piedad por los ruegos, que no avia entendido; y assi procuraba pagarle la obligacion, que reconocia, que aun entre barbaros se halla el agradecimiento. Y despues de aver sanado se le mostrò siempre amigo; y tanto, que aviendose tratado de matarlo, èl solo lo estorvò; y temeroso de que en su ausencia andando el tiempo no executassen el cruel intento, le prometiò la libertad, y le manifestò, que el mismo tiempo que le cautivaron prendieron à otro de los suyos, que un Negro avia llevado la tierra adentro; y deseoso el Cavallero de verle, le rogò le llevasse allà; y como le queria tanto, se lo prometiò, y cumpliò al mismo tiempo; y en llegando à la parte adonde solia ordinariamente apacentar unas vacas, que guardaba, oyeron una suave, y delicada voz, que en Persiano suspendia los vientos, y enseñaba glorias à los campos de aquellos Barbaros, y luego conociò Don Alonso ser su querida Oretisa;

y mientras se sossegabá el corazon, que de contentento le daba saltos en el pecho: escuchando, oyò, que cantaba estos versos.

Desde los altos montes
Las aguas se deslizan,
Rompiendo sus cristales
Entre las peñas mismas.
En cuyos verdes Valles
Tal vez son detenidas,
Hasta que en flores pagan
Los terminos que pisan.
Y quando yà por ellos
Discurren fugitivas,
Las detiene el estio
Entre sus propias guixas.
En prisiones de hielo
(Despues que de èl se libran)
El erizado Invierno
De nuevo las cautiva.
Mas del Abril quebradas
Al ancho mar caminan,
Adonde el fin alegre
De sus trabajos miran.
Yo sola en mis desdichas
Quieren los Cielos, que muriendo viva,

Sin permitir mi suerte,
Que el fin alcãce,porq̃ està en la muerte.
Las yervas , y las flores
Del todo se marchitan
Con el fogoso aliento
De la calor estiva.
Y yà que muertas ellas
Los campos desconfian,
El Otoño templado
Su verdor resucita.
Sus galas el Noviembre
A los arboles quita,
Dexando à sus arroyos
Las ultimas reliquias.
Quando despues que advierte
Su desnudèz ,con risa
La primavera fertil
Los viste , y autoriza.
Todos al fin los males
El tiempo los limita,
Aunque mas la fortuna
Franca los desperdicia.
Yo sola en mis desdichas
Quieren , &c.
El mar al navegante
Desde la fresca orilla,

Donde le está mirando,
Con calma le combida.
Entregase à sus ondas,
Y al golfo se avezina,
Quando su confianza
Parece que castiga.
Remos, y velas rompe,
Y entre la muerte, y vida
Al deseado puerto,
Donde descansa arriba.
Perdido el caminante
Anda la noche fria,
Atravessando montes,
Y midiendo campiñas.
Y quando yà del todo
Se aflige, y desanima,
Halla alegres cabañas,
Donde esperar el dia.
Yo sola en mis desdichas
Quieren los Cielos, &c.

A cuyos postreros acentos siguiò tanta alegria, que no pudo dexar el cautivo Cavallero de llamarla à vozes por su nombre: de que espantada, reconociendo la de su querido, se levantò en pie, y tendiò la vista; y viendo, que con los brazos abiertos la iba

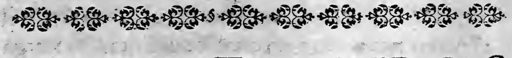
à encontrar, fuè tan grande la avenida de contento, que anegando al corazon, la derribò desmayada en el suelo; pero con la abundancia de las lagrimas, que derramò sobre su hermosa cara Don Alonso (mientras por su retrato juzgaba el Negro hermosa a la muerte) la bolviò en sì, y la advirtiò no hiziesse mayor demonstracion de amor de la que se convenia à un amigo, que tales acreditaria con el Negro las passadas; y que con mas comodidad se contarian sus sucessos; y assi aviendole preguntado de su salud, y otras cosas semejantes, le diò quenta de la suya, y del dueño que tenia, y que la solia dexar sola con el ganado quatro, ò seis dias, seguro, que no podia huìrsele, de que se holgò mucho, por lo que avia yà trazado; y despues de aver estado un gran rato juntos, se apartaron, dexando concertado de verse dentro de quatro dias en el mismo lugar, y se bolviò con su Negro: suplicandole no permitiesse se quedasse cautivo su amigo, si à èl le libraba de serlo: asseguròle el Negro no solamente lo que pedia, mas que partiria con ellos para calificar los quilates de su amistad, de que alegre fue el dia señalado à dar quenta de ello a su divina cautiva, y hallò, que le estaba aguardando tan contenta, que le pareciò mas hermosa, que nunca; y encadenados con amorosos lazos estuvieron gran rato sin poderse hablar;

pero Oretisa, rompiendo primero el silencio, le dixo: Yà son estos campos para mì eliseos, pues tengo con verdad mayor gloria de la que finge darse en ellos à las almas la fabulosa antiguedad; porque no siento con tu vista el dominio de esta barbara gente: à cuyas amorosas razones respondiò Don Alonso. No ay (hermosa querida mia) encarecimiento ninguno, que se atreva entrar en el mar de contentos, en que regocijada se ha engolfado el alma. El Amor, con ser halado, teme ahogarse en ellos, y yo quedar sin vida, que en tanta inmensidad recelò sin tormenta un naufragio; y assi por templar con lo borrascoso de las passadas penas la presente calma, cuentame, por tus ojos, desde que te perdì los infelices sucessos. Y sentandose, empezò, diciendo: En el funesto dia, que con el desdichado Virrey perecieron tantos valientes Portugueses, quedè al retirarme à los Navios en poder de un atrevido Negro, que me llevò entre los suyos, y les ordenò partiessen luego conmigo à esta parte (que es la de su señorio) assi lo hicieron, regando yo el camino con tantas lagrimas, que no dudo formassen arroyos, y te fuessen à buscar al mar; pues mi mayor pena era el temor de tu vida, que à saber la tenias, no estimàra mi mal, sì bien viudo el deseo por la muerte de la esperanza, despojò luego de todo su contento al alma, y

pretendiente loco con su natural inquietud le ha causado infinitos tormentos. Llegò, pues, el Negro, que me avia cautivado, y me assegurò la vida, por aver advertido, que yo miraba la batalla sin ofenderlos; y asi me entregò el ganado, que apaciento, los rigores del sol, la hambre, desnudèz, y otros males no cuento, porque me escusa la experiencia, que puedes tener de todos ellos. Y viendo que avia acabado, le diò el Amante parte de lo que estaba concertado con el Negro, y alentò su confianza, para que esperasse salir presto de aquel cautiverio, del qual en viendose libres podrian facilmente repararse, porque de las joyas, que sacaron de Persia, le avia quedado una cadena de diamantes, que tenia escondida, cuyo valor passaria de veinte mil ducados: con que se alegrò mucho Oretisa, que sì bien la esperanza de la libertad la avia alentado, no daba lugar al contento la consideracion de los trabajos, que le quedaban por passar con la falta de la hazienda, que se requiere para el buen sucesso de qualquier empressa; y asi, yà que les pareciò tiempo se despidieron con tiernas, y amorosas razones, quedando concertado de verse lo mas presto, que fuesse possible; pero apenas avia andado un quarto de legua, quando encontrò à su negro muy alborozado, que le dixo aver visto un baxel cerca de la pla-

yà, con que bolviò alegre à dàr las nuevas à su hermoso dueño, con quien partiò luego; y aviendo andado lo restante del dia, y toda la noche, al amanecer se hallaron orilla de la mar, y vieron el Navio, y mientras le miraban locos de contento, se hallaron presos de unos, que estaban en tierra; y llevados de presto al Baxel, conociò Don Alonso ser Ingleses, los quales en sabiendo que era Español, determinaron matarle, y yà querian executarlo, quando vieron quatro velas, que les hizo aprestar la defensa, que intentaron huyendo; però aviendoles cogido el barlovento, dieron sobre ellos, y despues de larga pelèa los rindieron, y no dexaron à hombre vivo, por la obstinada resistencia, que hicieron, sino fueron los tres cautivos, que no lo quedaron, por ser Portugueses los vencedores, que bolvian de las Indias à Lisboa, adonde llegaron felizmente; y desembarcado Don Alonso, vendiò su cadena, y proveìdo de todo lo necessario, partiò para Cataluña, y desde Badajòz escriviò à un hermano suyo, que por la posta le fue à encontrar; y aviendo sabido de èl, que estaba oculta la muerte del marido de Doña Juana, y que ella se avia entrado en un monasterio, contentos se fueron à Tarragona, y le recibieron los deudos, y amigos, con las demonstraciones de voluntad, que requeria tan larga ausencia, y admira-

ban todos la hermosura de la bizarra Persiana, que bautizada se casò con su querido Don Alonso, aumentando con las bodas el contento de todos; y el Negro imitò en mudar Religion à la Persiana, que agradecida juntamente con su marido, le diò tanta hazienda, que pudo sustentarse honradamente, teniendole en su casa mientras les durò la vida, que gozaron con mucha felicidad, sin que se atreviesse la fortuna à ofenderlos con sus mudanzas.



LOS EFECTOS

DE LA FUERZA.

NOVELA XI.

CAnsado Amor de vagar, se avia retirado al Reyno, que mas le obedece; y en la famosa Ciudad, que edificò el astuto Griego (su noble Corte, y centro de las mayores riquezas del Oriente, que la reconoce por señora, no hallò otra mayor lisonja, que las finezas de Estrella, hija del mas rico Mercader de Lisboa, y de Don Sebastian, unica prole de Don Vasco, Cavallero de los mas principales, y ri-

cos de la Corte, y que fundaba todas las esperanzas de la conservacion de su linage en èl, à quien, y à la niña (que lo eran entrambos) avia picado por burla con sus doradas flechas, siendo algunos dias causa de recreo à los padres; cuyas casas estaban juntas, y de no poca risa à los vezinos, con los tiernos requiebros, que con lengua de leche les enseñaba à pronunciar Amor; y no causaban menos gusto los enojos, y pazes, que hazian; y era tanto lo que se querian, que siempre estaban juntos: à cuya causa temeroso Don Vasco, que con los años no creciesse el Amor tanto, que robusto deslustrasse su mucha nobleza, con la honesta possessión de la estremada hermosura, que tenia la niña, quiso atajar el mal, que rezelaba; y assi contra la voluntad de su muger, que amaba tiernamente al niño, le embiò (siendo yà de diez años) à Coimbra en casa de un hermano suyo Canonigo en aquella Iglesia; porque la ausencia, y el estudio le quitassen la memoria de Estrella, la qual lo sintiò con tal estremo, que no era bastante el padre à consolarla; y assi la embiò à un Convento de Monjas, para que una tia suya lo hiziesse: y por aficionarla à la Religion, adonde avia trazado de meterla, por dexar à Don Francisco su hijo tambien puesto, que pudiesse parecer Cavallero, porque con sus riquezas pensaba dorar su nacimiento de mane-

ra, que le acreditasse noble con todos; y yà lo intentaba, con el ordinario principio del D. tan afable, que con todos se acompaña, no ignorando la condicion de los hombres, que facilmente creen no aver sido escasa la naturaleza, con quien se muestra liberal la fortuna, aunque muchas vezes veamos lo contrario. Que la ciega Diosa aborrece todo merecimiento; y à los que conoce desnudos de ellos, pròdiga reparte sus bienes; y assi cõ los que le avia dado, pensabá viviendo fundarle un rico mayorazgo, sin lo que dexaria muriendo, que con su industria confiaba no seria poco, siendo el mas avariento Mercader de la Corte, adonde no eran ocultos los amores de su hija, que despues de mucho llorar, dexò con los regalos, que le hazian todas las Monjas, la tristeza, que le avia causado la ausencia de Don Sebastian; cuya afliccion publicò con los sucessos del viage una carta, que en llegando la escriviò, y llevò otro niño amigo suyo, por cuya mano la niña le respondiò con tanta risa de las Monjas (que todo lo sabian) que confessaban no aver tenido mejores ratos de los que las daba con sus amores; y la querian tanto, que deseaban que nunca saliera del Convento; pero cansada ella de tanta clausura al fin de seis meses quiso bolver à casa de su padre, adonde estuvo triste los tres años, que viviò Don Vasco, y durò el

destierro de Don Sebastian, cuyo progresso en los estudios admiraba à sus Maestros, pues excedia à todos sus compañeros, que le amaban en estremo; y con èl sintieron la partida, que hizo despues de aver con las artificiales demonstraciones de pesar, que añadiò à las verdaderas, encubierto el contento que le causò la muerte de su padre, por no aver yà quien le pudiesse contrastar à su querida Estrella, que mostraba adorarle en las cartas que le escrivia, sì bien en este tiempo lo hazian con cautela, pues la edad de entrambos lo requeria, que era de onze años la niña, y èl de treze. Llegò à Lisboa, y renovò con su madre las lagrimas, y lastimas, que era justo mostrar por la pèrdida, que avian hecho, y se vieron antes que entendiesse su venida el Mercader, en casa de la abuela materna de Estrella, que deseaba verla casada tan noblemente, à cuya causa les diò al descuydo ocasion de hablarse en secreto, y lo hizo Don Sebastian, diciendole: Encarecerte (hermosa Estrella, quando la tengo tan buena) las penas, que en estos tres siglos he passado, fuera publicarte obligada, y pedir por justicia los favores, que yà de gracia alcanzo, y no lo hiziera por ella, siendo declarado devanèo imaginar, que puedan humanos merecimientos pretender, aun en sueño, los mas pequeños; y se mostràra cortès quien me llamàra temera-

rio ; si me persuadiera à manifestar las avenidas de contento, que ha causado tu vista al alma, que en tanta gloria confiessa no aver alcanzado su sombra los mas dichosos Amantes, y à no la templar unos justos temores de perderla, nacidos del conocimiento de tanto bien, y de su poco valor, no ay duda, que peligràra mi vida, pues en humano corazon no caben sus diluvios; y assi solo te certifico, que estos me dexan tan obligado, que impossibilitan en mì mudanzas; y seguro, que no las tengas, llegarè à estado, que no pueda passar el mismo Amor. El mio (respondiò la enamorada doncella) se halla tan favorecido con tu nueva presencia de la razon (que tenia quexas de la presurosa sujecion de la voluntad) que ufano blasona no aver llegado à su altura ninguno de los nacidos, pues presume resistir al poder de la rigurosa Parca; cuyas amorosas ternezas pagò D. Sebastian con otras no menos encendidas, mostrandose tan galan, que con aver Estrella dexado sin fuerzas al niño halado, para acrecentar mas su fuego juzgò frio al corazon; y helada al alma à vista de los incendios, que ostentaba su querido; y assi no quedò fineza, que no hiziesse para acreditar su correspondencia, cuya seguridad le embiò tan contento, que diò ocasion à la embidiosa fortuna de turbar presto su sossiego con el accidente, que lloraron des-

despues con razon los niños amantes(que este nombre les diò el principio de sus amores, y les durò hasta la muerte) porque apenas supo su padre la venida de Don Sebastian, quando añadiò al natural recogimiento de las Portuguesas el que se requeria al buen sucesso de sus intentos; pero presto conociò no hallarse ninguno, que se esconda al Amor, porque causando à Estrella la privacion del bien que tenia tan cerca, mortales ansias, admitiò cada noche en su quarto à Don Sebastian, que disfrazado en trage de muger con la guia de una criada suya iba à gozar de sus honestos favores, y con el de la misma salia à la mañana,yà que el padre,y hermano estaban fuera de casa; pero durò poco el fruto de este engaño, pues apenas avian passado quinze dias, quando descuydada la criada diò ocasion, que le encontrasse D. Francisco al salir de casa, y le siguiesse à la suya,porque turbado à su vista,temeroso de no ser conocido, bolviò à salir con presteza, y con la misma subiendo las escaleras, le conociò; y dando de ello parte à su padre, le obligò à encomendar su honra à la clausura de un monasterio, y no se atreviò la tierna doncella à rehusarlo por las grandes amenazas,que la hizieron, si no mostraba hazer con mucho gusto su voluntad, mas no por esto cessò la que tenia à Don Sebastian, el qual perdiera sin duda por este sucesso

el juicio, tantas eran sus lastimas, à no le socorrer una prima suya Monja en el mismo Convento, que aviendo sabido sus estremos, le embiò à llamar, y hablò de esta manera, diciendo: El sentimiento que tengo de tus penas (amado primo) no me consiente sossiego alguno, sin que tù le tengas; y assi he sido forzada à llamarte, para que te resuelvas de encomendar à tu buen entendimiento, que le procure, descubriendo à la ciega voluntad los daños, que te causa con su obstinacion, en pretender cosa, que no conviene à la nobleza de tu linage, que no zede al más ilustre de España, en la qual hallarà nobles hermosuras, que la dexen satisfecha, si obediente à la razon admitiere su consejo, sin el qual usurpa el nombre de Amor toda aficion, pues à esta califica la pretension del bien, y no lo es solamente la hermosura, que desvanece en pocos años, como suele fresca rosa à la calor estiva, si no las virtudes, que las perfecciona el tiempo, y la nobleza, que se acrisola en las manos del mismo; y este suele ser cruel verdugo en castigar las temeridades, que hazen sin discurso, para lisongear al apetito los nobles mancebos; porque deslustra la semejanza del bien, que los engañaba, y tardo arrepentidos pagan con los atroces tormentos, con que les despedaza el corazon los injustos plazeres; estos confiesso, que persuaden sin

artificio retorico, y con tanta fuerza, que no baſtan las naturales à reſiſtirlos; pero ſi de tu parte te diſpuſieres à querer alcanzar la victoria, te la darà ſeguramente el Cielo; y advierte, que de hazer lo contrario, puedes temer juſtamente no pequeño caſtigo, ſiendo hazaña de malvados eſpiritus eſtorvar à quiẽ endereza allà ſus paſſos; y aſsi retira los tuyos de tanto mal, como es, inquietar con tus eſtremos à la niña, que ha eſcogido lo mejor, y alcanzaràs el premio, que ſolamente te puede hazer dichoſo: No contradice (reſpondiò Don Sebaſtian) al agradecimiento que debo, replicar à vueſtras razones, y moſtrar la grande, que tengo, en adorar à mi querida Eſtrella, à quien la hermoſura hurta perfecciones, aunque ſean las ſuyas (que no eſtimais por fugitivas) de tanto valor, que nos aſſegura el Principe de los Philoſophos, deberſele el ſeñorio de los hombres; y ſi en la virtud eſtà la verdadera nobleza, califica mi dueño con las muchas que tiene, la ſuya, y yo mi juſta pretenſion, que os ſuplico favorezcais, ſi eſtimais mi vida, y la conſervacion de nueſtro linage; el qual vereis acabado con ella, no lo haciendo, por ſer impoſsible, que reſiſta à las penas, que me cauſa el ſolo temor de no alcanzar lo que deſeo. Y con las muchas lagrimas, que derramò, y con los ardientes ſuſpiros, con los quales encendiò el ayre, las acredi-

tò

tò de manera,que lastimada su prima prometiò ayudarle en quanto pudiesse: de que aviendola dado D. Sebastian las debidas gracias, la pidiò, que fuesse la primera que èl recibiesse la vista de su querida Estrella. Prometiòlo asi;y despidiendose con esto fue à la Celda de la misma, y la hallò, que deshecha en lagrimas lamentaba su desdicha; y sì bien en viendola quiso dissimularlas, no lo pudo hazer; porque mostrando averlas conocido con su causa, la obligò à confessar sus males, y luego le aplicò los remedios, que le dictaba su prudencia,y fueron tales,que alentaron sus desmayadas esperanzas, y le restituyeron el contento, que avia perdido: pero no le sufriò à la mudable fortuna, que gozasse enteramente el bien que le prometia la vista de su querido, porque el dia que avia de ser vispera de la visita, llegò à Lisboa una Caravela con aviso, que al cabo de buena esperanza quedaba destrozada de la furia del mar una Nave, en la qual iba gran suma de mercaduria de su padre, à cuya causa quedò del todo destruìdo, y apenas tuvo lugar de entregar à su hija cinquenta mil ducados en oro, y joyas, para que secretamente se los guardasse, por saber, que avian de acudir luego acreedores, como sucediò, dexandole pobre, que solamente le quedaron las esperanzas de rehazerse con los dineros, que le encubria su hija, la

qual estaba tan enamorada, que sintiò esta desgracia solamente por ser estorvo de la visita de Don Sebastian, à quien avisò por medio de la prima, que el dia siguiente podria hablarle; y llegado el plazo, la executò, sin conceder la menor espera, y à las muestras del sentimiento, que le avia causado la desdicha de su padre; añadiò èl, que tenia amoroso por su repentina determinacion con estas razones: Bien te persuadiràs, que no quiero: pues no me ha muerto el dolor de vèr fingido el amor, que blasonabas tenerme; y con razon, sino engañàra al alma la esperanza de tu arrepentimiento: mientras puedes mudar parecer, porque à creer la firmeza del presente, vieras triunfar de mi vida al justo sentimiento de tanta ingratitud. Y fue tan grande el que llegò al fin de estas razones, que le atò la lengua, por deslustrar las mas agudas suyas su calidad, que acreditò con superior retorica el silencio; y bien presto lo assegurò la hermosa Estrella, presentando en cristal las cartas de creencia, que en favor de la lengua embiaba el corazon, cuya respuesta diò con estas palabras: Amor, que yà es en mi naturaleza, no me consiente mudanzas, sino de la vida à la muerte, y esta serà cierta, si durare la porfia de mi padre, que me ha obligado à la obediencia, y no la prometerè à la Abadesa, pues la debo al Amor, el qual con rigor me exe-

cuta, sin valerme el sagrado de este Convento; y assi no sientas tan mal de mi firmeza, y no pierdas la que siempre has mostrado, que el tiempo remediarà nuestros males, como lo acostumbra hazer; y tù alivia entretanto los mios con tus visitas, que no ay duda son los mayores, estando privados de todo divertimiento. Y sin consentirle prosiguiesse, loco yà de contento mostrò con amorosas ternezas el agradecimiento que tenia, por los nuevos favores, diciendo: Si no huviera triunfado perfectamente tu divina hermosura de mi libertad, pudiera con nuevas demonstraciones calificar la gloria, que recibo con el presente favor, que confiesso iguala à mi amor, aunque no le ay mas perfecto en el mundo; y assi dexo que lo haga el silencio, y solamente suplico me dès palabra de ser mi esposa, que con esto quedarè del todo seguro, que no te pueda vencer la fuerza paterna. Y dandosela con mil juramentos, se apartaron, y continuaron despues estas visitas todo el tiempo de la aprobacion; y en passando la hiziera su padre professar, à no estorvarselo el Amante, con ponerle demanda de casamiento ante el Arzobispo, que mandò luego restituirle su libertad, y examinarla; y à este efecto la llevaron de consentimiento de las partes à casa de su abuela, que por tenerla Don Sebastian de su vando, no replicò; pero aviendo te-

nido lugar el padre, y hermano de hablarla antes que recibiessen su dicho, le hizieron mil amenazas de matarla, si confessaba ser verdadera la pretension del Cavallero, porque aunque les estuviesse muy bien tan principal casamiento, temian no perder los cinquenta mil ducados (unica esperanza de su restauracion) y sì bien Don Sebastian mostraba no cuydar de la hazienda, no juzgaban verdadero el menosprecio de ella, midiendo su noble pecho con el vil, y apocado de ellos; porque el avariento, y humilde entiende que no tiene la felicidad otra morada, que las riquezas, siendo su alvergue la verdad, que ordinariamente reside en nobles pechos; pero viendo que se burlaba Amor de la muerte, que le amenazaban, ayrado el hermano le hablò de esta manera: Cruèl enemiga de tu misma sangre, pues la destruyes, para satisfazer à tus mal nacidos deseos, y no para el fin principal del santo matrimonio, que sacrilega profanas con los diversos, que tienes, està cierta, que à la declaracion de tu malvada voluntad, seguirà la muerte de esse tu querido (perturbador de de nuestro sossiego, y estorvo de todo nuestro bien) que aviendo de quedar yo perdido, no has de verte triunfante; y assi considera lo que te està bien; porque yà he remitido al azero la retorica. Y sin hablarla mas se fueron, dexandola tan afligida, que no fue

parte la abuela para consolarla; y aviendo passado toda aquella noche llorando, se determinò no aventurar la vida de su Amante; porque conocia, que la desesperacion haze valiente al mas cobarde; y assi negò, quando la examinaron los Ministros del Arzobispo averle dado palabra de casamiento, y dixò, que era su voluntad de ser Monja, como lo fue, professando con tanta pena, y lastimas de Don Sebastian, que escandalizò con sus amorosas locuras à toda Lisboa; pero no dilatò mucho tiempo el Cielo en castigar el sacrilegio, que avian cometido en forzarla; porque passeandose su hermano una noche del ardiente estio por Lisboa, yà que daba la buelta para su casa, por ser las dos viò descolgar de una alta ventana una escala de seda; y reconociendo la casa, advirtiò ser su dueño un Cavallero de los mas principales de la Corte; y persuadiendose, que la que hazia la seña fuesse su hija, à quien avia procurado muchas vezes mostrarse enamorado de su hermosura, movido de sus riquezas, y nobleza; y de ella por las mismas causas no admitido, se determinò de no perder la ocasion de alcanzar lo que avia deseado en vano; y assi subiò con notable presteza; y llegando à la ventana con mucha ligereza se lanzò dentro, y apenas tocò el suelo, quando la misma niña, que èl avia pensado, le fue à abrazar; pero conociendo no

ser su galàn, se retirò temblando, y despavorida, por verse a solas con èl, y le suplicò con lagrimas, que se fuesse, assegurandole, que antes perderia la vida, que le permitiesse el cumplimiento de sus mal nacidos deseos; pero resuelto de no partirse sin verlos satisfechos, yà que no le aprovechaban las muchas ternezas, que le dixo, la amenazò con que haria publico el caso: de cuya determinacion atemorizada la incauta señora, le entregò su mas preciosa joya, sì bien con promessa de ser su marido; pues el que por largo servir, y mucho amor lo merecia, lo avia perdido por descuydado, y estuvieron en amorosos plazeres, hasta que los estorvò el Alva, cuya priessa acusando el mancebo, se despidiò, y quedò de bolver à la misma hora la noche siguiente; pero no se lo consintiò el que todo lo rige, porque el galan de la doncella, que avia llegado, quando yà Don Francisco subia à hurtarle su bien pensando ser engañado, le aguardò zeloso toda la noche con dos amigos suyos; y viendole en el suelo, le acometieron juntos, y dexaron muerto en la calle, cuya muerte en llegando à los oìdos del viejo padre le trasladò à la parte, que avia sido el todo de sus desdichas, las quales publicò con lagrimas, y suspiros, no siendo menos las lastimas de Estrella, quando le llevaron para enterrarle à la Iglesia de su Convento, à quien Don

Sebastian escriviò en esta ocasion, procurando acreditar el pesar, que tenia de tan grande desastre, y despertò con las amorosas razones, y ternezas, que enamorado avia esparcido por el billete, al Amor, que yà parecia, sino muerto, dormido; pues con averle prohibido la Abadesa ir al locutorio, y con las prudentes platicas de su padre espiritual, se avia templado el ardor, que tanto la afligia, con esperanzas de cessar del todo; pero el veneno del papel inficionò de suerte al entendimiento con la memoria de las passadas glorias, que representandolas inconsiderado à la voluntad, furiosa se alzò con el govierno del alma, y dando de ello aviso à Don Sebastian por vìa de su prima, renovaron la correspondencia; y no pudiendo Estrella sufrir mas las penas, que le causaba el sacrilego deseo, consintiò salirse del Convento, conforme instaba el Amante: el qual alegre de esta resolucion buscò à un mozo forastero moderno, morador de Lisboa, adonde avia venido de Galicia su nativo suelo, con intencion de passarse à las Indias, à quien Don Sebastian se avia aficionado en las casas de juego, que frequentaban entrambos; y èl en diversas ocasiones avia mostrado desearlas de su servicio, para acreditar su correspondencia; y assi confiado en ella el Cavallero (aviendole hallado en su casa) le hablò de esta manera: Las muestras de

voluntad, y de vuestra nobleza en las ocasiones que he visto, me asseguran, que puedo con toda confianza comunicaros un amoroso sucesso mio; y assi sabreis, que despues de largo penar me concede Amor la possessión de la mas hermosa doncella, que tiene el suelo, porque determinada de hazerme dichoso, dexa un monasterio, que la encierra, y vendrà conmigo à vuestra casa, en la qual, por no conocida, y por vuestras partes estarà mas segura; y lo podreis estàr de que serà pequeño el agradecimiento que mostrarè con la misma vida, por tal merced. A cuyas razones aviendo respondido con otras llenas de cortesia, mostrò quedarle obligado, por la confianza que hazia de èl, y le ofreciò no desmentirla con sus obras; y assi dentro de seis dias una noche muy obscura, que deshecho el Cielo amenazaba nuevo diluvio à la tierra, saliò la mal aconsejada Monja del monasterio con unas llaves falsas, que avia hecho, yà que todas dormian, y hallò al sacrilego Amante, que la aguardaba; y no pudo el Cielo apagar el amoroso fuego con un mar de agua, que arrojò sobre ellos en el camino, por aver ido solo, y apie (temeroso de no ser descubierto) y à la execucion de tanta maldad, que aprobò el Gallego en el contento con que los recibiò; y aviendo passado con mayor la noche en los infames plazeres, los

continuò por espacio de tres meses, sin que se los pudiesse estorvar la diligencia de la justicia, que anduvo cuydadosa en descubrirlos; pero enfermando al fin de ellos, estuvo en la cama cerca de quinze dias en los quales el amigo vencido de la hermosura de Estrella, y animado de su sabida flaqueza, procurò con muchas veras rendirla (que se pierde facilmente el respeto à quien se sabe averlo perdido à Dios) y viendo que no aprovechaban persuasiones, yà que Don Sebastian andaba convaleciente, sì bien no salia de casa: entrando de noche en el quarto de Estrella, intentò por fuerza pagar al apetito (que tyrano no precia voluntades) pero permitiò el Cielo para castigar con un rebelde à su enemigo, que el comun nuestro aumentasse tanto los deseos, que ardian en Don Sebastian, de vèr à su bien; que sin dàr parte à nadie saliesse de casa, y solo se fuesse à la del desleal amigo; y conocido en llegando de su criado, le abriò: Que ciego el Gallego no le avia prevenido, aunque no presumia se atreviesse à tanto Don Sebastian, el qual subiò las escaleras, y hallò desierta la sala; pero entrando en el quarto de su querida Estrella, viò su resistencia, y la villania del infame amigo, à quien antes que le dexasse la turbacion, sacò à puñaladas el alma; y sossegado ordenò al criado del traydor difunto, que estaba en un quarto ba-

xò, que fuesse à su casa, y le hiziesse traer un cavallo; y aviendolo hecho, le dixo: Que avisado su amo, que le buscaba la justicia por la muerte, que avia dado à un Cavallero de la Ciudad, se avia partido por la posta para Castilla, y dexadole cien escudos de oro, para que al momento le siguiesse; y con darselos acreditò su mentira: Que este metal persuade valientemente lo que quiere. Fuese el criado, y èl con Estrella vestida de hombre à la mañana se embarcò en una nave, que con el Aurora partiò para Sicilia, adonde llegaron, sin que les aconteciesse cosa contraria; pero à la vista de Mecina, ya que alegres iban à tomar puerto, con un repentino furor se lo estorvò el mar, rebolviendose en tantas, y varias maneras, que no se podia bien conocer, si aspiraba à entrarse con sus furiosas olas en el Cielo, ò penetrar con ellas a los infiernos, ò no contento de sus anchos terminos, pretendia estenderlos con la ruina de Sicilia, y de toda la tierra; y assi en una, y otra parte llevada la nave sin esperanzas de contrastar à tanta furia, se entregò a la del viento, que la llevò à hazerse pedazos en la costa de Berberia, y en desdicha semejante les dexò el piadoso Cielo la vida, y gran parte de las mercaderias, que llevaba el Navio; pero quando los Marineros reconocieron la tierra, quedaron muy tristes, y publicaron la causa de ello

à las instancias de Estrella, que obscureciò su luz con el temor de las barbaras afrentas; y si bien procuraba Don Sebastian alentarla, estaba mas necessitado de consuelo, no por el cautiverio, que no estimaba sino por la cierta usurpacion, y pèrdida de su hermosa Monja; y mientras emulaban con sus interiores tormentas la borrascosa del ayrado mar, se vieron enmedio de dos Turcos, que venian en dos fuertes cavallos, acompañados de diez Soldados de apie el uno, y de ocho el otro; y llegando à un tiempo à los desdichados naufragos, pretendiò cada uno el señorìo de ellos; y no bastando à darselo las razones, vinieron à una reñida, y cruèl batalla: en cuyo discurso viendose inferior el de los diez Soldados, empezò con injuriosas palabras à vengarse, llamando perro renegado à su contrario; cuyas razones entendiò un Marinero, que otra vez avia sido cautivo: y encareciò tanto la crueldad de los renegados, que resuelto Don Sebastian a no le querer por dueño, le matò, y ayudò de tal manera al Turco, que alcanzò la victoria, y luego echando por el suelo las armas, se entregò con Estrella por su esclavo; y agradecido el Barbaro los recibiò con semblante afable, y prometiò tratarlos con blandura; y cargando à los demas con sus mercadurias, los llevò à la Ciudad, cuyo Governador era, que estaba poco distante; y aviendo he-

hechò por el contento de la presa un grande banquete, se hizo servir de todos los cautivos; y vista entre ellos la hermosura de Estrella, quedò su esclavo, y diò tantas señales de su amorosa passion, que la conociò el amante, y llorò el alma su cierta desdicha, que no tardò mucho en verla con los propios ojos; porque aviendo el enamorado Turco, despues del banquete llamado à la bella Christiana en su quarto, procurò reducirla con promessas de casarse con ella, à renegar la fee; pero hallandola constante la llevò à un jardin, y en èl regalò la fuerza à su desenfrenado apetito, à vista de Don Sebastian, que ya jardinero escondido entre unos arboles viò el robo de sus gustos, cuya pena es impossible refiera la pluma, quando desmaya el pensamiento; y assi dexo à el de los enamorados la ponderacion de ella (que si paràra aqui fuera pequeña) mas vencida Estrella de los regalos, y amores del Turco, al cabo de unos dias de su cautiverio renegò nuestra Santa Fè, y casò con el Barbaro (que ay muy poco trecho de los torpes deleytes à la infidelidad, siendo estos los que entre los otros vicios hazen mas facilmente deslizar en la fee, castigo, que da Dios à quien mas le ofende) Aqui, pues, fueron las ansias, suspiros, y diluvio de tormentos, que cayeron sobre el desdichado Don Sebastian, de cuyas penas lastimada Estrella,

(que en fin le amaba tiernamente) procurò con el marido le tratasse mas bien por su hermano, y lo alcanzò, porque le dexò como libre, mas no cessaban con esto sus martyrios: como un dia, que tuvo lugar de hablarla à solas, passeandose por el jardin, se lo asseguró con estas amorosas quexas: Bien veo, que no puedo alcanzar de una Turca la piedad, que deseo; pero Amor, que à los pechos de la esperanza crece en mì con nuevos modos, se sustenta, y sin ella me manda, que solicite la dicha, que no aguardo, con descubrirte los tormentos que padezco, cuyo rigor es tanto, que dechado le imita la crueldad tartarea; pero en tì, que me aborreces, seràn causa de risa, y alegre de aver bien logrado la barbara intencion de que fuessen los favores, que me hiziste, saynete de las penas, seràn para tu Turco en sus deleytes falsa. Y el dolor, que no pudo manifestar la lengua, descubriò un desmayo semejante à la muerte, con que se enterneciò tanto la bella Estrella, que desperdiciando perlas, se abrazò con el casi difunto Amante; y aviendole restituìdo con ellas la vida, le asseguró por la de entrambos, que aùn estaban en su pecho vivas las llamas del primero Amor, y que para certificarle de ello aguardaba ocasion de burlar con su huìda al barbaro marido: con cuyas razones alentado Don Sebastian, la suplicò las acreditasse con
el

el efecto; y aviendolo confirmado con mil juramentos, los dividiò con su venida el Turco, el qual con muchas muestras de amor le diò parte de una forzosa ausencia, que avia de hazer por ocho dias, y ella procurò acreditar su fingido sentimiento con lagrimas, y suspiros; y el Turco por consolarla, mandò, que fuesse obedecida, en quanto mandasse como su propia persona; y assi dos dias despues de su partida hizo aprestar un Bergantin, y proveìdo de robustos esclavos con quatro Turcos, y su querido entrò en el mar, con achaque de divertirse; y quando se vieron lejos de tierra, los esclavos, que estaban avisados, cautivaron à los Turcos, y con un fresco viento tomaron la derrota de Sicilia; pero se mudò presto el tiempo, y con èl en tristeza la alegria, y llevados de la fuerza de los vientos, (despues de aver corrido perdidos dos dias con sus noches) se hallaron en una playa desierta con el Bergantin hecho pedazos; y casi todos los que escaparon del mar perecieron en la tierra de hambre, por ser despoblado el lugar del naufragio; pero Don Sebastian, y Estrella (despues de aver dexado escrito en una grande piedra en breves versos sus sucessos) se los comieron los ferozes animales de aquella tierra, y solamente tres de ellos los mas robustos quedaron vivos, y fueron recogidos de otro Baxel, que por tormenta acudiò à la

la misma parte, y estos contaron despues sus desastrãdas muertes: Que asi pagaron la maldad, que avian cometido en solicitarla èl, y en salirse ella à sus persuasiones del monasterio. Pecado tan grave, que los mismos Gentiles en sus Vestales le castigaban severissimamente, enterrando vivas à las que con sus torpezas ossaban profanar la castidad, que professaban.

LA CATALANA

HERMOSA.

NOVELA XII.

YA el erizado Invierno desnudaba de galas à la tierra, cubriendola de fria nieve, y duros hielos; y tyrano de los rios, los tenia encadenados con prisiones de hielo, porque no diessen agradecidos al mar el tributo, que le debian, el qual embravecido, parece que excedia sus limites para vengarse, y anegar el mundo con las furiosas olas, que de oculta fuerza detenidas se levantaban hasta las estrellas: las fieras en sus cuevas, los hombres en sus casas, procuraban alivio al insufrible frio; y el sol no se atre-

via

via à deshacer con sus rayos los montes de la nieve, temeroso de que no diessen causa à nuevo diluvio, y solamente la juventud Catalana se burlaba de estos rigores con las mascaras, y fiestas que hazia, para mostrar el comun contento, que causaban las Carnestolendas, quando Don Garcia, noble Cavallero Aragonès (cuyo apellido por justos respetos se encubre) llegò de Zaragoza su patria à la antigua Ciudad de Barcelona, para embarcarse mientras duraba la luna de Enero favorable à los navegantes, y passar à Italia, y desde ai à Flandes, à hazer prueba de su natural valor, y satisfazer à la curiosidad que tenia de vèr diversas tierras, que despiertan con sus variedades los entendimientos de los mas torpes, como el envejezerse en su propia patria entorpeze al mas agudo: à cuya causa los Egypcios pintaban la cabeza de un jumento por geroglifico del que no veìa sino el nativo suelo; y mientras estaba aguardando embarcacion segura, desmentia al tiempo, y engañaba al deseo con los entretenimientos referidos; y en el dia, que anda mas suelto el contento, y que triunfa en los copiosos banquetes la gula, sin que le pueda ir à la mano la del mas avariento: Que en Jueves de Comadres no ay quien lo sea, viò correr con mucho gusto, sorija delante del palacio del Virrey; pero no le aprovechò estar cerca la justicia,

para que no le hirieſſen deſde un balcon los rayos de dos ſoles, que prometieron eſperanzas de piedad, quando procurò con los ojos advertirlos de el mal, que avian hecho, y informado de los que le eſtaban cerca del nombre, y calidad de quien tanto oſſaba, contento, que por antiguedad compitieſſe ſu nobleza con el tiempo; y con el ſol por luſtre, determinò no querer mas Flandes, que el amor de Doña Ana, (que aſsi le dixeron ſe llamaba, que lo demas de ſu eſtirpe no importa à la hiſtoria) y para ſalir con ello mas facilmente, alquilò dentro de pocos dias una caſa enfrente de la de ſu dueño, à quien con la obligacion de vezino hazia la debida corteſia las vezes que la veìa, ſin dàr nota: Que no juzgaba ſegura la pretenſion declarada en tierra eſtraña, adonde era forzoſo tener contrarios poderoſos; y que por foraſtero no ſerìa reſpetado conforme à ſu nobleza; y yà que la vezindad quitò à Doña Ana parte de ſu recato, tuvo lugar de manifeſtarle ſu mal con las lenguas del alma, que mirando hablan; pero no hallò la correſpondencia, que pretendia, porque sì bien no le peſaba de que moſtraſſe quererla, no ſe atrevia à entregarſe al amor, temeroſa de los engaños, que ſuelen hazer los hombres à las incautas doncellas, que à dos paſſeos, y quatro ſuſpiros ſe rinden; penſando, que yà eſtà ſin libertad el que mueſtra no tenerla,
por

por poderles mas facilmente saltear el precioso tesoro, que les diò à guardar naturaleza, para que lo entregassen à quien les diesse por dueño el Cielo; y cierta por experiencia de la poca fee de los hombres, por la que no avia guardado un noble Cavallero (si merece tal nombre quien la rompe) de la misma Ciudad, que concertado de casar con ella, y hechas las escrituras, no estimò tanta hermosura, ni reparò en la vileza de la rompida fee, por aversele ofrecido otro casamiento con una señora heredera de un rico mayorazgo, con quien se desposò; y con el parentesco llevò à su casa la enemistad, que hizo con los deudos de Doña Ana: los quales por vengarse derramaron no poca sangre de los del Cavallero, yà que no pudieron la suya (pero què no causarà el vil interès, caudillo de las mayores maldades, enemigo de pechos nobles, y que su ordinaria habitacion està entre la mas vil canalla!) à cuya causa vivia la hermosa donzella muy triste, por el peligro en que veìa cada dia por su respeto à los suyos; y à no la aver socorrido la fortuna de un gustoso entretenimiento, huviera facilmente peligrado su vida con tanta melancolia, pero toda se la quitaba un Estudiante, que se decia el Licenciado Trechuelo; de estos, que hazen caudal de la ciencia, para venderla despues por menudo, el qual enamorado de su hermosura, avia

de-

dexado todos los estudios, y entrado en su casa por Ayo de un hermano suyo; y mientras procuraba hazerse poeta para celebrar su belleza, perdiò el juicio, y prosiguiendo sin èl en sus amores, regocijaba toda la casa con sus amorosas locuras, y dichos: A este alagò Don Garcia con regalos, y obligado de ellos la visitaba muy amenudo, descubriendole con la platica de sus amores lo que deseaba saber de su dueño (que las dadivas salen con todas pretensiones) cuya relacion despues regocijaba à Doña Ana, por no le aver quedado libertad que perder, sì bien discreta lo encubria, hasta certificarse ser verdadero el amor, que blasonaba el Cavallero; el qual procurò acreditarlo demàs de las musicas, que le daba continuamente, con seguirla en todas las partes, quando salia de su casa, y en ella desde la suya presentarle mil vezes al dia con los ojos el alma, con que finalmente rendida del todo, le diò lugar de poderla hablar de noche en el jardin de su casa por una antigua puerta de èl, que cubierta de hiedras, y otras yervas lo estaba à los ojos de todos, y el Amor la descubriò à Doña Ana un dia, que se iba passeando por el florido vergel con mil amorosos cuydados; y assi abierta, y visto, que salia à una callejuela poco platicada, le mandò hazer secretamente su llave, que embiò con una criada à Don Garcia; cuya liberalidad

dad en un diamante mostrò el agradecimiento de su dueño, con que le hablandò de tal manera la voluntad, que ninguna mayor hallò dispuesta à su servicio en el discurso de sus amores, y por entonces lo procurò mostrar con enseñarle el oculto lugar, y èl no le dando al tiempo de turbar sus glorias, se fue à èl la misma noche (que por remate de Abril, y principio de Mayo era toda de Flora) y abierta la puerta, fue la criada (à pesar del tiempo) Aurora de su Sol, que hallò entre unos mirtos vestido de un pedazo de Cielo, que tal le pareciò la rica ropa, que de su color tenia; y tan hermoso, que venciendo à si mismo, en brazos del silencio orò la admiracion por el Amante, y èl à su fin sentado en la verde alfombra, que ofrecian las olorosas yervas del vergel, añadiò estas amorosas razones: Temerosa la sabia naturaleza de que la codicia humana no la reduxesse a suma pobreza, determinò de lo mas precioso de sus riquezas hazer un tesoro, que admirassen los Cielos, y no ossassen tocar los mortales; y assi con el cuydado, que nunca tuvo en otras obras os formò, cubriendo la honesta cabeza de mil hebras de oro, tan perfecto, que afrentado Apolo, por no vivir vencido, desesperado procura cada dia acabar su vida en el profundo Occeano, adonde à no le consolar la Diosa Thetis, yà que no puede morir, estuviera encubier-

to, y negàra su luz, mientras mayor la vuestra resplandeciesse en la tierra; los ojos de zafiros, de rubìes los labios, y de orientales perlas enriqueciò la pequeña boca; todo el cuerpo alabastro, y en el hermoso pecho dos divinos pomos, que no se vieron tales en el rico vergel de las Hesperides: a cuya guarda encantò fuertemente al fiero Amor, que castiga severo al deseo, si atrevido pretende lo que desconfia alcanzar la esperanza, y ya flechando con los arcos, que adornan la espaciosa frente, yà cautivando escondido en los hermosos oyos, que descubre la dulce risa, ya con la nieve de las delicadas manos, abrasando las almas; y assi la mia, que nunca avia visto, ni imaginado tales Indias, quiso alzarse con ellas, y en pena se hallò cautiva de Amor; pero su delito (hermoso dueño) os persuade à piedad, que la causa le abona, pues fuera mayor culpa no pecar à su vista. Son verdaderamente las lisonjas (respondiò Doña Ana) dulce ponzoña, y red mas sutil de la que fabricò para venganza de su afrenta el negro Vulcano, que cautiva, y mata à quien no le ampara el antidoto, y luz del propio conocimiento: de este tengo tanto, y tan grande caudal, que veo los lazos, y no puede ofenderme el veneno; bien es verdad, que quisiera no lo fueran en esta ocasion las vuestras, porque me persuadieran el Amor, que de-

ſacreditan, engendrando rezelos de engaños: Que ſierpes ponzoñoſas eſcondidas entre eſtas flores ſuelen quitar la vida à quien llevado de la aparente hermoſura llega incauto à cogerlas, y aſsi bolveos Don Garcia, que no ſe abriò la puerta à ellas, ſino al Amor; y no es poſsible le tengais, que el verdadero ſabe poca retorica, pues la perfecta ſuya conſiſte en ſentimientos, que no puede declarar la lengua. La mia (replicò Don Garcia) nunca hable verdades, (que no puede tener un noble mayor mal) y ſi las dixere, no hallè fee en los hombres (que es la mayor deſdicha) ſi no ha ſido fiel menſagera del alma, que ſi por vos no ſe abraſa en vivas llamas de Amor, nunca alcance el vueſtro, y no pueda gozarlo, ſi lo alcanzare. De cuyas razones enternecida le aſſegurò ſer el ſuyo cuchillo de todo encarecimiento, y con muchos continuaron las amoroſas platicas, haſta que los muſicos ruiſeñores con dulces acentos hizieron la ſalva à la menſagera del dia, que riſueña eſparcia ſobre las flores vitales rocios, con los quales ſe moſtraban tan hermoſas, que corridas ſe eſcondian las Eſtrellas, y mirandole benignas las de Doña Ana, regozijaron la partida, que alentaban las promeſſas de la continuacion de ſemejante gloria: cuyo bien gozaron por el eſpacio de dos meſes, acriſolandoſe cada dia mas el Amor; pero embidioſa de tan-

ta prosperidad la fortuna; hizo que el padre de Doña Ana se determinasse (à persuasion de toda la nobleza Catalana, que deseaba su quietud) de casarla con Don Jayme, primo hermano del Cavallero, causa de las referidas enemistades: à cuya determinacion no aviendo ossado replicar Doña Ana, embiò con su criada la triste nueva à Don Garcia, à quien causò tanto sentimiento, que desatinado, y loco, quedò algun tiempo como embelesado; pero visto que no se estorvaban con esto las bodas, resuelto de passar antes mil muertes, que consentirlas mientras èl viviesse, iba buscando ocasion de matar a su contrario; y despues de aversele mal logrado muchas, le viò salir una tarde del caluroso estio solo al campo en un alazan, y que se encaminaba orilla de la mar, à Matarò, adonde le siguiò en un morcillo andaluz, que hizo traer con presteza de su casa, y una legua de la Villa le alcanzò, siendo ya noche; pero tan clara con la luz de Diana, y de sus resplandecientes damas las estrellas, que afrentaba al dia mas favorecido de Apolo, y apenas llegò junto à èl, quando con una pistola tirò al cavallo, porque no huyesse, y passandole la cabeza le derribò en el suelo, y puesto de un ligero saltò en èl, sin hablar, por no ser conocido, se presentò con su espada, y daga al contrario, que con armas iguales le aguardaba, y fue

tan venturoso, que aviendose descubierto Don Jayme, por darle una grande cuchillada, puso su daga larga, y al mismo tiempo cerrò con èl, y le atravessò con una estocada la garganta, de cuya herida cayò muerto, y el homicida sin ser visto de nadie bolviò à la Ciudad, y en un Convento de Capuchinos, que està de la otra parte de ella, le encubriò un Religioso amigo suyo, con el qual por la mañana se fue passeando hasta su casa; y antes de llegar à ella, oyò hablar por las calles de la muerte de Don Jayme, sin saberse el Autor de ella: de que muy alegre se despidiò del Frayle, y luego le avisò su dueño, que los deudos del muerto publicaban averlo hecho sus contrarios alevosamente, so color de la paz con el concertado casamiento, y que para averiguar las sospechas avia preso la Justicia à su padre, y hazia extraordinarias diligencias, que todas ofendian inocentes, y entonces juzgò Don Garcia, que quien no fuesse cuchillo de su enemigo, avia de ser su escudo, à cuya causa nunca lo era declarado el prudente; pues demàs de hazer dificultosa la venganza, venia a ser fiador de las ofensas, que se le hazian, pero mejor siente la piedad Christiana, que nos manda no los tener de ninguna manera; y en todas las que pudo procurò consolar à su querida, que estaba muy triste por la prision de su padre; mas viendo

la secretaria de estos amores, que no se alegraba, pensò entretenerla à costa del Licenciado Trechuelo; y assi mostrando tener lastima de su amorosa passion, le prometiò hazerle dueño de su querida, antes que saliesse el padre de la carcel; y despues de averlo entretenido algunos dias, yà que avia prevenido lo necessario para lo que deseaba hazer, le avisò, que se fuesse a cenar con ella, y que despues le llevaria adonde gozasse lo que mucho antes avia merecido; y assi contento el loco Amante obedeciò a la doncella, que le diò en la cena una bebida, que le causò luego un grandissimo sueño, y con èl le hizo llevar à un aposento, adonde se avia tenido todo el dia grande fuego, con que, y ser en el rigor del Estio, se avia calentado, de manera, que no era possible estàr en èl; y tendido en el suelo, le dexò mientras llamaba à su señora, que acudiò con todas sus doncellas à vèr por una pequeña ventana el sucesso de la burla; y despues de aver aguardado casi media hora, que se acabò la virtud de la bebida, despertò Trechuelo, y sintiendose abrasar de calor, se levantò furiosamente en pie, por parecerle estàr cercado de ardientes llamas; pero apenas mirò por el aposento, quando le oyeron dar desatinados gritos, que atronaba con ellos toda la casa, espantado de las monstruosas figuras, que se veian pintadas, y

de bulto de varios, y diversos animales, que atemorizaban con la fiera vista; porque si huìa de mirar al esquamoso dragon de verdes manchas pintado, le afligia la feroz hydra pertrechada de serpientes: en una parte le molestaba la espantosa Pantera, que con la boca abierta mostraba quererlo tragar; y en otra le assombraban la muerte, y los demonios con espantosos visages, que todos se veìan con una pequeña luz en la cabeza, que por los ojos, y boca parecian centellas; y con el obscuro resplandor de ella, turbaban fuertemente al desdichado loco; el qual yà gritaba, yà se echaba por el suelo, yà temblaba; y mientras estaba de esta manera congoxado, abriò la doncella la puerta, y por ella entrò en trage de Rey, con su Corona, y Cetro, que fingia fuego una mascara tan fiera, que muchas de las doncellas de Doña Ana perdieron en mirarle la color; y le seguian tres furias infernales con sus cabelleras de serpientes, y con otras mayores en las manos, que les servian de azotes; y llegandose al loco, furiosamente le asieron, y llevaron arrastrando ante el Rey, que yà estaba sentado en un Dragon ceruleo; y mientras èl temblando, y trasudando no ossaba menearse, le acusaron que avia baxado à los infiernos para robar à Proserpina la amada de Pluton, de que ayrado el Rey, mandò le diessen luego docientos azotes, y

despues le echassen en un profundo pozo de fuego, adonde penasse eternamente; y pidiendo èl misericordia, con negar la querella, que le avian dado las furias, empezaron à executar la sentencia con sus torcidas sierpes, y èl à renovar las lastimosas vozes, con tanto gusto de Doña Ana, y sus doncellas, que desatinaban de risa; y despues de bien azotado, mostrando el Rey averse lastimado de èl, mandò soltarle, y que le dexassen bolver al mundo, con amenazas, que si otra vez intentaba hurtos amorosos, le avian de atormentar cruelmente en los calabozos de el Infierno: à cuya puerta le llevaron las furias, y èl con la mayor del mundo fue corriendo à su aposento, que hallò abierto; y echandose en la cama, empezò à decir estas razones: Yà has escapado de las garras de los infernales monstruos, aunque à costa de tu cuerpo, pues se queda abrasado entre ellos. Advierte, pues, alma, que no serà justo espantes con tu vision à la que tanto quisiste, ni à los de su casa; y asi estaràs retirada en este aposento el tiempo que fuere servido el Cielo, que mores en el mundo. De cuyas palabras coligieron Doña Ana, y sus doncellas la nueva locura de Trechuelo; y no les causò menor risa, que havia hecho en el infierno, pero no contentas aùn, se entraron todas de repente, sin luz en su aposento, y por confirmarle en sus desvarios

dixo

dixo Doña Ana: Es posible, que no puedo hallar à mi querido Trechuelo? Vos otras embidiosas (bolviendose a sus doncellas) del bien que le queria, lo debeis de aver muerto; y por el Santo Cielo, que si lo averiguo, he de hazer la mayor venganza, que se aya visto en el mundo. Y fingiendo arrastrar à una de los cabellos, porque le manifestasse lo que sabia de èl, acreditaba con las vozes el dolor: del qual lastimado Trechuelo, y contento de ser tan favorecido, desde su cama dixo: No atormentes mas mi señora à essa inocente criatura, que està presente tu esclavo Trechuelo; pero todas fingieron espantarse de la voz, y la hermosa Catalina, teniendo a penas la risa, respondiò: Adonde estàs querido, que no te hallan mis brazos, ni te vèn mis ojos? Y èl: No te espantes, señora mia, que no pueden tocar, ni vèr los mortales las almas: la que te habla es mia, porque dexè por tu amor el cuerpo en el infierno, adonde me llevaron por buscarte. Y muy medrosa con voz trèmula, le replicò: No te dexes vèr, que me assombraràs. Y en esto entraron una hacha encendida, à cuya luz le vieron muy recogido, hecho un ovillo en su cama; y una de las doncellas diò vozes, diciendo: Valganme los Santos Cielos, que veo la negra alma de Trechuelo; y preguntandole las otras, y su señora, en què parte, se la enseñò, y todas mos-

traron espantarse, y se fueron huyendo à recogerse muertas de risa; y èl loco, confuso quedò, diciendo: Si no he de gozar la vista de mi amada Doña Ana, buelva esta alma à las penas, que consumieron al cuerpo. Publicòse a la mañana por Barcelona la burla, y el efecto de ella; y assi muchos vinieron à vèr el alma de Trechuelo, por salir la puerta de su aposento a un grande patio de la casa; y preguntandole un Cavallero, por què no traìa testimonio autentico de aver estado en el infierno, pues en èl no faltaban Escrivanos? Le respondiò, que no les consentian los diablos los tener recado de escrivir, porque no los enredassen; y à otro, que mostrò desear de saber qual fuesse la mayor cosa, que avia visto en el infierno, dixo: Que despoblarse todo, para vèr una doncella, que llevaron allà deseos de no serlo; porque afirmaban todos los diablos no aver hallado ninguna en el mundo: à cuya respuesta sonriendose uno, que professaba tanta enemistad con el agua, que ni aun la bendita queria tomar en las Iglesias, dixo: *Los niños, y los locos dicen las verdades*. Pero no huvo bien pronunciado el refràn, quando Trechuelo le respondiò con otro latino, diciendo: Esso no, amigo: *In vino veritas*. Y porque solemnizò mucho el dicho un Letrado, conocido de todos por muy avariento, por vengarse el del vino, instò con Thechue-

lo, que le dixesse para què era buena la avaricia? Y èl sin detenerse un instante, respondiò: Que para repartir queso, apoyando con el sabido refran su parecer; y le celebraron todos con tanta risa, que se fue corrido el Letrado, mientras èl con otros diversos dichos entretenia à los que le iban à vèr; y pensando passar sin comer, por imaginarse puro espiritu, se hallò acosado de manera de la hambre, que se fue de su aposento à la cozina; y los mozos, fingiendo espantarse, le dieron lugar con huìr, à que comiesse; y assi satisfecho, y de que fuesse verdad su locura, se recogiò à su aposento, adonde le dexarèmos para bolver à Don Garcia, que no dexando de verse todas las noches con su querida, en una supo hazer tan buen alarde de su amor, y de las penas, que le causaban los deseos de la possession, que rendida Doña Ana, le dexò salir con la postrera pretension de los Amantes; pero presto compensò la fortuna con su acivar lo dulce de los deleytes; porque al salir del jardin le viò un deudo de su dueño, que en ausencia de su padre rondaba toda la noche la casa; y no errando su pensamiento à la verdad, le dixo: Sigueme, que has de pagar el desacato, y no infamar esta casa con morir cerca de ella. Y siguiendole D. Garcia, yà que estuvieron muy desviados, sacaron las espadas, y embrazaron los broqueles; y despues de

larga pelèa, quedò el deudo de Doña Ana muerto de una estocada que le diò Don Garcia; el qual temeroso de no ser descubierto, se fue à su casa, y recogiò el dinero, y joyas que tenia; y siendo yà de dia, embarcado en una tartana, que partia para Marsella, dieron las velas al viento, que soplaba favorable, y animados à passar en el siguiente dia con el mismo el Golfo, aun no avian llegado à la mitad, quando los empezò à dàr caza una galeota Turquesca, que los alcanzò en breve, y cautivò con la muerte de seis Turcos, que matò Don Garcia en venganza de su criado, que cayò de un mosquetazo antes que abordàran; y aficionado à su valor el Capitan, que era un Renegado de Corcega, le tratò contra su natural muy bien todo el tiempo que durò el andar en corso, que fue hasta el fin de Octubre, que rico con las muchas presas, que avia hecho, se bolviò à Biserta, adonde le recibieron con muchas fiestas; y acabadas las que hizo el contento en su casa, diò oficio de Ayo de dos hijos, que tenia yà mancebitos à Don Garcia, para que les enseñasse à jugar las armas, y otros exercicios militares, à los quales los amaestrò en poco tiempo, de manera, que no avia en la Ciudad quien los aventajasse, de que muy contento el Renegado, estimaba en mucho à su esclavo: del qual se enamorò grandemente Herbella

ſu hermoſa hija; y procurò manifeſtarſelo con los regalos, que le hazia, y con mirarle amoroſamente las vezes, que podia hazerlo à hurto de ſus padres, de que certificado el Cavallero, ſintiò inclinarſe a la perfecta hermoſura de la barbara, y si bien procurò reprimirle muchas vezes la razon, y eſpantarle con el caſtigo del Cielo, quedò finalmente vencido, y declarò con la humildad que convenia a eſclavo, la correſpondencia con los ojos; y un dia, que no eſtaban los padres de Herbella en caſa, ſe fue (llamado) en ſu quarto, en el qual le hablò la enamorada mora de eſta manera, diciendo: Mis altivos penſamientos, que han ſiempre eſtimado viles à los mas nobles moros, rendidos a tu hermoſura, à la gallardia, y al bizarro proceder acreditan ſin duda tu nobleza: la mia yà conoces por la mayor de Biſerta, en la qual ſeràs poderoſo, con las riquezas, que te darà mi padre, ſi me admitieres por tuya, y abrazares la ley de el gran Mahoma; cuyo menoſprecio te ha hecho eſclavo, y bien entiendo conoceràs los daños, que pudiera cauſarte el continuarlo. A cuyas razones ayrado D. Garcia; por verſe tentado en la fee con el animo, y brio, que ſuelen tener los Eſpañoles en los mas peligroſos trances, propio de eſta invicta nacion; le reſpondiò: Herbella, yo agradezco la voluntad, q me mueſtras; pero te advierto, que ſi tu hermoſura fue-

ra fuera mayor, si es que sufre aumento la que tienes; y en tu padre reducidas las riquezas de Creso, y Mida, no engendràran en mì pequeño assomo de prevaricar en mi ley, por alcanzarlas todas; ni seràn bastantes à que la dexe quantos martyrios pueden inventar los mas crueles tyranos, y solamente pagarè con la debida correspondencia tu amor, si conociendo la falsa en que vives te resolvieres dexarla, y renacer con el agua del Santo Bautismo, hermoseando mucho mas el alma de lo que te muestra el espejo estàr el bello rostro, que perfecto te diò naturaleza: con la qual respuesta engañada Herbella de lo què avia imaginado, quedò no poco confusa, por serle impossible olvidarle; y no sentia tanta repugnancia en hazerse Christiana, para vèr el cumplimiento de sus deseos, como dificultad en la execucion, y por entonces despidiòle sin otra respuesta; pero à solas llorò la desdicha de averse enamorado de un esclavo, sin poderle reducir à su amor, cuya fuerza fue tanta, que en pocos dias la trasladò en los brazos del Aragonès; el qual enamorado, y deseoso de la libertad, que por este camino pensaba alcanzar, estimò à ventura tanta maldad; y aviendo estado en amorosos deleytes todo el Invierno, al principio de la primavera bolviò en corso con su galeota Amored Lauruc, padre de Herbella, y con esto tuvieron

comodidad de irse una noche en un bergantin, que avia prevenido secretamente, tomando la derrota à los Reynos de España, y llegaron felicissimamente à vista de Barcelona; y navegando de noche para llegar à la Ciudad, desgraciadamente cayò Herbella en la mar; y dando vozes Don Garcia, para que la socorriessen, la obscuridad de la noche lo estorvò; y llegando con la Aurora al muelle, desembarcaron, dando gracias à Dios, que los avia llevado tan felizmente a tierra de Christianos, si bien triste Don Garcia del infausto sucesso; y el mismo dia vendieron el bergantin, cuyo precio repartiò Don Garcia entre los yà libres cantivos, que èl con las joyas, y dineros de la desdichada Herbella quedaba bien pagado de lo que le avia quitado Amored Layruc, quando le cautivò; y despedido de los compañeros, se fue à una posada, adonde antes de darse a conocer à nadie supo, que estaba oculto su delito, y imputado à los deudos de Don Jayme, que en su venganza le huviessen cometido, a cuya causa algunos de ellos estaban presos, y otros ausentes, por librarse de las vejaciones, que de la imputacion de el homicidio avian de resultar; y informado de la huespeda, que su querida sin averse casado vivia muy triste, y recogida, con no poca admiracion de toda la Ciudad, contento de ello, se proveyò de lo necessario; y an-

tes de publicar su venida, quiso rondarle la casa de noche; y en una à las dos, por la misma parte del jardin, adonde èl solia entrar a gozar de sus favores, viò un hombre, y acercandosele, embebido en una puerta, le oyò hablar con una criada medianera de sus dichas, y conociò en la voz ser su hermano mayor; el qual aviendo ido à Barcelona para vèr unas fiestas, enamorado de ella, que era muy hermosa, dilataba su partida, por no perder los amorosos plazeres, que à costa de mucho dinero avia alcanzado; pero creyendo Don Garcia, que le salteaba su bien, le diò tanta furia, que mas de una vez quiso ser fratricida; mas reportado cierto, que sin saberlo le ofendia, despues de averle visto entrar en el vergel, se fue lleno de mortales ansias, maldiciendo la inconstante naturaleza de las mugeres, de cuyos engaños se asseguraba no escaparse ninguno, yà que Doña Ana pagaba con tales agravios su amor: y en llegando à casa le escriviò zeloso un billete; en el qual despues de averle dado quenta de quanto le avia sucedido en su ausencia, y de la causa de ella, y averle referido lo que avia visto, proseguia, diciendo: Y porque (desleal) no pretendas aplacar mi justo furor con nuevos engaños, me parto para nunca bolver à verte, y querrà quizà el Cielo borrar de mi memoria en Napoles tu retrato, con otra hermosura; que

si

sino fuere igual à la tuya, te aventaje en firmeza: là mia solamente pudieran acabar tan notorios agravios, de los quales espero me ha de vengar Amor, pues el galan, que aora muestra adorarte, serà fuerza se vaya en breve à gozar mas justos abrazos, porque dexa en su tierra muger propia; y entonces en vano arrepentida, lloraràs la pèrdida del verdadero amor, que aora menosprecias; y burlado, procuràs, que sirva de saynete à los infames plazeres. Y tomando la posta, yà que estaba acavallo, diò el billete à la huespeda, y ordenò, que se pagassen cien reales, que dexaba en la tabla de aquella Ciudad, mostrando recibo de èl, y por Francia partiò à Italia, adonde le dexarèmos que vaya por contar lo que sucediò à Doña Ana con el billete, que le llevò la Mesonera, que por aver dicho cuyo era, cobrò su recibo, y fuese, quedandole leyendo con su criada, la qual con mudar muchas vezes la color, daba indicio de su yerro; pero no le alcanzò por entonces su señora, con la pena que le cubriò el corazon, y quitò la luz de las suyas, de manera, que estuvo dos largas horas sin sentido, no bastando à bolverla en sì los liquidos cristales, que le echaron sus doncellas que acudieron à las vozes de la culpada, la qual guardò el billete, por encubrir la causa del repentino mal; y finalmente despues de varios remedios, que lloro-

ſas le aplicaron, manifeſtò la vida un ſuſpiro, que arrancò el dolor de lo intimo del corazon; y ya que no avia ſido baſtante à matarla el ſentimiento de las imputadas culpas, procurò anegarſe con dos caudaloſos rios, que furioſamente empezaron à deſpeñarſe de ſus divinos ojos, por las hermoſas mexillas; y lo hiziera à no recoger Amor para celeſtes baños el criſtalino licor, y deſpechada de que la conſolaſſen ſus doncellas, les ordenò la dexaſſen ſola; y eſtandolo, fueron tantas las anſias, laſtimas, y quexas que venzen à todo encarecimiento; y aſsi dirè ſolamente, que con la continuacion de ellas en menos de un mes marchitaron los jazmines, y claveles de ſu hermoſa cara, de manera, que parecia à quien la miraba eſtàr ſin alma: cuyas penas divertiò entonces un impenſado accidente; y fue, que canſado Trechuelo de eſtàr retirado en ſu apoſento, determinò ſalir à eſpaciarſe de noche: tiempo en que èl dicia era permitido à las almas; y aviendo entrado à eſta cauſa en el jardin, viò la de toda la triſteza de ſu ſeñora, encubierto de los arboles, y ſombras de la noche; y pareciendole, que le obligaba ſu amor aviſarla de ello, no hallaba el modo temeroſo de no la eſpantar; y deſpues de aver dudado gran rato, ſe entrò por la puerta que la Camarera avia dexado abierta, y llegò muy quedo à la cama de Doña Ana,

la qual desvelada lloraba su desdicha, y si bien la luz de una pequeña lamparilla le mostrò al loco, no se turbò punto, y aguardò su movimiento, y èl adelgazando lo mas que pudo la voz, por no la assombrar le dixo: No te espantes (amado dueño) de verme à estas horas junto à tì, que penetran las almas las paredes, y sin ser vistas todo lo descubren. En el vergel tu Camarera infama con un hombre tu recato; pues los que le vieren entrar le juzgaràn tu galàn. Y levantandose Doña Ana le siguiò, y llegò adonde estaban, à tiempo que se despedian; y apenas cerrò su criada la puerta, quando la asiò de los cabellos, y la obligò a confessar lo que no podia negar; y conociendo la *esclavitud* à que se sujetan las que poco avisadas hazen testigo de sus yerros à una humilde criada, no se atreviò à mostrarsele aspera, antes la reprehendiò con amorosas razones, temerosa de que las contrarias no la moviessen à vengarse en su honra; y prudente, dentro de pocos dias procurò que la casasse su padre con igual suyo; y con las dadivas antes de partirse la obligò al secreto. Que la liberalidad todo lo alcanza. Y cierta yà del engaño de Don Garcia, con esperanza, que desengañado corresponderia à la obligacion que tenia, se determinò (acosada de su grande amor) de ir a Napoles; y proveida secretamente de lo necessario, se hu-

yò en casa de su Camarera, adonde estuvo escondida, hasta que supo no la buscaban mas en la suya, desesperados de hallarla; y sì bien acabò su viejo padre con la pesadumbre la vida, no se mudò la enamorada Catalana; y con un hermano de su criada, de edad de doze años, que la sirviesse de page, fue en trage de hombre por Francia, en seguimiento de su querido; y antes de llegar à Marsella la robaron en el camino; pero el verdadero amor, que no conoce desmayos, la hizo passar animosamente adelante, y en Marsella se restaurò con docientos escudos, que cobrò con una letra que llevaba; y embarcandose en una Faluga, llegò sin que le sucediesse mal alguno, hasta Antibo, postrero Lugar de Francia en aquella parte, adonde el patron de ella la conociò por muger; y determinado gozarla, porque no llevaba otro ningun passagero, intentò rendirla con la fuerza, yà que vio no le aprovechar los alhagos; y no le aviendo sucedido conforme al pensamiento, porque se defendiò valientemente la bella Catalana, en llegando à la Isla de Alvenga con la mar algo alborotada, saltò con todos los suyos en tierra, y subieron à la cumbre del monte, adonde cenaron con mucho regocijo; y resueltos de hazer noche en ella, aposentaron à Doña Ana en una torrecilla, que està en lo mas alto; y antes de media noche

che, que empezò à soplar el viento favorable, y durò toda, se fueron, y alejaron tanto, que yà no temian ser alcanzados, aunque hallasse Baxel, que la llevasse; y apenas amaneciò, quando se turbò la mar, y con su alboroto despertò à la desamparada Catalana, la qual assomandose à la Torre, viò, que la amenazaban su ruìna las furiosas olas, y que no parecian los traydores Marineros, ni su Baxel, de que muy afligida, y temerosa de la cercana muerte, si duraba el furor de Neptuno, se encomendò muy de veras à Dios, suplicandole la librasse de aquel peligro, en el qual se viò todo el dia, y la noche siguiente, que durò la tormenta; y con la nueva luz de el alba se hallò tan debilitada, por no aver comido sino unas pocas de yervas silvestres, que acabàra sin duda la vida, à no la socorrer el Cielo: cuyo favor solicitaba con humildes ruegos, y votos; y asi, yà que el resplandeciente Apolo se hallaba con su dorado carro en la mitad de su carrera, viò quatro velas, que se acercaban à la Isla; y quando lo estuvieron à las señas, y vozes que diò, le embiaron un esquife, en el qual fue con su criado à la Capitana, y en ella por ser de Es-

paña muy bien regalada hasta Napoles, adonde por mucha diligencia que hizo no pudo hallar à Don Garcia, que se avia detenido en Milàn, si bien llegò dentro de seis meses; y favorecido del Virrey, por su conocida nobleza, alcanzò una compañia; y apenas lo supo Don Rodrigo (que assi se hazia llamar Doña Ana) quando procurò assentar plaza en ella, y en breve se hizo tan amigo del Capitan (que se le inclinò, por parecerse à quien era, tanto, que muchas vezes por reconocer su voz, se persuadiò casi de el todo à la verdad) que no le encubria secreto; y assi era participe de todos sus amores, que mozo, y libre tenia muchos: cuyo sentimiento ocultaba con su cordura la disfrazada enamorada, hasta ofrecersele ocasion oportuna de descubrirse, y no tardò mucho, porque desdeñado con una dama el Capitan, estando à solas con Don Rodrigo, y acordandose de la que tenia presente, la nombrò suspirando; y apenas detuvo las lagrimas la memoria de su imaginada deslealtad, de que tomò ocasion para preguntarle la causa de tanto sentimiento, al solo nombre, que le avia oìdo; y èl le contò con muchas muestras de amor todo lo re-

fe-

ferido : à que le respondiò Don Rodrigo de esta manera : Nunca se vieron buenos efectos de precipitadas resoluciones , y la vuestra causò no pocos daños , porque yo conocì à essa dama , y supe por via de una mi hermana lo que me aveis contado : lo qual como todo fuesse sospecha , despues de averle quitado con el justo sentimiento la hermosura , que assombraba à quantos la veian , le causò perder lastimosamente la vida en los brazos de mi hermana ; y al arrancarsele el alma , que fue con vuestro nombre , que llamò tiernamente , le dexò vuestro billete , causa de su muerte ; y le encargò , que procurasse embiarosle , y manifestaros su desdichado fin , en abono de su lealtad , y del verdadero amor que tenia ; y aviendome yo resuelto de venir à esta Ciudad , me le diò para este efecto , y prosiguiò , contandole los amores de su camarera con el Cavallero ; y despues le dixo : Pero aviendo alcanzado vuestra amistad he rehusado hazerlo , por no daros pesadumbre ; y à no aversene ofrecido esta ocasion , no lo hiziera : Y con esto sacò el billete , y se le entregò , que reconocido de Don Garcia le hizo mil pedazos por homici-

da de todo su bien; y no satisfecho de las lastimas que le obligò à hazer el amor, arrepentido de su facilidad sacò furioso el azero, para acompañar en la creìda muerte à su querida Doña Ana; pero alegre ella de hallar tan vivo el amoroso fuego, se le descubriò, y faltò poco no hiziesse el repentino contento, lo que no avia hecho el azero; y buelto en sì, le pidiò perdon de la desconfianza que avia tenido; y aviendole facilmente alcanzado, se estuvieron en Napoles en amorosos plazeres, hasta que Don Garcia se certificò ser del todo verdad lo que le referia Doña Ana, con la respuesta que le diò su hermano, à quien secretamente escriviò le avisasse lo que avia passado en este particular: que estando resuelto à casarse, no le pareciò cordura hazerlo, sin estàr antes muy satisfecho; y yà que lo estaba, se bolvieron à Barcelona, adonde supieron que Trechuelo se avia desaparecido en busca de su señora; y que por la muerte de su hermano estaba en pleyto el Mayorazgo, que cessò en publicandose su venida; y despues de aver tomado, como heredera, la possession de èl, se casaron con consentimiento de todos sus deudos, que en sabiendo la no-
ble-

bleza de Don Garcia vinieron en ello, y despues vivieron en paz largos años, dexando en su muerte generosa proie, que acreditasse con los que vivieron despues el valor del padre, y hermosura de la madre.

FIN.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 52. linea 3. *y yà viendose*, lee que yà viendose, pag. 53. lin. 4. *de la indignacion*, lee de la inclinacion, pag. 78. lin. 6. *y aspantosos*, lee, y espantosos, pag. 78. lin. 7. *y en parasismos, y justos*, lee, y en parasismos, y sustos, pag. 78. lin. 17. *fiel en vano*, lee fue en vano, pag. 113. lin. 13. *sierras para aliviar*, lee fieras para aliviar.

He visto este libro, y con estas erratas corresponde con su original.

Lic. D. Manuel Garcia Alesson.
Correct. General por su Mag.

EN

EN LA IMPRENTA, Y LIBRERIA de Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad, se hallaràn muchos Libros en Castellano.

De Historia en general, y en particular, assi de España, como de Indias, y de otros Reynos.
Genealogias.
Politicos.
Maxsimas, y razon de estado.
Empressas politicas, y morales.
Emblemas.
Mathematicas.
Arismeticas.
Arquitectura.
Cosmografia.
Astronomia.
Esfera.
Pintura, y todo lo que à estos nobles Artes pertenece.
De Secretarios, y Estylos de Cartas.
De Escrivanos.
Notarios.
Procuradores.
Agentes de Negocios, y para todo genero de Papelistas.
Vidas, dichos, hechos, y sentencias de Philosophos, Emperadores, Reyes, y de otros Varones Ilustres.
Dialogos sobre varias cosas.
Probervios.
Refranes.
Enygmas.
Poblemas.
Similes, ò comparaciones.
Preguntas, y respuestas.
Porque es de varias cosas.
Artes de escrivir.

Or-

Ortografias.
Retoricas.
Eloquencias Castellanas
Diccionarios, y Gramaticas de varios Idiomas, donde està la Castellana.
De monedas.
De medallas.
De metales.
De piedras preciosas.
De jugar la espada, y otras armas.
De torear.
De enfrenar, herrar, doctrinar, y criar cavallos
De Aves, y de monterìa.
De animales terrestes, y maritimos.
De Arboles.
Frutas, semillas, y yervas.
De Agricultura para Jardines, y Casas de Campo.
De secretos.
De juegos de Damas de el Agedrèz, y de otros juegos.
De Poesìa de todo genero de verso.
De Novelas, Cuentos, Historias, y Casos Tragicos, Cavallerias, Tragi-Comedias, y todo lo que à esta classe de diversion toca.
De Comedias.
De Entremeses.
Y de otros varios Tratados exquisitos, y que con dificultad se hallan.
De todo lo referido està escriviendo el dicho Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, una Biblioteca toda de Libros Castellanos.
Tambien se hallaràn en dicha Libreria varios Tomos de Lope de Vega Carpio.

CA-

CATHALOGO

DE LIBROS ENTRETENIDOS de Novelas, Cuentos, Hiſtorias, y Caſos tragicos, para divertir la ocioſidad, hecho por Don Pedro Joſeph Alonſo y Padilla, Librero de Camara de ſu Mageſtad, quien dà noticia à los Aficionados, y và reimprimiendo algunos de los que aqui vàn anotados, que no los ay, y muchos no tienen noticia de ellos, por el tranſcurſo del tiempo.

Eſte es el mas añadido en eſte año de 1737. y conforme ſe vayan encontrando, ſe iràn añadiendo en los Cathalogos, que ſe continuen.

EN QUARTO.

1. El Soldado Pindaro, añadido al fin las Hiſtorias peregrinas; ambos por Gonzalo de Ceſpedes.
1. Gerardo Eſpañol, por el miſmo Autor.
2. Don Quixote de la Mancha, *añadidos.*
1. Guzmàn de Alfarache.
1. Engaños de Mugeres.
1. Soledades de la Vida.
1. Novelas de Doña Maria de Zayas.
1. Novelas Morales, y exemplares. *Es aviſo à los Foraſteros de lo que paſſa en la Corte, y las Poſadas*, por Don Antonio Liñan y Verdugo.
1. Rumbos peligroſos, *ſon Novelas.*
2. Argenis, y Poliarco, por Don Joſeph Pellicer.
1. Guſtos, y diſguſtos del Lentiſcal de Cartagena.
1. La Picara Juſtina.
1. El Artamenes, ò el Gran Cyro, por el ſeñor de Eſcuderi, *ſon Novelas, y de bello eſtilo.*

Hiſt

1. Historia de Liseno, y Fenisa.
1. Enygmas, y Proverbios de Herrera; *que algunos llaman Quisicosas.*
2. Engaños, y desengaños del Amor profano: *Por otro titulo:* Historia del Duque Federico, *es historia amorosa, muy discreta*
1. Intercadencias de la Calentura de Amor. Sucessos yà tragicos, y lamentables; yà dichosos, y bien logrados.
1. Relaciones de la Vida del Escudero Marcos de Obregon.
1. Deleytar aprovechando, de Tirso de Molina, *son Novelas, y otros divertimientos.*
1. Alivio de Tristes, y consuelo de quexosos, expressado en varias Historias.
1. Dias del Jardin, por Don Alonso Cano.
2. Soledad entretenida, *son Novelas, y Comedias.*
1. Novelas de Doña Maria de Caravajal.
1. Novelas de Montalvàn.
1. Novelas de Cervantes.
1. Novelas sin las vocales.
1. Escarmientos de Jacinto; y Novelas de Don Carlos.
1. Argenis, y Poliarco, por Don Gabriel del Corral.
1. Persiles, y Segismunda de Cerbantes
1. Eustorgio, y Clorilene.
1. Navidades de Zaragoza; *son Novelas, y otros divertimientos.*
1. Los Cigarrales de Toledo.
1. Hypolito, y Aminta.
1. Teagenes, y Cariclea.
1. Novelas amorosas de Camerino.
1. La Dama Beata, del mismo.
1. Las dos Constantes Mugeres Españolas.
1. El Entretenido.
1. Amor con vista, y cordura.
1. Fortunas de Semprilis, y Genorodano.
1. El Forastero, por Jacinto Arnal de Boleã, *son Novelas, y Papeles muy discretos.*
1. Dialogos de Amor. *Està probibido.*
1. Para todos de Montalvàn.
1. Para algunos, por Mathias de los Reyes.
1. Para sì, por Don Juan Fernandez y Peralta.
1. Novelas varias de Juan Baptista Cintio.
1. Los Pastores del Betis, prosa, y verso, por Don Gonzalo Saavedra.

1. Trayciones de la hermosura, y fortunas de Don Carlos, por otro titulo: *Trabajos del vicio, y afanes de Amor*, reducidos à la Historia de un sugeto de modernas experiencias en sucessos exemplares.

Lo que escriviò Juan de Piña, Escrivano de Provincia.

1. Novelas exemplares, y prodigiosas historias.
2. Casos prodigiosos, y Cueva encantada.
1. Varias fortunas.
1. Epitome de las Fabulas de la Antiguedad.

OBRAS DE FRANCISCO SANTOS en quatro Tomos, y en ellos incluyen los Libros siguientes.

TOMO PRIMERO.

1. Dia, y Noche de Madrid.
1. Las Tarascas de Madrid.
1. Los Gigantones de Madrid.

TOMO SEGUNDO.

1. El Sastre del Campillo.
1. El Escandalo del Mundo, y piedra de la Justicia.
1. El Rey Gallo, y discursos de la Hormiga.

TOMO TERCERO.

1. El Cardeno Lyrio.
1. Alva sin crepusculo.
1. Madrid llorando.
1. La verdad en el Potro.
1. Periquillo el de las Gallinetas.
1. El Vivo, y el Difunto.

TOMO QUARTO.

1. El no importa de España.
1. El Arca de Noè.
1. El Diablo anda suelto.

FIN.

EN OCTAVO.

1. Experiencias de Amor, y Fortuna.
1. Estevanillo Gonzalez.
1. El viage entretenido, de Agustin de Roxas; *està adornado de muchos Cuentos, Chistes, Novelas, y Refranes.*
1. El Pastor de Clenarda, por Miguèl Botello.
1. Historias tragicas, y exemplares, por Pedro Bobistau.
1. Historias prodigiosas, y maravillosas, por Pedro Bobistau.
1. Arrestos de Amor, *que son pleytos, y sentencias difinitivas*, por el Secretario Diego Gracian. *Està prohibido.*
1. La Eufrosina.
1. Carcel de Amor, y question de Amor. *Està prohibido.*
3. La Galatèa de Cervantes, *son Novelas, y Coloquios pastoriles. Està impressa la primera parte en quarto.*
1. Galatèo Español, añadido la vida de Lazarillo de Tormes, y Destierro de Ignorancias.
2. Alonso, mozo de muchos amos, *son varios Cuentos, y Novelas.*
1. Sarao de Aranjuèz, de varios Versos, y Novelas.
1. Historia tragica de Leonora, y Rosaura.
1. Tragedias de Amor, y apacibles entretenimientos de los enamorados Ancrisio, y Lucidora.
1. La Mogiganga del gusto, en seis Novelas.
1. Meritos disponen premios, escritos sin la letra A.
1. Los mas fieles Amantes Leucipe, y Clitofonte.
1. Novelas, y discursos Morales, *con mucha variedad de cartas, y papeles muy chistosos*, por Juan Cortès de Tolosa.
1. El Diablo Cojuelo, verdades soñadas, y Novelas de la otra vida.
1. El Philosopho de el Aldèa, en diferentes Novelas.
1. Meriendas del Ingenio, y entretenimientos del gusto, en seis Novelas.
1. Carnestolendas de Zaragoza, entretenimientos, y varios motes de apacible gusto.
1. Carnestolendas de Castilla, que son Dialogos de apacible entretenimiento. *Està prohibido.*
2. La Dorotea de Lope, *aora añadido el Arte de hazer Comedias.*
1. Novelas varias, por Lope de Vega.
1. Novela de Novelas.

1. Novelas Morales de Vargas.
1. La Arcadia, prosas, y versos de Lope de Vega.
1. El Meson del Mundo, por Rodrigo Fernandez Rivera.
1. Ratos de Recreacion, *que son cuentos chistosos*, por Ludovico Guichardino.
1. Clavellinas de Recreacion, *son varias historias, y cuentos graciosos*, por Ambrosio de Salazar.
1. Jocoserias, burlas, veras de los desordenes publicos, por Luis Quiñones de Benavente.
1. Coloquios, y Dialogos de Pedro Mexia.
1. Tardes apacibles, de gustoso entretenimiento, entremeses, y bayles, escogidos de los mejores Ingenios de España.
2. Entretenimientos de Damas, y Galanes. *Estàn probibidos.*
1. El Pastor de Iberia.
1. La Bella Coralda, y Cerco de Paris.
1. Ninfas, y Pastores de Nares.
1. Processo de Cartas de Amores, prosa, y verso.
1. El Pastor de Filida.
1. Almoneda de Vidas.
1. Tragicomedia de Lisardo, y Rosena.
1. Las Cuevas de Salamanca.
1. Las Aventuras de Telemaco.
2. Retiro de Cuidados, Vida de Carlos, y Rosaura.
1. Theatro Popular de Novelas morales.
1. El Novelero.
1. Excessos amorosos.
1. La Crisella de Lidaceli, famosa, y verdadera Historia de varios acontecimientos de Amor, y Armas, con graciosas digressiones de Encantamientos, y Coloquios Pastoriles.
1. La Celestina, ò Calisto, y Melibea, *se ha de expurgar de qualquier impression que sea, para poderle leer, excepto la de Madrid del año 1632. que se imprimiò espurgada, es muy poco lo que ay que expurgar.*
1. Corte en Aldea, y Noches de Invierno, *es variedad de cosas de diversion, y erudicion, con graciosos Cuentos.*
1. Lazarillo de Manzanares, y cinco Novelas, por Juan Cortès de Tolosa.
1. La Cintia de Aranjuèz, por Don Gabrièl del Corral.
1. Selva de Aventuras. *Està probibido.*
1. Historia de la Lavandera de Napoles, Felipa Cathanea, *aora añadida.*

1. El Premio de la Constancia, y Pastores de Sierra Bermeja.
1. El Zeloso, por Alphonso Baz de Velasco.
1. La Constante Amarilis.
1. Las Auroras de Diana.
1. Diana enamorada, por Gaspar Gil Polo.
2. La Diana de George de Montemayor, *son Coloquios Pastoriles, y diversas Historias de cosas, que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazadas, debaxo de nombre, y estilo Pastoril.*
2. La Clara Diana, *son Coloquios Pastoriles*, por Fray Bartholomè Ponce. *Estos se escrivieron en competencia de la Diana de George de Montemayor.*
1. Guirnalda de Venus Casta, y el Amor enamorado, por Geronimo de Heredia.
1. El Perro, y la Calentura Novela Peregrina, por D. Francisco de Quevedo, *aunque la intituló baxo del nombre de Pedro Espinosa.*
1. El Menandro, por Mathias de los Reyes, *son Novelas.*
1. El Curial de el Parnaso, por Mathias de los Reyes.
1. Soledades de Aurelia, por Don Geronimo Fernandez de Mata, *aora añadido el Libro, intitulado:* Crates, y Hiparchia, marido, y muger Philosophos Antiguos, del mismo Autor.
2. El Picaro, por Matheo Luxan de Sayavedra.

LO QUE ESCRIVIO DON ALONSO DE Castillo Soloerzano, todos en octavo.

1. Tiempo de regocijo, y Carnestolendas de Madrid, *con varias Novelas.*
1. Jornadas alegres.
1. Tardes entretenidas.
1. La Quinta de Laura.
1. Huerta de Valencia, *son Novelas.*
2. Donayres del Parnaso, y Enygmas curiosas.
1. Lisardo enamorado.
1. Patron de Alcira, el Glorioso San Bernardo, de la Orden de Cistèl. *Es Poema.*
1. Las Arpias de Madrid.
1. Las Aventuras del Bachillèr Trapaza.
1. La Garduña de Sevilla, hija de Trapaza.
1. Historia de Marco Antonio, y Cleopatra.
1. Sagrario de Valencia.

1. Epitome de la vida, y hechos del Rey D. Pedro de Aragon, III. de este nombre.
1. Los dos Amantes Andaluzes.
1. Sala de Recreacion.

OBRAS VARIAS, QUE ESCRIVIO Alonso Salas Barbadillo, entretenidas, con los titulos como se siguen, y en tomos en octavo.

1. El Licenciado Talega.
1. La Ingeniosa Elena, hija de Celestina.
1. Escuela de Celestina, y el Hidalgo presumido.
1. El Gallardo Escarramàn.
1. El Coche de las Estafas.
1. El Sagàz Estacio, marido examinado.
1. El Curioso, y Sabio Alexandro, Fiscal, y Juez de vidas agenas.
1. La Casa del placer honesto.
1. Don Diego de noche.
1. La sabia Flora mal sabidilla.
1. El Necio bien afortunado.
1. La incasable mal casada.
1. El Cortesano descortès.
1. El sutil Cordovès Pedro Urdemalas.
2. El Cavallero perfecto, *son Novelas.*
2. El Cavallero puntual, *son Novelas.*
1. La Estafeta del Dios Momo, *son cartas muy chistosas à varios assumptos.*
1. Boca de todas verdades.
1. Las Coronas del Parnaso, y plato de las Musas.
1. Rimas Castellanas.
1. Patrona de Madrid restituida.
1. Triunfos de Santa Juana de la Cruz.
1. Correcion de vicios.
1. Romancero universal.

LO QUE ESCRIVIO JUAN DE TIMONEDA en octavo.

1. El Patrañuelo.

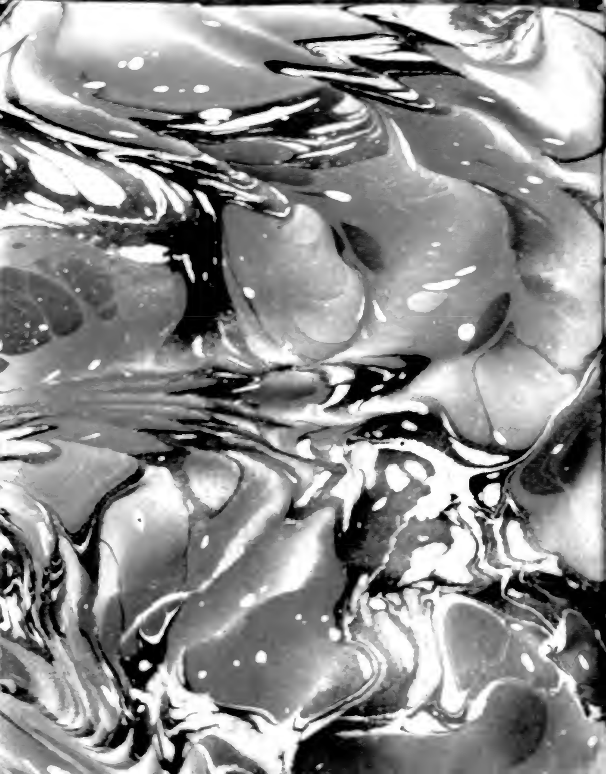
1. El

1. El Cavañero.
1. Coloquio Paſtoril.
1. Alivio de Caminantes;
1. El ſobre Meſa.
1. Buen aviſo, y porta cuentos.
1. Memoria Hiſpanica.
1. Silva de varias Canciones, ò billaneſca, y Guirnalda de Galanes
1. El Deleytoſo.
3. Comedias en proſa.

FIN.

Pliegos ** 40.

CON LICENCIA: En Madrid: A coſta de Don Pedro Joſeph Alonſo, y Padilla, Librero de Camara de ſu Mageſtad. Se hallarà en ſu Imprenta, y Libreria, Calle de Santo Thomàs, junto al Contraſte.




600718857

